



DESCUBRIENDO A

# VALENTINA

M A R A M A C B E L

zafiro 



DESCUBRIENDO A

# VALENTINA

M A R A M A C B E L

zafiro

# Índice

[Portada](#)

[Sinopsis](#)

[Cita](#)

[Capítulo 1. Íntimos enemigos](#)

[Capítulo 2. Atracción letal](#)

[Capítulo 3. Ardiente verano](#)

[Capítulo 4. Nada más verte](#)

[Capítulo 5. Santa Valentina tiene un plan](#)

[Capítulo 6. Entre sueños](#)

[Capítulo 7. Todo puede cambiar en un instante](#)

[Capítulo 8. El destierro del ángel](#)

[Capítulo 9. Después de la lluvia](#)

[Capítulo 10. Bésame y vente conmigo](#)

[Capítulo 11. Las reglas del juego](#)

[Capítulo 12. En tus brazos](#)

[Capítulo 13. Sólo por ti](#)

[Capítulo 14. Mi momento](#)

[Capítulo 15. Yo también lo siento](#)

[Capítulo 16. El dueño de mi arte](#)

[Capítulo 17. Detrás del cristal](#)

[Capítulo 18. Extremos de una moneda](#)

[Capítulo 19. Tiéntame](#)

[Capítulo 20. De rodillas](#)

[Capítulo 21. Empujones del destino](#)

[Capítulo 22. Pídeme lo que quieras](#)

[Capítulo 23. Y ríndete](#)

[Capítulo 24. El pecado](#)

[Capítulo 25. Sentencia de pasión](#)

[Capítulo 26. Amos y mazmorras](#)

[Capítulo 27. Eres real](#)

[Capítulo 28. Atrévete](#)

[Capítulo 29. Deseaba que fueras tú](#)

[Capítulo 30. De vuelta a tu amor](#)

[Capítulo 31. Perfectamente imperfecta](#)

[Epílogo](#)

[Un sueño llamado Valentina](#)

[Agradecimientos](#)

[Biografía](#)

[Notas](#)

## Créditos

PlanetadeLibros.com



**Te damos las gracias por adquirir este EBOOK**

Visita [Planetadelibros.com](http://Planetadelibros.com) y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

**¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!**

Próximos lanzamientos

Clubs de lectura con autores

Concursos y promociones

Áreas temáticas

Presentaciones de libros

Noticias destacadas

**Comparte tu opinión en la ficha del libro**

**y en nuestras redes sociales:**

**Explora Descubre Comparte**

### **Sinopsis**

Cuando descubres que tu vida no es todo lo que podría llegar a ser, cuando piensas que no estás sacándole todo el jugo que podría tener... entonces tienes que reconstruirlo todo y, en especial, reconstruirte a ti misma.

Valentina ha temido esa decisión durante los últimos años, en los que ha estado viviendo una vida que a priori debía pertenecerle, pero con la que jamás se ha sentido completa.

La aparición de una persona, extrañada pero no extraña, le ayudará a dar el paso idóneo para despertar en ella su parte más íntima y más real: su verdadera

identidad, anulada durante el tiempo suficiente como para que ésta resurja con la

fuerza necesaria para afrontar su futuro inminente.

El apoyo de sus amigos será indispensable para no desviarse del camino trazado, para no tropezar y para huir de las incertidumbres.

Pero, para levantarse, ¿no es necesario caer anteriormente? ¿Y si el camino trazado fuese el primer desvío hacia la verdadera felicidad de Valentina?

Te invito a descubrirlo.

El amor es la más fuerte de las pasiones, porque ataca al mismo tiempo a la cabeza, al corazón y al cuerpo.

VOLTAIRE

## Capítulo 1

### Íntimos enemigos

Noto cómo un par de manos zarandean mi cuerpo sin descanso, y me hablan muy cerca de la cara. No entiendo nada. Esto no cuadra para nada con la situación en la que estaba envuelta... ¿Qué está ocurriendo? Al oír de nuevo la voz de mi marido entiendo qué es lo que sucede y sólo puedo pensar que ¡¡no quiero despertar!! ¡¿Por qué, mundo cruel?!

—¡¡¡Valentina!!! —Vuelve a moverme, agitándome—. ¡Vamos, despierta!

Estás montando un escándalo... ¿Se puede saber qué demonios estás soñando?

Muy a mi pesar, abro los ojos. Acabo de darme cuenta de que, por mucho

que apriete los párpados, no voy a conseguir volver a la escena que se estaba desarrollando en mi placentero sueño. Enrique me mira con una cara que denota

lo molesto e irritado que se encuentra en este momento, con su eterna ceja levantada en modo acusatorio. Detesto cuando hace ese gesto.

Me remuevo en la cama, quedándome sentada, y me froto los ojos con los dedos mientras siento su mirada clavada en mi nuca. Sinceramente, no me apetece mirarlo... Me entran ganas de bajarle la ceja con uno de mis dedos hasta

que quede en su lugar, pero sé que eso lo cabrearía aún más. Sigo bostezando y

estirándome para ganar tiempo, porque intuyo que está esperando una

explicación, pero ¿sobre qué? ¿Qué quiere que le diga? Nadie tiene la potestad

de decidir sobre sus sueños, por lo menos nadie que yo conozca. Aunque, ahora

que lo pienso, Rebeca me contó en una ocasión que, cuando ella quiere soñar

con alguno de los protagonistas de las series o de las novelas que lee, se acuesta

y empieza a imaginarse alguna escena con ellos y a veces le termina dando resultado. A ella, porque a mí no. Aunque pueda parecer una gilipollez, lo he

intentado, pero mi cerebro debe de tener algo atrofiado, porque rara vez me

acuerdo de lo que sueño y, cuando lo hago, siempre es porque ha sido

desagradable. Lo que os digo, que mi suerte se la repartieron entre los bebés que

me rodearon en la incubadora...

Salgo de la conversación que estoy manteniendo conmigo misma cuando

Enrique vuelve a la carga. Suspiro y me giro hacia él para mirarlo, apostando

todos mis ahorros al caballo ganador de la ceja levantada. «¡¡¡Ding, ding, ding,

ding!!!» Oigo en mi cabeza las campanas vencedoras.

—¿Estás cansada? Parecías estar pasándolo muy bien hace un momento —

me reprocha con tono irritado.

—Pues, la verdad, no lo recuerdo. —Sí, vale... He mentido a mi marido, pero esto sólo se considera una mentira piadosa. No quiero que su ceja termine

abriendo un agujero en el techo.

—Valentina, esto no es normal. Últimamente estás demasiado... —busca las palabras adecuadas—... desatada.

Me echo a reír y salgo de la habitación. No pienso seguir manteniendo una conversación sobre lo «desatada» que piensa mi marido que estoy, viéndolo con

un pijama totalmente antimorbo y los calcetines por fuera de los pantalones, para

que no se le suban las perneras mientras duerme. Sí, seguro que un elevado porcentaje de la población lo hace, pero, caballeros del mundo, ¡no es sexy! ¡Da

repelús!

De acuerdo, puede que no esté siendo justa con él. Para cualquiera que tenga pareja puede resultar algo violenta la situación que se ha dado esta mañana en mi

dormitorio, aunque, si me paro a pensarlo, creo que, de haber sido al contrario,

yo me hubiese puesto como una moto y hubiera aprovechado la ocasión. Vale, puede ser que realmente esté «un pelín» desatada. ¡Pero no es mi culpa! De

verdad, prometo que no. Desde que estamos juntos Enrique y yo, no hemos llegado ni al prólogo del *Kamasutra* y llevo frustrada demasiado tiempo con el tema sexual. He probado de todo: me he vestido con lencería sugerente intentando seducirlo, he salido de la ducha y accidentalmente la toalla se me ha caído al suelo justo cuando estaba agachada frente a su cara, he orquestado todo un plan malévolo para que me pillase masturbándome y ver si así conseguía sacar su fiera interior... Nada. Cero. He llegado a la conclusión de que mi marido es frígido. Y puede que te preguntes: ¿existen hombres así? Lo sé, yo también me cuestioné lo mismo, algo que no es de extrañar, pues siempre nos han vendido la moto de que los hombres tienen ganas a todas horas, que nunca se cansan, que las mujeres somos las que ponemos la excusa del dolor de cabeza para que nos dejen dormir... Pues, en mi caso, doy fe de que existe un porcentaje de la población masculina que sufre esta disfunción sexual; algo raro de encontrar y que, cómo no, me ha tocado a mí.

No siempre ha sido así. A ver, rectifico. Nunca hemos tenido una vida sexual muy activa, pero hace unos años la actividad no se veía reducida a breves encuentros que se producían cuando ganaba el Barça. Os podéis imaginar que me he convertido en la que más anima al equipo desde el salón de mi casa.

*¡Força Barça!*

En fin... Una mujer necesita sentirse deseada, sexy, adorada por su marido, y

con esto no estoy diciendo que Enrique no me quiera, me consta que nos

queremos los dos, son varios años al lado el uno del otro, compartiendo alegrías

y penas, pero ha llegado un punto en el que yo necesito más y él, menos, y esto

hace que estemos el día entero discutiendo. La relación se ha enfriado y el

planteamiento de ponerle fin a todo me ronda por la cabeza sin descanso.

No estamos bien. Ninguno de los dos somos lo felices que nos habíamos

prometido en nuestros votos matrimoniales y, sinceramente, me considero

demasiado joven como para estar malgastando mi vida y no exprimirla al

máximo. Con esto no quiero que penséis que dejo de lado a mi marido sólo

porque no nos acostemos juntos; a ver, el sexo es una parte muy importante en

una relación... yo diría que un setenta u ochenta por ciento de la estabilidad de

una pareja radica en la actividad sexual o íntima que hay entre ellos, porque es el

momento de mayor conexión entre ambos; de compenetración y unión. Lo más

íntimo que hemos hecho Enrique y yo en el último mes ha sido que yo entrara a

orinar mientras él se lavaba los dientes.

Pero no, no sólo es esto lo que ha hecho que me plantee mi vida y mi futuro

en común con él. Hay un cúmulo de factores que me ayudan a tomar la

decisión

de separarme, entre los que puedo enumerar: una suegra demasiado cabrona; la diferencia de edad entre ambos, que cada vez se hace más patente por las

continuas peleas que mantenemos en las que el tema sale a relucir; mi

frustración al no sentirme realizada laboralmente, ya que Enrique considera que

no es necesario que trabaje y que mi lugar es estar en la casa; sus restricciones a

la hora de cómo me visto o lo que hago con mi amiga Rebeca (cabe destacar que

es la única de mis amigas que sigue a mi lado aguantándome, aun con los

impedimentos que encuentra a veces para poder verme, por obra y gracia de mi

marido), y también debo mencionar a Jack. ¡Vale! ¡No abráis los ojos

desmesuradamente al escuchar el nombre de otro hombre! No penséis mal. Jack

es simplemente un amigo. Es, definiéndolo de alguna manera, el que

últimamente soporta mis momentos de irritación, me saca de dudas sobre mi

curiosidad insana hacia lo desconocido y quien me apoya incondicionalmente en

todo lo que yo decido hacer o emprender. Es alguien que siempre está ahí y con

el que siempre puedo contar. Y no, no ha ocurrido nada entre nosotros, por

varios motivos. El principal es que nunca he sido, soy ni seré infiel a la

persona

con la que esté compartiendo mi vida, pero otro de los motivos es que no nos hemos visto nunca en persona. Jack es alguien que estaba en el chat adecuado en

el momento oportuno. Entiéndase como una tarde en la que mi marido estaba de

reunión de negocios y yo me aburría soberanamente.

En mi cabeza está todo firmemente planeado y pensado. Ahora sólo me queda llevarlo a la práctica...

—¿Esto es otro de tus arrebatos de locura transitoria? —me pregunta

Enrique apoyado en el quicio de la puerta, con una cara seria y gesto altivo, mientras continúo haciendo la maleta y recogiendo mis cosas de la habitación de

estilo sobrio que hemos compartido durante los últimos años.

Cabe destacar que han sido las primeras palabras que me ha dirigido desde hace más de dos días, momento en el que decidí comunicarle mi intención de marcharme de casa y separarnos. Como espero que entendáis, la decisión no ha

sido tomada a la ligera. He reflexionado mucho. Demasiado. He pasado largas horas hablando con Rebeca, con Jack y conmigo misma, desahogándome y llegando a la conclusión de que a las personas no se las puede cambiar.

Únicamente se las puede moldear ligeramente al gusto de uno mismo, siempre y

cuando la otra parte implicada desee satisfacerte. Enrique, con sus costumbres

de

otro siglo, serio, introvertido y chapado a la antigua, no iba a ser nunca el hombre que yo pretendía, y resulta algo triste darme cuenta ahora y no hace casi

cinco años, cuando nos conocimos.

—Primero, no estoy loca ni esto es uno de mis arrebatos. Enrique, he intentado comunicarme contigo desde hace tiempo y no hemos podido solucionar nuestras diferencias. De verdad que ya no puedo más. Necesito ser feliz... Necesitamos ser felices los dos, Enrique —expreso todo lo que pienso sin apartar los ojos de mis propias manos, las cuales se afanan en guardar cuidadosamente las cosas en la maleta. Sé que, si lo miro a los ojos, podría echarme atrás y no es lo que quiero. Debo mantenerme firme en mi decisión.

—¿Me estás diciendo que durante todo este tiempo no has sido feliz a mi lado? —me pregunta incrédulo—. Te he dado siempre todo lo que me has pedido.

—Me lo has dado en lo material —le respondo pacífica, sabiendo que es totalmente cierto. Siempre que quería algo, él se las arreglaba para conseguírmelo—. Yo no hablo de cosas físicas, hablo de sentimientos y actitudes, de querer avanzar como pareja... No sé, probar cosas nuevas, no caer en la rutina...

Enrique se acerca hasta mí y me pone una mano en el hombro. Yo dejo lo que estoy haciendo y decido armarme de valor. Lo miro. Durante lo que me parece una eternidad, nos quedamos observándonos en los ojos del otro, sin pronunciar una sola palabra. Vale, ésta ha sido mi decisión, pero no puedo evitar

que me invada un sentimiento de fracaso y pena al mirarlo a los ojos. ¿Estaré haciendo lo correcto?

Él parece leerme el pensamiento en este momento de debilidad en el que me encuentro, porque se acerca aún más a mí, me agarra de la cintura y, a escasos centímetros de mi cuerpo, me murmura:

—¿Sabes que te quiero, verdad?

Joder. ¿Por qué ahora y por qué así? No se puede pelear por lo que se tiene cuando se sabe perdido.

—Lo sé, Enrique. Yo también te quiero. Pero este sentimiento no es suficiente y tú lo sabes igual que yo. Los dos necesitamos cosas diferentes y yo sólo deseo que seamos felices, aunque no sea estando juntos. Queremos cosas distintas; no tenemos las mismas necesidades afectivas. Enrique, no quiero vivir

la vida de una persona de cincuenta años teniendo veintinueve.

—¿Olvidas que yo también he tenido que adaptarme a tu edad? Tengo cuarenta y cinco años, Valentina. Esa diferencia la conocías desde el principio.

Noto cómo se irrita al tocar el tema de la edad. Para él siempre ha sido un tema tabú en nuestra relación. Ambos sabemos que está ahí, pero nunca se menciona.

—No es la edad, Enrique, es la vida que llevamos. Necesito hacer cosas diferentes.

—Si es porque no puedo darte hijos...

¡¿Qué?!

—¡No, Enrique! Sabes de sobra que ése no es el motivo. Lo hemos hablado muchas veces y sabes que nunca he tenido mucho instinto maternal.

Esto está siendo más difícil de lo que había supuesto. Sinceramente, cuando me imaginé la escena en mi cabeza, no pensé que iba a costarle tanto entenderme. Vale, tampoco lo imaginaba con una banda entonando una alegre melodía y tirando confeti por la casa... pero está luchando por mí y esto es una

variable que no había metido en mis planes. Si tan sólo pudiera hablar con Jack

un minuto para que me dijera qué hacer, para infundirme ánimos o darme algún consejo...

—Valentina, nunca me has ocultado nada. Sé que ocurre algo más. —

Mierda, parece que sí me conoce, después de todo—. ¿Qué hay que no me estás

contando?

¿Yooo?

¿Os he mencionado que mi curiosidad insana, esa que mencionaba antes cuando os hablaba de Jack, tiene que ver con el mundo de la sumisión? ¿Sí, verdad? Eso creía...

—Enrique, de verdad, no le des más vueltas. No quiero hacerte más daño, simplemente déjame marchar. La decisión ya está tomada. —Rehúyo su mirada e intento apartarme de él.

—Valentina, mírame —me reclama con voz seria y tono autoritario, agarrándome por los hombros.

Levanto la cabeza y lo miro. Está bien, si piensa que todo lo que nos ocurre no es suficiente como para que no sea feliz y quiera irme, tendré que intentar hacerle entender de otra manera que no hay vuelta atrás. Acabo de decidir jugar

la carta comodín; sólo espero que me salga bien.

—Enrique, he conocido a otro hombre.

Gracias cosmos por no hacer que las miradas maten, porque, de ser así, ahora mismo estaría muerta y enterrada. Dedicándome la mirada más furiosa que le he

visto nunca, me aparta de él como si mi contacto le quemase.

—¿Me estás siendo infiel?! —Niega con la cabeza—. ¡¿Yo soy el cornudo y me dejas tú?! No, no...

—Pero déjame que te explique cómo...

Me corta.

—¡No quiero tus explicaciones! —grita encolerizado—. Me has estado engañando mientras yo, ajeno a todo, pensaba que estábamos bien.

¿Qué? No puede ser tan iluso de pensar que todo estaba bien. Iluso y sordo, porque ya lo habíamos hablado en más de una ocasión. Él continúa:

—¡Incluso te iba a dar una sorpresa por tu cumpleaños! Te he comprado la casa en el lago al que fuimos el otoño pasado, esa que tanto te gustaba —sigue con voz elevada, paseándose de un lado a otro por la habitación—. No me lo puedo creer, ¡me has tomado por idiota!

—Enrique, ¡¡escúchame!! —vocifero, haciendo que se pare y me mire asombrado, puesto que no suelo perder los nervios de esta forma. De hecho, es la

primera vez que le grito de esta manera—. No te he sido infiel. No he mantenido

ninguna relación física con ningún hombre. No ha pasado nada en absoluto, y eso es porque te respeto y nunca he querido hacerte daño.

—Pero acabas de decir...

—Enrique. Acabo de decir que he conocido a otro hombre —le corto y continúo hablando—. He conocido a alguien que ha despertado en mí curiosidades que no puedo quitarme de la cabeza. Créeme que he intentado hacerlo, lo he intentado, pero no he podido. Es algo demasiado fuerte como para

negarlo.

—¿De qué curiosidades me estás hablando? —me pregunta desconcertado.

—Verás... Hace unos meses que se me viene repitiendo un sueño —  
murmuro e intento controlar la vacilación de mi voz, para denotar seguridad —.

No entiendo de dónde ha salido y el motivo por el que lo recuerdo, pues sabes que no suelo hacerlo... Pero, desde la tercera vez que lo tuve, pensé que mi subconsciente estaba queriendo decirme algo. Me han surgido ciertas inquietudes...

—Yo solucionaré esas inquietudes. Sólo tienes que decirme de qué se trata. No me lo puedo creer. Evidentemente no está entendiendo por dónde quiero ir con esta conversación... Sexo. Otro tema tabú para él.

—No creo que seas el indicado para poder...

No me deja terminar cuando me contesta convencido.

—Soy tu marido; por lo tanto, soy el indicado para todo lo que necesites. Así que, dime, ¿qué tengo que hacer?

Qué oportuno. ¿Ahora sí quiere darme lo que necesito? Bien, no me queda otra que hablarle claramente y sin tapujos... Parece que las medias tintas no van

con él. Sólo espero que no le dé un ataque o algo raro.

—Enrique, la persona de la que te hablo es un amo. Un dominante. No creo

que tú puedas satisfacer esas dudas e inquietudes.

—¿Un dominante? ¡¡Por el amor de Dios, Valentina!! ¿Sabes acaso de lo que hablas? Deberías dejar de leer esos libros de género dudoso. ¡No dices más que sandeces!

—Sabía que no lo entenderías. No ha servido para nada decirte todo esto.

—¡Claro que ha servido! Y tanto que sí. Ha hecho que me dé cuenta de que eres más degenerada de lo que pensaba. Debería haber tomado en cuenta a mi madre cuando me dijo que no te permitiese comprar ese tipo de literatura que lees últimamente.

¡¡Acabáramos!! Llegó la suegra a la conversación. Siento que la vena del cuello me va a estallar mientras él me mira con su cara de soberbia y superioridad.

—¡Hasta aquí podíamos llegar! Mira, te voy a decir una cosa: no soy una loca ni una degenerada, ni tengo ningún problema. Y voy a añadir algo más: me

da exactamente igual lo que diga tu santa madre, a la que deberían canonizar.

¡No me vuelvas a faltar al respeto, Enrique, porque yo nunca te lo he faltado a ti

y estoy siendo sincera desde el primer momento!

—No menciones a mi madre —me dice amenazante.

—¡La has mencionado tú! Mira, no puedes culparme de querer probar cosas diferentes y que tú no me das. Hace más de dos meses que no follamos y, cuando

lo hacemos, es siempre en el misionero. ¡Pareces una puñetera monja!

—¡Esa boca, Valentina! No seas vulgar.

—¡¡¡Seré todo lo vulgar que quiera!!! No eres mi padre, ni mi profesor. Esto ha acabado aquí, así que sal de la habitación y deja que termine de recoger para

poder marcharme. ¡No quiero seguir escuchándote!

Estoy gritando tanto que sé que después estaré afónica, pero esto lo ha buscado él. Yo no pretendía llegar a este nivel.

Se da media vuelta, se dirige a la puerta de la habitación y me suelta:

—¿Sabes lo que te digo? Que te vaya muy bien, pero, cuando te estampes contra la pared, no vengas llorándome, porque yo ya te he aguantado suficiente.

Conforme sale del cuarto y pega un portazo al cerrar, agarro lo primero que pillo de la maleta y lo estampo contra la puerta. Lástima que ha resultado ser un

sujetador y el gesto ha acabado siendo ridículo. Tras el subidón de adrenalina que supone mantener una discusión a voz en grito, viene el descenso y, en mi caso, se traduce en unas lágrimas rabiosas que me demuestran que no siento pena o nostalgia ahora mismo, sino un enfado monumental y la sensación de

haber tomado la decisión correcta.

Termino de recoger en el dormitorio y comienzo a bajar las escaleras, rezando para que no esté por aquí y me lo tenga que volver a cruzar. Mientras voy recorriendo cada habitación, echando un último vistazo para ver si me olvido algo, me es imposible no recordar los buenos momentos que he vivido aquí, porque evidentemente no todo ha sido malo, ni mucho menos. También me

doy cuenta de que, sin los objetos alegres y de colores vivos que he aportado a la

casa, la cual ya era de Enrique antes de casarnos y tenía todo el mobiliario sobrio

y a su gusto, las estancias van quedando de nuevo oscuras y lúgubres.

Dejo para lo último mi sitio preferido. Sé que voy a echar de menos el cómodo sillón que me servía de guarida mientras, tras la luz del ventanal, me sumergía en las historias que otros habían escrito para el deleite de gente como

yo, que quería escapar de su rutina y por un momento vivir una vida diferente.

Tampoco volveré a sentir el tacto en los pies de la mullida alfombra de pelo largo, artículo que nos costó una discusión cuando lo compré, ya que él pensaba

que era demasiado moderna para el estilo que tenía en casa. Todo en nuestra relación ha sido así; cada decisión tomada, cada aporte que he intentado hacer.

Siempre había una queja por las cosas que provenían de mí. Echo un último

vistazo a las estanterías vacías que antes estaban repletas de libros y paso la mano por el respaldo del sillón, pensando en todo lo que he dejado para seguirlo

desde el principio. Yo, una chica de un pueblo de Badajoz que, después de un viaje al que me mandó la empresa donde trabajaba para una formación en la Ciudad Condal, me quedé prendada del saber estar y la elegancia de un hombre

maduro, serio, con el que conversé de todo durante las horas que coincidimos en

un restaurante, cenando solos, cada uno en una mesa al lado del otro.

¿Qué debería hacer ahora? Ya hablé con Rebeca y de momento me voy a ir a vivir con ella, pero necesito trazar un plan en mi vida. Saber qué camino escoger.

¿Volveré a trabajar en el departamento contable de alguna empresa, como antes

de trasladarme a Barcelona con Enrique? ¿Debería volver a casa de mis padres?

No, definitivamente esa idea queda descartada.

Salgo de casa e introduzco las últimas maletas en el coche. El pobre parece que vaya a estallar con todo lo que tiene dentro. Me meto en su interior y, mientras me peleo con el GPS, introduciendo la dirección de mi amiga, siento que tocan con los nudillos en mi ventana. Cuando me vuelvo, veo a Enrique de pie, con gesto circunspecto y mirándome fijamente.

Me siento tentada a hacerle una peineta y arrancar el vehículo, pero me

contengo y, suspirando, bajo la ventanilla.

—Si te vas, no pienses en volver. Una vez hecho, no hay vuelta atrás.

Reconsidero la opción de la peineta, e incluso me planteo un corte de mangas, pero cuento hasta diez y me limito a negar con la cabeza, cerrando los ojos por un momento.

—Adiós, Enrique.

## **Capítulo 2**

### **Atracción letal**

El trayecto de camino a casa de Rebeca lo recorro pensando en lo que ha ocurrido en mi vida en los últimos años y haciendo balance de la situación, sopesando pros y contras de emprender esta nueva etapa que afronto, en compañía de mi amiga.

En los pros obviamente se encuentra lo bien que nos llevamos, considerándola como la hermana que nunca tuve. También debo añadir el pequeño detalle de que ella me cede parte de la casa en la que acaba de alojarse,

alegándome que la considera demasiado grande para ella sola, sin pedirme nada

a cambio, por lo menos hasta que mi situación mejore y pueda valerme más por

mí misma. Un trabajo. Sí. Debo encontrar pronto un trabajo para poder aportar

mi parte al alquiler y los gastos comunes que suponen mantener una casa. Y, por

otro lado, cabe destacar que en esta ciudad me encuentro prácticamente sola desde que llegué, pues me he relacionado poco o más bien nada con el entorno que me ha rodeado. No es que Enrique me prohibiese salir, pero la verdad es que, las pocas veces que lo hacía, al llegar a casa tenía que aguantar sus contestaciones secas y sus caras largas durante varios días. Así que no. No me merecía la pena. En Rebeca sé que encontraré el apoyo necesario para pasar este

trance de la mejor manera posible. Por lo menos las risas están aseguradas, porque si de algo hay que estar segura es de que con ella es difícil aburrirse. Ya

la iréis conociendo.

Rebeca ha sido siempre la más divertida y alocada de las dos, y tampoco es que yo me considere un muermo, pero su personalidad desenfadada y su incontinencia verbal desmesurada se han vuelto una parte imprescindible para mí

y mi extraña situación. Siempre hemos sido como Zipi y Zape, por las travesuras

que cometíamos desde pequeñas. No puedo evitar que una sonrisa se instale en mi cara mientras los coches desfilan por mi lado en la autopista. Hemos pasado

muchas cosas juntas y espero que esto consiga unirnos más, si es que eso es posible, ya que desde hace dos años el vínculo que siempre hemos compartido

se

ha vuelto de proporciones desmesuradas. La sonrisa se me congela en la cara, creándome una mueca algo grave al recordar aquella noche en la que recibí su llamada a altas horas de la madrugada. Rebeca me imploraba con una voz cargada de angustia y encogida por el llanto que fuese urgentemente a la casa que compartía en ese momento con Austin, su pareja por aquellos entonces.

Cuando llegué allí, después de haber tenido una discusión con Enrique por salir

de casa a esas horas, y más tratándose de mi amiga (a la que él no ha soportado

nunca), me encontré con una imagen realmente espantosa. La descubrí demacrada, extremadamente delgada y con varias marcas de golpes en todo su cuerpo. Después de recoger sus cosas y marcharnos a un motel para pasar la noche, hablamos hasta que amaneció y, tras relatarme todo lo que Austin le había

hecho, decidí que no volvería a estar separada de ella aunque a mi marido no le

agradase la idea. Aún hoy por hoy me lamento por haberme distanciado de ella durante esos meses, intentando complacer a Enrique. Si hubiese estado más cerca de Rebeca, puede que hubiese descubierto lo que le ocurría con mis propios ojos y tal vez esa situación no se hubiese llegado a producir. O sí. Nunca

lo sabré.

Aparco el coche y miro hacia la entrada de la casa señalada con el número cinco. Es una bonita construcción de una sola planta, de fachada en color blanco,

con un pequeño jardín delantero y un gran ventanal al lado de la puerta.  
Rebeca

parece haber oído mi coche, pues sale con una radiante sonrisa a recibirme.  
No

puedo más que maravillarme cada vez que la veo. Es todo lo contrario a mí.  
Así

como yo soy bajita, con un indomable pelo rizado que me cae en forma de manta

por la espalda y una figura delgada pero poco llamativa, ella es todo exuberancia

y reclamo para los ojos de cualquiera que la contemple. Lo curioso del asunto es

que ella misma no se ve así. Siempre se queja de su pelo color zanahoria, su piel

pálida y llena de pecas, sus ojos claros a los que les molesta en demasía la luz y

sus curvas demasiado acentuadas. ¡Qué verdad es esa que dice que nunca estamos contentos con lo que tenemos!

—¡Valentina, cielo, qué alegría que ya estés aquí! —me dice con un tono de

voz demasiado elevado para la calma que hay en el vecindario, acercándose al coche.

Salgo del vehículo, recibéndola con un abrazo y un beso en la mejilla.

—Llegué —suspiro—. Y espero que no te canses de tenerme contigo, amiga mía... porque no pienso volver a meter toda mi vida en el coche como si fuera un caracol.

Entusiasmada por empezar de cero de nuevo y olvidando un poco la sensación agri dulce de mi situación, saco el bolso del asiento del copiloto y abro

el maletero para empezar a transportar mis pertenencias hasta la casa.

—¿Cómo me voy a cansar de ti, boba, si eres mi media mandarina?! —me contesta divertida, agarrándome las manos—. Ya verás lo bien que nos lo vamos

a pasar viviendo juntas. Siempre habíamos soñado con hacerlo y, mira tú por dónde, ahora vamos a cumplirlo.

—¿Bien? —Espero que el entusiasmo le dure bastante, porque conozco los ataques de orden y organización que tiene cuando ve algo fuera de su sitio, y yo

no soy demasiado organizada, todo hay que decirlo—. Te lo recordaré cuando me riñas por dejar las cosas en medio.

—Anda ya... Olvida eso ahora. —Veo cómo cierra el maletero de mi coche con todas mis cosas aún en su interior—. Venga, vayamos dentro y hablemos con mi hermano para que nos eche una mano con las maletas.

¿Su hermano? Vaya. Hace años que no veo a Rubén.

—¿Tu hermano? ¿Cómo es que anda por aquí?

—Se mudó a la ciudad en julio y ha venido de visita. ¿Te acuerdas de Rubén, verdad?

—Claro que me acuerdo, es imposible olvidar al mocoso de tu hermano pequeño —le contesto mientras entramos en la casa y recuerdo las veces que discutíamos con él, al que siempre tratábamos como un renacuajo aun siendo sólo un año menor que nosotras.

—Bueno, creo que ya no soy tan *mocoso*, ¿no te parece?

Me quedo paralizada al entrar al salón, lugar desde el que ha salido la voz más alucinantemente grave y varonil que he escuchado nunca. «¿Quién eres tú y

qué has hecho con el renacuajo de Rubén?», me pregunto al observar con atención la figura que se acerca hasta mí, con paso tranquilo y sonrisa seductora.

—Son las ventajas de cumplir años, que uno pasa de ser un niño... a un hombre. —Me sonrío. Oh, joder... No quiero resultar tan ñoña como las insulas

protagonistas de las novelas que leo, pero creo que en este instante yo soy el mosquito y él, la luz. Y mi cara, la de una imbécil babeante.

—Valentina —interrumpe Rebeca mi momento lerda—. Aquí tienes al cansino de mi hermano. No hace falta que os presente ¿verdad? —Se ríe—.

Rubén, ¿por qué no haces algo productivo y le echas una mano con las maletas a

Valentina mientras yo preparo el café?

Mi amiga se da media vuelta y se pierde por el pasillo de la casa en dirección a la cocina. Bien, Valentina, es el momento de reaccionar naturalmente. ¡Es

Rubén, por el amor de Dios!

—Encantado de volver a verte, preciosa. Estás guapísima —me dice

mientras se acerca a mí y me da un beso en cada mejilla, demasiado cerca de las

comisuras de mis labios. Qué voz... Qué bien huele... ¡Y yo con estos pelos!

—Gracias, Rubén —consigo decir después de carraspear—. Tú también estás muy bien, muy... —¿Atractivo? ¿Sexy? ¿Mordisqueable?—... cambiado.

¡Qué calor! No, si al final le voy a tener que dar la razón a Enrique con lo de que estoy desatada. ¡¿Qué me pasa, por favor?!

—Ya me ha contado Rebeca que vais a ser compañeras. Está

emocionadísima, pero ¿tú realmente sabes dónde te estás metiendo? —me

pregunta haciendo un gesto con su dedo índice sobre su sien derecha, dándome a

entender lo que piensa de «la loca» de su hermana.

—Veo que algunas cosas no cambian. —Sonrío sin poder remediarlo y

pienso que siempre se han llevado un poco como el perro y el gato, aunque en el

fondo se adoran—. Estoy entusiasmada por vivir con ella, aunque sé que más de una vez vamos a ser el entretenimiento del barrio con nuestras peleas.

—Lo llevaréis bien. Ya sabes cómo es y la verdad es que esta casa que ha alquilado se le iba a hacer demasiado grande para ella sola. —¡Qué mono! Se preocupa por su hermana...

—No sufras, Rubén, ahora nos haremos compañía mutuamente.

Lo observo y no veo ni rastro del chico que fue en su momento... aquel que me tiraba de las coletas y me lanzaba insectos para asustarme, delgado cual espagueti y con un corte de pelo nada favorecedor por aquel entonces. ¡Lo que hacen los años! Ahora Rubén ha metamorfoseado y se ha convertido en un hombre adulto, con los músculos marcados en su justa medida, como así deja deducir su camiseta de manga corta, la cual se ciñe a sus bíceps y torso, haciendo de su figura algo digno de admirar. Se nota que practica algún deporte

para estar en forma, aunque no parece el típico al que sólo le interesa lucir físico,

no sé si me explico. En cuanto a su pelo, es del mismo color rubio que siempre le ha acompañado, con un largo desenfadado y que le da ese toque descocado a

juego con su estilo de vestir, pero, eso sí, mejor cuidado y estiloso que antaño.

Algo que tampoco ha cambiado en él son sus ojos. Dos esferas celestes, casi transparentes, que cuando te miran te provocan una sonrisa nerviosa y que

delatan su lado más travieso.

Después de este escaneo visual, en el que él también parece haberse recreado en mi transformación con el paso de los años, me sonrío.

—Venga, vayamos a recoger tus cosas, que, como mi hermana salga y nos vea aquí parados, es capaz de destrozarnos los tímpanos con sus gritos.

—Qué exagerado eres, Rubén. —Aunque efectivamente, si me paro a pensarlo, podría ser una escena demasiado real de darse el caso—. Está bien, será mejor que vayamos.

Tras dar tres viajes desde el coche hasta la casa, ya tengo todas las maletas y cajas en la habitación que voy a ocupar a partir de ahora. Me quedo unos minutos a solas, contemplando el lugar que se convertirá en mi refugio y espacio

personal de ahora en adelante. Tengo que reconocer que Rebeca ha hecho un gran trabajo en mi dormitorio, pues sé que esta habitación estaba totalmente vacía y mi amiga no permitió que le diese el dinero para acondicionarla, queriendo encargarse ella personalmente como regalo de bienvenida.

A mi derecha se encuentra la mullida cama de matrimonio, frente a la ventana de la habitación, que tiene pinta de ser extremadamente cómoda. Creo que me va a costar trabajo levantarme por las mañanas. Dos mesitas de noche, una a cada lado de la cama, una estantería y un armario en la pared frente a la puerta completan el mobiliario. Sin ser consciente de ello, ya estoy ubicando

mentalmente todas mis pertenencias en los diferentes espacios. Mi nuevo cuarto

es un lugar simplemente perfecto. Me aporta calma, pero a la vez alegría. Quizá

se deba al tono tierra de las paredes, los sencillos muebles de color blanco y unos

complementos de colores vivos y armoniosos.

—Bienvenida a tu nuevo hogar, cariño. ¿Te gusta? —me pregunta Rebeca desde la puerta.

—Más que gustarme, ¡me encanta! —le contesto entusiasmada, abriendo los brazos para abarcar toda la habitación—. Ya estaba un poco cansada de la decoración seria y oscura de la casa de Enrique.

¡Vaya! Es buena señal que ya no la considere mi propia casa. Aunque realmente nunca lo fue, pues él la había comprado cuando aún era soltero y nuestro matrimonio —por exigencias de su madre— se celebró en régimen de separación de bienes. ¡Gracias, señora, pero no quiero nada que no sea mío!

—Me alegra que te guste tanto. Pensaba en tu forma de ser mientras lo elegía todo y ha resultado mejor de lo que esperaba.

—Pues sí, es estupenda. Ya sabes, si se te acaba el trabajo en el periódico, siempre puedes dedicarte a esto de la decoración de manera profesional —le contesto divertida.

—Seguro... Los programas de decoración y reformas que veo en televisión últimamente han dado sus frutos. —Resopla, haciendo el habitual gesto que la caracteriza de poner los ojos en blanco. Con una actitud más seria, me pregunta

—: ¿Cómo estás?

—Pues la verdad es que ahora mismo estoy bien. No sé si debo sentirme culpable por no estar llorando por las esquinas. —Me encojo de hombros y continúo—. Pensaba que iba a estar más triste o abatida, pero creo que he hecho

lo correcto.

—Cariño, igual que me dijiste tú a mí en aquel momento que no vamos a mencionar, no debes sentirte culpable por sentir. Ya sean sentimientos positivos

o negativos, es lo que nos depara cada momento de nuestra vida. —Me coge de

la mano y nos sentamos en la cama, la una enfrente de la otra—. Todo lo que nos

ha ocurrido ha hecho que estemos más unidas que nunca, y ya sabes que juntas podemos salir de todo.

Eso espero...

—No quiero ser un estorbo para ti —reconozco.

—Bah... por eso no te preocupes; si me molestas, llamo a tu amiguito Jack y le digo que te dé unos buenos azotes.

Después de un instante en el que ambas nos reímos, le aprieto su mano y, mirándola a los ojos, le agradezco todo lo que está haciendo por mí, de manera

sincera y sentimental.

—¿Eres tonta? —Me golpea con un dedo en la frente—. Si hubiese sido al contrario, cosa que fue en su momento, tú me habrías apoyado y estarías conmigo. No es algo que debas agradecer y lo sabes.

Me abrazo a ella pensando que no la merezco. Siempre ha tenido las palabras adecuadas y ha sabido hacerme reír hasta en los trances más duros. Es generosa,

divertida, leal, cariñosa... Tengo suerte de contar con la mejor amiga de todas las

que podría haber imaginado, y así, entre sus brazos, encuentro el afecto y la fortaleza que tanta falta me hace en estos instantes.

Unos golpecitos en la puerta nos sacan de nuestra burbuja de amor fraternal.

—¿Se puede, o preferís que os deje unos minutos más a solas para que empecéis a llorar a moco tendido?

Rubén nos intenta animar, a lo que ambas sonreímos, aunque las dos tenemos en nuestro interior los fantasmas del pasado de cada una. Intuyo que la conversación ha removido en Rebeca un tema que hacía demasiado tiempo que no salía a la superficie.

—No seas idiota, mocoso. Venga, Vayamos al salón, que se enfría el café —  
me dice mi amiga saliendo por la puerta.

Me levanto y me dispongo a seguirla, pero Rubén agarra mi brazo de manera cariñosa y con un tono de voz dulce me hace una sencilla pregunta que me derrite un poco por dentro.

—¿Estás bien, Valentina?

—Sí. Todo está bien, Rubén, no pasa nada. —Intento sonreír para que vea que no hay de qué preocuparse, pero me doy cuenta de que mi cara vuelve a jugármela, demostrando que no se pone de acuerdo con mi cerebro en su sencilla

tarea de parecer alegre.

—Si prefieres que me marche para que hables tranquilamente con mi hermana, lo entenderé, preciosa. Sólo tienes que decírmelo y yo...

No le dejo terminar y le sonrío.

—No es necesario, Rubén. De verdad, todo va bien.

Nunca me ha gustado darle pena a la gente y sé que la preocupación de Rubén es sincera, porque así lo delatan sus ojos, pero no. Prefiero cortar este momento por lo sano.

Poniéndome de puntillas, me acerco a su cara y le doy un inocente beso en la mejilla que me pilla de sorpresa hasta a mí. Algo azorada, salgo del dormitorio y

me dirijo al salón.

El resto de la tarde la pasamos charlando y recordando anécdotas de cuando éramos críos. Está siendo un rato divertido y el ánimo algo decaído que se había

instalado con la conversación que mantuve con Rebeca se ha evaporado. Ella vuelve a estar como siempre y yo me río a carcajadas con las cosas que ambos hermanos cuentan, haciendo mis aportaciones en los momentos en que se saltan algún dato.

—¿Qué os parece si salimos a cenar los tres por ahí? —pregunta Rebeca, animada por el buen rollo que se ha creado entre los tres.

—No puedo, Rojita. —Sonrío al escuchar el apodo con el que Rubén siempre ha llamado a su hermana, debido al color de su cabello—. Ya he quedado con Santi para cenar.

—Bueno... Yo no sé quién es Santi, pero podemos ir los cuatro juntos, ¿no?

—La mirada que me lanza Rebeca me deja claro que debería haber mantenido la

boca cerrada.

¿Qué pasa? Intento transmitirle la duda con mi expresión, para que me dé alguna pista de mi metedura de pata.

—Ay, amiga... Si tú supieras quién es Santi. —Rubén la mira con gesto hastiado y yo la interrogo en silencio—. Es el amiguito de mi hermano...

Espera. ¡¿Qué?!

He creído intuir, por el tono de voz con el que ha dicho la palabra *amiguito*, que se trata de algo más que de un simple colega con el que tomarse unas cervezas y charlar de mujeres. ¿Es eso posible? ¿El rubio buenorro que tengo sentado al lado es homosexual? Como en un dibujito manga, la letra P de «pardilla» cae sobre mi cabeza y me deja hundida en el suelo. ¡Maldita suerte la mía!

—Bueno, pues razón de más para conocerlo. —Eso es, Valentina, regodéate en tu miseria.

—Déjate de gilipolleces, Rebeca. Santi es sólo un compañero de trabajo. El hecho de que vivamos juntos es simplemente por ahorrar, nada más —se excusa

Rubén, sin llegar a sonar demasiado convincente. ¿Qué estás escondiendo?—. A

ver si ahora que vais a vivir juntas tenemos que pensar que sois pareja.

—Sí, ¿no lo sabías? —contesta mi amiga, haciéndome ojitos—. Nos vamos a dar cremita mutuamente por las noches antes de acostarnos y toquetearnos, ¿verdad que sí, maciza? —me pregunta tirándome un beso y provocando que me

ría por sus gestos.

Estoy un poco descolocada, tengo que admitirlo. No me hubiese planteado

jamás esta variable en la ecuación que me supone Rubén.

—Anda, capullito, llama a «tu amigo» —hace el gesto de las comillas en el aire—, y dile que vas acompañado de dos bellas damas a vuestro encuentro íntimo de esta noche. ¿Quién sabe? Lo mismo *tu* Santi se enamora de *mi* Valentina y decide abandonar tu acera...

Sí, claro. Eso es exactamente lo que me faltaba a mí para rizar aún más el rizo. Me levanto de la mesa y empiezo a recoger las tazas vacías para llevarlas a la cocina.

—Rebeca, por favor, deja de hacer de celestina, que no necesito nada de eso ahora mismo.

—¡Ah, es cierto! —Levanta las manos en el aire, exageradamente—. Que tú ya tienes bastante con «tu amigo sin rostro»...

La mato. Es que no puede estar callada ni aunque le vaya la vida en ello.

—¿Ya tienes un pretendiente? Vaya, chica, eres rápida, ¿eh? —me dice

Rubén mientras le sigue el juego a su hermana. Se ve que Rebeca le ha puesto al

corriente de mi separación—. Bien, y dime, ¿cuándo me lo vas a traer para que

lo vea y le dé mi bendición?

—¡Eso le gustaría a ella, verlo! —comenta Rebeca mientras se ríe.

Mala pécora...

La asesino con la mirada entrecerrando los ojos.

Estupendo. Ahora son dos dándome la brasa con el tema. No se me ocurre otra cosa que hacer para acallarlos que sacarles la lengua y salir del salón con la

excusa de las tazas, eludiendo así contestar las preguntas de Rubén. Puede parecer una actitud algo infantil, pero sinceramente me resulta demasiado embarazoso hablar con él sobre otro hombre. ¡Puñetera incontinencia verbal de

Rebeca! Eso por no hablar de la extraña cara que se le ha quedado a Rubén al escucharla... Ay, Dios, espero no tener que darle muchas explicaciones.

Mientras me visto para la cena a cuatro, no paro de darle vueltas a la insinuación que ha hecho Rebeca sobre su hermano y el otro chico. Como bien me ha dicho ella cuando Rubén se ha marchado, su hermano siempre ha sido muy reservado con su vida privada y nunca le ha presentado a ninguna novia o pareja, por lo que la idea de su homosexualidad no sería tan descabellada...

Pero, de ser así, me he debido de inventar yo solita, gracias a mi falta de satisfacción íntima y de cariño ajeno, el escaneo visual que él me ha dedicado, así como las miradas descaradas que le ha brindado a mi escote. Lo mismo le gusta la carne y el pescado.

Después de probarme varios conjuntos, me decanto por el vestido de color aguamarina que Enrique nunca me ha dejado ponerme. De hecho, le acabo de quitar la etiqueta y lo compré hace meses. Debe de ser algún sinónimo de

liberación personal, o las ganas de lucir mi cuerpo menudito y mis piernas bronceadas por la ciudad. Sin darle más vueltas, salgo de la habitación y camino

distraída por el pasillo, provocando un choque con Rebeca, que está pintándose

en el espejo de la entrada.

—¡Pero chica! ¿En qué vas pensando? ¡Menuda embestida! —La veo

trastabillar sobre sus tacones, intentando no perder el equilibrio y caer de bruces

contra el suelo. Cuando se encuentra segura de nuevo sobre sus pies, me echa

una mirada y silba de manera sugerente—. ¡Uauu! Estás que crujes, morena. No

dejaba de ti ni las tiras del tanga...

—Gracias, señor obrero —le contesto divertida al escuchar su fino piropo—.

Ya sabes, cuando luego me des la cremita, me cuentas qué es lo que quieres que

haga por ti —sigo bromeando mientras nos terminamos de retocar entre risas.

Decidimos pedir un taxi, ya que ambas pensamos beber aprovechando la

noche de sábado. En el camino creo haber escuchado unas cincuenta veces «es

nuestra noche, esto promete»... ¡Qué entusiasmo le pone mi amiga!

Vestidas para la ocasión, llegamos hasta el portal de Rubén y Santi en el

barrio barcelonés del Born, una zona bastante ambientada en la que mucha gente

ha salido a disfrutar de los bares y restaurantes en esta calurosa noche de verano.

De pronto noto una vibración dentro de mi pequeño bolso negro. Saco el teléfono y una sonrisa tonta se instala en mi cara.

¿Qué tal estás?

Espero que todo vaya bien. Hablamos esta noche. Te espero. J.

Así es Jack. Da por hecho que estaré disponible para él, como lo he estado en todas las últimas noches en las que hemos hablado —o más bien tecleado— tras nuestros monitores y, siendo sincera, me siento un poco mal por no poder hacerlo hoy. Estoy escribiéndole la respuesta, indicándole que no voy a poder conectarme, cuando oigo que Rebeca me llama.

—Val, cariño... Vuelve de los mundos de Yupi, que ya están aquí los chicos.

Guardo el teléfono de nuevo en su lugar y miro hacia donde se encuentra mi amiga, acompañada de su hermano y un apuesto chico moreno.

—Rebeca, ya conoces a Santi —escucho que le dice Rubén, a lo que ella asiente y le dedica una sonrisa de cortesía y dos besos—. Ella es Valentina, una

amiga de mi hermana. —Me señala—. Valentina, él es mi compañero Santi.

—Encantada, Santi.

—Igualmente —me contesta dándome los dos besos de rigor.

—Bien, pues hechas las presentaciones, vámonos. ¡Me muero de hambre! —

enfatisa mi amiga mientras enfile la calle hacia la derecha.

—¡A sus órdenes! —contesta Rubén, siguiendo a su hermana.

Cualquier persona que nos observe por la calle pensará que somos dos parejas que salen juntas a divertirse, pero lo que está claro es que la pareja que

me toca a mí esta noche no va a acabar en mi cama ampliando mis

conocimientos sexuales. No se me ha escapado el detalle de Rubén al

presentarme a Santi. Ha dicho «mi compañero» y, a eso, una mente tan

perturbada como la mía le puede dar varios significados... Compañero de piso.

Compañero de trabajo. Compañero de ¿cama?... Uf, mejor desecho estos

pensamientos de mi mente si no quiero acabar amargada por ver el desperdicio

de semejantes hombres.

El sitio donde nos paramos a comer es un local muy bonito y acogedor

llamado La luna. Se trata de un restaurante con una luz muy cálida e íntima, lo cual ayuda a crear el ambiente perfecto entre las parejas que, sentadas en sus mesas, disfrutan de una velada especial. Las columnas de ladrillo, los espejos, la

mezcla de decoración en las paredes... Todo crea un entorno mágico en el que me siento cómoda desde el primer momento.

Santi parece ser un hombre tímido, callado e introvertido, pero con un carácter amable y cordial. De piel morena y con unos bonitos ojos verdes, resulta

bastante atractivo a la vista. Si a eso le sumamos una barba rasurada y muy cuidada, un pelo negro extremadamente corto y un estilo de vestir muy masculino y actual, la combinación entre él y Rubén no pinta nada mal. ¿Por qué no se me va de la cabeza?! Está clara la complicidad que tienen los dos y, sin poder remediarlo, las imágenes de ellos juntos me asaltan la mente una y otra vez, y hacen que me ruborice.

—Bueno, y exactamente, ¿a qué os dedicáis en el instituto? —les pregunto, entablando un nuevo tema de conversación que me mantenga con la mente ocupada.

—Yo sólo estoy de sustituto. Nada importante ni comparable a lo que hace Rubén —dice Santi, cediéndole la palabra a su amigo.

—Bueno, tampoco es para tanto. Estoy en el departamento de Ciencias de la naturaleza. Imparto algunas clases durante la semana y el resto del tiempo lo invierto en los laboratorios, en el área de investigación oceanográfica —me contesta Rubén entusiasmado.

Se ve que su trabajo realmente le apasiona. Se le ilumina la mirada mientras me habla sobre lo que hace cada día. Muy interesada en la conversación, continúo mi interrogatorio.

—¿Y qué investigas exactamente? —Cuando formulo la pregunta, observo que Rebeca pone los ojos en blanco y resopla.

—Val, no le des carrete que, como empiece, no para —me advierte—. Te aviso desde ya de que se puede pasar *hoooras* y *hoooras* hablándote de lo mismo y no te vas a enterar de nada.

—Rubén siempre hace que lo entiendas todo —aporta en voz baja Santi, a lo que yo lo miro algo recelosa. ¿Va con segundas?

—Rebeca, ¿no tienes que ir al baño? —le pregunta su hermano y provoca una disimulada sonrisa en su amigo. ¡Y menuda sonrisa!—. Pues verás, preciosa,

estamos estudiando la contaminación marina —me explica de nuevo.

Yo asiento y espero a que continúe. Santi lo mira embelesado y Rebeca juega con su servilleta, aburrida con la conversación.

—Nos encargamos de medir las alteraciones de la composición química del agua. Estudiamos, por así decirlo, los estragos de la mano humana en los océanos y cómo cambian debido a nuestros actos...

Tras más de veinte minutos hablándome sobre su trabajo, el cual me parece fascinante (no sé si por la pasión con la que lo cuenta y me transmite, o porque realmente lo es), da por finalizada la explicación.

—Bueno, no quiero aburriros más. Creo que ha sido bastante por hoy... — señala a Rebeca, a lo que ésta eleva las manos al cielo, gesticulando un «gracias

a Dios» con los labios. Gesto que nos hace reír a todos.

El camarero, alertado por el movimiento de las manos de mi amiga, se acerca a la mesa, con el desatino de pasar por detrás de la silla de Rebeca justo cuando

ella se echa hacia atrás de forma brusca para levantarse, propinándole un fuerte

golpe en la entrepierna. Rubén se tapa la boca con la servilleta e intenta contener

las carcajadas; Santi y yo nos miramos en *shock* sin saber si unirnos a Rubén o socorrer al camarero, que con los ojos cerrados intenta disimular su dolor y las

ganas de pegarle un bandejazo a mi amiga en la cabeza. Rebeca no sabe dónde esconderse de la vergüenza y no para de pedirle disculpas, colorada como un tomate maduro. Finalmente, el camarero le dedica una falsa sonrisa que quiere decir algo así como «púdrete» y, tras fulminar con la mirada a la causante de semejante dolor en su anatomía, se marcha a la cocina, rompiendo todos a reír en

cuanto se ha ido.

Terminamos de cenar sin más contratiempos. Después de mucho discutir y parar en un local de copas bastante tranquilo y vacío, los chicos acceden a llevarnos a una de las discotecas de moda de la ciudad, de la que Rebeca ha oído

hablar a sus compañeros de redacción.

—¿Quieres otra copa? —me pregunta Santi parado en el centro de la pista,

donde Rebeca y Rubén bailan como si el mundo se acabase esta misma noche.

—Sí, gracias. Otro Malibú con piña. —Vale, sé que es una bebida infantil y que suena demasiado patético, pero no me gusta demasiado el alcohol y este tipo

de combinados mitiga el sabor a colonia característico de otras bebidas.

Santi se aleja en dirección a la barra y yo me quedo un poco apartada de la singular pareja de hermanos bailarines, que en este momento están moviéndose al ritmo de salsa. Me gusta ver a mi amiga disfrutar y reírse mientras Rubén intenta hacerla girar o guiarla en los pasos que él marca, cosa totalmente imposible tratándose de Rebeca, que quiere llevar la voz cantante en el asunto.

De pronto, noto un sutil roce en mi cadera y cómo una mano asciende hasta posarse en mi cintura. Observo la mano aferrada a mi cuerpo, encontrándola demasiado femenina... Sigo el recorrido del brazo y me encuentro de frente con

una chica algo más alta que yo, con el pelo rapado en el lateral izquierdo de su cabeza y el resto peinado hacia el lado contrario. Me sonrío y yo, un poco cortada porque aún sigue con la mano en mi cuerpo, invadiendo mi espacio personal, le devuelvo la sonrisa algo desconcertada.

—¿Bailamos, guapa? —me pregunta, muy segura de sí misma.

Sí... Como querer, quiero bailar. Pero ¿con una chica que no conozco de nada? Creo que no.

—No, gracias; me duelen un poco los pies y estoy esperando a mi chico, que ha ido a por las copas —miento mientras busco con la mirada a Santi, que aún sigue intentando entenderse con la camarera en la barra.

—Una lástima. —Me guiña un ojo—. Una chica tan bonita como tú seguro que se mueve de maravilla. —Espera, ¿eso que acabo de notar es su mano en mi

culo? Abro los ojos un poco más incómoda si cabe y dispuesta a soltarle una contestación cortante y que le pare los pies, cuando mi supuesto novio viene a mi rescate.

—¿Valentina? —Observa algo pasmado la situación.

—¡Cariño, qué bien que ya hayas traído las bebidas! Estoy seca... —Me engancho del brazo de Santi y le sonrío, esperando que lo capte y me siga la mentira.

—Eh... Sí... Aquí tienes —me contesta algo incómodo por mi contacto, entregándome la copa y siguiéndome el juego.

Miro a la chica y le sonrío mientras bebo de mi vaso. Nos dedica una mirada a ambos que deja claro que no se ha creído el teatro que acabamos de montar. La

entiendo. Entre mi euforia desmedida y la contestación retraída de mi supuesta pareja, no hubiésemos convencido ni a un niño de cinco años. Tras dedicarme una última mirada, se marcha algo ofuscada por no conseguir su propósito de esta noche. ¡Tan desesperada no estoy como para cambiar mi gusto y aceptar lo

primero que se me presente! ¿No?

Un carraspeo a mi derecha me devuelve a la realidad, en la que sigo pegada a Santi con mi brazo alrededor del suyo.

—Gracias, Santi. —Me suelto y lo miro sinceramente agradecida—. La situación era algo incómoda, suerte que has llegado en el momento justo.

—De nada —musita, separándose de mí y mirando la pista de baile con una mueca seria.

¿No le caigo bien o qué? Joder, que una cosa es que sea tímido y otra muy diferente que le haya sentado mal que lo toque...

Rebeca se acerca a nosotros seguida por Rubén. Por lo que se ve, han decidido darle fin a sus bailes por el momento. Omito contarle nada de lo ocurrido, pues ya veo que está algo afectada por el alcohol y no quiero que monte un espectáculo con su lengua viperina.

—¡No puedo *mássh* ! —Se engancha a mi hombro, exhausta y bebida—.

¡¡Qué doloor de pies!! Me duelen tanto que me *lossh* voy a tener que cortar a la

altura de la ingle.

—Sólo se os ocurre a vosotras dos venir a bailar con esos tacones —dice Rubén mientras nos dirigimos a uno de los reservados, el cual se ha quedado libre en ese momento.

—Y tus pisotones tampoco han ayudado —le reprocha.

—Chicos, ahora vuelvo —dice Santi, con una cara más aliviada al no verse acompañado sólo por mí, mientras se aparta y saluda a un grupo de personas que

están cerca de los aseos.

Una vez que nos hemos sentado, Rebeca y yo nos quitamos los zapatos y movemos los deditos de los pies, que se nos han quedado dormidos de estar tanto tiempo de pie y bailando. ¡Seguro que este tipo de tortura femenina la inventó un hombre! Pero ya se sabe... para presumir hay que sufrir, y si encima eres un tapón de lavabo como yo, pues aún son más necesarios.

—Chicoss, esperadme un momentito de nada. Debo ir *urgenentemennnte* al baño o me mearé encima. —La fina de mi amiga Rebeca se levanta de nuevo y se pierde entre la multitud, con su centro de gravedad afectado por tanto alcohol.

Una vez a solas con Rubén, echo la cabeza hacia atrás, apoyándola en el respaldo del sofá en el que estamos sentados y cierro los ojos mientras muevo la cabeza al ritmo de la canción que está sonando en este momento, que resulta ser

*Work bitch*, [\[1\]](#) de Britney Spears.

—¿Todo bien, preciosa?

La increíble voz de Rubén a mi lado —de hecho, demasiado cerca—, me hace abrir los ojos y mirarlo. Sí. No me equivocaba, está inclinado hacia mí y nos separan escasos centímetros del cuerpo del otro.

«Valentina, no te montes películas en la cabeza. La música alta y el bullicio de la discoteca son los culpables de que él se haya acercado tanto...» Aunque, ese tono de voz ha sonado demasiado sugerente hasta para mi nivel de Malibú en sangre. Me separo un poco de él y, agarrando la copa de la mesa, le doy un sorbo.

—Valentina, ¿estás incómoda?

—No, no... para nada. —No me lo creo ni yo—. Es simplemente que estoy algo mareada. Tal vez debería dejar de beber. —Pero, vamos a ver, ¿este tío no

era gay? Entonces, ¿por qué me mira así, como si me desnudase con los ojos?

Se me vuelve a acercar y apoya una mano en mi muslo desnudo,

traspasándome el calor de su palma a mi piel, mirándome con deseo. La

vibración grave de su voz se cuele por debajo de mi falda, afectando a cierta parte íntima de mi anatomía.

—Estás preciosa esta noche. Los años han hecho que mejores de una manera impresionante, Valentina.

—Vaya, ¿gracias? —No sé dónde meterme. Me encuentro decidiendo entre abalanzarme sobre él o salir corriendo, aunque no hago ni una cosa ni la otra. Sólo espero a que él continúe.

—No puedo despegar mis ojos de ti. Me pareces sencillamente perfecta —

termina la frase susurrándome en el oído, mientras coge un mechón de mi pelo y

lo retira para dejar mi hombro al descubierto.

Siento la calidez de su aliento en mi piel y me estremezco, cerrando los ojos durante un segundo. ¡Santi! Joder... Ahora entiendo por qué ha actuado así conmigo cuando me he mostrado tan cariñosa con él. ¡Es su pareja! ¿Se habrá dado cuenta de que hay algo raro entre Rubén y yo, y está celoso? ¿Será misógino? No... No creo. Pero lo que sí creo es que, como llegue y nos pille, seguro que se pelean. Porque son pareja, ¿no?

—Rubén, no creo que sea buena idea que tú y yo... que nosotros... —

Zorrentina, mi yo más lascivo, me reprende desde mi hombro derecho, animándome a que le meta la lengua hasta la campanilla.

—Definitivamente no has bebido demasiado —me corta—. Deja de pensar, Valentina, sólo siente...

Esas palabras me provocan un calor instantáneo y mando al rincón más recóndito de mi mente a Santi. Que se quede allí un ratito mientras yo me doy el

lote con su novio. Suerte, no me abandones ahora, por favor... Alzo la cabeza y

me quedo mirándolo decidida. Rubén parece notar mi cambio de actitud y me comienza a recorrer el cuello con un dedo, a la vez que nuestros rostros se

acercan cada vez más el uno al otro. Me contengo de poner morritos, porque no

quiero ser yo la que dé el primer paso. Él me ha pedido que sienta y eso es lo que

pienso hacer. Y lo que siento ahora mismo es un gran calor corporal, producto de

la mirada que me está dedicando y de sus dedos recorriendo mi clavícula. ¿Me

besaré hoy? Empiezo a desesperarme y me acerco un poco más a él. Nos separan

únicamente unos pocos centímetros que él no duda en recorrer, sintiendo sus

labios sobre los míos en una caricia lenta y pausada que me estremece y me hace

querer más.

Valentina fatalidades no podía tener mucha suerte, ¿verdad? Pues no. Justo

cuando el beso empieza a tornarse algo más intenso y ardiente, un gran

estruendo resuena a nuestro lado, sobresaltándonos. Nos giramos para ver lo que

ha ocurrido y la estampa que ofrece mi amiga en el suelo es intensamente

ridícula. Resoplo al verla con la falda a la altura de la cintura, enseñando un tanga que deja poco o nada a la imaginación, y la melena como si hubiese tenido

la cabeza por fuera de la ventanilla de un tren de alta velocidad en un trayecto

Madrid-Barcelona. En fin... Esto es mi vida y así se la he contado. Me lamento

mientras Zorrentina prepara la guadaña para matar a mi amiga.

Miro a Rubén y sé que el momento íntimo ha terminado, por lo que nos levantamos decididos a socorrer a la pelirroja, que es el centro de atención de las personas que tiene a su alrededor. ¡Menudo espectáculo está dando!

—¡¡ *Ehshsstoy* bien... *Ehsthoy* bien!! —repite desde el suelo, al tiempo que dos chicos que están a su lado intentan levantarla mientras ella se revuelve. Está

claro que ha bebido por mí, por ella y por todos sus compañeros.

Cuando se consigue poner de pie, Rubén y yo la agarramos de la cintura para sacarla del local. Antes de que caiga inconsciente, murmura en mi oído de forma casi ininteligible.

— *Habrrría* que decirle al *deuño* del local que no es cómodo que el *shhuelo* se mueva... Alguien se puede *caerrr*. —Termina estallando en carcajadas cuando por fin conseguimos salir de aquel lugar, chocando de frente con el bochorno de la noche.

¡Menudo fin de fiesta!

### **Capítulo 3**

#### **Ardiente verano**

Jack: ¿Te apetece probar algo nuevo?

Steele: Sabes que sí.

Jack: Quiero jugar.

Steele: ¿Jugar?

Jack: Sí. Te va a gustar. ¿Estás sola?

Miro a mi alrededor y contemplo a Rebeca tumbada en el sofá, que sostiene el mando de la televisión en una mano, mientras cambia de canal compulsivamente sin ver nada en concreto. Escucho también a Rubén en la cocina, que recoge los restos del almuerzo que hemos compartido los tres en casa. Anoche, después de la escenita en la discoteca y lograr traer a mi amiga a

casa, le dije a Rubén que se quedase aquí a dormir. No me parecía conveniente

que condujese solo de vuelta a su piso, ya que Santi se perdió en la discoteca con

los amigos que encontró y no conseguimos localizarlo cuando ocurrió la caída de

Rebeca. También he de admitir que no me veía muy capaz de socorrer a mi amiga si necesitaba mi ayuda durante la noche, ya que el alcohol, aunque en menor medida que a ella, también me había afectado. Sólo espero que el sofá resulte cómodo para dormir, porque Rubén ha pasado el resto de la noche en él.

Veo que Jack sigue en línea, esperando mi contestación. Me tiene totalmente intrigada... ¿Qué se le habrá ocurrido ahora?

Steele: No. No estoy sola.

Jack: Bien, te espero. Ve al baño.

Steele: Dame un segundo...

Me levanto con el móvil aún en la mano y, algo nerviosa por la situación, ya que no es habitual que nos escribamos durante el día y mucho menos que se traiga estos misterios conmigo, me dirijo hacia donde me ha pedido, o más bien

debería decir hacia donde me ha ordenado.

Steele: Ya estoy —escribo mientras apoyo el peso de mi cuerpo en el lavabo.

Steele: ¿Qué te traes entre manos, Jack? ¿A qué quieres jugar?

Jack: Ya lo verás, no seas impaciente. ¿Has asegurado la puerta?

Steele: Claro... Recuerda que vivo con mi amiga.

Decido omitir el dato de que casualmente también tenemos compañía masculina hoy.

Jack: No eches el pestillo.

Steele: ¡¿Cómo no voy a echar el pestillo?! Pueden entrar en cualquier instante...

Empiezo a olerme por dónde van los «juegos» de mi ciberamigo, y no puedo dejar de excitarme ante la idea que se me forma en la cabeza. ¿Será capaz?, o más bien debería preguntarme, ¿seré capaz yo?

Jack: No lo eches. No va a pasar nada malo, sólo aumentará la excitación al pensar que podrías ser descubierta. El morbo y la tensión del momento sólo incrementarán tu placer. Confía en mí.

Placer. Placer. Placer. ¡¡¡¡Sí, quiero!!!! Vale, estoy salida. Soy una enferma.

Steele: Está bien —tecleo después de apretar mis muslos, sintiendo descender mi humedad hasta mojarme la ropa interior. Tras volver a dejar la puerta sin seguro, le escribo de nuevo.

Steele : Ya está.

Jack: Bien. Ahora, dime, ¿qué llevas puesto?

Me empiezo a reír por lo ridícula que me resulta la pregunta. Es demasiado típica y los nervios tampoco ayudan a que me relaje.

Steele: Una faldita de colegiala y dos coletas.

Aunque sé que él no me va a ver, le saco la lengua al teléfono en actitud infantil.

Jack: Nena...

Steele: Pues te aseguro que la faldita y las coletas son más sexys que lo que llevo puesto ahora mismo.

Me miro en el espejo y constato que estoy hecha un verdadero adefesio.

Jack: Déjame decidirlo a mí. *¿Qué-llevas-puesto?*

Steele: Unos calcetines —prescindo de adornarlo con su correspondiente «llenos de pelotillas»— y un pijama de ositos.

Jack: Humm... Me gusta tu lado infantil. Me excita imaginarte con ese pijama y comiéndote mi piruleta.

Sonríó incrédula. Hasta de la situación menos morbosa y más patética, Jack consigue sacarle todo su jugo.

Jack: ¿Ropa interior?

Steele: Un tanga.

Jack: ¿No llevas nada más? ¿Sujetador?

Steele: No me pongo el sujetador cuando estoy en casa.

Aunque debo admitir que en varios momentos durante la comida me he sentido algo turbada cuando Rubén miraba en dirección a mi pecho, donde mis pezones se marcaban sutilmente a la altura de las orejas de los ositos estampados en la camiseta de mi pijama. —Nota mental: Ponerme sujetador cuando Rubén

venga a casa—. Jack sigue en línea, pero no me escribe. ¿Le habrá molestado que no lleve sujetador? ¡Bah, imposible! Desecho la idea rápidamente. Es un hombre.

Steele: ¿Qué quieres que haga ahora, Jack?

Jack: Ponte frente al espejo y mira tu reflejo en él.

Realmente no es necesario que me mire. Ya he podido comprobar mi aspecto, con el moño a lo Amy Winehouse desfasada y la horrible cara que tengo

después de una noche de borrachera, pero aun así hago lo que me dice.

Steele: Estoy mirándome.

Jack: Muy bien. Buena chica. Ahora imagina que yo me encuentro ahí contigo, en una esquina del baño, mirándote, devorándote con mis ojos y haciendo que se eleve tu temperatura corporal. No dejes de mirarte.

Extrañada, miro hacia las esquinas que componen el reducido baño en el que me encuentro, dándome cuenta al momento de lo absurdo de mi acción. «Jack no

está allí, idiota.» Pero entonces... ¿Cómo ha sabido que he dejado de mirarme?

Steele: ¿Cómo has sabido que he dejado de mirarme?

Jack: Lo he imaginado.

Steele: ¡Ah, sí! Había olvidado que eres como el ojo de Sauron, que todo lo ve... —me mofo.

Jack: Nena, ¿quieres jugar o prefieres que hablemos en otro momento?

Ups. Está perdiendo la paciencia.

Steele: Sí, sí. Perdona. Continúa, por favor.

Vuelvo a observarme en el espejo, echándole miradas furtivas al teléfono.

Jack: Estoy en una esquina de la habitación y mi mirada se pasea muy muy lentamente por tu cuerpo, posándola en cada recoveco y en cada curva, deleitándome en ti y queriendo hacerte mía con solo una mirada. ¿La sientes? ¿Sientes mi mirada en cada parte de tu cuerpo que recorro?

Steele: Te siento —tecleo suspirando y notando cada vez más mojada mi ropa interior.

Jack: Me vuelven loco tus pies, tan delicados y pequeños... Me encantaría admirarlos muy de cerca, recorriendo con mis labios y mi lengua la suave piel que sube por tus tobillos hacia tus preciosas y sensuales piernas... No puedo quitarme de la cabeza las ganas de hacer que me rodees con ellas mi cintura mientras mis manos se aferran a tu perfecto culo, pegándote a mi cuerpo y penetrando en ti. ¿Y

tu trasero...? Dios, me encantaría hundirme en él. Toda la noche. Muy duro.

¿Dónde hay que firmar? Madre mía, me tiene como una moto y no ha hecho más que empezar. Y yo aquí sola en el baño... No es justo, debería estar aquí de verdad y hacer todo lo que me está diciendo. Aunque, quizá, cuando me vea y descubra que «su nena», esa que no le ha dicho nunca su verdadero nombre, es un retaco que no llega al metro sesenta y no llama la atención precisamente por su cuerpo, no se entusiasmará tanto.

Jack: ¿Nena?

Steele: ¿Sí? —contesto rápidamente, deseando que continúe con su relato.

Jack: ¿Estás mirándote al espejo?

Steele: No he dejado de hacerlo, excepto para leerte.

Jack: Muy bien. Buena chica. Así me gusta, que me obedezcas.

No, si pretenderá que le ladre y todo... Me enervo un poco por esa felicitación tan típica para mascotas que me dirige, pero sigo leyendo.

Jack: Ahora descríbeme lo que ves en él.

Steele: A mí.

«Meeec», error. Nada más escribirlo me doy cuenta de que ésta no es la respuesta que busca y que con mi actitud lo único que voy a conseguir es que se

termine de enfadar y dé el juego por finalizado, ¡y de eso ni hablar! Estoy demasiado caliente como para volver al salón. Lo intento de nuevo...

Steele: Me observo y puedo ver mis caderas, que están apoyadas contra el lavabo y se estremecen cada vez que se aprietan contra el frío mármol, pensando que es tu erección lo que se oprime contra mí.

Está duro.

Jack: Oh, sí. Muy duro, no sabes cuánto. Continúa...

Steele: Mi respiración está acelerada y puedo ver cómo mi abdomen y mi pecho suben y bajan rápidamente. Si subo mi mirada aún más, puedo ver mis pezones a través de la tela de la camiseta. Están muy duros y sensibles. Mientras escribo, noto cómo con cada roce con la prenda del pijama una descarga va directa hacia mi sexo, contrayéndose y pidiendo atenciones.

Jack: Me encantaría tenerlos en la boca ahora mismo. Succionarlos, lamerlos, morderlos...

Continúa, lo estás haciendo muy bien, nena. Me tienes muy duro.

Steele: Mi cuello está al aire, ya que llevo el pelo recogido. Imagino que estás detrás de mí, hablándome, susurrándome muy cerca de mi piel, casi rozándola, y siento cómo se me erizan los pelos de la nuca al contacto con tu aliento, estremeciéndome...

Jack: Te gusta que te haga cosas en el cuello.

Su afirmación me hace sonreír.

Steele: Me encanta —le escribo acelerada, sabiendo que mi cuello es una de las partes más erógenas de mi cuerpo.

Jack: Humm... Guardaré esa información. Me será útil el día que te tenga delante y pase de las palabras a los hechos, haciéndote gemir hasta quedarte afónica. Me encanta que seas tan receptiva. ¿Y

tu cara? Dime qué ves en ella.

Ahorrando la descripción cómica que podría hacer sobre ésta, me centro en

observarme como lo haría un hombre excitado, intentando describirle lo mejor posible mis facciones. Me siento poderosa al saber que lo estoy provocando y encendiendo con mis palabras, imaginando que se está tocando.

Steele: Mi boca está entreabierta, dejando escapar por mis labios necesitados el aire de mi respiración entrecortada. Refleja placer... Mis mejillas sonrosadas demuestran la excitación y la

turbación que siento... Mis ojos entrecerrados expresan la lujuria que me invade en este momento en el que te deseo de una manera casi enfermiza... Deberías estar aquí conmigo, ahora mismo.

Jack: Recuerda que lo estoy, nena. Estás cachonda por mí. Aún sigo en la esquina del baño comiéndote con los ojos mientras paseo mi mano por mi dolorida polla, ¿recuerdas?

Sí, ya... Mi ánimo se desinfla un poco al saber que, en la fantasía que se ha montado, es posible que siga observándome, pero realmente yo lo necesito aquí

conmigo. Que me toque, me bese, me excite, me caliente, me lleve al éxtasis que

mi cuerpo pide a gritos.

Jack: Desnúdate para mí.

Steele: Desnúdame tú —le reto sin pensarlo.

Jack: ¿Eso es una orden? Ya sabes quién da las órdenes aquí.

Steele: Por favor... —intento arreglarlo, deseando que continúe.

Jack: Deja el móvil encima del lavabo. Quiero que hagas exactamente lo que yo te vaya diciendo.

Decido no contestarle. Me ha dicho que deje el móvil encima del lavabo, ¿no?

Jack: ¿Sigues ahí?

Su pregunta llega pasados unos minutos. Vale, quizá estaba tocándole un poquito las narices a posta.

Steele: Me habías dicho que dejase el móvil en el tocador...

Jack: Nena... ¿Qué voy a hacer contigo?

Steele: ¿Desnudarme? —acompañó la pregunta con una carita de ángel que espero le haga sonreír.

Jack: Haz exactamente lo que te digo, ¿entendido?

Steele: Alto y claro.

Jack: Muy bien. Deja el móvil en el lavabo.

»Tus manos son las mías, siéntelas por tu cuerpo. Siente cómo acaricio tu deliciosa y suave piel.

Quiero que, con las yemas de tus dedos, roces tu cuello lentamente. Siéntelo, límitate a notar cómo tu

piel se estremece bajo ese contacto. Baja la mano y sigue el recorrido con tus ojos, sin perder detalle de las reacciones de tu cuerpo. Detente en uno de tus pechos. Rodea el contorno y pellizca suavemente el pezón. Siente cómo se endurece hasta casi rozar lo doloroso. Te gusta, puedo verlo en tu mirada, en tus pupilas dilatadas que me demuestran cuánto deseas que continúe. ¿Quieres más, nena?

Estoy a punto de entrar en un nuevo estado. El estado de carbonización total y absoluta por sus simples palabras cargadas de erotismo y sensualidad.

¡Joder

con Jack! ¿Por qué no habíamos hecho esto antes?

Steele: Sí, por favor.

Vuelvo a dejar el móvil en la superficie en la que se encontraba hasta ahora mismo y regreso la vista al espejo, contemplando la cara de necesitada que tengo.

Jack: Agarra el borde de la camiseta y súbela, rozando tu piel con las manos en su ascenso hasta sacarla completamente por tu cabeza, dejando tus pechos al descubierto. Quiero verlos, deleitarme en ellos. Ofrécelmelos. Agárralos con tus manos y atráeme hacia ti para que me alimente de ellos. Humm, perfectos. ¿Tienes frío?

¿Frío? Lo que tengo es un calor infernal.

Steele: No, no tengo frío. Sigue, por favor.

Jack: Lleva tu dedo a la boca, mójalo. Muy bien. Paséalo por tu cuello, bajando por la unión de tus pechos en línea recta hasta llegar a tu ombligo. Haz círculos a su alrededor, imaginando que es mi lengua la que está ahí, esperando para lamerte entera y embeberme de tu sabor.

Tengo que reprimir un gemido cuando hago lo que me dice, pues no quiero que Rebeca o Rubén descubran la actividad lúdica en la que ando entretenida, y más teniendo en cuenta que la puerta no tiene echado el seguro. La imaginación nunca ha sido mi fuerte, pero hoy estoy eufórica y he podido sentir lo que me pedía que imaginara.

Jack: Agarra la cinturilla de los pantalones y deslízala suavemente por tus preciosas piernas. Quiero que sientas cómo el aire va entrando en contacto con

cada poro de tu piel que se va quedando al descubierto. Ahora quiero que lleves tu mano despacio hacia tu entrepierna. Paséala por las ingles hasta concentrarte finalmente en tu vagina, por encima de tu ropa interior. Sin prisas, nena. Siéntelo.

Disfrútalo. Dime, ¿cómo está?

Steele: Empapado.

Me asombro cuando noto mi tanga totalmente calado por mi humedad, sinónimo de la cantidad de fluidos que salen de mi interior.

Jack: Oh, nena, no sabes lo que daría por acercar mi cara a tu sexo e impregnarme del olor de tu excitación. Sólo de pensarlo me duelen los huevos... Habrá que remediarlo. Quítate el tanga y vuelve a mirarte al espejo. Descríbeme lo que tan loco me está volviendo. Detállamelo, quiero verlo.

Steele: Tengo las piernas entreabiertas y puedo ver cómo brilla por mis fluidos.

Me miro con cierto pudor, pero después recuerdo que él no puede verme y continúo.

Steele: Estoy muy excitada y el rubor se extiende por todas partes. Tengo la piel muy sensible y sonrosada, y el contraste con el frío del lavabo, donde me he apoyado durante un momento, me produce escalofríos en todo el cuerpo. Las sensaciones se multiplican por estar completamente depilada. Puedo ver cada pliegue de mi sexo abierto, esperándote. Te necesito, Jack.

Jack: Aquí me tienes, nena. Dime, ¿qué quieres?

Steele: Tocarme. Correrme.

Jack: Mi chica impaciente... Aún no. Ve hacia la ducha.

Resoplo frustrada, pero de nuevo vuelvo a hacer lo que me ha ordenado,

preguntándome si él se estará tocando también. Quiero pensar que está tan excitado con la situación como yo y que ahora mismo pasea su mano por su erección de forma continuada, dándose placer... Será mejor que deje estos pensamientos si no quiero provocar una inundación en el baño. Dejo la toalla a

mano para poder colocar el teléfono, por lo que la cortina de la bañera se queda

abierta, y le tecleo rápidamente.

Steele: Ya estoy en la ducha. Jack, por favor, estoy...

Jack: ¿Estás...?

Steele: ¡¡Cachonda, Jack!! Estoy cachonda y necesitada... ¡Me duele el clítoris!

A la mierda el pudor y los buenos modales.

Jack: Me preocuparía si no estuvieras así, nena. Confía en mí. Ahora quiero que abras el agua y dejes que coja la temperatura perfecta que tu cuerpo caliente necesita en este momento. Mientras tanto, lleva tu mano a tus labios y acaríciate. Deslízalos por tu hendidura, haz círculos sobre tu clítoris...

¡¡Sí!! Mi mente entona un aleluya, pero parece leerme el pensamiento aun sin tenerme delante porque me vuelve a escribir al momento.

Jack: Recuerda que aún no puedes correrte. No te he dado permiso para hacerlo.

¿Qué? ¡¡Venga ya!! Mi cara se contrae en una mueca de disgusto un tanto cómica. Llevo mis dedos a mi clítoris y empiezo a jugar con él, trazando círculos

con mis dedos índice y corazón sin hacer demasiada presión, ya que estoy demasiado excitada y podría llegar al orgasmo con un par de movimientos precisos. Un gemido escapa de mi garganta y ralentizo el movimiento hasta casi

convertirlo en un mínimo roce, controlándome e intentando encontrar la calma que no existe para mí en este instante. Está claro que masturbarme de forma continuada, como sustitutivo a la falta de sexo que tenía en mi matrimonio, me ha ayudado a depurar la técnica y con varios movimientos soy capaz de alcanzar

el orgasmo rápidamente. Pero eso no es lo que quiere Jack. Me ha dicho que espere y eso es lo que hago... Espero mientras mi dedo resbala por mi piel húmeda e hinchada y echo la cabeza hacia atrás mordiéndome el labio inferior y

cerrando por un momento los ojos, disfrutando de lo que mis manos provocan en

mi cuerpo. Uf... ¡Demonios!

Steele: Jack, el agua ya está caliente. Yo también, así que, por favor... ¡Dale caña!

Me detengo abruptamente cuando oigo la carcajada de Rubén en el pasillo, tensando todos los músculos de mi cuerpo y sintiéndome paralizada.

Que no entre. Que no entre. Que no entre.

Tras unos segundos, escucho cómo continúa su camino por el pasillo,

permitiéndome seguir con mi propio y particular juego acuático. Decido que lo mejor será conectar la música en el teléfono, para no tener que reprimir demasiado los sonidos que salgan de mi garganta. Me conozco y puedo llegar a ser un poquitito escandalosa cuando mi cuerpo estalla al alcanzar el orgasmo, y el nivel de excitación que tengo ahora mismo me advierte de que se va a tratar de una culminación sobresaliente.

Jack: Apoya un pie en alto, quiero poder verte.

Hago lo que me pide y las primeras notas a piano de la canción que ha salido aleatoriamente comienzan a resonar por las paredes del baño. *True Love*, [2] de Pink.

Jack: Ahora coge la ducha y empieza mojando tu precioso cuerpo mientras se acostumbra a la temperatura. Siente cómo el agua va recorriendo cada centímetro, cubriéndola, empapándola, confundiéndose con tus propios fluidos que corren por tus piernas. ¿Te gusta la sensación, nena?

Steele: Dios... Sí.

Jack: Concéntrate en tus pechos. Mientras los acaricias con la mano que tienes libre, intercambiando caricias suaves con ligeros apretones, dirige el chorro de agua a tu pezón. ¿Sientes cómo el placer se reúne en ese punto, que bajo la presión del agua crece y se endurece, lanzando una descarga que llega en línea recta por tu abdomen hasta tu sexo?

»Sigue, no pares. No hace falta que contestes. Ve bajando el agua, poco a poco.

»¿Qué tal si centras toda su potencia en tu clítoris? Humm. Gime, nena, déjame

escuchar lo cachonda que estás por mí. Siéntelo.

»Disfrútalo.

»Piensa que es mi lengua la que está lamiendo ese duro vértice de tu cuerpo. Lo tenso rápidamente entre mis labios y lo devoro hambriento, introduciendo mi lengua en tu interior. Escucho cómo gimes y siento cómo agarras mi cabeza, mientras un gruñido escapa de mi garganta, haciendo vibrar tu sexo.

»Eso es nena... Experimentalo.

Mi vista se nubla y comienzo a sentir cómo un potente orgasmo intenta salir

liberado, notando la fuerza del agua en el punto más sensible de mi cuerpo.

Los

gemidos escapan de mi garganta sin poder remediarlo, mezclándose con las canciones que aún siguen sonando. No puedo más, necesito correrme. Sollozo, controlándome a duras penas.

Jack: Déjate llevar, nena. Córrrete. Dame tu placer.

Como un pistoletazo de salida, me apoyo contra la pared de la bañera, con

mis piernas entreabiertas, un pie apoyado en el borde y la otra pierna flexionada.

Noto cómo mi cuerpo entero tiembla y llevo la mano que tengo libre hacia mi

sexo, abriendo mis pliegues y dejando al aire mi clítoris hinchado, que recibe las

descargas directas del agua en una mezcla de placer abrumador y un pequeño

toque de dolor, debido a la dureza de la cercanía del chorro. Gimo. Gimo y mi

cabeza choca contra la pared al empezar a sentir el clímax, recorriéndome un

orgasmo de la cabeza a los pies, haciéndome jadear exhausta.

Tras unos segundos en los que mi cuerpo se recupera, sintiendo las palpitaciones en mi sexo debido a lo que acaba de ocurrir, me obligo a abrir los

ojos y lo que veo me deja totalmente paralizada durante un breve momento.

¡¡¡Joder!!! ¿Quién me mandaría a mí quitar el seguro a la puerta? Jack...

¿Cómo no he imaginado que, con mi suerte, ocurriría algo así? ¡¡Soy imbécil!!

—¡¡¡Fuera!!! —le ladro a Rubén, que se encuentra paralizado con los ojos y la boca abierta, y el pomo de la puerta en la mano.

Intento taparme con la cortina de la ducha mientras él se da media vuelta y cierra, dejándome una intimidad que tan necesaria me hubiese resultado hace unos minutos. ¿Taparme? Me echo a reír por lo desatinado de la situación. A saber el tiempo que llevaba mirándome... y a tenor del bulto que lucía en sus bermudas... habrá presenciado lo suficiente como para montar la tienda de campaña por completo.

¡Mierda! ¿Durante cuánto tiempo se puede sobrevivir alimentándose a base de papel higiénico y pasta dentífrica?

¡No pienso salir de aquí!

## **Capítulo 4**

### **Nada más verte**

Mi plan de vivir en el baño hasta que mi cuerpo sobreviva sin alimento se ve interrumpido cuando noto que llaman a la puerta. «¿Ahora llamas?», me pregunto mentalmente pensando que es Rubén el que se encuentra al otro lado, dispuesto a disculparse. Aunque mientras he estado peinándome e intentando arreglar la cortina de la ducha, pues con las prisas al taparme la he acabado descolgando, he llegado a la conclusión de que la culpa en realidad ha sido sólo

mía por hacerle caso a Jack y no asegurar la puerta.

Vale que él no tendría que haber entrado sin comprobar primero que no había nadie, pero... ¿quién me dice a mí que no lo ha hecho? En ese momento, sinceramente, no es que estuviera prestando demasiada atención a algo que no fuera mantener retenido mi orgasmo y concentrar el agua en mi clítoris. ¡Tierra,

trágame! Encima le he ofrecido una perfecta panorámica de todo mi aparato reproductor en su pleno apogeo. «Rubén, te presento a mi vagina. Creo que está

encantada de conocerte.» ¡Ay, Dios!

—Val, voy a salir un rato.

La voz de Rebeca me llega desde el otro lado de la puerta, haciendo que suspire de alivio al saber que aún me queda una escapatoria si consigo salir con

lo primero que pille de mi dormitorio y huir despavorida sin mirar atrás. Fuera

bromas, de verdad no sé cómo voy a ser capaz de volver a mirarlo a la cara.

—¿Se puede saber adónde vas con esas pintas? —le pregunto al abrir la

puerta y encontrármela apoyada en la pared del pasillo, con una mala cara de campeonato y los ánimos como si su destino fuese ir al matadero—. Pareces la novia cadáver...

—*¡Ja-ja-ja!*... —me contesta irónica—. ¿Me ves colgada de algún macizorro? —Niego con la cabeza, divertida—. No. Exacto. Muy observadora.

Pues ni soy novia de nadie, ni un cadáver, así que termina en el baño que tengo que entrar. —Se lleva las manos a la tripa y pone mala cara—. Buff... Creo que

ayer nos dieron garrafón. Es la quinta vez que voy al baño hoy. Mi culo y la bandera de Japón empiezan a parecerse peligrosamente.

—Te bebiste hasta el agua de los floreros, bonita —le contesto mientras termino de recoger mi ropa, que se encuentra desperdigada por el suelo del lavabo—. Y, si tan mal te encuentras, ¿adónde vas? Pensaba que íbamos a pasarnos el día tiradas en el sofá y pediríamos comida a domicilio. —También podría ayudarme a preparar mi suicidio. Había pensado en ahorcarme en un bonsái con una soga hecha de pelos de mis piernas.

Dejo las divagaciones absurdas cuando una idea cruza mi mente.

—¡No me digas que tienes una cita! ¿Es un tío? ¿Tienes una cita? ¿Lo conozco? ¿Es la noche de los corazones?

—Chis... Para el carro, Anne Igartiburu. No hay ninguna cita, ¿vale? —Hace un gesto restándole importancia a ese dato, cosa que no debería hacer, pues lleva

en época de sequía bastante tiempo. Vaya dos nos hemos ido a juntar—. Me han

llamado del periódico y tengo que ir a cubrir una noticia de última hora. Al parecer el ministro de Educación ha sufrido un accidente de tráfico.

—¿Tú? —le pregunto extrañada, pues ella siempre se jacta de escaquearse de este tipo de cosas y ser una chica de redacción.

—Sí, yo. Frank está oportunamente enfermo y la siguiente pardilla que ha descolgado el teléfono sin mirar he sido yo. Ya sabes eso de que «para ser una buena periodista debes conseguir información relevante, breve y exacta en el menor tiempo posible y de rabiosa actualidad» —imita una voz absurda y la veo

poner los ojos en blanco—. ¡Bah! Patochadas. Maldita suerte la mía, que para un

día que salgo de marcha no puedo tener mi día de resaca correspondiente de una

manera decente.

—Venga, venga... No te quejes tanto, que es trabajo y siempre te ha gustado.

Ha sido tu vocación desde que éramos niñas. Rebeca, la reportera

dicharachera...

—Mi vocación y mi perdición también. A los periodistas no se nos valora lo suficiente. Pero vamos, venga, déjate de tanta cháchara y sal del baño si no quieres presenciar una escena digna de una película de miedo en mitad del pasillo.

Salgo dejándole vía libre y tapándome la nariz con los dedos de manera cómica, escuchando blasfemar a mi amiga y encerrarse dentro. Bien, ya estoy fuera de mi escondite. Ahora sigilosamente voy a ir de puntillas hasta mi habitación, donde... donde Rubén está parado delante del corcho que hay sobre

mi escritorio, contemplando las fotos que he puesto en él. «¡¡Algún día recuperaré mi suerte!!», me prometo a mí misma, mirando hacia el techo, como si alguien pudiese escuchar mis tonterías mentales, en una actuación digna de Scarlett O'Hara en *Lo que el viento se llevó*.

—¿Recuerdas este día? —me pregunta Rubén desde su posición, señalando una foto antigua. Puedo observar su perfil mirando la foto en cuestión y sonreír nostálgico.

—Sí... —le contesto acercándome a él. Me sorprende que se acuerde, hace demasiado tiempo—. Mis padres habían ido de viaje para celebrar su aniversario

y yo me quedé en vuestra casa. No sabía que lo recordabas tú también —le digo

sincera.

Rubén se vuelve hacia mí y me mira intensamente.

—Las cosas importantes nunca se olvidan.

—Ya veo —contesto cohibida ante su cercanía y lo que ha ocurrido en el baño.

—Valentina, en cuanto a lo de antes... Siento haber entrado así, sin llamar — se disculpa haciendo una ligera presión con su mano en mi antebrazo—. No quería hacerte sentir incómoda ni molestarte, pero es que me he quedado tan sorprendido que no conseguía reaccionar y salir. Lo siento mucho.

—N...no tienes que disculparte, Rubén, soy yo la que debería haber echado el seguro a la puerta. Pero, tranquilo, no volverá a pasar —respondo sin estar realmente convencida de la afirmación, ya que es muy probable que, si Jack vuelve a pedírmelo, yo sea tan tonta de hacerlo de nuevo. Mira, lo mismo acabo de descubrir mi lado masoquista.

—Una verdadera pena —me contesta guiñándome un ojo y sonriendo.

¿Está tonteando conmigo? Sí, esto es tonto en toda regla... Pero creo que lo noto algo raro.

—Bueno, tu cara ha sido un poema, aunque ahora te las des de interesante y de seguro de ti mismo. Tu cara y más cosas... —dejo caer la insinuación velada

de su paquete hinchado.

—Mi cara... Bueno, pues mejor no hablemos de la tuya. O sí, ¿por qué no?

—contesta en actitud pícaro—. Estabas preciosa, Valentina. Sonrojada, excitada,

desinhibida... Hubieras resucitado a un muerto si hubiese visto lo que han visto

mis ojos.

—¡¡Rubén, para!! No es necesario que me lo describas. Estaba allí; de hecho, era yo la que estaba en esa ducha. —Bajo la mirada un poco abochornada—. Ya

es bastante vergonzoso mirarte a la cara, como para que me lo recuerdes con todo lujo de detalles.

—No tienes por qué sentir vergüenza de nada, preciosa. No es la primera vez que te veo desnuda.

Por un momento me planteo la posibilidad de que esté ante un acosador que me haya estado espiando durante meses y tenga su habitación llena de fotos mías, pero con un movimiento de cabeza me señala de nuevo la foto que estaba contemplando cuando llegué a mi dormitorio y caigo en la cuenta de que se refiere al lago en el que nos bañábamos de pequeños, al lado de su casa.

Valentina, deja de ver «Mentes criminales».

—¡Venga, hombre! ¿Me vas a comparar lo que ha ocurrido hace un rato con

las veces en las que nos bañábamos en el lago? Éramos unos críos entonces,

Rubén. No se puede comparar. ¿No te parece que hemos cambiado un poquitín?

—Señalo nuestros cuerpos con el dedo.

Se mueve por la habitación sin contestarme inmediatamente y se pone a la altura de mi espalda, sin rozarme pero haciendo que sienta una conexión extraña

que me recorre la nuca y baja por mi columna.

Acercándose a mi oído, me susurra:

—Han cambiado, es cierto. Pero la esencia sin duda es la misma, porque sigues provocándome con solo mirarme.

«Demasiado cerca para mi cordura. Rubén, apártate...», suplico en mi mente, mientras él apoya una mano en mi cintura. Ya es la segunda vez en cuarenta y ocho horas que lo tengo tan cerca de mi cuerpo y puedo asegurar que

la excitación que me produce cada vez es mayor.

—¿Provocarte? —murmuro con la voz un poco alterada—. Yo no intentaba provocarte a ti.

—Que no fuera tu intención no quiere decir que no lo hicieras. Y sí, me provocas un deseo totalmente incontenible. Lo haces ahora, aquí, a mi lado...  
Y

lo hacías cuando tenías ocho años y yo todavía no entendía qué era lo que me ocurría.

—¿Hablas en serio? —Me giro y lo miro divertida—. Pero si eras un verdadero incordio y te pasabas el día molestándome.

—Lo hacía porque no comprendía por qué me ponía así cuando tú estabas cerca, pero sobre todo para llamar tu atención. —Me sonrío y yo me quedo mirándolo totalmente embobada—. Y bien, si no era a mí, ¿a quién intentabas provocar?

—¿Eh...? —Me quedo un momento confundida, pues no sé a qué se está refiriendo exactamente. Aún estoy procesando la información sobre nuestra infancia. ¡Qué tierno!

—¿A quién querías provocar? Antes has dicho que no intentabas provocarme a mí en la bañera, pero no has negado que lo hicieras para provocar a alguien. Entonces, ¿quién era el afortunado?

Mi imagen abierta de piernas y llegando al orgasmo tras seguir las órdenes de Jack me vuelven a la mente y me ruborizo sin poder remediarlo, agachando la

cabeza para que él no me vea. Siento cómo la mano de Rubén acaricia suavemente mi mentón, instándome a alzar la cara y mirarle a los ojos.

—Vamos, preciosa, no tienes de qué avergonzarte. Ya te he dicho que me ha parecido una imagen deliciosa, pero, si quieres y te sientes más cómoda, la olvido.

—¿Lo harías? —le pregunto esperanzada.

Él parece pensar durante una milésima de segundo.

—No. —Se echa a reír—. Pero prometo no volver a sacar el tema. ¿Te sirve?

—Si no hay más remedio...

Tramposo.

—Ven aquí, preciosa. —Me agarra por ambos brazos y me envuelve con los suyos propios, regalándome un abrazo reconfortante y sin ninguna doble intención.

Con esta muestra de cariño sé que está intentando hacerme sentir cómoda de nuevo y olvidar el momento violento que me ha hecho pasar, y eso hace que me

ablande un poco entre sus brazos y decida que quizá es buena idea contarle lo que me ocurre. Él es un hombre y siempre puede darme una visión diferente a la

de Rebeca sobre mi situación con Jack... Seguro que Rubén no me dice «¡queda

con él y tíratelo aunque te ponga el culo color bermellón!». Resguardada y reconfortada, decido pedirle que se quede a cenar conmigo, eso sí, sin despegar

la cabeza de su pecho, sintiendo el latido acompasado de su corazón. Así soluciono dos cosas a la vez: no quedarme sola en casa —idea que no me atrae

en absoluto— y pasar un rato más con él, hablando sobre las locuras que me han

estado ocurriendo últimamente. Petición que él acepta encantado después de haber avisado a Santi para que no lo espere en su casa. Humm... Todavía ando con la mosca detrás de la oreja con estos dos.

Me maravillo al descubrir lo compenetrados que parecemos en la cocina, como una pareja que lleve años haciendo una cena juntos. Nos sincronizamos a

la perfección y, entre los dos, hemos preparado en un momento un delicioso salteado de setas y unos filetes de pollo con una salsa que ha elaborado Rubén.

Debo decir que huele de maravilla. ¿Hay algo más sexy que un hombre cocinando? Sí. Lo hay. Un hombre cocinando, tarareando la canción que está sonando de fondo con su voz grave y algo ronca, y con una copa de vino en la mano, mientras remueve con su mano libre la sartén. ¿Os lo estáis imaginando?

Pues os aseguro que esa imagen no se va a ir de mi retina en muchísimo tiempo.

Nos sentamos en la mesa baja del salón a comer, ya que me parece un lugar más cotidiano y menos formal para degustar nuestro menú para dos mientras charlamos sentados en el sofá. Puedo darme cuenta del afán de Rubén por hacer

que me sienta cómoda en todo momento, pero creo que lo sigo notando un poco

raro, como preocupado por algo. La verdad es que me encuentro bastante relajada hasta que Rubén se me queda mirando intensamente mientras yo le

sonrío y, llevando su pulgar a mis labios, donde alguna miga de pan traviesa se ha decidido quedar pegada, se demora en la caricia y su cuerpo se acerca al mío

como atraído por una especie extraña de fuerza gravitatoria. Yo no me muevo de

mi sitio. Me quedo mirándolo y pensando si debería pararle los pies y centrarme

únicamente en tenerlo en mi vida como lo que siempre fue, el hermano de

Rebeca y un amigo más. No quiero tener ningún problema con Santi, y mucho

menos provocar la ruptura entre ellos... Pero Rubén no parece darle importancia

a ese dato tanto como yo. ¿Serán una de esas parejas abiertas? No entiendo nada...

Mi acompañante parece reaccionar y retira la mano de mis labios, los cuales sienten la pérdida de su tacto en el mismo segundo que deja de tocarlos.

—Lo siento... No sé lo que me ha pasado. No quería hacerte sentir

incómoda... de nuevo —se disculpa cuando ve que yo me quedo mirándolo con

una cara indescifrable—. Últimamente me disculpo demasiado —escucho que piensa en voz alta.

—Rubén, verás... —Interponiendo algo de distancia en el sofá entre él y yo,

decido expresarle todo lo que me ronda la cabeza—. El día de hoy y el de ayer

están resultando ser demasiado raros para mí y siento que realmente no estoy haciendo las cosas bien. Me mandas señales contradictorias continuamente, haciendo que piense que no te importa en absoluto tu situación... Y encima hace

un momento me has confesado que desde que éramos niños estás encaprichado de mí.

Él me mira serio durante un momento, pero termina levantando una ceja y sonriendo.

—¿Estás poniendo distancia conmigo con un cojín? —me pregunta, señalando el parapeto que he agarrado como si fuera un salvavidas.

Veo que no está por la labor de contestar a toda la parrafada que le he soltado hace un instante. Tampoco lo voy a presionar para que me conteste, pero me gustaría que hubiese respondido algo como «tranquila, sólo estoy confundido», «en tu cama o en la mía», «pensaba que eras un chico y tenías pene»... No sé, cualquier cosa me hubiese servido. Pero tengo que conformarme con su silencio.

—Rubén, ¿puedo preguntarte algo?

—Claro, preciosa, puedes preguntarme lo que quieras —me responde agarrando el cojín y echándolo a un lado del sofá. Puede parecer una tontería, pero me sentía algo más segura de mí misma mientras me agarraba a ese trozo de espuma y tela.

—¿Qué pensarías de alguien que, sin conocer a otro alguien, cree que tiene

sentimientos fuertes hacia esa persona y con el que desde el principio ha sentido

una conexión diferente y especial, como si no fuera un extraño aun siéndolo?

—

Observo cómo su semblante cambia en un segundo al escucharme—. ¿Creerías que esa persona está loca o algo así?

—Pues, aunque podría parecer una locura, no creo que fuese algo de locos.

Como dijo Edgar Allan Poe: «La ciencia no nos ha enseñado aún si la locura es o

no lo más sublime de la inteligencia». Yo pienso que la vida no sería lo mismo sin las chifladuras que a veces cometemos. Es lo que nos aporta la sal para no caer en la rutina. —Me mira mientras yo lo escucho y finalmente me pregunta

—. ¿Quieres contarme algo en concreto?

—Es que nunca me había sentido tan confundida y decidida a la vez. —

Cierro los ojos un segundo—. Es algo complicado. ¿Sabes las razones por las que me he separado de Enrique?

—Bueno, mi hermana me dijo que necesitabais cosas diferentes.

Suelto una pequeña risa desmotivada mientras niego con la cabeza. ¿Cosas diferentes? Yo claramente lo describiría como que yo necesitaba cosas y él se conformaba con la nada más aburrida y absoluta.

—No es sólo que necesitásemos cosas diferentes, Rubén. Mi matrimonio ha ido apagando la poca mecha que teníamos en nuestra relación. Mi marido cada

vez necesitaba menos contacto de su mujer, y yo... pues soy humana. —

Reconozco que me da un poco de vergüenza hablar con Rubén sobre mis necesidades físicas.

—¿Te refieres al sexo?

—No sólo ha sido por el sexo, pero sí. Se podría decir que ha sido una parte bastante importante.

—Es algo que le ocurre a muchas parejas. ¿Probasteis a ir a terapia o algo así?

—Para ir terapia, deberíamos haber tenido un problema y, según Enrique, nosotros no teníamos ninguno... Sencillamente era yo la que estaba mal.

—Eso es muy egoísta por su parte. Yo no consentiría tenerte desatendida de esa manera.

Ha soltado la frase e inmediatamente se da cuenta de lo que ha dicho, intentando rectificar.

—Te he entendido, no te preocupes. —Le sonrío, transmitiéndole confianza

—. La cuestión es que, hoy por hoy, me planteo que quizá sí que tengo algo mal

en alguna parte de mi cabeza.

—¿A qué te refieres? —me pregunta interesado.

—Pues... Admito que me da un poco de vergüenza hablar contigo de esto.

—Puedes confiar en mí, Valentina. No voy a juzgarte ni a pensar nada raro.

Ya lo veremos.

—Conocí a alguien... diferente. Ese alguien me ha servido de ayuda en este trance que he pasado en mi vida, y de hecho aún sigue siendo un gran apoyo para mí.

—¿Un hombre?

—Sí. O eso espero. —Me río pensando en la posibilidad de que Jack me hubiese mentido y, como en aquel programa de televisión en el que descubrían quién había tras las relaciones cibernéticas, Jack no sea Jack, sino Linda.

Me interroga con la mirada, esperando que explique algo más.

—¿Preparado para la parte de la historia en la que pensarás que debería estar encerrada en un manicomio? —Rubén asiente con una sonrisa y yo continúo—.

El hombre del que te estoy hablando... No nos conocemos en persona. De hecho, no sé si realmente es un hombre, y él no sabe ni siquiera mi nombre.

—Bueno, a veces los sentimientos no atienden a nombres ni a físico alguno.

Buena apreciación, Rubén. Me alegro de que se muestre tan comprensivo, por lo que decido ampliar la información, contándole algo más de la historia.

—Lo conocí en un chat por casualidad. Yo estaba aburrida en casa, sin ganas de hacer nada, cuando vi un anuncio en Facebook que decía «¿Aburrido de hablar siempre con las mismas personas? Somos tu solución». Sí, es un eslogan

realmente pésimo —admito al ver su cara de póquer—. Estaba aburrida y me

dije «¿por qué no?». Así que ahí estaba yo, buscando un *nick* con el que comenzar a charlar en una sala pública en la que no entendía nada de lo que la gente decía. Hablaban todos sin parar y cada persona de un tema diferente, dentro de un chat que tenía una temática un poco particular... Ha habido un sueño que he tenido varias veces que... Bueno, eso ahora no viene al caso. Rubén se acomoda en el sofá y se pasa el dedo por los labios, mirándome atentamente e intentando seguir mi explicación. Decido continuar. Total, de perdidos al río...

—Pues eso, puse un tímido «Hola» y se me abrieron unas quince ventanitas diferentes en las que me preguntaban si tenía webcam, si les enviaba una foto...

Otros directamente me preguntaban si quería algo más atrevido, no con esas palabras tan sutiles, claro está. —Rubén sonrío pero continua en silencio—. Y cuando iba a cerrar la última ventana incluso sin leer lo que me había escrito esa

persona que como *nick* tenía puesto «Jack», algo me hizo leer su mensaje.

—Jack...

—Ajá —asiento y continúo—. Me di cuenta de que era alguien diferente desde el primer momento... No sé cómo explicarlo.

—¿Cuál era tu *nick*? —me pregunta mirando mis manos, que se retuercen encima de mis muslos.

—Steele —le contesto con algo de vergüenza por mi apodo cibernético, tan manido después del éxito de la trilogía erótica del momento—. Pues bueno, no cerré su ventana. No me preguntes el motivo, porque yo aún lo desconozco, pero

algo hizo que conociese a Jack y puedo dar gracias por ello. Me ha ayudado mucho y ha estado a mi lado para hablar, responder a mis preguntas o simplemente leer todo lo que necesitaba explicarle a alguien, aunque fuese un total desconocido.

—¿Sigues hablando con él?

—Sí —admito—. Cada día.

—Pues ya no será tan desconocido para ti, ¿no?

—Bueno, es una relación un poco diferente a todas las que he tenido.

Aunque me alegro de que sea así. —Me descalzo y pongo los pies cruzados bajo

mis muslos—. El hecho de que no nos hayamos visto ni sepamos nuestros nombres nos da a veces el anonimato que necesitamos para poder expresarnos con total libertad, sin tapujos.

—Me gustaría poder llegar a tener algún día una relación así contigo. Poder escuchar los pensamientos tal cual salen de tu cerebro sin que te contengas porque creas que no es conveniente o no está bien. Sin vergüenzas.

Hay que admitir que es una idea bastante sugerente. Rubén es un gran oyente

y me hace sentir cómoda, pero aún es demasiado pronto como para que pueda tener algo así con él.

—Puede que algún día... —murmuro sin mirarlo.

Rubén mira su reloj y parece que le ha entrado toda la prisa del mundo por irse a casa.

—Tengo que marcharme, preciosa. No me he dado cuenta de la hora que es y mañana tengo que madrugar para ir a lidiar con una pandilla de adolescentes hormonados y con déficit de atención selectivo. —Me sonrío de medio lado a la

vez que se levanta del sofá—. Me ha gustado mucho charlar contigo. Se repetirá.

—Cuando quieras, ya sabes dónde vivo. —Le guiño un ojo.

Me acerco a la puerta después de haberle obligado a dejar los platos en la mesa, insistiendo en que ya los recogeré yo, pues no tengo otra cosa que hacer.

Cuando nos estamos despidiendo, me hace una última petición.

—Prométeme una cosa.

—Eh... Sí. Claro —le contesto dubitativa, sin saber qué será.

—Nunca tengas secretos conmigo.

¿Y esta petición? Que yo sepa acabo de pasarme más de una hora hablando sin parar y destapándole mis secretos, aunque evidentemente no en su totalidad... Las intimidades prefiero que sigan siendo eso mismo, intimidades.

—Todo el mundo tiene secretos, Rubén. No puedo prometerte algo que es muy probable que no cumpla.

Parece sopesar mi respuesta. Finalmente niega con la cabeza y me dedica una sonrisa poco convincente que no le llega a los ojos.

—Buenas noches, Valentina. Cuídate.

—Buenas noches, Rubén.

## **Capítulo 5**

### **Santa Valentina tiene un plan**

La semana transcurre de manera lenta pero sin sobresaltos. Envío algunos currículos por Internet y termino de colocar mi vida en mi nueva habitación, porque aún tengo el dormitorio lleno de cajas, lo que me ha costado varios cardenales en las espinillas por los golpes. Rubén no ha vuelto a venir a casa y

Rebeca llega por la noche, por lo que paso demasiado tiempo sola y aburrida en

mi nuevo hogar, así que, como nunca he sabido estarme quietecita, dedico mi tiempo libre, que es casi todo el día, a pasear por el vecindario, leer y salir a correr para mantener la línea... costumbre que perdí hace algunos años y que ahora he decidido retomar.

Y por si alguien se pregunta el motivo por el que no he dedicado mi tiempo libre a Jack y nuestra extraña relación, la respuesta es bien sencilla. Mi olfato de

investigadora de pacotilla ha deducido que Jack, en su día a día, debe de tener un

trabajo que le absorbe las horas como a una buena parte de la población. Vale,

no. No he descubierto esto por tener poderes ni nada por el estilo.

Sencillamente,

después de dos días seguidos hablándole y tras no recibir respuesta hasta pasadas

varias horas, acabé preguntándole y me confesó que tenía obligaciones laborales

que no le permitían estar conectado todo el tiempo que quisiera. De todas

maneras, las noches siguen estando reservadas para ambos, para pasarlas delante

del ordenador hasta altas horas de la madrugada, charlando y avanzando un poco

más en nuestra peculiar relación. Debo confesaros que el orgasmo que me

«concedió» en el baño ha sido el primero que hemos compartido, pero ni mucho

menos el último...

En casa, la convivencia con Rebeca parece ir sorprendentemente bien y debo

admitir que estoy algo asombrada. Parece que hayamos estado viviendo juntas

con anterioridad y el reparto de tareas ha sido favorable para las dos: yo me encargo de la cocina y la plancha, y ella, de la limpieza y el orden. ¡Y todas contentas!

Este lunes Rebeca llegó de la redacción y, mientras cenábamos, me contó

que había estado pensando en prepararle a su hermano una fiesta sorpresa por su

cumpleaños para este fin de semana. Me entusiasmé mucho con la idea,

pensando que así podría mantener mi tiempo libre ocupado en algo, organizando

la sorpresa. Mi amiga decidió hablar con Santi, ya que, teniendo en cuenta que es quien más tiempo pasa con Rubén, podría ayudarnos con la elección de la celebración a preparar. Bajo amenaza de la pelirroja de mi amiga, Santi nos juró

que no le contaría nada a Rubén y nos ofreció su casita a pie del bosque del Aquelarre para celebrarlo todos juntos, al más puro estilo rural en Viladrau,

Girona.

Ya es jueves por la noche y me encuentro tirada en el sofá con toda la casa a

oscuras, viendo la maldita película de *Expediente Warren*. He querido hacer tiempo para conectarme a Internet en mi cita diaria con el teclado, pues aún no le

he contado a Jack que este fin de semana no estaré en casa y no sé realmente cómo se lo va a tomar.

¡¡¡¡Joder!!!! —me sobresalto—. Menudo susto me acabo de llevar con la

dichosa película... ¡¡Que tenía al espíritu al lado, en la escalera!! ¡¿Quién me

mandará ver esto?! Estoy totalmente acojonada...

Y, como no podía ser de otra manera, todos los ruidos siniestros deciden

hacer acto de presencia a mi lado, provocando que encoja las piernas y me haga

una pelotita, como un bicho bola, sobre el sofá. Todos los muebles crujen y suenan... La nevera empieza a funcionar con mayor potencia... Una risa de alguien en la calle me pone los pelos de punta... Mi mente deja de intentar encontrarle lógica a todo y pego un bote en el sofá, que por poco me deja colgada del ventilador de techo, cuando un gran estruendo suena en el interior de la casa. ¿Habrá momentos en los que puedan entrar a allanar nuestra tranquila casa, que tiene que ser justo ahora? Parece ser que no... Mi mala sombra me acompaña.

Me levanto del sofá sin soltar el cojín, dirigiéndome a la cocina para poder coger algo con lo que defenderme. Mis únicas posibilidades de ganar una contienda contra el supuesto asaltante serían que éste resultase ser un niño de, como máximo, doce años, y eso siendo demasiado optimista con el resultado...

Pero no olvidemos que yo soy Valentina fatalidades.

—Rebeca no podría haber escogido un peor día para acostarse temprano —expreso en susurros para mí misma, mientras busco algo en la cocina que me sirva como arma arrojadiza o de defensa—. ¿Cuchillo? Descartado, podría acabar clavándomelo yo y para qué queremos más. ¿Sartén? Sí. La sartén debería valer. Mierda, están todas sucias... Rebeca también ha decidido que hoy sería un buen día para dejar de hacer sus tareas de limpieza. A ver, a ver... Algo

tiene que servirme —murmuro, encontrando por fin algo que puede resultarme útil.

Con mi arma casera agarrada fuertemente con ambas manos, avanzo por el pasillo de manera sigilosa. Veo luz en el baño y oigo el agua de la ducha correr,

por lo que intuyo que Rebeca no se ha acostado aún y está relajándose un rato en

la bañera. Bañera, humm... Quizá le pida a Jack que repitamos, realmente estuvo muy bien y esta vez sí que cerraría el pestillo para que no...  
¡¡¡Mierda!!!

Joder, joder, joder... Vale, que no cunda el pánico, pero acabo de oír ruidos en la

habitación de mi amiga, como si alguien estuviera removiendo algo entre los cajones.

Miro la puerta del baño. Giro la cabeza y miro la de la habitación de Rebeca.

Vuelvo a mirar al baño... Todo esto sin soltar en ningún momento el agarre de mi objeto de defensa. Respiro hondo, me posiciono frente a la puerta del

dormitorio y decido que, si hay que morir, por lo menos que sea de una forma heroica. Y chillando. Sobre todo chillando muy fuerte.

—¡¡¡Aaahhh!!!

—¡¡¡Joder!!! ¡¡¿Qué cojones haces, loca?!! —Rebeca me chilla desde la

cama, en la que se ha caído del sobresalto que ha sufrido al verme entrar de esta

manera.

La miro. Observo la habitación y empiezo a entender que me he montado una película en la cabeza que ni el mismísimo Quentin Tarantino.

—¡¡La madre que te parió qué tranquila se quedó, hija mía!! —Se lleva la mano al pecho, intentando controlar su respiración después del susto—. ¡¿Me quieres matar de un infarto o qué te pasa?! —Dirige su mirada hacia mis manos.

Agacho la cabeza y sigo el recorrido de sus ojos, pensando en lo patético de la situación que acaba de ocurrir, pero, sobre todo, imaginando lo que ha tenido

que pensar Rebeca al verme entrar con la fregona en la mano en modo pértiga y

chillando como si me fuera la vida en ello. Pero, aunque ahora me resulte absurdo, he pasado mucho miedito hace unos minutos...

No puedo contenerme más y estallo a reír a carcajadas, contagiando a Rebeca. Terminamos llorando de la risa, ella tirada en la cama agarrándose el estómago, y yo en cuclillas en el suelo, sin poder parar de reír.

—¡Para..., para, por tu madre...! Ja, ja, ja, ja, ja. ¡Qué me voy a mear encima, Val...!

—Ay, ja, ja, ja, ja, ay... Si es que... Tú no te has visto la cara cuando he entrado... Ja, ja, ja, ja. Ay, qué dolor de tripa de tanto reírme.

—¡Serás guarra! ¿Y qué querías que hiciera? Si has entrado que parecías un

caballero medieval con lanza en ristre dispuesta a atacarme —me contesta a duras penas, aguantando las vibraciones de la risa que lucha por seguir sacudiéndola—. ¿Se puede saber en qué leches estabas pensando para entrar así en mi habitación?

—Definitivamente, debes prohibirme ver películas de miedo... Creí que había un asaltante en la casa... He oído ruidos extraños y, al oír el agua de la ducha abierta, he pensado que estabas en el baño y que había alguien en tu habitación.

—¡Coño, el agua! —Sale corriendo camino al baño y vuelve a los pocos minutos—. Pensé en prepararme un baño para relajarme después de hacer la maleta. —Me señala la ropa y los cajones abiertos.

—¿Y el golpe que he oído hace un momento? —le pregunto, sin entender a qué ha venido tanto estruendo.

—Pues que la maleta se ha rebelado contra mí y ha amenazado con lapidarme al caérseme encima cuando la bajaba del armario.

Definitivamente me siento muy ridícula.

—Yo qué sé... Te aseguro que estaba bastante asustada y pretendía defender nuestra casa con uñas y dientes.

—Y un mocho...

Miro la fregona.

—Y un mocho —afirmo.

—¿Y qué se suponía que ibas a hacerle con la fregona despeluchada? ¿La prueba del algodón no engaña?

—¿Atacarle? —le contesto dubitativa, entendido lo absurdo de todo esto.

—Atacarle... —Se empieza a reír de nuevo—. Anda, petarda, deja de hacerte la heroína esta noche. ¿No hablas con Jack hoy? —me pregunta mientras

cierra la maleta y la baja de su cama.

—Imagino que dentro de un rato —le contesto sin entusiasmo alguno.

Rebeca me mira con una ceja levantada, seguramente preguntándose qué es lo que me ocurre para no estar delante del ordenador como cada noche.

—¿Me lo cuentas?

—No tengo nada que contar...

—Valentina Cruz, soy tu otra mitad, así que no me vengas con cuentos chinos. ¿Qué pasa?

Mierda. Qué mal disimulo, joder.

—Tengo miedo.

—¿Ha pasado algo? ¿Se ha atrevido a pedirte algo que te ha asustado? —me pregunta protectora, dispuesta a comerse a Jack a través del ordenador si fuese necesario.

—No es por eso... —Suspiro—. No le he dicho aún que no estaré este fin de

semana para poder hablar con él —admito finalmente.

—¿Y eso es importante porque...?

—Porque no hemos dejado de hablar ni un día, aunque sólo fuese un simple mensaje para darnos los buenos días... Y sé que allí no vamos a tener cobertura para Internet.

—¿Y por eso se va a enfadar?

Veo por su expresión que no consigue entenderme.

—No es que se enfade. No creo que se lo tome así, la verdad, pero no sé cómo decírselo. No me hace ilusión ser yo la primera que incumpla nuestro acuerdo no hablado sobre las conexiones diarias.

—Mira, Val, te voy a decir una cosa muy clarita. —Se sienta en la cama— Si ese tío está interesado en ti, que parece estarlo, no creo que vaya a enfadarse porque te vayas un fin de semana fuera de casa y no puedas hablar con él. Y, si se enfada, mándalo a tomar por culo y a otra cosa mariposa... Que el río está lleno de peces para que te quedes con Nemo y su aleta malita.

¿Qué habla esta loca de Nemo?

—Creo que esperaré para decírselo hasta el final de la conversación, cuando nos vayamos a despedir. Así no podré echarme atrás en el viaje.

—¡Ah, no! De eso nada, bonita de cara. Tú vienes y punto, eso no es discutible. Pero... ¿Crees que lo mejor es decirle «ey, guapetón, que verás, te

quería comentar, en unas horas me voy de fin de semana con los colegas, pero oye... ¡no te preocupes! Que ya encontraré la forma de comunicarme contigo mediante señales de humo o algo»? —Me río por las caras que pone, pero comprendo a lo que se está refiriendo—. Vamos, Valentina, no seas cobarde y díselo. Cuanto antes, mejor.

—¡No es cobardía, Rebeca! No lo entiendes... —Me llevo las manos a la frente y apoyo los codos en mis rodillas.

—Pues ayúdame a entenderlo. No veo nada de malo en que le digas que no estarás este fin de semana. No se va a acabar el mundo y así el lunes os cogeréis

con más ganas.

Sigo sin estar convencida.

—Ya...

—Espera, espera, espera. ¡Ya sé lo que ocurre! No quieres decírselo porque eres tú la que no sabes qué vas a hacer sin hablar con él tantos días, ¿me equivoco? —Me señala con un dedo—. Pues que sepas que no te vas a escaquear.

—No. No te equivocas y tampoco me voy a escaquear.

—Nena. Vas a estar conmigo y con mucha más gente. También estará mi hermano, que os lleváis muy bien, y te prometo que no vas a tener tiempo para pensar en Jack. Lo vamos a pasar de miedo, ¡ya lo verás!

Pero ya se sabe que el humano es un animal de costumbres, y yo ya tengo en mi cabeza organizado el plan. Por lo que esta noche, mientras veo pasar el tiempo en el reloj de la pantalla del ordenador, mi impaciencia va creciendo.

Steele: ¿Y eso os gusta? Por Dios, no puedo imaginarme que un... ¿Cómo dices que se llaman?

Jack: Plug con rabo.

Steele: ¡Eso! Pues que no me veo yo muy sexy con una colita de animal saliendo de mi culo, la verdad... Pero bueno, ya se sabe que para gustos...

Hemos estado manteniendo una conversación sobre adornos corporales bastante interesantes. La de cosas que estoy aprendiendo hoy antes de irme a la cama.

Jack: Pues ya has visto que hay de todo y para todos los gustos. Se trata de crear situaciones morbosas y realizar las fantasías de tu amo. Si a tu amo le pone verte con una colita, seguramente tú quieras usarlo para satisfacerlo.

Steele: Ya veo, ya —tecleo poco convencida, sabiendo que no puedo demorar más el decírselo.

Steele: Jack, necesito hablarte sobre algo.

Jack: ¿Qué te pasa, nena?

Steele: Verás, es que hay algo que debería haberte explicado desde hace días, pero no sé de qué manera abordarlo.

Me infundo ánimos interiormente mientras escribo y reescribo el mensaje, intentando encontrar las palabras exactas.

Jack: Sabes que siempre te he pedido que me escribas y no borres nada de lo

que hablamos. Sólo déjalo salir, escribe y no pienses.

Está bien. Decido hacerle caso y dejo volar mis dedos por el teclado, iluminado por la luz amarilla de la lamparita en forma de corazón que tengo sobre mi escritorio. Saco de dentro todo lo que llevo días deseando explicarle, esperando que no se lo tome demasiado mal. Sea cual sea su reacción, la voy a

descubrir en menos de dos minutos.

Steele: Pues la cuestión es que voy a estar incomunicada todo el fin de semana. Sé que debería habértelo dicho antes y no dejarlo para el último momento, lo sé y lo siento... Pero, de verdad, no sabía cómo afrontarlo sin sentir que estaba fallándote.

Respiro y sigo escribiendo, sacándolo todo de mí.

Steele: A ver, tampoco es que seamos pareja ni nada parecido, pero, desde que nos conocemos, hemos hablado cada noche y el hecho de ser yo la que rompa esta rutina me hace estar intranquila. Me he dicho durante estos días «¡no te preocupes!, seguro que Jack lo entenderá, es algo lógico y cada uno tiene su vida...» Pero, por otro lado, pensaba «¿seré capaz de estar todo el fin de semana sin hablar con él?»

Mientras escribo, sé que estoy diciendo demasiadas estupideces, pero es lo que me ha dicho, que escriba y no piense. Que lo saque todo, lo primero que mi

mente me traiga al pensar en lo que me ocurre.

Steele: No quiero que pienses cosas raras, de verdad...

Jack: A ver, nena, tranquila.

Steele: Estoy tranquila ahora mismo. La intranquilidad me la produce el no saber cómo vas a

reaccionar.

Jack: No te precipites. Esa cabecita tuya corre demasiado de prisa. Eres libre de hacer lo que quieras, nena.

Steele: ¿Entonces, no te importa?

Lo pregunto un poco decepcionada con su reacción. Sí, soy mongola y no sé

lo que quiero... Si se enfada, porque no me deja vivir mi vida. Si por el contrario

se alegra, pienso que no le importo... ¿Quién me entiende?

Jack: Te mentiría si te dijese que no voy a echar de menos hablar contigo como cada noche, pero yo no soy quién para decirte qué debes o no debes hacer en tu vida. Aunque fueses mi pareja, como tú has dicho antes, tampoco tendría potestad para hacer tal cosa. Eres libre de tomar tus propias decisiones, no lo olvides nunca, cariño.

Ni se enfada ni se alegra; según ha dicho, me echará de menos, pero quiere

que sea feliz y haga lo que necesite. Y debo reconocer que el *cariño* del final de

la frase me ha ablandado totalmente, y eso es algo nuevo en mi relación con

Jack. En otras ocasiones me ha producido respeto, curiosidad, alegría,

confianza... Pero el afecto y cariño de este tipo de palabras es la primera vez que

lo usa para dirigirse a mí.

Steele: ¿Eres real?

Jack: ¿Cómo?

Steele: Dime que no eres una tía que se está haciendo pasar por un amo, por

favor. Porque, si al final resultas ser una mujer, me voy a llevar un chasco impresionante.

Jack: Ja, ja, ja, ja, ja. Comprobarás que no soy una mujer, nena. Si hay algo de lo que estoy orgulloso en mi relación contigo (y debo decir que es casi lo único), es de haber sido sincero con respecto a mi género.

Me quedo un momento descolocada por su respuesta. ¿No está orgulloso de lo que hemos construido, de la confianza y las escasas experiencias que hemos compartido?

Él parece haber releído el mensaje que me acaba de mandar y decide rectificar.

Jack: Olvida lo que acabo de decir. Ya sentirás lo hombre que soy, no te quepa la menor duda de que tarde o temprano me sentirás a tu lado y podrás comprobarlo tú misma. A tu lado, encima, debajo...

Steele: Espero que sea más temprano que tarde.

Jack: ¿Estás preparada?

Steele: ¿Para verte? Sí. Claro que sí.

Jack: Te noto muy segura. Eso me gusta, me gusta tu carácter decidido y el hecho de que afrontes los desafíos con la cabeza bien alta.

Steele: Has hecho que desee comprobar si, las cosas que dices cada noche que me vas a hacer, las llevarás finalmente a cabo.

Le reto, jugando un poco.

Jack: Oh, nena, no sabes lo que incitas intentando desafiarme. Ahora vas a hacer algo por mí, a ver si así consigo no salir de tu cabeza en todo el fin de semana que vas a pasar fuera sin complacer a tu amo. ¿Lista?

¿Mi amo? Bueno, quizá es más acertado decir mi ciberamo. Pero sé qué es lo que viene a continuación, así que espero sus siguientes órdenes, sintiendo cómo

se contrae mi sexo ante la perspectiva de una noche más de juegos.

Y, antes de cerrar los ojos e irme a dormir, debo confesaros que, aun a riesgo de parecer rarita, nunca antes había pensado en los beneficios del pepino hasta esta noche, en la que Jack me ha ordenado ir de excursión a la cocina para buscar algo con forma fálica. Sí, sí... El pepino como hortaliza y juguete improvisado de placer femenino. Según Jack, el plátano no es buena idea porque

podría terminar haciendo puré... Pero el pepino, con sus rugosidades y ese frescor que retiene por haber estado en el frigorífico... Os podéis hacer una idea,

¿verdad?

Menos mal que soy yo la que se encarga de cocinar, porque no sé qué le respondería a mi amiga si me preguntase por Pepineitor.

## **Capítulo 6**

### **Entre sueños**

Abro los ojos con la ilusión propia de una mañana de Navidad, mezclada con la excitación que aún queda en mi cuerpo por todo lo que ocurrió ayer por la noche con Jack. Me encanta despertarme y estirar mis pies en la cama, buscando

el frescor propio de las mañanas que anuncian el final del verano. Me quedo

remoloneando un poco más, con los ojos aún cerrados y la perspectiva de disfrutar al máximo este fin de semana en el campo, sintiendo unos crecientes nervios en mi estómago. Espero que todo salga bien y a Rubén le guste la sorpresa...

Rebeca se ha encargado de avisar a todo el mundo, ayudada por Santi, que ha sido quien le ha dado los teléfonos de la gente que ella no conocía. Tenemos suerte de contar con él, porque, de no haber sido así, habría resultado muy triste

con los cuatro como máximos invitados al evento. Aunque, ahora que lo pienso... quizá así sería menos incómodo. Nunca me han gustado en exceso las reuniones de gente tipo «Gran Hermano», donde la mayoría no se conoce y siempre hay alguna trifulca. ¡Vale! Ya lo estoy volviendo a hacer... Vuelvo a sacar la negatividad que reside en una pequeña parte de mi ser, pero es que no puedo evitarlo, y menos pensando en que la suerte nunca está de mi lado y seguro que me ocurre algo ridículo o espantoso en algún momento.

Salgo de la habitación y oigo a mi amiga hablar por teléfono con Santi. Se ve que le está dando las últimas lecciones para hacer que su hermano no sospeche nada. Me hace gracia escuchar el tono de voz que usa con él, como si estuviese

tratando con un niño pequeño.

—... Sí. Me parece bien, ¡pero no te vayas a salir mucho del plan! —lo

alecciona—. Ya sabes, nosotras nos encargamos de ir ahora a hacer su maleta a

vuestra casa y tú sólo te tienes que ocupar... —Veo que se queda callada,

escuchándolo—. No, Santi, no voy a husmear entre sus cosas... —Pone los ojos

en blanco y sonrío maliciosamente.

Santi, no sabes lo que has hecho. Decirle a Rebeca que no haga algo es razón de más para que a ella se le concentren todas sus energías en llevarlo a cabo.

—Vale, vale —continúa—. Tú límitate a llevarlo hasta allí con la excusa de la chica esa que me has dicho y nosotras nos encargamos del resto.

Eso es. Nosotras nos encargaremos de... Un momento, ¿chica? ¿Qué chica?

Mi boca se tuerce en una mueca involuntaria al sentir un pellizco en el estómago.

—Sí... Sí... ¡¡¡Que sí!!! —resopla señalándome el teléfono y haciendo con sus dedos el gesto de dispararse a la cabeza—. Vale... Ve informándome por WhatsApp... Adiós.

Cuelga el teléfono y suspira profundamente mientras se sienta en el sofá, con el mismo desplome como si hubiese estado corriendo la maratón de la ciudad.

—¡Qué cansino! —Cierra los ojos y apoya la cabeza en el respaldo—. Si no me ha repetido cuarenta y tres veces que nos limitemos a coger la ropa de Rubén

y salir del piso, no me lo ha repetido ninguna. —Observo cómo se frota las manos y me mira con los ojos entrecerrados—. Mua, ja, ja, ja. —Imita una risa maligna.

—Rebeca... No empieces.

—¿Yo? —Se señala inocentemente—. No sé qué insinúas.

—Voy a acabar de recoger mis cosas y salimos, ¿vale? —le pregunto, terminando de comerme la tostada de mantequilla y pavo que me he preparado mientras ella hablaba por teléfono.

Gira la cabeza, mirando el reloj de la cocina que se encuentra por encima de mi cabeza.

—Sí, porque vamos con la hora en el culo —se lamenta y se derrumba de nuevo en el sofá—. Deberíamos habernos levantado antes, pero es que la cama me tenía atrapada y no me dejaba salir. ¡He estado a punto de exigir un rescate!

—Pues yo no he corrido mejor suerte que tú. Ayer estuve conectada con Jack hasta las tantas de la madrugada y se me han pegado las sábanas.

—Humm... A saber con qué se te han pegado las sábanas, guarrilla... —

Eleva las dos cejas de forma sugerente.

Decido obviar su comentario y termino de recoger mis cosas, encontrándome de nuevo con ella en el salón, preparada para recorrer unos cuantos kilómetros al

volante. No sé, pero tengo la misma impresión que ayer cuando estaba preparando la maleta.

—Tengo la sensación de que se me olvida algo. Llevo desde ayer igual y no caigo en qué puede ser... —le digo a mi amiga al entrar en el barrio de los chicos.

—A ver, repasemos. —Se reacomoda en el sillón del copiloto y me mira—. ¿Ropa interior?

—Claro, es lo primero que he metido. No iba a ir en plan comando... Asiente y enumera con sus dedos.

—¿Pijama? ¿Cosas de aseo? ¿Ropa suficiente para pasar un fin de semana en el campo como «Dora la Exploradora»?

—Sí, sí y... ¿«Dora la Exploradora»? —Me echo a reír—. Llevo ropa, sí. No sé, ya te digo que desde ayer habré repasado la maleta unas cuatro veces y no encuentro que falte nada.

—Pues no faltará nada, será una sensación nada más. Si hasta llevas la tableta y sabes que no vas a pillar cobertura en ninguna parte... Lo tuyo es grave, amiga.

—Nunca se sabe, lo mismo en alguna zona me...

Me sobresalto al escucharla pegar un chillido a mi lado, señalando por la ventanilla.

—¡¡Mira, Val!! —Me señala un lugar donde aparcar, cosa milagrosa en este

barrio.

En su espontáneo gesto casi se lleva por delante a un ciclista, que ha tenido que esquivarla y ahora mismo está acordándose de todos los ancestros del árbol

genealógico de la familia Ventura.

—¡Joder, qué susto, Rebeca! —Respiro agitadamente tras el aspaviento de mi amiga, mientras pongo el intermitente para señalar que voy a aparcar—.

¿No podías simplemente haber dicho «aparca»?

—Hija, qué corazón más pequeño tienes. —Observo que saca la cabeza por la ventanilla y le lanza un beso al ciclista, que sigue relatando mientras se marcha cabreado—. ¡Venga, venga, que vamos tarde y tenemos que ser las primeras en llegar y escoger habitación!

Uuuuu... Menudo pisito de solteros tienen los chicos. Si no fuese porque sé que el sueldo docente no da para los muebles de diseño que parecen ocupar la casa, pensaría que son auténticos. ¿En Ikea hacen muebles de este estilo tan sofisticado? Sí que han cambiado estos suecos...

Mientras, observo todo a mi alrededor, pasando la mano por las superficies lisas y frías del metal que componen la mayoría de muebles a la vista, combinados con paredes neutras pintadas en un color gris claro muy elegante. Una enorme televisión preside el salón desde la pared en la que se encuentra colgada. Seguro que se les deben ver hasta las espinillas a los actores, madre

mía, ¡qué exageración! Veo cómo Rebeca se dirige a un aparato que está colgado

en la pared con unas letras grabadas en gris en las que pone «Bang & Olufsen» y

empieza a trastear con sus deditos por la pantalla táctil. No sé si sabe lo que está

haciendo, pero tiene pinta de ser caro y no creo que los dueños de la casa aprobasen el modo de aporrearlo que está usando, muy poco delicado, cabe admitir.

Me acerco a la barra americana de acero que separa la cocina del salón, admirando lo masculino que parece todo, cuando el sonido de una guitarra eléctrica me perfora los tímpanos, haciendo que me sobresalte. Miro a Rebeca y

le pido que baje el volumen, pero decide ignorarme y se acerca a mí.

—¡¡Vaya!! Qué marcha... No imagino yo a Santi escuchando Lenny Kravitz.

Seguro que es cosa de mi hermano —me grita moviéndose con la canción que suena, que resulta ser *Are you gonna go my way*, [\[3\]](#) según lo que marca la pantalla táctil del aparato—. ¡Vamos! Manos a la obra... —Se encamina hasta un pasillo en el que imagino se encontrarán las habitaciones.

Me limito a asentir, intentando acostumbrarme al volumen del sonido

mientras voy tras ella. Espero que la casa tenga una buena insonorización,

porque, si no es así, vamos a tener a los vecinos aporreando la puerta en unos segundos.

—Uy, uy, uy... —Rebeca se para en medio del pasillo con los brazos en jarras, donde un armario que no pega nada con la decoración de la casa preside

el espacio. Se trata de un objeto de madera antigua, con una serie de grabados y

símbolos en negro y dos aldabas de hierro con pinta de ser muy antiguas, como pomos para abrirlo—. ¡Dichoso armario! —despotrica mientras sigue intentando

abrirlo, sin rendirse—. ¿Qué escondes que no quieres que nadie vea?

—Rebeca, deja eso, anda. Vamos a la habitación de tu hermano y limitémonos a recoger su ropa.

—Sólo será un momento... —murmura con la cara pegada a la puerta del mueble, intentando mirar por el hueco donde se supone que encaja la llave.

—¡Deja de fisgonear!

—Habló santa Valentina la mártir. —Desecha la idea de ser sutil y comienza a pegar tirones de los llamadores que hacen de pomo—. No pretenderás hacerme

creer... que no quieres saber... qué... esconde... esto —me pregunta con la respiración agitada mientras va haciendo presión con sus brazos, intentando abrirlo por todos los medios.

A ver, mentiría si dijese que no me ha entrado cierta curiosidad por abrirlo.

Se ve tan llamativo al desentonar en la casa con un estilo totalmente

diferente...

Parece que esté invitando a su escrutinio. Pero sinceramente nunca me ha gustado fisgonear en las cosas de los demás y ahora no va a ser diferente.

Además, debemos recordar que Santi nos ha pedido que nos limitemos a la habitación de Rubén. Por miedo a ser descubiertas en algún momento, pues

conociendo mi suerte seguro que llega alguno de los chicos y nos pilla con las manos en la masa, agarro a mi amiga del brazo y tiro de ella para impedir que siga insistiendo.

—Déjalo ya, Rebeca. No se va a abrir.

—Puto armario de Narnia —se lamenta, dejándolo por imposible—. Está bien. Vamos a por las cosas de mi hermano.

La habitación de Rubén resulta ser todo lo contrario a lo que había imaginado. Teniendo en cuenta la decoración de toda la casa, esperaba un sitio frío, serio, masculino. Y masculino es lo único que podría caber en su definición.

La habitación tiene un efecto óptico maravilloso, porque parece que estás mirando un horizonte a través del mar. Los colores cálidos y a la vez con fuerza

que componen el lienzo que ocupa todas las paredes del cuarto me transmiten una calma instantánea. Los muebles son sencillos y blancos, siendo la cama un tatami de madera sobre el suelo, con una mesilla baja a cada lado y un colchón

lleno de cojines encima. Todo blanco immaculado.

Me siento en la cama con la maleta apoyada en el suelo, doblando y guardando las prendas que mi amiga me va pasando, escuchándola resoplar y corregir cómo lo hago, porque según ella no sé hacer maletas ni doblar la ropa de

una forma óptima. Ya os avisé de que era un poco maniática...

—Toma, esto es lo último. Voy a ir al baño a recoger sus cosas de aseo y nos marchamos —me dice, pasándome la última camiseta.

Cuando sale de la habitación, hago lo que llevo pensando desde que hemos empezado con la tarea y no he hecho porque la tenía delante. Me llevo la camiseta a la cara e inhalo el olor que desprende, cerrando los ojos y aspirando

fuerte y hondo. Vaya... Sin duda el suavizante huele muy bien, pero no era lo que yo esperaba oler.

Una vez recogidas todas las cosas, nos marchamos del piso y nos encaminamos hacia nuestro destino de fin de semana.

Mi humor ha ido cambiando conforme han ido avanzando las agujas del reloj, haciendo que me convierta en una digna pariente de la niña del exorcista.

Después de confundirnos con las salidas que debíamos tomar en varias ocasiones, y empezar a desesperarme con las explicaciones que da el GPS

combinadas con las de Rebeca a mi lado, creo que voy a dar media vuelta y volver a casa.

—Naturaleza... Campo... Parajes de ensueño... ¡Y carreteras de mala muerte! —despotrico—. ¿Santi no podía haber elegido un sitio más perdido de la

mano del hombre? ¡Joder!

—Qué negativa te veo, Val. —Rebeca abre la ventanilla y aspira el aire que llega a su cara. Ojalá se trague un mosquito—. Deja de quejarte, anda... Ya verás lo bien que lo vamos a pasar. Estos paisajes son preciosos, ¿no crees?

—¿Has estado desayunando con Heidi o qué? —le pregunto malhumorada.

—Respira, Valentina —me anima con un movimiento de manos al más puro estilo profesora de yoga—. Deja que tus pulmones se llenen de aire puro.

—Te has fumado algo, por lo que veo, porque yo no le pillo el punto a esto.

—Otra indicación del GPS me hace tener que incorporarme a una nueva carretera en el último segundo, enfureciéndome—. ¡Cómo se nota que no es a ti

a quien le tocan el claxon! —le chillo al aparato que me vuelve a indicar: «Acien-metros, gire a la derecha»—. ¡¡¡¿A la derecha?! ¿Pero qué pretendes con

nosotras? ¿Matarnos? ¡¡A la derecha hay un precipicio!!

—¡Ahí está! Deja de hablarle a la máquina y mira el cartel. —Me indica una señalización roída por el paso del tiempo en la que se puede leer Montseny—.

Es

por allí. Recuerdo que Santi me ha mencionado esta salida al explicarme cómo llegar.

La intento fulminar con la mirada. ¿Santi le ha explicado cómo llegar y ella se ha pasado todo el camino aspirando aire y diciendo gilipolleces? La mato.

Ommggg... Inspira, espira...

—Espero que el camino sea el correcto, Rebeca. Necesito llegar y relajarme.

Una cerveza bien fría...

—¡¡Ése es el espíritu!! Beber y disfrutar —me contesta con una gran sonrisa.

Tras tener que preguntarle a una pandilla de mozos lugareños de la edad de mis abuelos y tener que dar la vuelta en un par de ocasiones, por volver a seguir

las indicaciones erróneas del aparato del demonio, conseguimos llegar a la entrada de la finca.

«Ha llegado a su destino.»

—¡¿No me digas?! —Odio este cacharro de Satán—. ¡No ha sido gracias a ti precisamente, asqueroso trasto diabólico!

—Ay, Valentina... ¿Quieres dejar de hablar con las máquinas? Ellas no te entienden. No hablan tu idioma. —Se está burlando de mí, la muy perra—.

Anda, bajémonos del coche, que necesito estirar las piernas.

La miro y alzo una ceja, poniendo cara de malas pulgas.

—Sí, pobrecita... Has debido de estar incómoda en el trayecto...

¡¡Despatarrada en el asiento del copiloto durante todo el camino!! —le digo mientras bajamos del vehículo y nos encaminamos por el sendero hacia la casa.

—Que buen polvazo te hace falta, guapita.

—La que fue a hablar...

Nos quedamos totalmente calladas y con una expresión de absoluto asombro cuando vislumbramos al final del camino la «casita» de Santi. ¡Madre mía de mi vida! Esto podría ser tres veces la casa donde estamos viviendo ahora Rebeca y yo, y no es que la nuestra sea precisamente pequeña.

—¿Casita? —pregunta Rebeca, incrédula—. Ajá. Una casita en toda regla.

No sé cómo vamos a caber todos —comenta irónica.

Realmente el dueño no le ha hecho justicia describiéndonosla como un pequeño y remoto lugar para pasar el fin de semana en el campo. No sé, llamadme vulgar, pero, cuando me imagino un fin de semana en el campo, a mi mente acuden las imágenes de una mesa plegable y poco estable en algún lugar con sombra, unos cuantos tápers con tortilla y filetes empanados, y ropa cómoda

con la que poder mancharme al tirarme en la hierba del suelo. Bien, pues, si es lo

mismo que has pensado tú, olvídalos, porque lo que esta casa invita a hacer es a

colocarte una pamelita y pasearte por toda la propiedad con unos tacones de infarto y un vestido playero, que cueste más que la piscina en sí, mientras llamas

al mayordomo. ¡¡Jeffrey!!

Bajando de mi nube de ostentación, os pongo en situación para que podáis descubrir que lo que digo no es mentira. Situada al pie del bosque del Aquelarre,

como así reza en el cartel un poco más separado de la casa, nos acercamos a la

entrada sin perder detalle de nada. Un mágico y sinuoso sendero continúa por el

lateral de la casa y termina perdiéndose en la espesura boscosa, donde podemos

ver grandes robles, castaños y hayas en todo su esplendor. Se nota que la

propiedad tiene solera y que no han escatimado en gastos para mantenerla

intacta, aun con el paso de los años y sus inclemencias. No se trata de una

construcción moderna, sino todo lo contrario. Es una preciosa edificación en

piedra con unas dimensiones bastante considerables, en la que podrían convivir

perfectamente varias familias en su interior sin molestarse. Se fusiona

afinadamente con el entorno, pues, en algunas paredes, las enredaderas de

diferentes especies de la zona trepan por la fachada, dotándola de un aspecto

vivo y fresco, incluso con las altas temperaturas de este fin de semana.

Todo el entorno se encuentra en un agradable silencio, interrumpido

únicamente por el canto de los pájaros y el sonido constante de las chicharras, haciendo que nos sintamos como unas intrusas en un lugar repleto de naturaleza.

Me viene a la cabeza irremediablemente mi lugar de origen y los fines de semana que pasamos juntos, en familia, en la zona de La Codosera, en mi Badajoz natal. No es que ambos sitios sean iguales, pero la sensación de calma,

paz y tranquilidad que siento ahora mismo es totalmente como me hacía sentir aquel lugar en el que jugaba a entender a las plantas y árboles.

Dejamos a un lado el camino hacia el bosque para dirigirnos, a través de un cuidado arco de piedra, a un patio delantero. Allí hay un porche construido con

grandes vigas de madera a modo de poste, donde descansan unos cañizos que resguardan del abrasante sol exterior. Una gran mesa de hierro y mármol preside

el centro de la terraza, rodeada por algunas plantas de diferentes tonalidades de

verde, haciendo del espacio un lugar agradable y acogedor donde salir a sentarse

y disfrutar de un ratito en buena compañía o en soledad, dependiendo del momento.

—¿Entramos?

—Vale, voy a coger la llave, dame un segundo.

—¿Se puede saber por qué estamos susurrando? Somos ridículas...

Nos echamos las dos a reír mientras Rebeca abre la puerta y entramos en el generoso recibidor, en el que perfectamente podrían hacerse carreras de caballos.

—Vaya con Santi y su casita de fin de semana. ¡Yo alucino!... Mira que no explicarnos que tenía todo esto —le digo a Rebeca contemplando el interior, que

sigue siendo de primera categoría sin resultar ostentoso.

—Y que lo digas. Si esto fuese mío, me venía a vivir aquí directamente. —

Lo observa todo ensimismada, moviendo la cabeza para abarcar la totalidad de la

planta baja desde nuestra posición—. Imagino que tendrá que ser una casa heredada por su familia, porque tiene pinta de ser bastante antigua.

—¿Una herencia de unos parientes lejanos ricos? Porque, vamos, a esto no le falta detalle —conjeturo.

—A saber lo que costó en su momento, lo mismo por dos pesetas lo tuvieron construido y ya luego lo han ido manteniendo.

Dudo que las suposiciones de mi amiga sean correctas, pues, aunque la construcción resulta ser antigua, el mobiliario y los detalles demuestran un alto

nivel adquisitivo para poder mantenerlo. No le doy más importancia a ese dato,

ya que tampoco resulta significativo saber si la familia de Santi tiene dinero o, por el contrario, cosecha patatas en el campo.

—¿Qué te parece si dejamos las cosas aquí, por el salón, y hacemos una rápida incursión por la casa? —Mi amiga empieza a soltar sus enseres y a mirarlo todo con los ojos centelleando—. Aún nos queda tiempo para que lleguen los demás y así podremos elegir la habitación que más nos guste.

—Es lo más sensato que te he escuchado decir desde que ha empezado este viaje.

Juntas, vamos descubriendo cada rincón y habitación de este impresionante caserío. Suelos de barro combinados con paredes de piedra natural, vigas de madera maciza ocupando los techos de las estancias en las que la luz es el elemento protagonista, que entra a raudales por unos preciosos y grandes ventanales. Hemos ido abriendo diferentes ventanas para que el aire corriese por

la casa, pero la verdad es que en ningún momento hemos notado olor a cerrado en las habitaciones. Intuimos que alguien ha venido a ventilar la casa y a limpiar antes de nuestra llegada.

—Seis... y siete. —Rebeca cierra la última puerta, encaminándose de nuevo a la habitación que ambas hemos escogido por unanimidad absoluta—. Siete

habitaciones de matrimonio. Un poco bestia, ¿no?

—Bueno, quizá la casa pertenezca a varias familias... —Me siento en la cama, apoyando ambas manos en el colchón a cada lado de mi cuerpo—. Me encanta la nuestra. Es la más bonita con diferencia y encima tiene baño propio.

Rebeca asiente sonriendo y comienza a abrir las maletas que hemos subido hace un momento por petición de ella. Ya la conozco, así que, para no llevarle la

contraria en sus absurdas manías y obsesiones por hacer las cosas, la dejo que siga deshaciendo su equipaje mientras disfruto del que va a ser nuestro dormitorio los siguientes dos días.

Sin duda, el elemento estrella de la habitación es la enorme cama de roble que preside el dormitorio, colocada en el centro del mismo. Cuatro largos postes,

de la misma madera que la estructura, suben en cada esquina de la cama, sirviendo de guía para una bonita y reluciente tela blanca tipo mosquitera. Detrás

de la cama, haciendo de cabecero, se encuentra un robusto mueble de almacenaje, también hecho de madera, y a los pies de la misma hay un bonito banco tapizado en una tela en tonos celestes. Las paredes están decoradas con cuadros coloridos y con diferentes estampas campestres: un campo de lavandas,

girasoles, un riachuelo...

—Este sitio es una maravilla, Rebeca.

—Es la leche. Debemos darle las gracias a Santi cuando llegue por cedérselo para la fiesta de Rubén.

Empiezo a tener calor y me levanto de la cama, aproximándome a la ventana, con la intención de abrirla.

—¡¡Uauuuu!! Rebeca, ¡tienes que ver esto! —Abro los ojos como platos mientras no dejo de mirar por el cristal.

—¿Hay un harén de chicos a nuestra disposición ahí abajo? —me pregunta divertida, acercándose—. ¡Hostia! ¡¡Qué pasada!!

Bajo nuestros pies se encuentra el jardín más idílico que podríais imaginar.

Vegetación por doquier, rincones donde poder esconderse a leer un buen libro o

descansar, bonitos parterres llenos de plantas multicolores, una alucinante zona

de barbacoa, con barra de bar y chiringuito... Y, como colofón final, una

impresionante piscina en una zona un poco más alta de la terraza, con esos

bordes infinitos que te provocan el efecto óptico de pensar que no tiene fin y una

gran cascada sobre piedra natural en uno de sus laterales.

—¡Vamos a verla! —me chilla Rebeca con voz aguda, debido a la emoción.

Si hay alguien a quien le guste el agua, ésa es mi amiga.

Como dos adolescentes, bajamos corriendo las escaleras. Bueno, rectifico: Rebeca baja corriendo las escaleras mientras yo intento seguirle el ritmo, agarrándome a la baranda para no abrirme la crisma en el suelo... Pero nuestra aventura se ve chafada al oír el sonido de vehículos acercarse a la propiedad. Deben de ser los amigos de Rubén y Santi llegando, pues ya han pasado diez minutos de la hora acordada para hacerlo. Rebeca y yo nos miramos con un gesto de tristeza bastante cómico. La piscina deberá esperar, pues ahora toca la parte que menos me gusta de este tipo de reuniones: las presentaciones.

## **Capítulo 7**

### **Todo puede cambiar en un instante**

Miro al grupo de gente congregada en el espacioso salón y la expresión que siempre decía mi abuela de «menudo revoltijo para un caldo» me viene a la cabeza. Uno a uno, los amigos de Rubén han ido llegando en diferentes vehículos y ahora sólo falta el homenajeador y Santi para poder dar comienzo al fin de semana rural.

—Vaya mezcla, ¿no? —le susurro a Rebeca mientras escucho la conversación que mantienen dos de los chicos más cercanos a nosotras en el

sofá.

—Sólo conocía de antes a Fernando, pero llevas razón, algunos son un poco raritos... —me devuelve el susurro de manera cómplice.

Hago un barrido visual de nuevo, deteniéndome en cada uno y analizándolos individualmente. Nunca me ha gustado que me escaneen a mí, y ya se sabe que no se debe hacer a los demás lo que a nosotros mismos no nos gusta que nos hagan, pero realmente no tengo nada mejor que hacer. Me aburro soberanamente.

Sentado al lado de Rebeca, en el sofá en el que nos encontramos frente a la mesa baja del salón, se encuentra Fernando. Por lo que me ha contado mi amiga,

resulta ser un compañero de la facultad de Rubén y Santi, de esos amigos con los

que nunca se termina de perder el contacto aunque no te veas tan a menudo

como antes. Por lo poco que he podido comprobar, es un chico bastante hablador

y extrovertido; de ese tipo de personas que te hacen sentir bien en todo momento y con el que sabes que no habrá silencios incómodos, pues siempre tiene un

nuevo tema de conversación listo cuando ha acabado el anterior. Físicamente no

resulta ser un adonis, sinceramente, pero, cuando charlas con él, eso pasa a un segundo plano, porque su personalidad lo complementa con creces. De pelo

castaño, algo largo y rizado, y de complexión delgada.

Ha llegado en su monovolumen blanco junto con Rocío y Hugo. Estos dos resultan ser hermanos, como bien salta a la vista por el parecido que tienen, aunque Rocío, con una sonrisa muy amable, ya nos ha confirmado que no son gemelos ni nada parecido. Hugo es dieciséis meses mayor que su hermana, quien

nos ha pedido que la llamemos Roxi. Y la edad no es lo único que tienen diferente a pesar del gran parecido de sus facciones. Físicamente parecen dos gotas de agua, misma nariz, mismos labios, misma forma de cara algo ovalada, expresivos ojos con un color entre el verde y el amarillo... pero la principal diferencia radica en el estilo de cada uno.

Roxi, por su parte, va vestida toda de negro de cabeza a pies; de hecho, no hay ningún otro color en ninguna de sus prendas. Me pregunto si la ropa interior

también cumplirá la misma pauta. Es simple curiosidad, no penséis mal. Las uñas están pintadas en verde fosforito y su maquillaje contrasta con el llamativo

color de su pelo, teñido de rosa en su totalidad, siendo la nota de color de su carta de presentación. Según Rebeca, el estilo del que hace uso nuestra nueva amiga se definiría como gótico-indie-moderno. En fin... Rebeca y sus descripciones peregrinas.

Por otro lado, en contraposición a su hermana, nos encontramos con Hugo.

Él es, por así decirlo, un chico recién sacado de la caja de Mattel®. En este caso

sí tengo que darle la razón a la pelirroja cuando lo ha descrito como «Ken se va a

jugar al golf». Ataviado con un polo que te deja, sin ninguna duda, clara la marca de la prenda, unos pantalones chinos y unos zapatos náuticos, mantiene una perpetua sonrisa en su cara, que acompaña a su pelo perfectamente peinado

hacia un lado y engominado. Desde que ha llegado, no he visto que se haya relajado en ningún momento, manteniendo una postura recta y limitándose a escuchar y asentir cuando se dirigen a él. «¡Qué diferentes son entre ellos!», pienso cuando veo a Roxi con una de sus piernas apoyadas en el reposabrazos del sofá.

—¿Sabéis a qué hora llegan los chicos?

La que ha preguntado en un susurro tímido ha sido Clara. Desde el momento en que se ha presentado y me ha dado dos besos, he podido ver que es una chica

algo retraída y tímida, pero su sonrisa dulce y agradable me ha hecho pensar que

quizá es por una falta de autoestima. No es que yo quiera psicoanalizarla, pero se

ve que no está contenta con su cuerpo, algo más rellenito de lo que marcan los asquerosos cánones de belleza actuales. Estoy deseando poder conocerla un

poco

más, porque me parece buena chica y, sobre todo, muy agradable y pacífica, como así me transmiten sus ojos, dos increíbles esferas celestes a juego con el vestido veraniego que lleva, largo hasta los pies.

—Mónica me ha mandado un wasap hace unos diez minutos diciéndome que en media hora llegan —le contesta Fernando, mirando su reloj y calculando—.

Así que a las dos y media deberían de estar aquí.

¿Mónica? ¿Quién es Mónica y qué hace con los chicos en el coche? No sabía nada... Miro a mi amiga para intentar interrogarla con la mirada, pero está muy

ensimismada mirándose las cutículas de las uñas.

—Pues yo no sé vosotros, pero yo tengo un hambre atroz... Que no es lo mismo que un hombre atrás. ¡¡¡Ja, ja, ja, ja, ja, ja!!!

La bromita ha salido de la ingeniosa mente de Lolo, que se sigue riendo él solo del chiste mientras le perfora con su codo una costilla a Hugo, que está sentado a su lado, mirándolo con una sonrisa forzada.

Lolo ha llegado solo en una moto y, por lo que he podido averiguar, es el amigo gracioso del grupo al que nadie aguanta demasiado tiempo y que siempre está metido en todos los enredos inimaginables. Si hay una feria... ahí está Lolo. Un cumpleaños al que nadie lo ha invitado... ahí está Lolo. Que se celebra el cumpleaños del primo del vecino de su tía abuela... ahí está Lolo. Es

una de esas personas a las que nadie comprende cómo llegan hasta sus oídos todos los eventos y festejos, pero por lo visto no se pierde ni uno. De piel muy blanca, grandes dientes que no encajan en su avispada cara y unas manos muy grandes con las que he podido comprobar cómo gesticula constantemente. Lleva

haciendo bromas sin sentido desde que ha llegado, riéndose él mismo al contarlas con una estridente risa, acompañada de sonidos nasales. Con las primeras siete bromas me he reído por compromiso, al igual que los demás, ahora simplemente hemos empezado a ignorarlo en un acuerdo mudo entre todos.

—¿A alguien le apetece una cerveza fresquita mientras esperamos? — pregunta Luis desde la puerta de la cocina, obteniendo un «sí» por mayoría absoluta.

—Voy a echarte una mano.

Aprovecho y, levantándome del sofá donde Rebeca charla animadamente con Fernando, voy detrás de Luis hasta la cocina. Empujo la puerta oscilante y observo cómo va sacando las cervezas del congelador donde las metimos esta mañana al llegar, para que estuvieran en su punto de temperatura idóneo, porque

no hay cosa más asquerosa que una cerveza caliente. Este chico ha llegado en el

coche que conducía Clara, un escarabajo rosa chicle antiguo y monísimo que

ha

recibido los elogios de la parte femenina de la reunión. A simple vista es un muchacho discreto, de los que no destacan entre la multitud, pero, una vez lo analizas personal e individualmente, te das cuenta de lo agradable que resulta para la vista. Tiene algo que me parece muy atractivo, aunque no sabría decir si

son sus pequeños y achinados ojos oscuros, la barba cuidada de dos días que lleva, que le confiere un aspecto interesante y adulto, su sonrisa de perfectos dientes blancos y colmillos más pronunciados de lo normal... No sabría seleccionar alguno de estos rasgos o el conjunto completo, pero el caso es que resulta muy interesante.

—¿Habéis elegido ya la habitación Clara y tú? —le pregunto al agarrar dos botellines que él me pasa, mientras mantiene medio cuerpo dentro del arcón congelador.

—¿Cómo? —duda desde su posición.

—Te preguntaba que si ya habéis elegido habitación tu chica y tú —le repito, al pensar que no me ha oído estando allí abajo—. Si quieres un consejo, el último dormitorio a la izquierda del pasillo es superromántico. ¡Seguro que le encantará!

Luis sale del refrigerador y deposita las cervezas en la encimera de mármol de la cocina.

—¿Mi chica? —pregunta divertido.

—Sí... Clara... —le digo titubeando, en una mezcla de afirmación y pregunta. Su expresión me hace pensar que me he columpiado.

—¡No, no! Clara no es mi chica. —Se pone a reír y su risa me parece un sonido tremendamente agradable—. Es sólo una amiga.

—¡Vaya! Al veros llegar juntos pensé que erais... ¡Menuda metedura de pata! —Me río un poco avergonzada. Ahora que lo dice, no sé por qué lo he pensado, si desde que llegaron se han mantenido cada uno a su rollo.

—No te preocupes, no tiene importancia. Clara ha sido la que me ha animado a venir —me explica, sacando las últimas cervezas y cerrando el arcón

—. Hace poco que lo dejé con mi pareja y ella me ha querido sacar un poco de

mi desdichada y amargada existencia en mi sofá. —Se ríe sin ganas—. Ni siquiera conozco a Rubén y se supone que este fin de semana es por su fiesta de cumpleaños.

—Por Rubén no te preocupes, es genial y seguro que os lleváis de maravilla

—lo tranquilizo, poniéndole una mano en su hombro mientras él me mira apoyado en la encimera—. Ya verás cómo estos días te sirven para desconectar y

no pensar en esa chica.

Me mira durante unos segundos y eleva la comisura derecha de su fino labio

en una sonrisa.

—Gracias, espero que me sirva de verdad para desconectar. Necesito un cambio de aires.

—Conozco esa sensación. —Más de lo que él puede llegar a imaginar. Claro que la conozco... Yo también necesitaba cambiar de aires y así lo hice. Dejo aparcados esos pensamientos y, con una sonrisa coqueta, lo miro—. Y bueno, ya

sabes que, si te sale plan, la habitación que te he dicho es ideal para llevar a las

conquistas.

Le guiño un ojo, sintiendo que hemos congeniado muy bien en estos escasos minutos de conversación. Vale, puede que también haya coqueteado un poco, pero a nadie le amarga un dulce y Luis me ha hecho sentir muy cómoda. Sólo estaba jugueteando. Tampoco es que una corriente de electricidad haya hecho saltar chispas entre nosotros ni nada de eso, simplemente hay una buena confianza inicial.

—Tendré en cuenta tu consejo, Valentina. —Eleva ambas cejas

sugerentemente un par de veces, haciéndole parecer pillo—. Y ahora,

llevémosles a la horda del salón sus cervezas, si no queremos que se forme un motín en la cocina.

Sí. Luis llevaba razón. Dos minutos más y hubiésemos sido «bombardeados»

en la cocina por no satisfacer la sed de las masas.

—¡¡Rebeca!! ¡¡Vamos, sal del baño, que ya llegan!! —le susurro a mi amiga, que se encuentra encerrada en el aseo de la planta baja.

—¡Voy! Joder... Me cago en la leche, parezco un puto elefante con una vejiga gigantesca —escucho cómo maldice incorregible. Tira de la cisterna y termina saliendo del baño a la carrera, mientras se sube la cremallera por el camino.

¡¡¡¡Sorpresa!!!!

El grito general resuena en toda la casa al abrirse la puerta y aparecer Rubén por ella. Aun a riesgo de parecer cursi, debo decir que, al verlo entrar con su pelo rubio algo despeinado, su sonrisa deslumbrante, haciendo que se le marquen dos graciosos hoyuelos en las mejillas, y el haz de luz solar entrando tras él... el halo que lo ha envuelto me ha hecho sentir unas irremediables ganas

de acercarme lentamente y pasear mis labios por todos los poros de su piel.

La cara de Rubén es un verdadero poema, mezcla de asombro e ilusión. ¡Qué inocente es...! Mira que no darse cuenta de nada... Sonríe enternecida mientras

veo cómo los demás se acercan a saludarlo y felicitarlo individualmente, las chicas con besos y abrazos, y los chicos con palmadas en la espalda o algún choque de manos. ¿Por qué entre hombres es raro besarse al saludarse? Es algo

que nunca he entendido. Quizá algún día abra un debate sobre ello, pero ahora

veo que mi turno de espera se va aproximando, porque al homenajeador se le acaba de acercar Clara, y quedamos únicamente Rebeca y yo para felicitarlo.

Rebeca salta a los brazos de su hermano, que la coge entre risas a peso.

—¡¡Felicidades, pelma!! —Le da unos cuantos tirones de oreja mientras le canturrea el cumpleaños feliz, y al llegar hasta veintiocho le da un sonoro beso en la mejilla.

—Gracias, Rojita. Me parece que esto ha sido todo idea de esta cabecita tuya. —Lleva dos dedos a su frente mientras sonrío alegre y le da un par de pequeños golpecitos—. ¿Me equivoco?

—Valentina también me ha ayudado —le contesta mi amiga, guiñándole un ojo y tendiéndome la mano para que me acerque a ellos dos.

Noto cómo las mejillas me arden. Llevo casi una semana sin verlo y ahora no sé cómo reaccionar con él. Realmente de lo que tengo ganas es de enredar mis manos en su pelo dorado y perderme en esos labios carnositos que me sonrían, llamándome a su lado. Me uno a la estampa que ofrecen los hermanos, con Rebeca colgada como un mono de su cuello.

—Felicidades, Rubén —le digo escueta sin perder la sonrisa ni el contacto visual.

Rubén suelta a su hermana, depositándola en el suelo de nuevo, y se acerca a mí, poniéndose a mi lado y pasando uno de sus brazos alrededor de mis

hombros. Repite el gesto en su hermana con el otro brazo y nos besa a cada una

en la mejilla que tiene más cerca.

—Gracias, preciosas mías, sois increíbles.

Noto cómo, en la misma postura, su cabeza se alza por encima de las nuestras al erguirse y deposita un beso en mi cabeza. ¿Acaba de aspirar el olor de mi pelo? Ay, Dios... Qué fin de semana más largo va a resultar ser si ya empiezo así de turbada. Decido olvidarme por un momento de los demás y paso

un brazo por la cintura de Rubén, sonriéndole a Rebeca al otro lado de su hermano, que inmediatamente me pone los ojos en blanco al verme del color del

salmorejo.

—¡Hola, holita a todos!

Giro la cabeza y observo a la chica que acaba de saludarnos al entrar por la puerta seguida por Santi, que transporta las maletas de los tres recién llegados.

Le hago un gesto al compañero de piso de Rubén, a lo que él corresponde con una sonrisa fugaz y retraída, y me quedo mirando a la chica que se está presentando a los demás como Mónica.

Así que tú eres Mónica, ¿no?... Grrrrr

La miro entrecerrando los ojos mientras ella no se percata ni de mi absurda existencia. Una bonita y cuidada melena rubia enmarca un rostro angelical de

facciones muy delicadas. Perfectos dientes blancos y una sonrisa capaz de derretir los casquetes polares... Y, por lo que he podido escuchar, la voz que tiene es melodiosa y cándida. «Esta tía es perfecta», me lamento al hacer la odiosa comparación conmigo misma. Continuando mi recorrido visual, contemplo que tiene una figura muy cuidada, llena de curvas sinuosas pero acentuadas en su justa medida y proporción. Todo parece firme y en su sitio correspondiente. Seguro que tiene las medidas que toda mujer ansía y se besa delante del espejo todas las noches. Una manicura y pedicura muy pulcra y cuidada, y un modelito de ropa de lo más chic. Qué asco de reparto divino. —Ya ha llegado la Barbie para el Ken —susurra Rebeca en mi oído, dejando a su hermano entre nosotras—. Qué asco más rico. Si fuese un tío, estaría babeando el suelo ahora mismo. ¡Está buenísima!

—¿Qué estáis cuchicheando? —Rubén se nos arrima, metiendo la cabeza entre las nuestras, haciendo que perdamos el contacto visual Rebeca y yo—.

¿Maquinando alguna nueva travesura, angelitos míos? —pregunta guasón.

—Vaya con tu amiga, hermanito. ¡Menudo pibón, eh...! —le contesta

Rebeca señalando con la cabeza a la recién llegada, que mueve su melena como

si estuviese rodando un anuncio de champú.

—¿Mónica? —pregunta Rubén incrédulo, arrugando el entrecejo.

Vaya, con mi suerte seguro que Rubén resulta ser ciego y por eso se ha fijado

en mí. ¿Cómo es posible que no le parezca extraordinariamente perfecta?  
Nunca

admitiré haber dicho esto, mi ego no lo aguantaría de nuevo, pero, para que os hagáis una idea, yo soy una oveja y ella, la abeja reina. Sí, sí. Oveja. No me he equivocado... Me estoy empezando a replantear cambiarme de acera y probar suerte. Vale, no. Pero si eso pasase, creo que Mónica sería una buena candidata.

—Pues vaya. Visto lo visto, no voy a poder ponerme a su lado en biqu... —

Abro los ojos desmesuradamente y agarro el brazo de Rebeca cuando caigo en la

cuenta. ¡¡Mierda!!—. ¡Rebeca! Ya recuerdo qué era lo que había olvidado...

¡Joder! Soy imbécil...

—¿Qué bicho te ha picado, loca? —Me mira sin entender—. Relaja, que me vas a hacer un torniquete de tanto apretarme el brazo.

Suelto el agarre de mi amiga y empiezo a lamentarme mentalmente. ¿Cómo se me ha podido olvidar la ropa de baño? ¿Cómo me pienso bañar en esa magnífica piscina? *Porca miseria*... Rubén apoya su mano en mi hombro y me da un suave apretón, animándome con su mirada.

—Vamos, preciosa, no te pongas así, seguro que no es nada importante ni nada que no se pueda arreglar.

—¡Ya está, lo tengo! Has olvidado el soplador para avivar el fuego y hacerle las señales de humo a Jack. —La imbécil de mi amiga intenta hacerme reír. Lo

peor de todo es que lo consigue. Payasa.

—Idiota... No es eso. He olvidado el biquini. ¿Cómo me voy a bañar en esa magnífica piscina? ¿En bolas? —pregunto con voz de lamento.

—Humm. Una imagen muy sugerente... —Rubén se pasa la lengua por los labios mirándome. Yo sólo observo sus morritos y el movimiento de su lengua sobre ellos, mojándolos y humedeci...

—¡¡¡Auuuu!!! ¡Qué bestia eres! —se queja Rubén, separándose de nosotras y llevándose la mano al costado, donde su hermana le ha propinado un codazo. Rebeca reprueba su comportamiento con la mirada. Mis instintos asesinos salen a flote, entrándome ganas de matarla muy lentamente y con mis propias manos.

—Vamos arriba, Valentina, que aquí el muchachote necesitará refrescarse un poquito, el viaje le ha debido de freír la media neurona que le quedaba. —Lo mira acusatoriamente—. ¿Verdad que sí, Rubén?

Me agarra de la mano y yo, que soy estúpida, la sigo y no le digo nada.

¿Hola? ¿Desde cuándo eres mi madre?

—Venga, Val, vamos a buscarte algún biquini y bajamos a comer algo, que, como dice Lolo, tengo un hambre atrás.

—Atroz.

—Atroz... Atrás. Lo mismo da.

Mientras nos cambiamos, los demás hacen el reparto de habitaciones que tarda un poco más de lo esperado, pues, cuando no es uno, es otro el que se queja. Finalmente, siendo once personas y ninguna pareja —de momento—, el reparto entre las siete habitaciones queda de la siguiente manera. Rebeca y yo ya

tenemos la nuestra elegida, hemos sido las primeras en llegar y hemos escogido

la principal con baño que se encuentra al fondo del pasillo a la derecha. Pared con pared con nuestra habitación se encuentra la que va a ocupar Rubén. Al ser

el homenajado, le han dejado una habitación para él solo, cosa que me ha descolocado. No sé por qué, pero pensaba que Santi iba a oponerse a tal cosa. Quizá deba olvidar de una vez la idea que me metió Rebeca en la cabeza sobre ellos dos, porque lo cierto es que no he visto nada realmente sospechoso, excepto una buena y sincera amistad.

Frente a nuestra habitación se encuentra la que le recomendé a Luis para llevar a sus conquistas. Allí dormirá Mónica, ¿cómo no? Habitación bonita, chica bonita. Me ha sentado algo mal enterarme de que ése será su dormitorio. Lo sé, soy una envidiosa.

Fernando y Santi han decidido dormir en la habitación frente a la de Rubén, en la que hay dos camas individuales de un metro de ancho unidas, pareciendo una cama enorme de matrimonio. Hugo y Lolo ocuparán la contigua a éstos, y

Luis, la habitación más pequeña, lo cual no le ha importado, pues prefería dormir

solo, ya que no tiene confianza con nadie de momento.

Por último, Clara y Roxi, que han congeniado bastante bien a pesar de lo diferentes que parecían en un principio, compartirán el último dormitorio que queda libre, en el que el elemento principal es una cama de forja antigua muy elaborada, realmente preciosa.

—¿Ves como no te queda tan mal?

—Rebeca, déjalo.

—¿Por qué te enfadas? Nadie tiene la culpa de que hayas olvidado tu bikini

—me dice Rebeca sentada en la cama que compartiremos, mientras yo me miro

en el espejo de cuerpo entero que hay junto al armario—. Además, deberías darle las gracias a Clara, es muy amable por su parte al prestarte alguno de los suyos. Has tenido suerte de que ella trajese de sobra.

—Sí. Lo sé —contesto poco convencida, volviendo a anudarme los cordones de las caderas que atan la parte de abajo de la prenda, ajustándomela a mi medida.

—Estás demasiado negativa, Valentina. —Se levanta de la cama y viene hacia mí, mirándome a través del espejo—. ¿Pasa algo que no me hayas contado?

—Nada. Olvídalo, ¿vale? —le contesto apática—. Vayamos abajo, simplemente me siento un poco incómoda, eso es todo.

—Ya verás cómo, en el momento que cojamos confianza con todos, lo pasaremos bien.

—Venga, vamos. Necesito una cerveza.

Rebeca me palmea el culo. Leches, eso ha picado... Será cabrita.

—¡Ésa es mi Valentina fiestera! —Sale de la habitación pegando saltitos ridículos de camino a la escalera, entonando el «himno»—: ...Alcohol... alcohol, alcohol, alcohol... Hemos venido, a emborracharnos...

«Señor... dame paciencia.» Me río yo sola en la habitación y salgo tras ella.

Me encanta la vitalidad y el positivismo que tiene mi amiga siempre para todo y

ante todas las adversidades que se encuentre. Me resulta una faceta que me encantaría poder tener yo misma, pero, cuando se me tuercen los planes, que suele ser más a menudo de lo que me gustaría, me vengo abajo y me chafó como

una flor pocha. Quizá debería aprender a ser un poco más como ella e intentar verle el lado positivo a todo. No debe de ser tan difícil...

Llego a la cocina y espero a Rebeca, que está sirviendo un par de cervezas para nosotras antes de salir al jardín. Miro por la puerta al exterior y veo a los chicos preparando el carbón para la barbacoa entre risas, cervezas y poca

ropa...

En el bordillo de la piscina se encuentran las chicas, refrescándose y charlando

animadamente mientras toman el sol. Rebeca termina de servir nuestras bebidas

y salimos de la casa en dirección a la piscina, para unirnos a ellas en la *ardua* tarea de esperar el almuerzo preparado por los machos alfa. No nos pasan desapercibidas a ninguna de las dos las miradas que algunos de los chicos, entre

los que se encuentran Rubén y Luis, nos dedican al pasar por su lado. Con mis gafas de sol me siento algo más protegida, por lo que pongo una sonrisa en mis labios y camino con paso erguido y contoneando mis escasas caderas, rezando porque no me tropiece o resbale. Algo que sería muy propio de mí. Pero no, parece que esta vez el karma me da un respiro.

—Nena, estamos rompedoras... —me dice Rebeca divertida, mientras seguimos caminando la una al lado de la otra hacia la piscina, imaginando que las miradas de los chicos siguen clavadas en nuestros cuerpos que ya se encuentran de espaldas a ellos—. ¿Mira que si encuentras novio aquí? Aunque no. Pensándolo mejor, no. No hay nada de provecho... Cada cual más rarito.

—  
Imita un escalofrío y yo me río, pensando que no es tan malo como ella lo pinta

—. Tenlo presente, princesa... ¡Que no te lleven al lado oscuro de la fuerza!

—Eres tremenda, Rebeca. —Me río al tiempo que llegamos junto a las demás y nos unimos a ellas.

Después de veinte minutos de charla con las chicas, mi piel empieza a necesitar refrescarse. Son las cuatro de la tarde y hace demasiado calor. Además,

yo nunca he sido muy amante de tostarme al sol porque suelo acabar, por mucha

crema con protección que me eche en el cuerpo, pareciendo un gambón cocido.

Decidida, me levanto del bordillo y me zambullo elegantemente con una entrada de cabeza al agua digna de un campeonato de natación sincronizada, o eso me parece a mí, que termino siempre emocionándome y creyendo que estoy

compitiendo por el oro con mis patéticos movimientos. Me pasa lo mismo cuando veo *Dirty Dancing*, que me creo bailarina... Estoy fatal, lo reconozco.

Cuando saco la cabeza del agua, veo la expresión de Mónica desde su posición en la escalerilla. ¡Ja! Chúpate esa, Barbie... Aunque no esté tan buena

como tú, sé tirarme al agua con más glamur que tu bajada por las escaleras. He estado observándola durante todo el rato que hemos estado sentadas con los pies

en remojo y no se ha soltado de la escalerilla. Me ha recordado a mi abuela

Gertrudis cuando íbamos a la piscina municipal y se bañaba como una tortuga

con el cuello estirado, para no mojarse el cardado. No quiero parecer celosa ni envidiosa, pero ya he visto un par de comentarios y miradas de la rubia que no

me han gustado un pelo.

Después de bucear un par de largos, decido volver a salir. Mónica sigue en su posición de guardiana de los peldaños, así que me acerco al bordillo donde están

las demás, me sumerjo en el agua una última vez para echar mi pelo hacia atrás

y, cogiendo impulso con los brazos, saco medio cuerpo del agua.

Al sentir el borde rozar la altura de mis muslos, abro los ojos y observo cómo varias miradas masculinas se posan en mi cuerpo. ¡Vaya! Que subidón sentirse tan deseada...

—¡¡¡Valentina!!! —me chilla Clara tapándose la boca.

—¡Oh, Diossss! —se lamenta Roxi, mirándome con los ojos muy abiertos.

Cayendo en la cuenta de lo que ocurre y escuchando las risitas de la estúpida de Mónica, me vuelvo a impulsar hacia el agua y me afano en colocarme bien la

bragueta del biquini. Puedo sentir cómo, aun bajo el agua, la cara me arde por lo

ruborizada que estoy. ¡¿Algo más!? Menuda entrada triunfal has hecho...

«Encantada, soy Valentina y éste es mi muñeco pelón.»

Respiro hondo e intento controlarme. Mónica, creyendo quizá que voy a ir a

atacarla como un tiburón dentro del agua, por la mirada que le he echado al oír que seguía riéndose, sale de la piscina y se tumba en una hamaca a secarse al sol

bajo sus enormes gafas Gucci. Me acerco hasta la escalerilla y pienso que lo mejor será actuar de manera natural y volver a sentarme en el bordillo con las demás como si nada hubiese pasado. Quizá así consiga que se olviden del espectáculo que acabo de montar en un momento con todo el *moñicli* al aire, libre como el viento.

«Un paso tras otro, vamos, tú puedes...», me repito mientras voy saliendo de la piscina, con movimientos naturalmente forzados. Presto atención de reojo a los chicos, que me observan algunos más disimuladamente que otros. Lolo directamente se está descojonando en mi cara. Mi humillación crece y pienso en

salir corriendo hacia la casa y encerrarme el resto del fin de semana en el escobero al más puro estilo Harry Potter, pero respiro hondo de nuevo, echo los

hombros hacia atrás y los miro directamente, de manera desafiante e intimidatoria, aunque mi cara siga del mismísimo color de los tomates maduros,

y no precisamente por el efecto de los rayos del sol.

—Me alegro de que os lo estéis pasando tan bien a mi costa —les ladro mientras camino clavando los talones en el suelo, sintiendo cómo me hierve la sangre en las venas.

Cuando llego hasta las chicas, mi fortaleza se desmorona, sintiéndome la persona más ridícula sobre la faz de la tierra.

—Me muero... me muero... —me lamento entre dientes.

—No te preocupes, Valentina, podría haberle pasado a cualquiera.

—Sí, tranquila. —La pobre Clara está casi más roja que yo.

—Definitivamente me he ganado ser el centro de las burlas de este fin de semana. Muy bien, Valentina, perfecto...

Suspiro, sentándome en el borde con los brazos cruzados, mientras sigo escuchando la horrible risa nasal de Lolo, que no cesa.

—Este tío es imbécil. —Lo fulmino con la mirada, sin servir de nada.

—Pasa de él —me contesta Rebeca, haciendo su conocido gesto de poner los ojos en blanco mientras le da un trago a su cerveza.

—Es el gracioso del grupo, no le echas ni cuenta —me dice Mónica, dirigiéndose a mí por primera vez desde que ha llegado—. Por cierto, bonita, ¿no

sabías que los biquinis de croché ceden con el agua?

Termina con una risita cargada de suficiencia que me revuelve las tripas y hace que quiera sacar mi lado más choni, pero, decidida a acercar distancias entre nosotras, ya que vamos a tener que soportarnos durante estos días, pongo una sonrisa en mi cara en un intento por instalar un poco de buen rollo.

—Creo que tenía tanto calor que se me ha achicharrado el cerebro. Ja, ja, ja,

ja. ¡Qué vergüenza!

Las demás, al ver que me lo termino tomando con humor, se unen a mis risas y empiezan a comentar más despreocupadas.

—Sé que lo has debido de pasar mal, Valentina... ¡Pero ha sido muy gracioso! —dice Clara, intentando controlar la risa.

—Sobre todo tu cara al salir del agua. Parecía que ibas a asesinarlos con tu visión láser —comenta Rebeca, recibiendo las carcajadas de las demás, y la mía propia.

Los chicos terminan de preparar la comida y nos llaman a la mesa. Creo que podría acostumbrarme a este cambio de papeles muy fácilmente. El almuerzo-merienda, porque son cerca de las cinco de la tarde, pasa de manera distendida.

Parece que nadie quiere hacer ningún comentario sobre lo que ha ocurrido hace

un momento y yo lo agradezco. Voy conociendo poco a poco a cada uno y descubro que Roxi, a pesar de tener una apariencia un poco oscura o siniestra, es

una chica bastante apacible y simpática. Siempre tiene una sonrisa en la cara o un gesto de cariño para con quien habla. También observo el juego de seducción

que mantienen Fernando y Clara. Son muy monos y tiernos, y las miraditas que

se echan entre ellos en la mesa me hacen sonreír.

Mónica y Lolo entran dentro de mi lista negra. Lo siento, pero es que no puedo con ellos. Por su lado, la rubia, con la que he intentado tener un acercamiento dejando de lado sus comentarios fuera de tono y su manera de reírse de las desgracias ajenas, me saca de mis casillas. No me han gustado nunca las personas superficiales y egocéntricas, y ella está demostrando serlo.

Mucho. Eso por no hablar del tonteo que se trae con Rubén desde que nos hemos

sentado a la mesa, poniéndose a su lado y tocándolo a la mínima de cambio. ¡No

es porque sea Rubén! Es que estamos comiendo... Vale, sí. Es porque es Rubén.

Estoy algo celosa.

Decidimos recoger la mesa entre las chicas y, una vez hemos acabado, me dirijo al pasillo, donde me encuentro de frente con uno de mis archienemigos.

—Bonito biquini, ¡sí señor! —me dice Lolo, tirando del lacito de mi cadera, intentando exprimir al máximo la bromita de marras.

Le doy un manotazo para que me suelte. Echo chispas por los ojos mientras lo miro, notando que vuelvo a sentirme humillada por la situación. Vale que he sido yo la que he tenido la culpa y nadie me ha bajado el biquini, pero, joder, ¡vale ya!

—Gracias, simpático —le gruño en respuesta—. Vete a buscarle las cosquillas a otra.

Subo las escaleras hacia la habitación lo más rápido que puedo, sin reparar en la presencia de Rubén al final de las mismas. Me meto en mi cuarto necesitando estar un rato a solas para recomponerme un poco, porque, aunque he

intentado dejar al margen la tontería que me ha ocurrido, el hecho de que estuviese Rubén entre ellos y se haya divertido en algún momento con la situación me ha herido un poco el orgullo. No me gusta hacer el ridículo delante

de él. Quizá me importe un poco más de lo que permito admitirme a mí misma.

Levanto la cabeza al oír unos suaves golpes de nudillos en la puerta. Rezo para que no sea Lolo, porque puedo estamparle la bonita lámpara en forma de candelabro en su cabeza, poniéndosela de tocado.

—Adelante.

—¿Estás bien, preciosa? —pregunta Rubén, metiendo la cabeza por la rendija que ha abierto en la puerta.

—Sí, no te preocupes, Rubén —le contesto desde mi posición en la cama, sentada, con la espalda apoyada en el cabecero y los brazos alrededor de las piernas—. Baja con tus amigos, anda, que en seguida voy yo.

Él se acerca a la cama y me pide permiso con la mirada, a lo que yo asiento.

Se sienta con una pierna bajo su trasero, quedándose frente a mí.

—No voy a irme a ningún lado sin ti. No le des más importancia, pequeña.

—Me sonrío, dándome un suave apretón con su mano en mi tobillo—. Y no le hagas caso a Lolo, siempre anda liándola allá donde va. No sé cómo se le ha ocurrido a mi hermana invitarlo. —La mano sigue en mi pie, dibujando pequeños círculos con sus dedos en una caricia inofensiva.

—Creo que ha sido más bien una autoinvitación —le contesto, jugando con los dedos en mi rodilla sin mirarlo a la cara.

—Eso me cuadra más —comenta divertido—. Eh, preciosa, mírame... —me pide, llevando los dedos a mi barbilla y acariciándome con el pulgar.

Levanto la cabeza y nos mantenemos la mirada durante un momento. Siento una conexión inmediata cuando nos miramos, perdiéndome en el mar que son sus ojos. Necesito esconderme entre sus brazos.

Rubén se acerca a mí sin despegar sus ojos de los míos en ningún instante, e irremediamente pienso que va a besarme, pero parece haberme leído el pensamiento cuando, recolocándose en la cama, me abraza poniendo su boca contra mi cuello, haciendo que me sienta feliz y reconfortada con su abrazo.

Bajo mis piernas hasta dejarlas entrelazadas delante de mí y paso mis manos por los hombros de Rubén, acogiendo una postura algo más cómoda a pesar de la tensión que se puede notar entre nuestros cuerpos, y nos mantenemos así,

abrazados, durante un buen rato. Me estremezco al sentir cómo los labios de Rubén comienzan un recorrido de besos por mi cuello, en dirección descendente

hasta mi clavícula y de nuevo otra vez hacia arriba. Mi cuello, esa parte de mi cuerpo que tan erógena me resulta, empieza a mandar pequeñas descargas hacia

mis pezones y mi entrepierna, haciendo que se despierten inmediatamente. Un pequeño gemido escapa de mis labios, provocando que Rubén sonría satisfecho

contra mi oreja, donde le está dedicando atenciones a mi lóbulo con sus dientes y

labios, mientras sus manos exploran mi cintura bajo la camiseta que llevo puesta.

Subo las manos que he mantenido abrazadas a los hombros de Rubén y, rodeando su nuca, enredo mis dedos en su pelo masajeando la zona que toco. No

sé si esto le resultará placentero, pero he querido hacerlo desde el primer momento en que lo vi en casa de Rebeca hace una semana. Él continúa su excursión por mi escote, subiendo por la parte frontal de mi cuello y besándome

bajo la barbilla. Necesito ese mismo contacto en mi boca, por lo que agacho la cabeza lo justo para que nuestros labios se encuentren, ansiosos por devorarnos

el uno al otro. Mi mente entona el aleluya cuando la lengua de Rubén se

adentra,

haciéndose dueña del lugar y recorriendo cada rincón. Enredo mi lengua con la

suya y nuestras respiraciones empiezan a hacerse cada vez más audibles y

aceleradas, demostrando la intensidad con la que estamos llevando a cabo esta conexión de labios y lenguas.

Sus manos agarran la parte baja de mi camiseta y yo instintivamente subo los

brazos, esperando que me despoje de la prenda. Cuando lo hace, una de sus

manos agarra de manera posesiva mi nuca, volviendo a atraerme hacia él para

continuar el beso, mientras que con la otra acaricia mi cintura, costado y axila,

acercándose cada vez más a mis necesitados pechos y dejando un rastro caliente

que termina por encender cada terminación nerviosa de mi cuerpo.

Llevo una de mis manos hasta el muslo de Rubén, jugando con los pequeños

vellos que hay en él y asciendo poco a poco en dirección al bulto que se adivina

en su bañador. Mientras, las manos de él siguen descubriendo los secretos que

esconde la parte de arriba de mi biquini, pellizcándome los pezones y

acariciándolos después para calmarlos. Me va a volver loca de un momento a

otro como siga haciendo eso.

—¡Esto es de lo que no hay! El gilipollas de Lolo se ha puesto mi vestido y

me lo ha agrandado... ¡Yo es que no entiendo cómo se puede ser tan...!

La voz de Rebeca irrumpe en la habitación, haciendo que los tres nos quedemos paralizados ipso facto. Por nuestra postura y el lugar donde tenemos colocadas las manos, queda bien claro que no estábamos jugando una partida de cartas. Miro a mi amiga y veo el asombro dibujado en su cara. Joder... ¿Qué he estado a punto de hacer?

## Capítulo 8

### El destierro del ángel

—Para...

—¿De verdad quieres que pare? —musita contra mi cuello, intentando retomar el ambiente que había minutos antes.

—Para, por favor... Tu hermana... —gimo sin poder terminar la frase cuando su mano aparta la tela de mi biquini y su boca atrapa mi pezón, succionando fervientemente.

Vuelco el cuello hacia atrás y cierro los ojos, que ahora mismo deben de estar oscurecidos por el deseo que siento crecer en mí. Rubén sube la cabeza de nuevo y, mirándome intensamente, sonrío de manera seductora.

—Olvídate ahora de mi hermana, nena. Aquí sólo estamos tú y yo. —Pasea la lengua por mis labios entrecerrados, sin llegar a introducirse en mi boca—. Ella ya es mayorcita y no se va a escandalizar por esto. —Termina por invadir

mi boca, recibiendo un sonido de satisfacción por parte de mi garganta.

Sí, quizá lleve razón y deba olvidarme por completo de todo lo que me ronda la mente ahora mismo, pero la interrupción de Rebeca me ha hecho darme cuenta de que puede que esto no sea lo más correcto o adecuado si quiero continuar de una pieza. Por un lado está mi relación con Rebeca; no he podido hablar con ella y decirle que empiezo a sentir algo por su hermano. Tampoco sé

qué es lo que siento realmente por Rubén, si es simple atracción, necesidad física

o hay algo más. Tengo la sensación de que aún es pronto para saberlo.

Por otro lado está Jack. Vale, sé que él me ha dicho siempre que aproveche las oportunidades que encuentre y tampoco somos como una pareja a la que le tenga que guardar fidelidad, pero no sé realmente qué es lo que quiero con él, y

la interrupción de mi amiga ha hecho que baje de la nube de satisfacción en la que me había subido, pensando fríamente —si es que esa palabra es posible ahora mismo— en las consecuencias que puede tener todo esto.

De lo que no cabe la menor duda es de que mi cuerpo no estará para nada de acuerdo conmigo si paro lo que estamos haciendo.

Calibrando las opciones...

¿Quiero continuar con lo que estábamos haciendo y llegar hasta el final? ¡Sí!

¿Estoy dispuesta a afrontar todas las consecuencias que esto suponga? ¡...No lo sé!

Y tampoco ayuda a mi decisión el hecho de que Rubén se haya tumbado encima de mi cuerpo y esté moviendo su pelvis contra mi entrepierna. ¡Madre mía! Está como una piedra. Doy gracias al cosmos por no estar desnudos, pues sé que mi necesitada vagina lo succionaría de inmediato de darse el caso.

—Humm... deliciosa —murmura Rubén encima de mí, apoyado en sus brazos en tensión y mirando hacia abajo, donde nuestros cuerpos se rozan sin contención ni control.

¡Maldita Rebeca! ¿Por qué no podía haber llegado después? Si hubiese sido así, ya no habría marcha atrás y me lamentaría —o no— de lo ocurrido, pero no

estaría en el debate interno en el que me encuentro ahora. ¿Realmente lo que quiero es esto? ¿Quiero que mi relación con Rubén se base en algo físico y poner

en peligro la amistad que podemos llegar a tener si termina saliendo mal?

Dios... Es jodidamente difícil pensar así, cuando Zorrentina se pasea sugerentemente por mi cabeza, pellizcándose los pezones y poniéndome morritos. ¡Sí! Ya sé que esto promete ser una delicia para nada comparable con

los orgasmos que me he tenido que proporcionar últimamente a solas, cuando

mantenía conversaciones con... Jack

Jack. Joder... ¡Sal de mi puñetera cabeza!

¿Por qué no puedo dejar de pensar en él? Estoy segura de que él hace su vida sin tener en consideración mi postura. Es un amo, por el amor de Dios... No me

imagino una situación en la que él entre en algún local frecuentado por los Jacks

del mundo, se le acerque alguna sumisa dispuesta, ligera de ropa y con grandes pechos, y él la rechace pensando en mí. ¡Venga ya! Ni en mis mejores sueños ocurriría eso.

Entonces, ¿por qué razón no puedo dejarme llevar con Rubén? Está claro que nuestros cuerpos se necesitan. El mío parece estar llamándolo a gritos, y el de él

también, a razón del bulto que se puede adivinar en su bañador y con el que me

está asaltando sin piedad, chocando con mi húmedo sexo... ¡Madre mía! ¿Eso no está obligado a salir con bozal?... Mi vagina se contrae al pensar en todo su

tamaño en mi interior. No las tengo todas conmigo al calibrar si eso cabría dentro de mi menudo cuerpo, la verdad. Sin duda, lo que Rubén me hace y provoca no es nada comparable a lo que haya podido experimentar en todos los

años que he pasado con Enrique... ¡Esto sí que no! ¡Enrique, fuera de mi

cabeza! ¡Ya!

Desechando la imagen de mis escasos y patéticos encuentros conyugales, me centro en Rubén, que pasea su mano por mi cadera, atrapando uno de los lazos que retiene mi biquini en su sitio. Su olor. Su sabor. El tacto de su piel. Su mirada... Todo en él me incita a deshacerme de la ropa y dejar que haga conmigo lo que quiera. Pero no puedo. —Lloriqueo mentalmente—. Quiero no volver a pensar en todo esto y continuar con lo que nos traemos entre manos... —Te deseo desde hace mucho tiempo, Valentina —me susurra con la voz ronca de deseo—. ¿No notas lo que provocas en mí?

Alarga su mano hasta agarrar la mía, que descansa en su cintura, y la lleva hasta su erección, separándose de mi cuerpo unos centímetros y moviéndose contra mi agarre sutilmente, sin despegar nuestras manos por encima de la tela que lo retiene. Presiona su palma sobre la mía, haciendo que apriete mis dedos en torno a su gruesa erección, recibiendo un sonido grave y profundo de su garganta, de puro placer, que me pone a mil.

—Ru... Rubén —lo llamo a duras penas—. No es buena idea... No deberíamos... Oh... ¡Joder!

Interrumpo mis palabras y lanzo el cuello hacia atrás, soltando un gemido, cuando noto cómo una de sus manos se ha colado por el lateral de mi biquini.

Dos de sus dedos han comprobado mi humedad con presteza y, decididos, han entrado hasta el fondo en mi interior, haciendo que contraiga mis paredes en

torno a ellos.

—Lo que no me parece buena idea es desatender esto. —Mueve los dedos dentro y fuera de mí, mojándolos y enloqueciéndome—. Tu cuerpo me necesita.

Tú me necesitas —gruñe contra mi oído al ver cómo reacciono a su contacto—. —.

Déjate llevar, nena...

Dejarme llevar... ¿Disfrutar sin pensar en las consecuencias más allá del aquí y ahora?

Sí, podría hacerlo.

La cuestión es, ¿debo hacerlo?

Y no me refiero a desear. La humedad de la parte baja de mi bikini evidencia el deseo que siento ahora mismo porque me penetre y me conduzca hasta el orgasmo mientras siento cómo me llena. Lo que realmente me planteo, intentando contener las enormes ganas de sacar su erección y empujar con mis pies sus glúteos hasta hundirlo en mí, es si de verdad quiero complicar de esta manera las cosas entre los dos.

¿Es factible mantener contacto sexual con alguien y que la amistad no se vea afectada? No. No lo creo, y mucho menos cuando para mí comienza a no significar simplemente sexo. Rubén es una de las personas que, hoy por hoy, me

hacen sentir cómoda con su mera presencia. Sé que puedo confiar en él, me

escucha, me entiende... No quiero perder esto que empezamos a construir, y por

eso me estoy frenando a mí misma.

Saco fuerzas de lo más recóndito de mi interior e intento aplacar mis impulsos naturales, obviando las pulsaciones de mi sexo cuando nos separamos

y me incorporo en la cama. Él cierra los ojos, intentando normalizar un poco su

respiración.

—Rubén. No... no podemos.

Reparo en cómo deja escapar una gran bocanada de aire en una especie de suspiro jadeante y destemplado, y dirige su mirada hacia mí durante unos instantes... segundos en los que no soy capaz ni de moverme, temiendo su reacción.

—¿Estás enfadado? —pregunto al no aguantar más su escrutinio.

—No, preciosa, no estoy enfadado —me contesta algo reservado,

separándose aún más de mí y colocándose bien el bañador, donde su erección va

menguando poco a poco—. No puedo ni quiero hacer nada en contra de lo que tú

desees —me dice sonriéndome ligeramente—. Eres muy importante para mí,

Valentina —termina diciéndome, mientras pasa su mano por mi mejilla,

acariciándome.

—No quiero complicar las cosas entre nosotros, Rubén —le aclaro, inclinando mi cara hacia la palma de su mano, sintiendo su calor—. No es que no te desee...

—Valentina, de verdad, no tienes que explicarme nada —me tranquiliza—.

Yo te respeto y no lo voy a volver a intentar hasta que seas tú la que decidas venir a mí —comenta travieso, como si no se hubiese cortado el ambiente hace un momento—. Y créeme, lo voy a estar esperando con muchas ganas.

Me guiña un ojo y se pone de pie, tendiéndome la mano. La agarro

inmediatamente y, cuando me levanto, no puedo evitar abrazarme a él y hundir la

cabeza bajo el hueco de su cuello, deleitándome e impregnándome con su olor natural y único.

¿Me estaré equivocando? Lo único que sí tengo claro es que en sus brazos me siento a salvo, como en casa.

## **Capítulo 9**

### **Después de la lluvia**

Nos encontramos todos reunidos en la terraza, tras haber cenado en torno a la gran mesa de madera baja rodeada de sofás cómodos y mullidos. La temperatura

es bastante agradable y los efectos «espirituales» de las cervezas que llevamos

todo el día ingiriendo hacen que las conversaciones empiecen a perder un

poco

de sentido.

El debate de la nación en el que están enfrascados ahora mismo es decidir, por votación, lo que se va a hacer mañana. Cada idea es más absurda que la anterior...

—A mí me encantaría ir a montar a caballo, pasear y hacer una bonita ruta por el bosque en parejas. —Junta las manos y da leves palmaditas, moviendo las

pestañas y poniendo morritos—. Sería de lo más ideal; además, me he traído ropa apropiada para la ocasión. ¿Quieres ser mi pareja ecuestre, Rubén?

Sí. Efectivamente, la que habla es Mónica. Esta tía debió de beber lejía cuando era pequeña y se ha quedado seriamente afectada.

—Zorra... —susurra Roxi entre dientes, quien, sentada al lado de Rebeca, fuma de la cachimba que hay en el centro de la mesa sin cambiar la expresión de su cara.

—Barbie *amazorra* y su caballo... —murmura la pelirroja, girando su cabeza hacia Roxi y tapándose la boca con la mano, para no ser escuchada.

Yo sonrío y asiento en dirección a ellas dos, viendo cómo Rubén nos dedica una mirada reprobatoria a las tres, pues ha estado siguiendo los comentarios que han ido soltando y no le ha pasado desapercibida mi mirada, metida en el centro

del asunto.

—Pues yo voto por la opción de Santi. Me apetece hacer una excursión por el bosque en mitad de la noche —explica Fernando, frotándose las manos en un gesto siniestro—. En plan excursionistas de película americana...

—Cojonudo —apoya Luis la idea.

—¿De noche? —pregunta Clara asustada, encogiéndose en su asiento—.

Santi no ha dicho nada de que fuera por la noche...

—No te preocupes, ojazos, que yo me encargaré bien de protegerte —le dice Fernando, pasando uno de sus delgados brazos por el respaldo del sillón para atraerla hacia él, mientras le dedica una mueca que intuyo intenta ser seductora.

Ella se ruboriza y yo me los como a los dos. ¡Qué dulces!

—Aquí hay tomateeee —canturrea Rebeca, moviendo los ojos de forma graciosa. La cerveza le ha hecho tener la lengua más suelta, si es que eso es posible.

—¡Eh, eh! Chiste —Lolo llama nuestra atención—. ¿Qué le dice un tomate a otro mientras caminan por la carretera?... Venga... ¿Qué le dice? —insiste al ver que ninguno le seguimos la broma y lo miramos entre divertidos y hastiados de tanto chistecito.

—Ilumínanos, Lolito —le contesta Clara con una sonrisa tímida, sin

despegarse de Fernando.

—¡Que le corten la cabeza! —chilla Roxi, señalando a Lolo.

—Menudos plastas... Bueno, pues le dice... —Lolo hace un sonido de tambores con la boca y un movimiento con las manos, imitando los redobles de

una batería—. «Oye... Pffff. ¿Qué?... Pffff.» —Termina emulando el sonido de

algo al ser aplastado.

—¡Joder, Lolo! Menuda mierda de chiste, macho —le contesta Luis, llevándose las manos a los ojos.

—Pues yo no lo entiendo...

«Mónica, de verdad, eres para matarte», pienso mientras escucho cómo Lolo le vuelve a explicar el chiste, con todo lujo de detalles.

Intento ignorar las miradas que me dedica Rubén, pero, desde que bajamos al salón e intenté poner un poco de distancia entre nosotros, está taladrándome con

los ojos. Igual que ahora mismo y, aunque yo intento actuar de la manera más natural posible, su mirada me trae a la mente una y otra vez lo que ha ocurrido en la habitación. Sus miradas son...

Miradas que me transmiten más que un deseo físico.

Miradas que parecen cargadas de sentimientos.

Miradas que, definitivamente, no están pasando desapercibidas para mi amiga Rebeca, que nos observa alucinada desde su sillón. Sé que esta noche me va a someter a un tercer grado más exhaustivo que el de un agente veterano del FBI.

—¿Qué os parece un concurso? —expone Santi.

—¿Un concurso? —le pregunta Rebeca—. ¿Qué le has echado a la cachimba? —Mira la boquilla sospechosamente—. Plantéate cambiar de camello, Santiaguito...

Él la mira con una media sonrisa muy atractiva.

—Me refiero a algún tipo de yincana; pruebas que tengamos que ir completando. Incluso se me ocurre que podemos acampar en el bosque.

—¡Eh! Pues no me parece mala idea en absoluto —contesta Rubén, sin despegar sus ojos de mí.

—¿Qué tenemos, doce años? —pregunta Mónica, recibiendo un abucheo general al que me sumo, más que nada porque es contra ella y no me cae bien, no porque tenga ganas de jugar a nada y su queja me moleste por ello.

—Venga, rubia, que no se diga que no conectamos con nuestro lado infantil

—la anima Rubén, mirándola y perdiendo el contacto visual conmigo.

Saca a relucir su lado más juguetón y le tira un cojín que ella recoge con una sonrisa triunfal, alegre por ser el centro de atención.

¡Petarda! Esto me enfurece. No ha dejado de mirarme en casi toda la noche y ahora, porque la Barbie Malibú se ha quejado por la idea del concurso, le presta

atención a ella. Bueno, quizá esté siendo un poco el perro del hortelano, lo admito. Pero con Mónica no, por favor...

Nos pasamos más de dos horas de parloteo, organizando lo que necesitaremos mañana para llevar a cabo todo lo que hemos pensado.

Sinceramente, no creo que nos vaya a dar tiempo de hacer tantas cosas. Hemos acordado hacer las pruebas por parejas, así que mañana, antes de partir en dirección a nuestra excursión lúdico-campera, seleccionaremos al azar cómo vamos a repartirnos. He podido comprobar las miradas conspiratorias entre Rebeca y Roxi, y cómo se han escapado un rato juntas. ¿Qué estarán tramando estas dos? Conociendo a Rebeca y su afán por conseguir lo que se propone...

¡¡miedo me dan!!

Santi nos sorprende contándonos que el bosque del Aquelarre está plagado de leyendas de brujas y lugares abandonados, en los que las fábulas, supersticiones y realidad se entremezclan, confiriéndole al entorno un halo misterioso y especial. Lo comprobaremos mañana, pero he de decir que las chicas, aunque no lo hayamos expresado en voz alta, estamos un poco asustadas.

Yo siempre he sido muy aprensiva y no quiero ni imaginar cómo voy a

reaccionar si me juegan alguna mala pasada los nervios o, ya puestos a pensar, si

a alguno de los chicos le da por hacernos alguna bromita de dudoso gusto.  
¡Los

veo capaces!

Un bosque lleno de supersticiones; acampar en tiendas de campaña en mitad de la nada; sombras siniestras que nos acecharán... ¡Ay, joder! Si ya me está entrando el repelús por la parte alta del trasero y aún estoy en la casa, sana y salva.

Resoplo y decido irme a la habitación cuando escucho la decimoquinta queja de Mónica sobre el plan para el resto del fin de semana. Algunas de ellas han sido que no le gusta acampar, que le dan asco los bichos, que se va a terminar astillando el esmalte de uñas, que no quiere estropear sus botines de Roberto Cavalli... En fin, ¿entendéis ahora por qué no termina de bajarme por el esófago?

Al momento de levantarme y dar las buenas noches, todos parecen haberse dado cuenta de lo cansados que están y lo tarde que es, por lo que las escaleras

terminan siendo un lugar concurrido de paso.

—Buenas noches, Valentina —se despide Luis cuando me adelanta por el lado derecho, mientras subimos las escaleras—. Que duermas bien, guapísima.

—Me guiña un ojo, acerca sus labios a mi mejilla, recreándose durante un momento en su beso, y sigue hacia delante.

—Buenas noches, Luis —le contesto algo sorprendida.

Reprimo un bostezo con mi mano mientras salvo los últimos escalones hasta llegar al piso de arriba, donde Rubén se encuentra apoyado en la barandilla, mirándome.

—Hasta mañana, Rubén. Que descanses. —Le dedico una sonrisa cuando paso por su lado, recibiendo una mirada reprobatoria por su parte. ¿Qué bicho le ha picado ahora?

—Igualmente —musita serio tras de mí.

Decido dejarlo pasar, intentando olvidar el tono de su voz. El alcohol, el cansancio... Alguna explicación lógica tiene que haber para que se haya comportado así de seco al despedirnos. Pero no pienso darle más vueltas, porque

ahora mismo voy a meterme en la enorme cama fresquita que, alumbrada por la

luz de la luna que entra por la ventana, me llama como un faro a los mosquitos.

¡Qué buena pinta tiene!

—Humm... —gimo al entrar en ella y notar el frescor de las sábanas en mis piernas, estirándome y soltando diferentes soniditos de puro placer.

—¿Podrías evitar ponerte cachonda en la cama que compartimos? —

pregunta Rebeca, saliendo del baño de la habitación y sonriéndome de forma

acusatoria—. ¡Bastante tengo ya con haberte visto retozando con mi hermano en

mi lado de la cama!

Mierda. Superdetective Rebeca al ataque.

—Uhjum... —me limito a contestarle, decidida a provocarla con mis soniditos de ardilla en éxtasis.

—¡Deja de hacer eso! —me riñe entrando en la cama—. Vamos, desembucha. —Se apoya en su mano, mirándome de lado—. Empieza a soltar por esa boquita de piñón, porque he estado a punto de tragarme una avispa cuando he salido con la boca abierta del dormitorio...

—Uf... Estoy tremendamente cansada, Rebeca —contesto, recolocándome el culote que se me ha enredado en la parte alta de los muslos al moverme en la cama.

—¡Ni cansada ni vergas empanadas! Haz el favor de hablar si no quieres que traiga a Lolo para que te torture a base de chistes malos durante toda la noche

— me amenaza, señalándome con un dedo inquisidor—. ¡Y sabes que lo haré!

Dejo escapar la risa y me incorporo en la cama, apoyando la espalda en el cabecero y respirando hondo. Bueno, pues allá va.

—Verás, gordi, es bastante complicado...

—Pues mira, yo de ti empezaría por el principio, luego continuaría con el nudo y, para terminar, remataría con el desenlace —ironiza—. Vamos, nena. Que

soy yo, puedes contarme lo que sea y lo sabes.

—Es tu hermano...

—¿Y?

—Es raro.

—Tú sí que eres rara. Cuenta.

—No hay mucho que contar, de todos modos. Nos gustamos, pero no debemos hacer nada.

—¿Y eso por qué?

—No voy a negar que me siento muy atraída por tu hermano...

—Rubén. Límitate a llamarlo por su nombre y no me recuerdes que hablamos de mi hermano pequeño.

—¿Ves? Es raro. Lo acabas de demostrar.

—Vamos a ver si lo entiendes de esta forma... Si me hablas de él como si se tratase de un tío más, puedo darte una opinión más objetiva e imparcial del asunto. Eso por no hablar de cuando entremos en los detalles más jugosos.

—No te pienso dar detalles jugosos.

—Oh, sí. Lo harás.

—¡Rebeca!

—¿Qué? Joder, siempre nos hemos contado todo esto, no entiendo por qué ahora tiene que ser diferente.

—Pues porque, por tercera vez, te repito que es raro.

—Tú límitate a llamarlo por su nombre y ya me encargaré yo de imaginar que no es de mi hermano de quien hablamos.

Se sienta en la cama con las piernas cruzadas y espera. Va lista, no pienso entrar en detalles, sería demasiado bochornoso... ¡Joder! Es imposible obviar que es su hermano pequeño.

—Pues eso, que me gusta Rubén —recalco el nombre con un poco de retintín

—. No te voy a mentir si te digo que hay una tensión sexual creciente y sin resolver. Además, por lo que he podido comprobar, él también está interesado en...

—¡¡Para, para!! —me corta y pone una mano entre nosotras, cerrando los ojos—. No sé si estoy preparada para hablar del *bazooka* que escondía mi hermano en los pantalones mientras os sobabais en la cama donde ahora mismo

estoy sentada.

Pone cara de ligero asco y yo suelto una carcajada.

—No me refería a eso, bruta. —Ella respira sonoramente y vuelve a su posición de oyente activa—. Mira, Rebeca, no quiero estropear la relación que

tengo con él, ni la que tengo contigo, por un polvo. No me lo perdonaría nunca.

Además, que es tu hermano y que no.

—Vamos a ver. Olvidando el hecho de que es de mi sangre y que, por increíble que parezca, hemos compartido el mismo útero materno con poco tiempo de diferencia, ¿estás segura de esto? Tía... que te acabas de divorciar. Parecías estar babeando por Jack el *Descoñador* y ahora, ¿Rubén? —me recuerda, por si se me había olvidado.

Gracias por el apunte de mi situación actual, Rebeca.

—Si el problema es que te pica y necesitas un poquito de pomada, ¡adelante!

—Me guiña un ojo y yo niego con la cabeza. Qué sutil es—. Si es así, no hemos

hablado nada. Te lo tiras y adiós picor. Peeero... siempre hay un pero. Si por el

contrario estamos hablando de algo más, ahí es donde la cosa se enreda.

Eso mismo me he estado preguntando yo desde que sucedió esta tarde mi encuentro con Rubén. ¿Realmente lo único que me pasa con él es que me atrae sexualmente, o por el contrario hay sentimientos en lo que experimento al verlo,

mirarlo, hablarle, tocarlo...? Joder. ¡Qué difícil es todo! Mis pensamientos se suceden sin descanso mientras me deslizo por el colchón para volver a quedarme

tumbada, mirando el techo de la cama.

—No quiero estropear nada, Rebeca. De momento prefiero dejar las cosas

como están, creo que es lo mejor... Ahora mismo vosotros dos y Jack sois mi único apoyo. Y Rubén es... bueno, es especial para mí. Me siento segura a su lado —admito a mi amiga.

—Si estás convencida de que eso es lo que quieres, sabes que yo te apoyo — me contesta, dando por finalizado el interrogatorio, dedicándome un beso en la mejilla y colocándose de nuevo en su lado de la cama, dispuesta a dormir.

Apago la lamparita de la mesilla de noche y me quedo disfrutando de la agradable luz lunar que entra por la ventana. Una brisa fresca la acompaña en su

recorrido, invitando a taparme con la sábana, haciendo que me sienta en las nubes. Cierro los ojos y disfruto del momento de darme la vuelta anterior a caer en

un profundo sueño, habiendo tenido siempre la facilidad de quedarme dormida bastante rápido.

—Valentina...

—¿Humm?

—¿Estás dormida?

—No... —contesto soñolienta.

—Hablando de otra cosa. —Enciende de nuevo la lamparita, deslumbrándome—. ¿Cómo anda mi hermano por el sur?

—¡¡¡Rebeca!!!

Me echo a reír irremediablemente, negando con la cabeza y contagiando a mi amiga, que se va a quedar con las ganas de conocer la respuesta a su pregunta.

Espero que las paredes de las habitaciones sean gruesas, porque en el silencio de

la noche nuestras voces retumban, haciéndose oír.... Y no debo olvidar que el objeto de nuestra conversación duerme en la habitación de al lado.

## **Capítulo 10**

### **Bésame y vente conmigo**

—Buenos días, preciosa —me saluda Rubén, algo desgreñado y tremendamente apetecible, al encontrármelo en la puerta del baño.

—Humm... Hola, Rubén. Buenos días.

—¿Has dormido bien? Yo no he pegado ojo en toda la noche.

Pues si tienes esta pinta de dios nórdico despeinado sin haber dormido, no quiero ni imaginar lo que sería despertarme contigo al lado habiendo descansado, ¡madre mía!

—Bueno, me costó quedarme dormida. Tu hermana no es una buena compañía de cama, precisamente.

Pues sí, ha sonado francamente regular y, por la cara de Rubén, entiendo que mis palabras pueden ser, y han sido, malinterpretadas. Mi vergüenza empieza a hacer acto de presencia, tiñendo mis mejillas de rojo mientras Rubén sonrío

disimuladamente.

—Me refiero a que... a que es muy inquieta cuando duerme —intento arreglarlo—. Se mueve demasiado y pega patadas a diestro y siniestro.

—Ya —contesta guasón—. No duermo con mi hermana desde que tenía pañales, así que no puedo acordarme, pero si tú lo dices...

—Ajá —respondo escueta, sintiendo que me mira de arriba abajo de manera velada.

Comienzo a sentirme incómoda bajo su escrutinio, porque mis pezones han decidido ir por libre y se me empiezan a marcar a través de la fina toalla que cubre mi cuerpo. Sí, lo sé... No estoy sola en esta casa para irme paseando en paños menores por ahí, pero es que, cuando he ido a echar mano de la ropa, no estaba. Soy tan palurda que me la he olvidado en el dormitorio. No me extraña que mi cuerpo reaccione así, teniendo en cuenta que luce frente a mí con unas bermudas cortas como única prenda. ¡Y encima va descalzo! Con lo que me gusta un hombre descalzo...

—Bueno... ¿Ibas a pasar, verdad? —le pregunto, echándome a un lado de la puerta del baño.

No sé si darle las gracias a la rápida de mi amiga, que se ha encerrado en el aseo nada más abrir los ojos y me ha tocado venir al del pasillo si no quería morir por explosión de vejiga, o matarla por hacerme pasar, indirectamente, este momento.

—Sí, necesito una ducha para terminar de espabilarme —me contesta acercándose a la puerta y, por ende, a mí—. Pero ahora que lo pienso... no estaría nada mal añadir un succulento banquete a mi baño.

«¡Peligro, peligro! El individuo ha entrado en zona peligrosa y está invadiendo el espacio personal óptimo para seguir cuerda.»

—Rubén... —murmuro conteniendo las ganas de ir corriendo a la cocina, ponerme una manzana en la boca y servirme en bandeja a mí misma.

—Sí, sí. Lo sé —me contesta con tono fingidamente arrepentido, sin separarse—. No haré nada que no desees, pero el problema es que tu cuerpo me

dice una cosa que tu mente se afana en contradecir.

Pega su pecho a mis brazos, los cuales mantienen la toalla en su sitio e impiden que mis senos se vayan de excursión fuera de la toalla. Humm... Sentir

los músculos desnudos y su piel caliente de la parte alta del abdomen en mis brazos me activa, como si de una corriente de doscientos veinte voltios se tratase. A mi mente acude una imagen de forma nítida, manteniéndome quieta y visualizando la escena: sus amplias manos agarran mi nuca; rodeándome el cuello se acerca a mí y pega todo su cuerpo al mío, fundiéndonos en un apasionado beso. Mientras, mis manos repasan su dura y bronceada espalda, arañando sus costados cuando él busca un hueco entre la toalla para introducir

sus manos. Después de humedecerse un par de dedos con mis fluidos, los introduce en mí hasta el fondo, haciendo que me aferre a sus hombros y contenga un gemido...

«¡Atención, señorita Valentina, acuda a la realidad inmediatamente, por favor!»

Una voz nasal, al más puro estilo cajera de supermercado, me saca de mi ensoñación, dándome cuenta de que tengo la respiración algo agitada. Entiendo

que a Rubén no le han pasado desapercibidos ningunos de mis movimientos ni de mis respiraciones; sabe lo que provoca en mí y lo explota muy bien.

Dedicándome una sonrisa de medio lado muy sexy, lleva su mano lentamente hasta mi pelo, acercandoselo a la cara.

—Me encanta cómo hueles, nena —me dice entrecerrando los ojos al aspirar el aroma de mi champú de moras. Acerca sus labios a mi oído y, con voz ronca y

grave, hace que pierda la poca contención que creía haber construido hacia él —.

No puedo dejar de imaginarte desnuda en la ducha —gruñe quedamente—. Es traer esa imagen a mi mente y querer repetirla conmigo entre tus piernas, devorándote y dándote placer. —Gimo, cerrando los ojos e imaginándolo—.

Haces que me acueste y me levante duro con solo pensarte.

«¡Hazlo!», grita mi mente sin descanso, desgañitándose. Rubén pasea sus labios por mi cuello y sé que mi cuerpo ha ganado esa batalla interior que lucha

contra mi mente. ¡Al cuerno la razón!

—¿Vais a tardar mucho más en pelar la pava? Me hago pipí de una manera superurgente.

La irritante y, a la vez, armoniosa voz de Mónica nos trae de vuelta a la realidad, perdiendo la magia del momento. Entendiéndose por magia: calentura

en la que me da igual hacerlo con él en el pasillo, con mis piernas rodeando su cintura, mientras él me dedica sus atenciones más oscuras y profundas contra la

pared. Un empotramiento en toda regla, vamos.

Me separo de Rubén rápidamente y agarro el neceser frente a mi pecho, decidida a ir hasta mi habitación para tener una seria conversación con mi entrepierna, que estaba dispuesta a devorarlo sin pensar en las consecuencias.

—Buenos días, Mónica. Entra, pero, por favor, no tardes mucho en salir — escucho que le dice Rubén mientras me voy alejando de ellos—. Necesito darme

una ducha. —La puerta del baño se cierra y siento la mirada de él en mi espalda

—. Fría... muy fría.

¿Qué hubiese pasado si Mónica no nos hubiese llegado a interrumpir?

Pregunta absurda con respuesta obvia. Me habría dejado llevar.

Rubén tiene el don de encenderme con solo mirarme... con solo rozarme o hablarme, y últimamente siento que ardo por dentro, manteniendo una tensión palpable cada vez que lo tengo cerca.

¿Le pasará a él igual?

¡¿Y qué más me da?!

«Se supone que no quieres nada con él, Valentina...» Me hablo a mí misma, debatiendo mientras me visto en mi habitación. Y no, aunque me hable mentalmente, no estoy loca, o por lo menos no de manera medicamente diagnosticada.

Pero no puedo dejar de preguntarme si estaré haciendo lo correcto, privándome de dejar salir la pasión y el deseo que ambos sentimos. ¿Cómo afectaría eso a nuestra relación? ¿Qué opinará Jack?... Y es que, aunque quiera,

mi cabeza no deja de darle vueltas a la situación. Nunca he sido de las personas

que actúan sin pensar, como Rebeca por ejemplo. ¿O sí lo he sido siempre, pero

este tema lo estoy analizando minuciosamente con lupa? Quizá se deba al miedo

de volver a equivocarme; puede que ése sea el gran obstáculo en mi posible historia con Rubén.

«Y es que él tiene toda la razón del mundo», admito mientras termino de hacer la cama. Intento contradecir no sólo a mi cuerpo, sino también a esos sentimientos que empiezan a ir más allá de la necesidad de una simple amistad.

Esas huellas de gigante que se van quedando grabadas en mi interior. Pero lo peor de todo es que él lo sabe y parece que se ha propuesto ser el mejor jugador

de cartas del mundo, para ganar la partida. Y la cuestión es que creo que quiero

que gane. ¿Lo creo, o sé que quiero que así sea? ¡¡Ay, Dios!! Me voy a volver loca del todo como siga pensando tanto, y mi cabeza no está en su mejor momento después de la cerveza que bebí ayer.

Necesito hablar con Jack. Es algo que se ha convertido en necesario para mí desde que lo conocí, ayudándome a tomar los caminos correctos o más beneficiosos en cada momento, analizando la situación que se haya dado desde un punto neutro. Pero, claro, no puedo llegar y decirle «hola, Jack, creo que eres

el tercero en discordia en un dilema sentimental que tengo». No, por supuesto que no voy a hacer eso. ¡No soy Rebeca! ¿Vale?

Lo único que tengo claro de todo esto es que empiezo a sentir cosas por Rubén que van más allá de la amistad, pero tampoco quiero perder a Jack. Me siento como una niña caprichosa y no me gusta.

Quizá lo mejor sea no hacer nada con Rubén. No sucumbir a lo que mi cuerpo reclama de él y esperar a tener claro qué es lo que de verdad quiero y necesito.

Sí. Eso es lo que tengo que hacer.

Teoría: aprobada con nota.

Práctica: ya lo veremos...

## **Capítulo 11**

### **Las reglas del juego**

Sé, por las miradas que se dedican Rebeca y Roxi, que esto no ha sido algo casual o el resultado del azar. Conozco a mi amiga demasiado bien; han sido muchos años pasando tiempo con ella y jugando a diferentes juegos, por lo que ya conozco sus estrategias. Lo que no me explico es cómo han llegado a hacerlo.

Admiro sus mentes maquiavélicas.

—¡Me niego! O sea, olvidadlo, ¡pero ya! Exijo un cambio de inmediato.

—Pero si no es tan malo, Mónica... —intenta tranquilizarla el bueno de Santi—. Piensa que no vas a aburrirte en ningún momento.

—¡He dicho que no! Yo prefiero ir con Rubén —contesta la rubia cruzándose de brazos y poniendo morritos, en un gesto infantil verdaderamente patético.

Rebeca resopla. Mala señal.

—Ya, bonita, pero ha tocado así —le dice al borde de perder las formas,

mientras recoge la mochila que ha dejado en el suelo del jardín—. Si no te gusta,

redacta una bonita reclamación en papel rosa *pink* y te la metes por el...

—Rebeca... —la para Santi, que está a su lado.

Ella lo mira y se calma al momento, resoplando y mirándome luego a mí.

¡Ay! Si es que es muy brava... Evidentemente ella no entiende que mi cabeza ahora mismo es un hervidero de pensamientos contradictorios, porque si conociese ese dato no habría emparejado a su hermano conmigo en la yincana.

—Yo no me fío de este sorteo. Roxi, ¿quién dices que ha sido la mano inocente? —le pregunta a la compinche de mi amiga, que la mira con una expresión divertida—. No. O sea, de verdad os juro que no puedo creérmelo.

—Te lo he explicado tres veces ya, Mónica —le contesta Roxi, terminando de repartir los mapas que esta mañana fue a buscar al pueblo—. Deja de comportarte como una cría y reúnete con tu compañero, ya vamos a comenzar. Roxi será la encargada de supervisar las pruebas y también ha sido la que ha ido guardando los objetos por el bosque. Objetos que nosotros debemos encontrar en el menor tiempo posible.

Rubén y yo.

Pareja de juegos.

Solos.

Bosque.

—Dichosa yincana... ¡Menuda niñería! —se queja Mónica, andando hasta su compañero Lolo—. ¿Quién me mandaría a mí meterme en estas cosas? —refunfuña, llegando hasta él y colocándose la mochila rosa a la espalda. «Barbie Exploradora», leo en los labios de Rebeca, y contengo la risa al verla chocar la mano con Roxi.

—He ganado la apuesta —le susurra Roxi a Rebeca, a lo que mi amiga asiente solemnemente.

¿Apuestas? ¡Oh, no! Otra igual de competitiva que Rebeca... Dios las cría y ellas se juntan.

Observo a las parejas que han formado estas dos arpías y sigo preguntándome cómo lo han conseguido. ¡Yo he visto con mis propios ojos cómo Clara sacaba los papeles de la gorra de Luis!

Mónica y Lolo.

Rebeca y Santi.

Luis y Hugo.

Clara y Fernando.

Y por último, el señor atormentador de mis sueños, llamado Rubén, y yo. Con lo claras que me había dejado yo misma las cosas esta mañana, aleccionando a mi mente y a mi cuerpo para que hicieran un alto el fuego y aunaran fuerzas... No sé ni para qué gasto saliva mental hablándome.

—Bien, chicos, ya estáis todos por parejas y tenéis el mapa junto con las primeras indicaciones para encontrar el primer punto a explorar —comienza a explicarnos Roxi—. Como ya os he advertido, hay seis objetos que hallar repartidos por todo el bosque. A medida que vayáis encontrándolos, también hallaréis la pista del siguiente —repite lo mismo que esta mañana acordamos en

el desayuno—. El campamento donde pasaremos la noche lo tenéis señalado en

el mapa. —Miro el mapa que tiene Rubén extendido, viendo el punto marcado

—. Ahí es donde yo os voy a estar esperando. El primer grupo que llegue con todos los objetos será el vencedor de esta prueba y tendrá ciertos privilegios para

la siguiente. ¿Entendido?

Asiento con la cabeza y veo cómo Rubén se pega un poco más a mí. ¡Qué día más largo va a resultar ser!

—Está chupado, rubita —oigo a Lolo a mi derecha dirigirse a su compañera

—. Agárrate las uñas de porcelana que vamos a correr como galgos para ser los

primeros en llegar. —Ella resopla y lo mira sin ganas mientras él se frota las manos, concentrado—. En mi pueblo me llaman Billy el Rápido.

—Lolo. Eso te lo llama tu ex y no creo que debas sentirte orgulloso

precisamente... —le contesta Rubén a mi lado, provocando risas generalizadas.

—Recordad —vuelve a tomar la palabra Roxi—. Es muy importante conservar todos los elementos que encontréis. —Mira en general, guiñando un ojo—. Quién sabe si los necesitaréis para las demás pruebas...

—¡Que sí!... Que nos guardaremos los tesoros y luego haremos un motín — dice Fernando, recibiendo un manotazo en el estómago por parte de Rebeca, que

está a su lado—. ¡Auuu!... Ojazos, me maltratan —se queja a Clara, haciendo un

puchero y provocándole una preciosa sonrisa a ella.

¿He dicho ya que me parecen monísimos los dos?

—Pues eso es todo. Mucha suerte y... ¡a jugar!

Comenzamos a caminar, colocándonos las mochilas y mirando el mapa, cuando Roxi vuelve a llamar la atención del grupo.

—¡Ahh! Se me olvidaba. —Sonríe y, no sé por qué, pero su risa me da miedo

—. Vigilad vuestras espaldas... Este bosque tiene muchas leyendas y es posible

que no estéis solos en él. Mantened los ojos bien abiertos... Bienvenidos a la primera yincana del bosque del Aquelarre.

Observo a Santi y Rebeca, que se ponen a mirar el mapa, mientras Rubén me

llama para que lo siga. Mi amiga me produce una sonrisa cuando la veo

arrebatarle el trozo de papel a Santi de las manos y ponerlo en el suelo, dando vueltas alrededor de él para situarse... Menuda manera de orientarse más

peculiar. Presto atención a Santi, que la mira y sonrío, negando con la cabeza.

Corro hacia Rubén, que ya me saca bastante ventaja en el camino, y me pongo a su lado, agarrando su manga en un gesto inconsciente.

—Rubén, como te separes de mí, te mato —le amenazo asustada, mirando a todos lados.

Él se ríe comedidamente y me mira divertido.

—Valentina, estamos a plena luz del día.... —Vuelve a mirar el mapa y rectifica su posición, adentrándose a través de los árboles en una dirección diferente a la que han tomado los demás—. Además, no te creerás eso que contó

Santi sobre las brujas y todas esas tonterías, ¿no?

Sí.

—No.

—Ya... Y precisamente porque no te lo crees me estás pellizcando la cintura y tienes cara de pánico.

Me doy cuenta de que mi mano izquierda, en un acto totalmente

involuntario, ha agarrado parte de la camiseta y de la piel de él. Separo la mano,

sin retirarme mucho de su lado. Joder... Roxi podría haberse metido la lengua un

ratito en el culo.

—¿Y si es verdad? —le pregunto cuando, aguantando el mapa y la mochila de Rubén, espero que vuelva a mi lado después de haberse agachado a rebuscar entre unas pequeñas piedras que parecían haber sido movidas recientemente.

—De lo que te debería dar miedo es de seguir buscando...

Lo veo tenderme un... ¿tanga?

—¿Esto es uno de los objetos? —le pregunto incrédula, agarrando con dos dedos la prenda y poniendo una mueca un poco escrupulosa.

—Eso parece.

Seguimos rebuscando entre ramas y hojas desperdigadas por el suelo, tras las señalizaciones del camino. Incluso en un momento dado, Rubén, al más puro estilo el último superviviente, se ha subido a un árbol para buscar.

—¿Cómo lo lleváis, pareja?

Oímos a pocos pasos detrás de nosotros la voz de Luis. Me vuelvo con una sonrisa, dando gracias de que sean ellos. No sé qué esperaba encontrar al girarme, pero está claro que no soy muy aventurera ni valiente.

—Bien, ya llevamos cuatro —les contesto a los dos.

—Mi hermana ha debido de perder la cabeza —responde Hugo, al lado de Luis, su compañero de yincana—. ¿Vuestros objetos son tan... peculiares como

los nuestros?

Me echo a reír, recordando que tras el tanga hemos encontrado una caja de preservativos, unas pinzas de hielo y un antifaz. Cuando voy a empezar a hablar,

Rubén me agarra de la mano y me separa de ellos, andando más apresurado para

que sigamos nuestro camino a solas.

—No se dan pistas a los enemigos —se limita a decirme, con la vista al frente.

Yo alzo una ceja. Sí, ese gesto que tanto fastidio me ha producido en Enrique en nuestros años de matrimonio parece que se me ha terminado pegando.

Incrédula porque haya sido así de borde con ellos, decido que lo mejor será dejarlo pasar. Giro la cabeza, sonrío a los chicos, que siguen su camino cada vez

más alejado de nosotros, y los despido con la mano que me queda libre.

—Eso no ha sido nada encantador —le recrimino tras quince minutos en absoluto silencio y observando cómo Rubén sigue mirando y escrutando el camino en busca de más objetos.

—Quizá es que no he querido serlo.

Pero... ¿será borde? La vena de mi cuello empieza a hincharse y me suelto de su mano de un tirón.

—¿Te ha picado una araña en un huevo o qué te pasa? —le espeto malhumorada, tropezando con la rama de un árbol que me habría tirado al

suelo

de no ser por la rápida acción de las manos de Rubén en mi cintura.

Se limita a carcajearse, no sé si de mí o conmigo.

—¡Qué bien! Me alegro de que te diviertas. Por lo menos uno de los dos lo hace —le rebato cabreada y reemprendiendo el paso.

Él se sigue riendo un poco más, lo que termina por sacarme de mis casillas.

—¿Quieres dejar de reírte?!

Cuando me giro para encararlo, oigo unos grititos, como si estuvieran pisando a una rata, que me sacan de mi burbuja de furia y me hacen mirar en la dirección de la que provienen.

—¡¡Ayyy...!! Qué ascooo... Por Dios, Lolooo, encuéntralo ya de una vez, que se me suben las hormigas y no puedo soportarlooooo...

La aguda voz de Mónica me distrae de mi actual objetivo, quedándonos quietos y observando la situación.

—¡Nos ha jodido la rubia! Son hormigas. H-o-r-m-i-g-a-s —le dice Lolo desde el suelo, rebuscando en un hormiguero con sus manos.

—Me rindo... me rindo, Lolo. ¡Vámonos, por favor!

Mónica está al borde de las lágrimas y por una vez siento lástima por ella. Sé lo que es tenerle fobia a algo y no debe de estar pasando un buen momento.

Rubén me vuelve a agarrar de la mano y reemprendemos nuestro camino,

pasando por su lado.

—¡Y una mierda me rindo! Encima de que llevo escarbando diez minutos y tengo las uñas que me parezco a mi tío Mariano cuando remueve el estiércol.

—¡Oh, Dios...! Qué ascooo...

—Mónica, no te van a comer. —Veo que Lolo se levanta de su posición de rodillas, agarrando con firmeza un objeto cubierto de tierra que no logro llegar a

discernir—. Ni que fueran alacranes...

En un gesto que me hace sonreír, Lolo, con toda la buena intención del mundo, se afana por sacudirle los pequeños insectos de encima a Mónica, pero ella le da un manotazo con cara de asco.

—¡No me toques! ¡Me vas a llenar la ropa de tierra!

La simpatía que pudiera haber albergado por ella y su momento de debilidad se esfuma. Esta tía es odiosa.

—¿Crees que aguantarán hasta el final del día? —me pregunta Rubén, cuando ya hemos pasado por su lado y los hemos dejado atrás.

—No creo que duren ni diez minutos más, pero, si lo hacen, Lolo será mi héroe por aguantarla. Es insoportable.

Rubén me sonríe y continuamos caminando en busca de los dos objetos que nos faltan, aunque realmente nunca he sido demasiado competitiva y me da un poco igual ganar o no.

—¿Qué te pasa? —me pregunta cuando nota que me quedo rezagada y sin poder remediarlo tiro de su mano, que sigue aferrada a la mía.

—Nada.

—Valentina...

—Necesito parar.

—¿Estás cansada? —sondea deteniéndose y dirigiéndome una mirada cariñosa.

—No... no es eso.

—¿Entonces?

—¿Puedes llamar a tu hermana?

Me mira interrogante. Joder, ¡qué vergüenza!

—¿Puedo saber para qué quieres que llame a Rebeca?

—O a Santi. Llama a Santi y que te pase con ella.

—¿Qué bicho te ha picado?

—Ninguno. ¡Llámala!

Saca el teléfono del bolsillo y suspiro aliviada, pero mi espiración se ve interrumpida cuando me enseña el teléfono sin una sola, remota, débil o apreciable señal.

—No puedo llamar, aquí no hay cobertura.

—¡Pues súbete a un árbol como antes, a ver si así aparece la dichosa

cobertura!

Se guarda el teléfono en el bolsillo y yo maldigo la hora en la que olvidé mi teléfono en la casa... ¡Menuda mierda de suerte tengo siempre!

—¿Qué haces?! No lo guardes... Necesito a tu hermana.

—Dime para qué la necesitas y quizá entienda por qué me tengo que subir a un árbol para llamarla. Algo importante tiene que ser para que me pidas eso, porque, cuando me he subido antes, te ha faltado ponerte de rodillas para rezar y

que no me pasara nada...

Joder, ¿tan evidente soy? La verdad es que antes lo pasé fatal, pero esto es una urgencia y ¡¡¡necesito!!! localizar a Rebeca.

—¿No puedes simplemente hacer lo que te pido?

—Está bien —concede—. Pero a cambio yo también querré algo. ¿Trato hecho?

Lucho contra mi ceja para que no vuelva a elevarse, pero mi urgente

necesidad me hace asentir con la cabeza y no pensar en la mirada traviesa que me dirige.

Tras más de cinco minutos encima del árbol, vuelve a bajar sin obtener ningún resultado.

—Nada. Deberás esperar a que lleguemos al campamento para hablar con ella.

—Imposible. —Empiezo a encontrarme realmente mal.

—¿Me quieres contar qué es lo que te pasa, Valentina? —Me mira sin entender—. Tienes mala cara...

—No me encuentro bien.

Veo cómo se acerca hasta mí, preocupado. Me agarra del hombro y me hace sentarme en una piedra inestable del camino.

—Valentina, no nos vamos a mover de aquí hasta que me digas qué es lo que te ocurre. Me da igual el juego; si te encuentras mal podemos regresar a la casa

y...

Le corto. No puedo más y la posición sentada en esta piedra baja no ayuda nada. Me están entrando hasta escalofríos.

—¡Me estoy meando, Rubén! No puedo más... —Me levanto y cruzo las piernas, cerrando los ojos y escuchando cómo contiene la risa.

—¡Haberlo dicho antes, mujer! —Me agarra del brazo y me conduce a una parte del bosque más frondosa—. Anda ven, que para eso no necesitas a mi hermana.

Sí. Sí la necesito...

—Mira, ponte detrás de aquellos arbustos y haz lo que tengas que hacer.

¿Quieres un clínex?

Me entran ganas de meterle la fábrica entera de Scottex en la boca para que

se calle. Joder, me voy a mear encima.

—Me... me da miedo estar ahí sola. No te alejes demasiado.

—Está bien. Vamos.

Me sonrío y no puedo devolverle el gesto, temo que, si hago algún esfuerzo más raro de la cuenta, acabe con los pantaloncitos chorreando y oliendo a caja de gato.

—¡¡No mires!! —exijo en cuclillas, con la espalda de Rubén a sólo dos metros de mi posición—. Ni se te ocurra girarte, ya es bastante vergonzoso que

me escuches.

Por favor, espero que en esta postura no se me acabe escapando ningún sonido demasiado comprometedor...

Después de lo que me parece una eternidad y concentrándome para poder orinar tranquilamente, mentalizándome de que estoy sola y de que quien me va a

escuchar no es el mismo hombre que me trae con las hormonas revolucionadas,

consigo vaciar mi vejiga y quedarme nueva.

—¿Ves? No era tan complicado —me dice divertido, mientras sigo caminando detrás de él abochornada, para volver a retomar nuestra dichosa búsqueda.

Con lo cómoda que podría estar ahora mismo tirada en una de las tumbonas de la piscina con una cerveza en la mano y charlando animadam...

—¡¡Chicos!! ¡¡Ehhh!!! ¡¡Valentina!!

Miro hacia mi derecha y veo dirigirse a nuestro encuentro a la que hace unos minutos me hubiese hecho tanta falta. Empiezo a creer que alguien está haciéndome vudú o algún ritual para la mala suerte.

—Ey, ¿cómo lo lleváis? —contesta Rubén cuando llegan hasta nuestra posición—. Nosotros ya tenemos cuatro, pero hemos tenido que parar un momentito. —Me mira y lo fulmino con los ojos—. Era un caso de fuerza mayor

—termina haciéndome un guiño.

—¿No decías que no se le daban pistas a los enemigos? —le reprendo con los brazos en jarras.

Rebeca me mira interrogante y la agarro del brazo para alejarla de Santi y Rubén.

—¿Qué te pasa? —me pregunta cuando los chicos ya no pueden oírnos—.

Pensé que después de lo de ayer te gustaría hacer la prueba con mi hermano...

—Ya. Gracias —le contesto enfadada.

Mi amiga me mira y me sonrío. Vale, decido que mi humor de reno cabreado no es el más idóneo, teniendo en cuenta que ella no ha hecho nada. En realidad nadie lo ha hecho, más que mi *oportuna* vejiga con su urgencia. Le cuento a

Rebeca lo que nos ha ocurrido y no puede parar de reír.

—Pues menos mal que no se te ha escapado un pedo mientras meabas, porque, conociéndote, habrías huido del país para no verle más la cara a Rubén.

—Estalla en carcajadas ante mi cara de pocos amigos—. Vale, vale. Perdón...

—No te rías, pero, cuando estaba agachada intentando concentrarme, pensé lo mismo.

Rompemos las dos a reír y al calmarnos un poco observamos a los chicos hablando en voz baja, más cerca de lo normal en dos tíos que sólo son amigos.

—¿Qué me dices? ¿Sigues pensando que son pareja? —le pregunto a Rebeca, sin dejar de observarlos.

—Pues no lo sé. He intentado sonsacarle a Santi, pero ese tío es más huidizo de lo que creía. —Lo mira intensamente—. Con sus buenos modales y su timidez, no he podido sacar nada en claro, aunque no lo descartaría.

—Pero tu hermano... —Joder, me niego a volver a dudar de Rubén. ¡Si ayer estaba dispuesto a acostarse conmigo!—. No me cuadra.

Rebeca hace un gesto con la mano, restándole importancia. Claro, a ella le da igual porque uno es su hermano y el otro no le interesa, pero a mí me supone un

quebradero de cabeza por lo que empiezo a sentir por Rubén.

—Valentina, ¿seguimos?

Oigo la voz de Rubén llamándome y me despido de mi amiga, retomando el camino algo más relajada y sin querer darle más importancia al momento bochornoso de mi necesidad urinaria.

Un rato después terminamos descubriendo los dos objetos que nos faltan y volvemos hacia el punto de encuentro, dándonos cuenta de que Lolo y Mónica, y

Luis junto con Hugo, ya están allí. Rubén resopla con fastidio y yo sonrío. En eso es igual a su hermana, la competitividad le puede.

La zona que Roxi ha escogido para establecer el campamento no podría haber sido más acertada: está sombreada por los árboles, y un amplio claro nos

brinda el espacio necesario para asentar nuestras tiendas de campaña. El ambiente que se respira bajo las inmensas copas de los árboles es sobrecogedor y

mágico, y sonrío alzando la cara hacia un tenue rayo de sol que se deja ver entre

ellas.

—Señoritas, vamos a refrescarnos mientras los machotes montan el chiringuito —escucho a Rebeca animar a las demás, siendo secundada por Roxi

inmediatamente.

—¡Eh! Eso no es justo. Nosotros también tenemos calor —se queja Rubén, secándose el sudor de su frente con el borde de la camiseta.

¡La leche! Hasta así me resulta apetecible... sudadito y con los músculos de los brazos en tensión por tener que aguantar la lona y las cuerdas que tensan la tienda, pero no. No puedo dejarme guiar únicamente por la atracción física, más

que evidente, que despierta en mí. Tengo que pensar en lo que ocurrió ayer y convencerme de que lo mejor es que continuemos siendo exclusivamente amigos. Enrollarme con él sólo traería problemas y complicaciones. Me siento tan cómoda cuando hablo con él, olvidando el rato en el que he querido asesinarlo con mis propias manos durante la prueba, que la verdad es que no imagino perder esos momentos por acostarme con él...

Me acerco a su posición, donde Santi y Luis lo ayudan, intentando descifrar el montaje del habitáculo improvisado y dando cada uno su punto de vista sobre

cómo deberían proceder. Las demás, ataviadas con sus ropas de baño, se encaminan hacia la parte izquierda del campamento, desde donde se puede oír el

sonido del agua de un riachuelo cercano.

—Chicos, ¿alguno puede ayudarme con la mochila? La cremallera está atascada y no puedo abrirla —les pido para poder colocarme la ropa de baño.

—Ahora mismo, preciosa. Chicos, en seguida vuelvo —contesta Rubén—.

Seguid sin mí, por favor.

Apoya su mano en la parte baja de mi espalda y me guía hacia delante, en dirección a las mochilas. Luis nos observa mientras nos alejamos. Yo no digo nada y mi cara debe de ser un libro abierto para Rubén, porque no tarda en preguntarme.

—Valentina, ¿te pasa algo? —pregunta de forma dulce—. Estás muy seria.

—No, nada...

—Vale, es peor de lo que creía. —Le sonrío débilmente y él me mira—. «No, nada» quiere decir «sí, mucho», ¿me equivoco?

Después de mirarlo durante un instante, niego con la cabeza y él me agarra de la mano, separándonos del grupo y dirigiéndome a una parte del bosque más

alejada. La mochila creo que deberá esperar para más tarde.

Caminamos durante unos minutos, encontrando finalmente un lugar en el que sentarnos. Un tronco tumbado en medio de ninguna parte hace que Rubén decida que ése será el sitio en el que paremos. Se sienta con las piernas a cada lado del improvisado banco y me invita a hacer lo propio delante de él, con un par de palmadas sobre la superficie. Me acerco hasta donde está y me coloco en

el lugar que él ha estado tocando, con la espalda algo recta, de modo que su pecho queda a escasos centímetros de mi reverso. Sinceramente, no me parece la

posición más cómoda para hablar sobre lo que ocurre, sin poder mirarlo a la

cara, pero un estremecimiento me recorre cuando noto su aliento cerca de mi cuello.

—Preciosa, cuéntame lo que te ronda la mente. No quiero que estés mal.

—Rubén, es que estoy hecha un verdadero lío. No me pasa nada en concreto, pero a la vez me ocurre de todo. Siento que no sé qué es lo que quiero, ni lo que

debería hacer. —Le expongo todo esto mientras juego con una ramita que sobresale del tronco del árbol—. Cuando creo que he tomado una decisión, me encuentro pensando en algo que la tira al traste... Me parece que estoy empezando a perder la cabeza.

Él apoya su barbilla en mi hombro.

—¿Es por nosotros? ¿Por lo que ocurrió ayer? —Con una de sus manos acaricia mi brazo de arriba abajo, mientras que la otra la apoya en mi cintura.

—Me refiero a nosotros. A mí. A Jack. A qué es lo que quiero hacer con mi vida... Siento que mi cabeza es un verdadero caos.

—Uf... Pensamientos demasiado profundos para una excursión al campo, ¿no te parece? —Aprecio que sonrío y agradezco que quiera quitarle importancia con su comentario.

—Rubén, ayer, cuando decidí parar, no es que no te deseara. Lo... lo hago, de veras que deseo continuar, pero hay algo que...

—Lo sé, pequeña —me interrumpe y pienso que lo ha hecho porque ha

escuchado el quiebro de mi voz—. Tu cuerpo te delata. Tu piel se eriza por cada

roce con la mía. —Pasa un dedo por mi brazo, demostrando lo que acaba de decir—. Tu corazón se acelera cuando me tienes cerca. —Une su cuerpo aún más al mío, tirando sutilmente de la mano que tiene en mi cintura, haciendo que

no pueda entrar una minúscula partícula de oxígeno entre nuestros cuerpos—. Tu

respiración se entrecorta y se convierte en deliciosos jadeos cuando te beso. —

Siento sus labios recorrer el lugar que une mi cuello con el hombro y me estremezco.

Esto no ayuda en nada a que me aclare... pero es tan sumamente delicioso...

—Nena, no deberías pensar tanto las cosas. Disfruta, déjate llevar. Deja que tu cuerpo te guíe por una vez y no pienses en nada más.

—No puedo, Rubén. No significas sólo deseo físico para mí. —Me arrepiento en el mismo momento en el que las palabras salen de mi boca, no queriendo hacerlo partícipe de mis sentimientos, que no tengo claros ni yo misma—. Necesito aclararme yo para poder seguir hacia ti. Saber qué siento por

ti, qué siento por Jack... No quiero estropear nada.

La mano que aún tiene en mi cintura se cierra un poco más y le escucho

respirar sonoramente, intentando calmarse.

—Mira, nena, no puedo hablar por nadie más que por mí. No sé cuáles son tus sentimientos, pero te puedo jurar que te deseo y para mí tampoco eres un simple polvo. Eres importante en mi vida, pequeña. Siempre lo has sido. —  
Enlaza ambas manos alrededor de mi cintura y pongo las mías sobre las tuyas —.

No sólo deseo tu cuerpo, quiero que te quede claro. Me apasionas toda tú.  
Eres

inteligente, atrevida pero con una timidez, a veces, que me parece lo más tierno

que he visto en mi vida. —Sonrío y espero que continúe—. Lo das todo por las

personas a las que quieres. Eres una gran persona y una gran mujer, Valentina,  
y

no pienso dejar de estar a tu lado, decidas lo que decidas...

Soy una cobarde y una caprichosa.

¿Cómo puedo estar haciéndole esto al único hombre que me ha hablado así en mi vida?

Es triste pensar que las palabras de Rubén no las he escuchado nunca antes en los labios del que ha sido mi marido durante años. Y yo aquí, haciendo el imbécil y confundiéndolo a él, poniéndole la cabeza como un bombo, igual que la mía.

—No puedo, Rubén. Lo siento, pero no puedo. No te mereces que te tenga

esperando...

Me levanto decidida y me encamino derecha al campamento, dejándolo sentado en el mismo lugar en el que he escuchado las palabras más bonitas que me han dicho jamás.

## Capítulo 12

### En tus brazos

¿Se puede saber qué estás haciendo, Valentina? La situación se te está yendo de las manos y sabes que no vas a poder resistirte mucho más a Rubén... ¡Joder!

Es que él tampoco lo pone nada fácil, ¡ya podría ser un poco menos atractivo y encantador! ¿Será cierto todo lo que me ha dicho? ¿De verdad le importo más allá del deseo físico? Pero... ¿de verdad quiero saberlo? ¿Es lo que realmente quiero ahora mismo? Sí, a ver, no voy a engañarme a mí misma intentando hacerme creer que no lo deseo y que no pagaría por unas horas a su lado, piel con piel, escuchando todas las cosas preciosas que tenga que decirme y haciendo

que mi corazón salga corriendo a su encuentro, pero no debo olvidar que acabo

de divorciarme y en mi cabeza estaba muy bien armado mi croquis.

Como tareas pendientes por realizar estaban: experimentar, divertirme, *living*

la vida loca, coquetear con la vida y dejar salir a flote a la Valentina que siempre

fui antes de acabar sumergida entre muebles oscuros y buenos modales

conyugales. Pero en ningún lado de mi alocada y desvergonzada lista rezaban las

palabras: *compromiso, relación, sentimientos, amor...* Mierda. Creo que voy a tener que replantearme de nuevo todo mi futuro a medio y corto plazo...

—¿Hola? Tierra llamando a Valentina.

Manteniendo mi vista perdida, oigo las palabras de Rebeca y distingo su mano moviéndose frente a mi cara. Debo llevar bastante rato en la misma posición, porque siento el trasero entumecido al estar en contacto con la dura superficie de la roca en la que estoy sentada, mientras las chicas se bañan en el

lago. Regreso mis ojos al presente y observo a mi amiga, que me mira con cara de preocupación a poca distancia de donde me encuentro. Vaya... No puedo

olvidar que debo ser totalmente transparente para los que me conocen y Rebeca

lo hace como si realmente fuese yo misma.

Puedo vislumbrar bajo su anaranjada cabeza mojada por el agua los

engranajes de su cerebro que giran y giran, intentando averiguar qué es lo que me ronda la mente en estos instantes. Le sonrío y su expresión se dulcifica.

Bien,

tampoco quiero que se preocupe demasiado por mis tonterías mentales, aunque a

decir verdad... Para mí es importante todo lo que me ocurre ahora mismo,

aunque para otros parezca una soberana gilipollez.

Hago un recorrido visual de lo que tengo delante, pudiendo ver a las demás disfrutar y refrescarse, entre juegos y risas. No es para menos, esta mañana hemos pasado un calor totalmente insoportable mientras empezábamos las pruebas, aun contando con que los árboles nos guarecían del contacto directo de

los rayos de sol.

De repente, noto unas manos aferrando mis tobillos y me sobresalto por el contacto. Me tranquilizo al ver a Rebeca agarrada a ellos, pero al segundo de observar su mirada sé que algo trama y no va a terminar de gustarme.

—¿Rebec...?

No me da tiempo a terminar de preguntarle qué es lo que pretende cuando tira con todas sus fuerzas, impulsando con sus pies y su torso, por lo que termino

metida en el agua con ropa incluida. ¡La madre que la parió! A veces puede ser

como un jodido grano en el culo. ¿A santo de qué ha venido que me ponga chorreando? Saco la cabeza de la profundidad del agua, escupiendo y resoplando

en plan hidra de los mares.

—¡Joder, Rebeca! ¡¿Se puede saber qué cojones haces?!

La veo reírse y aún me mosqueo más. Creo que no llevo bien que los demás

se rían de mí... ¿o es conmigo? Me da igual, estoy cabreada.

—Si te aburres, toca la gaita un rato, bonita. ¡Joder! Es que no se te ocurre nada normal ni sensato... —le escupo con un tono de voz malhumorado, mientras me escurro el pelo con movimientos bruscos e intento quitarme el vestido que se me ha quedado pegado al cuerpo con el agua, como una segunda piel.

Sé que no sirve de nada que me enfade con ella por este tipo de cosas por dos motivos: primero, porque va a seguir haciéndolas. Parece que le divierte verme

enfurruñada y escupiendo sapos por la boca; su humor es demasiado retorcido y

pesado para ser siquiera normal. Y segundo, porque, al conocerme tan bien, terminará haciéndome un par de carantoñas y yo acabaré riéndome y

perdonándola. Si es que ya lo he dicho... encima de tener mala suerte, debo de tener un panel luminoso en la frente que vaya relatándoles a los demás mi interior. (Nota mental: aprender a no ser tan transparente.)

Oh, no... ¡¡Oh, no!!

—¡¡¡Banzaiiii!!!

Antes de que me dé tiempo a reaccionar, Rebeca se ha tirado al agua mientras se desgañitaba gritando y saltando en plan bomba, provocando un tsunami inmediato que ha conseguido ponerme los pelos mojados pegados por

toda la cara. No puedo más que resoplar. ¡Qué harta estoy de ella a veces!

—Serás capulla, Rebeca... Estás graciosa hoy, ¿eh?

—Ja, ja, ja, ja, ja, debería haberte grabado... Ja, ja, ja, ja, ja.

—Te has debido de desayunar a Míster Bean —le contesto, sabiendo que voy a terminar por contagiarme con su risa y no va a servir de nada el enfado que he

intentado mantener con ella y su actitud infantil.

Dicho y hecho, al cabo de unos pocos segundos estallo en carcajadas y pienso que de perdidos al río, nunca mejor dicho... Debo recordar uno de los puntos de la lista que repasé hace un momento. Divertirme. Pues eso pienso hacer y, aunque sea el objeto de risas de todas las demás, que han terminado por

contagiarse también y juntas formamos una algarabía poco discreta, debo reconocer que ha sido divertido y por lo menos ha conseguido sacarme de la cabeza el cacao de telenovela venezolana que tenía montado.

Empiezo a ver cómo los chicos se acercan a nuestra posición, con sus trajes de baño listos para refrescarse. Quizá sus caras de diversión se deban a la fiesta

en el agua que tenemos montada todas las chicas. Bueno, todas no. Mónica, como siempre, es la nota discordante y no para de pegar grititos para que no le mojemos el pelo. Pfff... Si tuviera un poco más de maldad, la arrastraría de los

pies por todo el fondo marino. ¡Ah, no! Que esto es un lago. Bueno, pues por todo el fondo ¿*lagano*?

Vuelvo al presente al oírlos hablar desde fuera del agua.

—¿Qué se han fumado? —le pregunta Santi a los demás, observándonos alucinado.

—No lo sé, pero quiero lo mismo —contesta Fernando con una sonrisa en la cara y sin dejar de mirar a Clara, que no puede parar de reírse después de que Rebeca haya tragado agua sin querer y esté maldiciendo por ello.

—¡Seguro que acaban de entender alguno de mis chistes! —aporta Lolo.

—Seguro que sí, Lolo... seguro que sí. —Rubén le palmea la espalda y me sonrío.

Automáticamente giro la cara y me pongo de espaldas a ellos. No sé por qué me comporto así, pero me siento mal por no tener más fuerza de voluntad con Rubén y dejarme claro a mí misma que entre nosotros no sería conveniente que pasase nada. Pero no, yo, que soy débil y una yonqui de cariño, lo sigo con los ojos como el gatito de Shrek cada vez que lo veo. Soy patética.

Me reúno con las chicas, acercándome a ellas en el centro de nuestra piscina improvisada, y veo cómo, uno a uno, los chicos se van metiendo en el agua, cada

uno a su estilo, y se van acercando a nosotras con unas caras nada

tranquilizadoras. ¿Qué están tramando? La sonrisa maliciosa que nos dirigen,

mientras se aproximan con sus brazos abiertos y una fingida calma, no deja lugar

a dudas de que la paz ha terminado.

—¡¡¡Ay!!! ¿Pero qué hacéis? ¡No se os ocurra mojar me los pelos! —chilla

Mónica horrorizada, cuando ve que los chicos nos acorralan poco a poco contra

la pared de piedra que tenemos a nuestras espaldas, quedando cada vez más

cerca la caída de agua que se forma unos metros por encima de nuestras cabezas

—. ¡¡Socorro!! ¡¡Auxilio!!

—No vais a escapar tan fácilmente... Mua, ja, ja, ja —bromea Fernando con voz siniestra mientras Mónica sigue haciéndose la rubia en apuros y las demás sonreímos entre nosotras, intentando trazar un plan de escape—. Nos habéis abandonado a la hora de montar las tiendas y ahora lo vais a pagar...

Estamos perdidas. Nunca podríamos ganarles; primero, porque nos superan en número, ellos son seis y nosotras cuatro y media (la media es Mónica, porque

dudo de que vaya a unirse a nuestro plan de contraataque) y, segundo, porque parecen estar bien organizados y nos ha pillado desprevenidas.

Veo cómo Rebeca y Roxi, sabiendo el destino que nos espera, se miran, asienten con la cabeza y comienzan a lanzarles agua con las manos, intentando distraerlos y poder escapar. Para mi asombro, Mónica, a la que ya se le ha

mojado hasta la última horquilla de la cabeza, lanza un grito digno de un gladiador americano y se impulsa hacia delante, uniéndose a la pelea y colgándose del cuello de Lolo, rodeando con sus largas y bonitas piernas el torso

del chico. ¡Vaya con la rubia tonta, qué bien se lo ha montado! Lolo parece desconcertado al principio, pero, tras lanzarle una mirada que no presagia nada

bueno, comienza a sacudírsela de encima haciéndole ahogadillas.

Estoy por sacar los pompones y ponerme a animar. ¡Dame una L! ¡Dame una O! ¡Dame una L! ¡Dame una O! ¡¡¡Looooo!!!

Mientras sigo lanzando agua y defendiendo nuestro flanco, noto cómo algo roza mi pierna. ¡Mierda! Con lo turbio que está el lago y el movimiento que estamos provocando, cualquiera ve algo. Pero no... no es posible que ningún ser

acuático se acerque a nosotros con todo el alboroto que tenemos montado, ¿verdad?

—¡Ay!... ¡¿Pero qué...?!

Empiezo a asustarme de verdad y paro el movimiento de mis manos y mi cuerpo, manteniéndome quieta en mi posición, algo más despegada del resto.

Observo el agua con un gesto que no sabría describir si es de asco o de miedo.

Creo que ambas cosas por igual.

Nunca he tenido aprensión por los insectos o a los animales; de hecho, uno de los motivos es Rubén, que se pasó toda mi infancia intentando asustarme con

diferentes bichos que me lanzaba o me metía en la ropa, por lo que tuve que demostrar mi valentía e intentar no prestarles atención, para que él dejase de

hacerlo. Sonrío al recordar esos momentos de hace bastantes años, pero de nuevo vuelvo al presente. Presente en el que algo me ha rozado varias veces por las piernas y los muslos... No parece un simple bichito sin importancia. Es caliente,

resbaladizo, suave... ¡Dios! ¿Será una serpiente de agua? ¿Un caimán? Vale, es

raro que sea algo de eso, pero estoy asustada. Mucho.

Decido que lo mejor es salir del agua inmediatamente. Muevo un pie hacia mi derecha, intentando acercarme a los demás para no sentirme tan abandonada

a mi suerte o por lo menos para que me defiendan ante el ataque del monstruo que intenta comerme, pero mi depredador parece haber descubierto mi plan de huida y vuelve a tocarme tres veces de forma seguida en el pie que he movido, por lo que retrocedo, alejándome irremediabilmente de los demás.

Joder. No voy a poder hacer nada de lo que había apuntado en mi lista.

¡Tanta tontería mental con que no quería estropear las cosas con Rubén y al final

voy a morir sin haberlo probado!

—¡¡¡Ahhh!!! —chillo con todas mis fuerzas cuando, en mi retroceso con las manos por fuera del agua y mirando el fondo, intentando ver a mi depredador, el

agua cae sobre mi cabeza y me impulsa dentro de la cascada—. Joder... joder...

—murmuro intentando que no cunda el pánico una vez dentro del pequeño espacio que queda entre la cortina de agua y la pared de piedra, sintiéndome aislada y a merced de lo que sea que quiera comerme.

Siento un sutil movimiento en el agua a mi espalda y me vuelvo

rápidamente, dispuesta a pelear por mi vida con las manos en alto. ¡Yo también

tengo dientes!

—¡¡¿Tú?!!! ¡¡Yo te mato, Rubén!! —Empiezo a darle manotazos en los

hombros, mientras él estalla en carcajadas al escucharme maldecir y mencionar a

los caimanes y serpientes que me tenían muerta de miedo—. No sé cómo no se me ha ocurrido antes... ¡Los hermanos Ventura vais a acabar conmigo y soy demasiado joven para morir de un ataque al corazón!

—Ja, ja, ja, ja, ja, ¿conque un caimán, eh? —me contesta divertido, agarrando mis manos para que no continúe propinándole guantazos.

Sigo maldiciendo un poco más, pero de repente la respiración se me acelera

—y no a causa del susto—, cuando observo cómo se estira en el agua,

marcándosele todos los músculos del torso y los brazos en ese gesto, y se echa hacia atrás el pelo mojado, con la ayuda de sus dos manos y de sus dedos entreabiertos.

Sonríe.

Se acerca.

Y yo creo que puedo morir tranquila ahora mismo si él es mi depredador.

—Caimán te voy a dar yo a ti...

Me atrae hacia su cuerpo y pega nuestra piel tanto por arriba como por debajo de la superficie en la que estamos sumergidos.

Sus manos...

No puedo dejar de estremecerme al sentir las manos de Rubén aferradas a mi cintura, mientras eleva mi cuerpo lentamente, rozando nuestra piel en ese gesto.

Mi boca permanece entreabierta, pero no puedo emitir palabra alguna.

Tampoco consigo encontrar las palabras idóneas para describir lo que siento al notar las manos de Rubén clavándose en mis muslos y abriéndolos para que lo

rodee con mis piernas. No tiene que hacer mucho esfuerzo; después del miedo que he pasado y la calma al ver que era sólo una broma y se trataba de él, mi cuerpo se presiona al suyo en un gesto casi involuntario.

Sus ojos...

Miro sus preciosos ojos celestes y compruebo que se encuentran casi transparentes por el baño, mientras me observan fijamente, como intentando traspasar los míos y meterse en mi interior. Siento que me habla sin pronunciar nada por sus labios, mientras yo me fundo en un charco de hormonas necesitadas

y sentimientos descontrolados.

Respiraciones.

Miradas.

El calor de nuestros cuerpos en contacto el uno con el otro.

Juraría que el agua ha subido de temperatura... Noto la piel de Rubén arder allá donde nos tocamos, ¿o es la mía la que está decidida a fundirse con la de él?

¡Al infierno las listas!

—Dios... eres preciosa, Valentina —susurra a pocos centímetros de mi boca entreabierta.

Sus palabras y sus miradas me tienen totalmente muda y no consigo hilar un pensamiento coherente con otro... La verdad es que la situación me ha pillado desarmada y las imágenes que invaden en este momento mi mente deberían calificarse como no aptas para menores.

—No puedo quitarte de mi mente, nena. No puedo dejar de pensar en ti...

Me tienes total y absolutamente embrujado —me susurra mientras yo continúo

mirando sus increíbles ojos turquesa—. Tu piel, tus ojos, tus labios... No hay nada que desee más que a ti y no sabes cuánto dolor siento en mi cuerpo y en mi

interior cuando no estamos cerca.

—¿Me deseas? —consigo pronunciar sin saber por qué esa pregunta no ha pasado el filtro de mi mente y ha salido disparada sin pensarla en absoluto.

—Creo que es más que evidente. —Eleva la comisura izquierda de su boca en una mueca irresistible y roza en un movimiento circular su entrepierna contra

mi pelvis, haciendo que pueda notar la dura erección que lo asalta en este instante—. Claro que te deseo, Valentina. Pero ya sabes que es aún mayor que un

simple deseo.

Mayor que lo que tiene entre las piernas, lo dudo...

—¿Mayor? —le vuelvo a preguntar sin llegar a entenderlo, rezando porque nunca más tenga que despegarme de sus brazos y nos quedemos así para siempre.

—Tú eres más, nena. No sólo eres un delicioso, menudo y precioso cuerpo que me despierta y me atormenta, sacando todo mi instinto animal. Eres...

—¿Qué soy, Rubén? —Mi tono de voz evidencia el deseo que siento por él, coqueteando con mi voz y mi cuerpo entre el suyo; descubriéndome en sus ojos.

Se mueve en el agua, recolocándonos en una postura algo más cómoda, aunque dudo que pueda llegar a estar oportunamente cómodo con su miembro aprisionado de esa manera en su bañador. Temo por las costuras de la prenda.

—Nena, eres tú. Mi Valentina. —Acerca su cara a la mía y me habla a escasos centímetros de mi boca—. Me tienes con sólo mirarme. Me derrites totalmente con dedicarme una sonrisa. Ahora que has vuelto, ahora que podría tener una oportunidad como hombre y no como un niño pequeño y asustado, no pienso desaprovecharla. —Sus manos ascienden por mi espalda en una caricia posesiva—. No pienso quedarme de brazos cruzados de nuevo, viendo cómo cualquier otro tío que no te va a querer ni la mitad de lo que lo hago yo te aleja de nuevo de mi lado. Voy a luchar por ti, por nosotros... Lucharé contra todo si

es necesario, porque sé que deseas lo mismo que yo. Lo sé.

Me tenso ante las palabras que ha pronunciado. ¿Ha dicho *querer*? ¿Me lo habré imaginado? No puede ser que Rubén me...

— ¿Tú me... quieres?

—Déjame demostrarte lo que siento por ti. Danos esta oportunidad —me ruega mientras siento que el nerviosismo que me ha poseído hace un rato se va desvaneciendo—. Sólo déjate llevar y siente lo que yo siento por ti.

Estas últimas palabras son la clave para que mi mente desconecte totalmente de la maraña de pensamientos contradictorios que invaden mi cabeza y decida

hacerle caso. Disfrutar. Dejarme llevar. Sentir.

Él me desea... Yo lo deseo... ¿Amor? Bueno, puede que no exista aún amor entre nosotros, pero tampoco es lo que supuestamente estoy buscando en este momento; de lo que sí estoy segura es de que Rubén forma parte de mi vida de una manera brutal, habiendo vuelto a ella como un elefante en una cacharrería y

poniendo patas arriba todos los planes que tenía. Ha vuelto avasallando todo a su

paso, incluso a mí misma, teniendo un objetivo bien definido y luchando por él;

por mí misma, y sé que no va a parar hasta conseguirlo. Realmente, ¿quién soy yo para negarme? Si soy sincera, yo también lo deseo y siento algo más por él, aunque me dé miedo admitirlo.

Decidida a experimentar el momento y dejarme llevar, acerco mi cara a la de Rubén, sintiendo su cálida respiración uniéndose a la mía. Él se mantiene parado, expectante, midiendo la reacción que sus palabras han provocado en mí

y observándome con sus preciosos ojos. Si algún día tenemos hijos, quiero que los hereden de él, son increíblemente hermosos...

«¿Hijos?! Joder, Valentina. Te acabas de pegar una charla contigo misma sobre disfrutar y dejarte llevar, y ya estás pensando en el “y vivieron felices”.

Voy a tener que visitar a un psiquiatra en cuanto vuelva a casa. No estoy

normal...»

Un sonido de la garganta de Rubén me trae de nuevo al presente, notando las palpitaciones de su miembro en mi sexo, necesitando ir más allá del simple roce

que mantenemos. Saco la lengua y, de manera muy suave, comienzo a pasarla por los labios de él, recibiendo como aprobación un leve apretón de su mano en

mi muslo. Cierro las piernas aún más a su alrededor y puedo notar el agua a la altura de mi cintura mientras asalto la boca de Rubén, sin pensar en las consecuencias de nuestros actos.

Su sabor penetra en mi interior cuando su lengua entra en contacto con mi boca, uniéndose nuestras respiraciones, que cada vez son más superficiales y rápidas. Mis manos viajan hasta su cabeza, intentando guiar la situación en la que he decidido embarcarme. Ya que he tomado una decisión, continuando con lo que mi cuerpo reclama a gritos, quiero demostrarle de lo que soy capaz, o por

lo menos de lo que me creo capaz, pues con mi experiencia pasada no he podido

sacar a relucir mucho a mi loba interior. Únicamente necesito dejarme llevar por

mi instinto y mi necesidad, el resto seguro que sale de manera natural.

Rubén gruñe excitado y se separa de mí, haciendo que me suelte de su agarre

y ponga una mueca involuntaria por la distancia entre nuestros cuerpos.

—Déjame a mí, nena, tú sólo límitate a disfrutar.

Su voz grave y excitada, junto con su mirada clavada en mis pechos cubiertos por los triángulos del biquini, me enciende todavía más.

—Llevo demasiado tiempo imaginando esto... —Un nuevo gruñido acompaña sus palabras.

Sin dejar de quitar la mirada de mis pezones, elevados y excitados por la situación y por su escrutinio, lleva sus manos a mi espalda y deshace los nudos de la prenda, notando que termina por deslizarse contra mi piel y dejando al descubierto la tez algo más pálida de mis pechos, coronada por unos pezones más oscuros. Nunca he estado orgullosa de ellos, pero bajo sus ojos deduzco que

él no piensa igual que yo.

—Perfectos —susurra, pasando el dedo pulgar por uno de ellos y agachando la cabeza.

Gimo involuntariamente y echo el cuerpo hacia atrás, exponiendo mi torso a él, cuando noto cómo su boca entra en contacto con mi sensibilizada piel. Me agarro a sus hombros y vuelvo a gemir al notarlo succionar, lamer y soplar mi pezón. Creo que podría llegar al orgasmo sólo con esto...

—¡¡Ohh... madre mía...!! —exclamo al notar sus dientes apresar el sensible botón, haciendo que una ráfaga de dolor y placer me atraviere la columna,

dirigiéndose directamente hacia mi sexo, que está siendo torturado por los movimientos de sus caderas.

Bajo una de mis manos por el brazo de Rubén, ansiando tocarlo, sintiendo la rigidez de sus músculos debido a la tensión del momento y la postura en la que nos encontramos. Le clavo las uñas cuando su boca vuelve a mi cuello y apresa

con sus dientes el lóbulo de mi oreja, apretando con ambas manos mi trasero y frotando su erección más intensamente contra mi pubis.

Sigo bajando mi mano y la llevo al filo del bañador de él, acariciándolo e intentando introducirla por dentro de la prenda para liberarlo. Quiero sentirlo; necesito tenerlo dentro y provocarle el mismo placer que él me está provocando.

—Quieta, nena —me advierte al intuir mis intenciones.

—Te necesito...

—Chis, calma, preciosa. —Coloca un dedo sobre mis labios y lame el lateral de mi cuello, susurrando en mi oído—. Disfruta.

El dedo se pasea por mis labios entreabiertos, tentándome a sacar la lengua y jugar con él, pero, antes de que pueda hacer nada, comienza a deslizarse hacia abajo, recorriendo mi cuerpo acompañado por su mirada en cada centímetro que

recorre. Baja por mi cuello, continúa el camino por el centro de mis pechos y abdomen; juega con mi ombligo... Siento que voy a estallar. Necesito con

urgencia sentirlo, saborearlo, besarlo. Pero la única vez que he intentado tomar la

iniciativa me ha parado, por lo que me limito a dejarlo hacer. ¿Disfrutar? Sí, por favor. Doble ración.

Finalmente dos de sus dedos se cuelan entre mi piel y la tela del biquini, rozando mi monte de Venus en un vaivén hipnótico, acompañado por el sonido de nuestros jadeos cada vez menos contenidos.

—Humm... Me encanta que seas tan suave —murmura mirando el lugar en el que su mano se pierde en mi cuerpo.

—Por dentro soy más suave. —Inmediatamente advierto que mi cara se incendia, pero decido no desviar la mirada de él. Me siento sensual; su mirada me hace sentir así.

—¿Ah, sí? Habrá que comprobarlo... —Me sonrío—. Me encanta cuando te ruborizas, nena.

Sus dos manos se apoyan en mi cadera y, agarrando la prenda que me cubre, comienza a deslizarla por mis piernas para, finalmente, soltarla y dejarla salir a

la superficie, a mi lado. Totalmente desnuda y en clara desventaja, si es que se puede definir de esa manera, lo miro y levanto una ceja, en un gesto que pretendo le demuestre mi descarado y desafío.

—Me parece que no estamos en igualdad de condiciones...

—Cierto, pero no creo que te quejes dentro de un rato —contesta seguro de

sí mismo.

Me agarra inesperadamente y me coloca de espaldas a él. En este momento sí que lo siento como un verdadero depredador.

Su mano comienza a danzar por mi piel con un camino claramente definido.

Pasa por el lateral de mi pecho, por la cadera, encendiendo todo a su paso, para

finalmente encontrarse con mi más que preparado, húmedo y excitado sexo, que

lo espera ansioso. Suspiro cuando recorre con dos dedos mis pliegues,

acariciándolos, y dejo caer el cuello hacia atrás, quedándome apoyada contra el

hombro de Rubén, haciendo que nos movamos por el vaivén de su mano en mí.

—¿Querrás hacer lo que te diga, nena? —me pregunta desde mi espalda, con una voz que me nubla totalmente la razón.

—Sí —contesto sin vacilar, a la vez que emito un gemido frustrado por querer más.

—Echa los brazos hacia atrás y agárrate a mi cuello. —Lo hago—. Eso es...

Perfecto. —Su mano sigue moviéndose en mi vagina, tentando mi entrada y

jugando con mi hinchado clítoris, que se estremece, al igual que toda yo, cuando

lo presiona y desliza sus dedos sobre él.

Sube la otra mano que se había mantenido en mi cadera y se dedica a torturar

uno de mis pechos. Con la postura que he adoptado se han quedado perfectamente elevados, tentándolo con los pezones totalmente erectos y contraídos.

—Joder, preciosa, llevabas razón... —gime al introducir sus dos dedos en mi interior, haciendo que me arquee y jadee con los ojos cerrados—. Estás muy suave y apretada.

Durante lo que me parecen largos y agónicos minutos, se dedica a meter y sacar los dos dedos, curvándolos y trazando círculos donde mis terminaciones nerviosas se unen. Los gemidos que escapan de mi garganta lo encienden y lo hacen resoplar, pero, aun notando su dura erección, la cual le tiene que resultar incluso dolorosa en este momento, sigue concentrado en mí y en darme placer.

—Rubén... —me lamento al borde de perder la cordura.

—Dime, preciosa. —Siento que sonrío. El muy canalla sabe lo que le estoy pidiendo, pero me va a hacer hablar.

—Por favor...

¡Por favor! Qué deliciosa tortura.

—¿Quieres correrte, nena? —Asiento frenéticamente—. ¿Quieres que te haga chillar de placer, tanto que todos los demás sepan que eres mía? —Su voz

se torna más grave y exigente—. Contesta, Valentina...

—Me estás torturando, Rubén —gimoteo contra su hombro, sabiendo que

después de esto no voy a ser la misma persona—. Cuando me tienes a punto, vuelves a ir más lento... ¡Por favor!

—Nena, te aseguro que esto no es ninguna tortura. —Introduce un tercer dedo en mí, haciendo que ponga los ojos en blanco y resople sonoramente—. El placer será mayor.

Llevo mi mano hacia atrás y agarro los pelos de su nuca, pegando un suave tirón cuando su mano se curva en mi interior y toca un punto que nunca antes había sido tocado, haciendo que proteste para que continúe.

—¿Harías una cosa más por mí?

Asiento, pues no me veo con fuerzas de decir nada que no sea de contenido extremadamente erótico.

—Echa tus piernas hacia atrás y rodéame la cintura. —Hago lo que me pide y me agarra para que no caiga hacia delante—. Muy bien, nena. ¿Estás bien? —

me pregunta, sabiendo que puede notar mi trasero y mi espalda totalmente pegados a su torso mientras continúo con mi cabeza apoyada en su hombro.

Por una vez en mi vida agradezco ser pequeña y manejable porque, aunque siento que me encuentro totalmente expuesta a cualquiera que se una a mirar la escena, estoy en sus brazos.

—Sí, estoy bien. —Decido volver a suplicar—: Haz que me corra, Rubén.

No puedo más...

Su cabeza se gira hacia mí, encontrándose nuestras miradas llenas de placer y deseo, mientras su boca invade la mía con fuerza y su mano retoma el contacto

con mi sexo, de forma decidida, sin intención de parar.

Mi cuerpo se tensa, demostrándonos que el momento final, ese que tanto ansío, está próximo. Rubén lo percibe y lleva su mano libre hasta mi pecho de nuevo, haciendo círculos con sus dedos, friccionando y apretando contra él. Creo

que lo que va a provocar en mí va a ser algo nunca antes sentido en mi pequeño

cuerpo; sólo espero no caer desplomada cuando me recupere de este orgasmo.

Mis gemidos suben de intensidad, anunciando mi clímax, y él se los bebe con su

boca de manera frenética, al mismo tiempo que mi interior se aprieta alrededor a

sus dedos.

—Córrete, nena, vamos —me susurra, acelerando sus movimientos y

lanzándome al precipicio.

Cierro los ojos con fuerza y me dejo ir, sintiendo cómo un latigazo de placer me recorre de arriba abajo, tensándome. Me agarro con todas mis fuerzas al

cuello de Rubén para que no me suelte, pues necesito de él para seguir en pie mientras el orgasmo más impresionante de mi vida se esfuma lentamente de mi

cuerpo.

Al cabo de unos minutos, cuando mi respiración ya está algo más normalizada, Rubén me da la vuelta, quedándonos frente a frente pero sin dejar de agarrarme. Mi cabeza se dirige involuntariamente bajo su cuello, notando que me abraza y me acaricia la espalda cariñosamente.

—Eso ha... ha sido...

—Lo sé —me contesta sonriendo.

—Nunca...

—Lo sé —repite, sin dejarme terminar.

Mi cara debe delatar lo que ha ocurrido ahora mismo, porque una sonrisa de satisfacción me invade sin poder hacer nada por remediarlo. Rubén me separa unos centímetros de él y me mira a los ojos, expresando con la mirada lo bonita

que me encuentra, incluso sabiendo que debo parecer una loca con aspecto salvaje. Mis labios hinchados, mi pelo totalmente indomable, desnuda... en definitiva, suya.

—¿Y tú? —le pregunto, cayendo en la cuenta de que la única que he disfrutado he sido yo.

Él niega con la cabeza sin perder la sonrisa.

—No es justo que la única que disfrute sea yo —le expreso con los brazos en jarras.

—¿Y quién dice que yo no he disfrutado? —Elevo una ceja y él se ríe—.

Nena, yo disfruto viéndote a ti hacerlo... No sabes cuánto. —Me guiña un ojo y

su mirada encendida me dice que hay algo más.

—Tu anaconda creo que no opina igual que tú. —Le señalo con los ojos en dirección al bañador.

—Tendrá que conformarse con lo que su dueño decida. Además, así seguro que vuelves a mí.

¿Ein? Pongo cara de póquer. Claro que volveré a él, pero no entiendo por qué lo dice. ¿Se me habrán fundido mis neuronas con el orgasmo?

—¿Cómo?

—Me debes un orgasmo, preciosa. Y ya sabes, ten cuidado con las serpientes

—pincha, guiñándome un ojo.

Se acerca, me da un fugaz pero ardiente beso en los labios y se esfuma

buceando, haciendo que lo pierda de vista en el momento en que atraviesa la cortina de agua que nos ha mantenido aislados.

Sumerjo la cabeza con la sonrisa permanente; necesito refrescar mi mente y mi cuerpo, que parece decidido a experimentar varios pecados capitales por su

insaciabilidad.

—¿Es que no has tenido suficiente? —me hablo a mí misma, recolocándome

el biquini—. Se ve que no...

Rompo a reír sintiéndome absurda. Debería correr detrás de Rubén para, directamente, cabalgar hasta el amanecer... Pero me percató de que estoy en el agua y, aunque antes fuera Rubén y no cualquier bicho acuático, tengo que recordar que puedo encontrarme cualquier cosa aquí dentro, por lo que nado intentando parecer calmada, pero veloz, hacia la seguridad del exterior.

## **Capítulo 13**

### **Sólo por ti**

El resto del día transcurre de la mejor manera posible. Después del baño — refrescante para algunos, abrasador para Rubén y para mí— hemos comido una

ensalada fresquita con algunos embutidos, todos juntos y en el centro del campo

base que hemos montado. El sopor por el calor y los estómagos llenos han tenido

su efecto sobre medio grupo y, mientras que algunos se han tumbado en las esterillas a dormir un poco, el resto nos hemos puesto a conversar y a conocernos algo más.

Rubén me pregunta, de una forma discreta, si voy a dormir yo también, pero declino la oferta... Me conozco y puedo ser peor que Fiona en un mal día cuando duermo la siesta.

—¡No sabía que habías estado casada, Valentina! —exclama Clara a mi lado, cuando termino de relatar un poco sobre mi vida y mi pasado—. Siento que no resultase.

—No te preocupes —le digo, intentando quitarle hierro al asunto—. Es algo que ha ocurrido y forma parte de lo que soy.

—Una reflexión muy madura por tu parte —alaba Luis sonriéndome, frente a mí.

Le sonrío y continuamos charlando un rato, escuchándonos a cada turno entre Clara, Luis, Rebeca y yo, ya que los demás han decidido darle la bienvenida a Morfeo. Acabamos hablando sobre las siguientes pruebas y nos preguntamos qué será lo que ha preparado Roxi con los objetos que hemos ido encontrando... La verdad es que estamos muy intrigados con ello, ya que cada uno es más estrafalario que el anterior. Si Rebeca ha hablado con Roxi sobre eso, nos lo ha ocultado muy bien, porque ha estado haciendo cábalas con nosotros como una más.

El resto del grupo empieza a despertar tras una hora de sueño aproximadamente y se va uniendo a nuestro lado, sentándose en la tela que hemos extendido en el suelo a unos metros de las tiendas, para no molestarlos mientras dormían. Las risas y las anécdotas no tardan en despertar a los más dormilones y la tarde pasa tan rápido que casi no nos damos cuenta.

Con el ambiente bastante animado, continuamos con los siguientes retos y pruebas que Roxi ha preparado. ¡Qué imaginación tiene!

El volumen de las risas sube cuando estamos realizando la última de ellas. Se trata de que, por parejas, uno debe adivinar la película que el otro intenta transmitirle... algo que podría parecer totalmente normal y que seguramente se lleva jugando desde que mi madre llevaba chupete, pero la cuestión es que, para que tu pareja lo adivine, tienes que utilizar los objetos que hemos puesto en común en el centro del campamento.

Un tanga. Una fusta. Preservativos. Una venda. Un consolador. Pinzas para la ropa. Una cuerda...

Como ya dije antes, cada uno más raro o estrafalario que el anterior. Y los títulos de las películas apuntadas en sobrecitos no tienen desperdicio. ¡Madre mía! Por si fuera poco, han decidido que, cada vez que una pareja pierda, se debe

beber un trago de la botella de whisky. Menuda borrachera vamos a pillar todos.

—¡Bebe, Valentina! —me chilla Rebeca.

No me queda otra opción, al ser incapaz de adivinar la película que Rubén intenta representarme: *La cosa más dulce*. ¿Quién iba a relacionar un consolador

y una negación con la cabeza, con eso? Joder, el bailecito que se ha marcado

casi

me hace llorar de la risa. Se parece a su hermana, ¡no tiene vergüenza ninguna!

Finalmente, Luis y Hugo consiguen proclamarse vencedores por muy poca diferencia con Santi y Rebeca, haciendo que mi amiga los abuchee y se termine

atragantando. Si Rebeca es payasa en su estado natural, no quiero ni contaros cuando tiene unos cuantos grados de alcohol dentro de su cuerpo.

Al caer la noche, la última que vamos a pasar juntos, nos sentamos a cenar y nos ponemos a charlar por grupos, con varios temas de conversación abiertos.

De repente, Santi se pone en pie y nos intenta llamar a todos, pidiéndonos un segundo de atención. No consigue su propósito a la primera, algo totalmente normal cuando intentas hacer que una pandilla como la nuestra, bastante perjudicada por el alcohol, preste atención a una voz calmada y no muy alta.

—¡¡¡Ehhh!!!—chilla Rebeca para que todos se callen, dando luego un silbido. Cuando tiene la máxima atención del público, se vuelve hacia él sonriente—. De nada.

Se vuelve a sentar y todos miramos a Santi.

—Gracias, Rebeca. Quiero proponer un brindis. —Empezamos a aplaudir y a vitorear la propuesta durante unos segundos.

Alzamos nuestros vasos de plástico llenos y esperamos que comience su discurso, ya que ha sido él quien lo ha propuesto.

—Rubén, eres un gran amigo, un gran hombre y una gran persona. Te mereces todo lo bueno que pueda pasarte. Para que se vuelva a repetir pronto.

—

Santi alza su copa y le sonríe a Rubén, que mantiene su copa elevada.

—Por mi hermanito, que cada año que pasa me sorprende más. Te quiero, ahora y siempre. —Rebeca le lanza un beso y me guiña un ojo a mí.

—Gracias por insistir para que viniese, Clara —dice Luis, a su turno—.

Brindo por el homenajeador y por haberos conocido a todos —termina, sin dejar

de mirar en mi dirección, haciendo que me sienta un poco cohibida.

Mónica, tan oportuna como siempre, aunque ahora mismo lo agradezco, toma la palabra. Con su voz melodiosa y totalmente insoportable para mis tímpanos, dice:

—Por el que inventó el repelente para los mosquitos. —Ríe y se tapa la boca de manera cursi con una mano—. Y por ti, Rubén. ¡Felicidades, cariño! — finaliza con voz más sensual, dedicándole una caída de ojos.

Descubro que mi estómago se retuerce, amenazando con explotar de un momento a otro. Sí, estoy celosa, pero es que no la soporto, la tengo atravesada y

no hay manera de que pueda con ella y sus tonterías. No es la primera vez que se

le insinúa a Rubén, pues lleva todo el fin de semana haciéndolo a la mínima

oportunidad y esta noche se la ha pasado pegada a su pierna como si fuera una verdadera lapa, aunque debo admitir que él no le ha hecho demasiado caso y, sin

embargo, a mí no ha dejado de hablarme y observarme durante todo el día.

A fin de cuentas, la que ha estado entre los brazos de Rubén en el agua y ha tenido uno de sus mejores orgasmos he sido yo. No debería preocuparme por ella

después de lo que él me dijo, ni de cómo sus manos me hicieron sentir. ¡No quiero ni pensar qué sentiré cuando utilice otras partes de su cuerpo en mí! Pero

estoy totalmente dispuesta a averiguarlo.

La voz de Roxi me hace regresar al momento del brindis.

—Por mis amigos, los de siempre y los que me llevaré de esta magnífica experiencia. Feliz cumpleaños, Rubén.

—Amén, hermana, estoy de acuerdo contigo. Felicidades —se une Hugo, levantando su copa.

—Por Rubén... Figura, deberías dar gracias a que no te llamas Demeo —

Lolo vuelve a la carga—, porque, si no, este brindis sería «por don Demeo», ja,

ja, ja, ja, ja, ja, ja. —Se carcajea estridentemente—. Don-Demeo... ¿Lo pilláis?

Ja, ja, ja, ja, ja, ja...

El alcohol hace que terminemos riéndonos del chiste, bastante malo por cierto, como todos los que ha contado durante este fin de semana.

—Brindo por lo más lindo, dulce, sabroso y excitante de esta reunión —dice Fernando mirando hacia Clara.

—¡¡Ohhhh!! —aclamamos todos en general, conmovidos por la dulzura de él.

—Gracias, cariño —bromea Rubén, imitando una voz femenina y moviendo la mano de manera repipi.

—Me refería al vino... —Fernando alza su vaso y le da un beso a su copa, provocando numerosas risas entre todos.

—Por Rubén —se hace escuchar Clara—. Por ser siempre tan cariñoso y tan buena persona. Felicidades, te mereces lo mejor.

¡Me encanta esta chica! Es tan suave y tierna cuando habla. Es un encanto y me alegro mucho de haberla conocido. A todos en general, aunque Lolo y Mónica... Bueno, a ellos digamos que no tanto.

Pues llega mi turno para brindar. Le he estado dando vueltas a la cabeza durante los demás discursos y creo que debo dejarme llevar por el momento, por

sus miradas y, sobre todo, por el alcohol... Siempre puedo decir que no recuerdo

nada de lo que pasó si resulto demasiado bochornosa.

Clavo mis ojos en los suyos, que no dejan de observarme a la vez que muestra una preciosa sonrisa en sus labios, y suspiro.

—Por ti Rubén, por ser como eres. Sincero, divertido, pasional... Por hacer que me sienta especial en un momento en el que ni yo misma lo siento así, y por

confiar y apostar por mí cuando pocos lo han hecho. —Le guiño un ojo y, algo avergonzada por los silbidos de los demás, termino murmurándole un «felicidades».

Veo que tras dedicarme una sonrisa se levanta, alza su copa y mira a cada uno de los demás, agradeciéndoles sus palabras, hasta terminar su barrido ocular en mí y no despegar sus ojos de los míos.

—Gracias a todos. Después de una temporada realmente agobiante en el trabajo... —resopla y continúa, sin perder la sonrisa—, esto era justo lo que necesitaba. Gracias, hermanita, eres la mejor. —Gira sus ojos hasta ella y le dedica un guiño y una sonrisa breve.

Su mano agarra la mía de forma repentina y me ayuda a levantarme, haciendo que nos quedemos los dos en el punto de mira de los demás, uno al lado del otro. Me acaricia la mejilla y, con una mirada que me dice cosas que no quiero llegar a creerme... cosas que me hablan de ternura, deseo, amor... me

susurra al oído «mi dulce Valentina». Mis piernas se vuelven un poco gelatinosas

cuando se separa unos centímetros y me mira intensamente.

—Gracias por regalarme cada una de tus sonrisas, de tus miradas y de tus palabras; pero, sobre todo, gracias por dejar que te demuestre lo que siento.

Me guiña un ojo y me aprieta levemente la mano que tiene agarrada al notar que mi cuerpo se estremece por sus palabras. Con una sonrisa de medio lado, pasa su brazo por mi cintura y, dirigiéndose a los demás, alza su copa y termina

diciendo.

—Por vosotros. ¡Sois los mejores!

Después de beberse de un trago lo que queda en su vaso, lo deja caer al suelo y, como si de un final de película se tratase, me agarra por la cintura, tumba mi cuerpo hacia atrás y me besa delante de todos. Un beso rudo y a la vez romántico, con sabor a deseo y a alcohol, pero sobre todo con sabor a Rubén.

Y sí, también un beso que hace que durante más de veinte minutos recibamos comentarios variados de parte de los demás, así como alguna que otra mirada de

rechazo por parte de Mónica. Si las miradas matasen...

Las horas discurren entre risas, alcohol, miradas, anécdotas y besos furtivos, haciendo que olvide por completo todo lo que ha estado atormentando mi mente

horas antes. Ya he dejado atrás las dudas y los miedos, pensando que lo mejor será vivir el presente y disfrutar de lo que la vida me ponga por delante. En este

caso, un delicioso, sexy, morboso y romántico rubio que no ha dejado de estar pendiente de mí en todo el día. Ni que decir tiene que la jornada de hoy ha marcado un antes y un después en mi vida, ¿verdad? De una manera u otra, eso sólo el tiempo lo dirá; he decidido que Rubén tenga su oportunidad. Como bien

me ha dicho mi amiga Rebeca —ahora ¿cuñada? Pffff... Qué raro suena eso—, pues como bien me ha dicho, el destino se ha empeñado en hacer que mi camino

se cruce con el de Rubén y no hay que cerrarle la puerta a nada ni a nadie que se

proponga hacernos felices.

Sólo espero no estropear la amistad, dejando temas sexuales aparte, que he conseguido con Jack en el tiempo que me ha apoyado, animado y ayudado. Él ha

sido una parte muy importante en mi proceso de divorcio. Ha resultado ser uno de mis pilares, con quien llorar, desahogarme, reírme, excitarme... Y también debo recordar que he descubierto cosas nuevas y que han llamado mi atención.

Lo único que podría lamentar de todo lo que estoy viviendo con Rubén sería perder a Jack. No me lo perdonaría, pero va a pasar. Sé a ciencia cierta que ambos hombres no son compatibles entre sí y en mi vida a la vez.

— *Cuñáaaa...* —oigo la voz alcoholizada de Rebeca a mi espalda—. ¿Qué haces aquí solita? ¿Dónde te has dejado al pegajoso de mi hermano? —me dice

arrastrando las palabras y desplomándose a mi lado, sentándose en el suelo como

yo.

—Pues pensé que estaría con los demás... —Me extraño al darme cuenta de que hace rato que no lo tengo a mi lado.

¿Adónde habrá ido mientras me quedaba en mi propio mundo, dándole vueltas al coco?

—Se habrá ido a dar una vuelta con *Sssanti*. No están ninguno de los dos por aquí y los demás han empezado a acostarse. ¡Menudos muermos! —Bebe de su copa aguada y me mira—. ¿Quieres un poquito? —Me arrima el vaso a la nariz y

pongo cara de asco, echándome hacia atrás. Mi cupo de alcohol acabó hace rato.

—No, gracias —le respondo divertida, al verla hacer una mueca absurda—.

Y tú deberías dejar de empinar el codo un ratito, que mañana nos vamos y no quiero tenerte en coma todo el viaje.

Rebeca parece hacer oídos sordos a lo que le digo y, tras jugar con su vaso, me mira.

—Amiga... ¡Ah, no! Perdón. Cuñada... —baja el tono de voz y se acerca a

mí, como si fuera a contarme un secreto.

Le sonrío, me acerco un poco más a ella y, susurrante, le pregunto:

—Dime...

—¿Alguna vez te has liado con una tía? —Abre los ojos de forma cómica y no puedo aguantar la risa.

Me carcajeo, pero al ver la expresión de Rebeca me echo a temblar, ¿qué ha hecho la loca ésta? Conociéndola, me espero cualquier cosa.

—Joder, Rebeca, ¿qué me vas a contar?

—Es que verás... Roxi, ¿sabes quién es Roxi, verdad? —me pregunta, apuntándome con un dedo de forma cómica.

¡Ay, mi madre!

—Rebeca, por tu hermano, dime que no has hecho ninguna tontería de la que mañana te arrepentirás.

—Sólo nos hemos besado, tampoco seas tan puritana —me contesta, quitándole importancia al asunto con un aspaviento de su mano—. Es que tiene una piel tan suave... Es tan simpática y huele tan bien...

—Alucino —es lo único que consigo argumentar.

—Joder, Valentina, deberías haberle visto las tetas... —Se lleva la mano a los pechos, agarrándoselos—... que tiene.

—¡¿Pero no has dicho que sólo os habíais besado?! —exclamo con una

mezcla de diversión e incredulidad.

Rebeca nunca ha demostrado interés hacia el género femenino. De hecho, ha tenido pareja durante muchos años, masculina... Pero ahora que empiezo a analizarlo, después de lo mal que acabó su relación con el cabrón de Austin, no

ha querido saber nada más de los hombres. De hecho, no ha vuelto a tener relaciones con nadie, ni física ni sentimentalmente.

¿Tan mal la ha dejado ese asqueroso como para que ahora repudie a los hombres?

A ver, no es que a mí me importe. Soy abierta de mente y respeto todo tipo de condición sexual; de hecho, recuerdo haber tenido varias discusiones con Enrique por estos mismos temas, cuando él afirmaba que todo el «rollo» de la homosexualidad y la bisexualidad era puro vicio de unas mentes perturbadas. Él

sí que está mal de la cabeza. Pero ¿Rebeca?... Sinceramente, no me lo hubiese esperado en absoluto. Nunca pensé que pudiera pasar.

—Bueno, nos hemos besado... pero quizá hemos palpado también un poco.

Nada importante —comenta distraída, chupando un hielo más que derretido del

vaso.

—Los hermanos Ventura no dejáis de sorprenderme. —Me río y le echo el

brazo por los hombros, sintiendo que la quiero como a pocas personas en el mundo—. Anda, cabra loca, dame un abrazo.

—¿Tú también quieres besarme? —me pregunta cómicamente, poniéndome morritos mientras nos achuchamos.

No es el momento para mantener ningún tipo de conversación con ella más seria de la cuenta sobre sus gustos sexuales. Con la borrachera que lleva, lo mejor será esperar a hablar en el camino de vuelta a casa, si es que no se lo pasa

entero roncando... como justo está haciendo en este instante, apoyada en mi hombro.

—¿Qué hago yo contigo ahora? —susurro, sabiendo que no voy a recibir contestación por su parte.

Le falta babearme el brazo.

Tras unos minutos así, en los que escucho la cadencia sonora de la respiración de mi amiga, siento unos brazos rodeando mi cintura y un cuerpo agacharse a mi espalda.

—Hola, preciosa. —Rubén besa mi pelo—. ¿Qué hacéis aquí solas?

—Pues mira, me parece que sirviendo de almohada —le contesto sonriente

—. Tu hermana se ha quedado dormida en mi hombro y no puedo cargar con ella

hasta la tienda sin morir aplastada por el camino. Se ha debido de beber lo

tuyo,

lo mío y lo de un par de despistados más.

Rubén suelta una carcajada y se coloca delante de nosotras, agarrando a Rebeca por debajo de las axilas, izándola y cogiéndola en brazos.

—Vamos, Rojita, que tu hermano pequeño te lleva a la cama —le susurra mientras la agarra bien para emprender el camino, recibiendo un sonido ininteligible por parte de ella—. Y tú, preciosa mía, acompáñame. Después quiero enseñarte algo y pedirte lo que me debes.

¿Lo que le debo? ¿Me está pidiendo que le devuelva el orgasmo? No se le ha olvidado, no.

—No me mires así. Tenemos un trato... Yo me subía al árbol a buscar cobertura y a cambio te pedía algo, ¿recuerdas?

¡Ahhhhh! Sí. Ahora lo recuerdo... Vaya con mi memoria selectiva, ji, ji, ji.

Asiento con la cabeza y llegamos hasta donde está la tienda de Rebeca.

Después de batallar un poco con ella para poder meterla en la tienda de campaña y acostarla —trabajo que le ha supuesto a Rubén un par de manotazos y un

codazo en las costillas por parte de la semiinconsciente de su hermana—, Rubén

me toma de la cintura y me guía entre los árboles, alejándonos del resto.

## Capítulo 14

## **Mi momento**

Siento los ojos secos de no parpadear desde hace rato y creo que mi mandíbula sigue empecinada en mantenerse abierta ante lo que veo. ¿Cómo es posible que haya hecho todo esto? Y, sobre todo, ¿cuándo? No recuerdo haber estado el tiempo suficiente sin él a mi lado como para que haya podido preparar este despliegue de medios.

Tras unos minutos contemplando a mi alrededor, fijo la vista en Rubén y le sonrío de manera sincera y embelesada. Me devuelve el gesto y me parece atisbar un deje de vergüenza en su mirada. «¿De qué te avergüenzas, Rubén? Esto es lo más bonito que alguien me haya preparado en la vida...» Así es imposible que no empiece a sentir más cosas por él de las que ya siento. Sus ojos no se despegan de los míos y, acercándose a mí de manera cautelosa, me agarra por las caderas y me susurra.

—¿Te gusta?

Su expresión es expectante y parece no querer perderse ni uno de los gestos que cruzan mi rostro en estos instantes. Intento que mi cerebro mande las órdenes al resto de mi cuerpo y conseguir salir del trance en el que este precioso gesto me ha sumido. Tras unos segundos, consigo encontrar algunas palabras,

que salen de forma entrecortada de mi boca.

—Rubén... esto es... precioso. —Me turbo cuando su bella sonrisa se ensancha y se le marca ese hoyuelo tan adorable en su mejilla.

Siento unas irremediables ganas de echarme a llorar, pero me contengo, decidida a no estropear el momento con mis lágrimas de emoción. No sé qué me

pasa, pero últimamente estoy demasiado sensible y el grifo de mis ojos parece tener fugas. Es el detalle más bonito que me han dedicado nunca, sabiendo que todo lo ha hecho por y para mí. No puedo terminar de creérmelo, pues tampoco

estoy acostumbrada a recibir este tipo de afectos por parte de mi pareja. ¿Mi pareja? ¿Es que acaso eso es lo que representa Rubén en mi vida ahora mismo?

Creo que sí... Aunque no quiero adelantarme a los acontecimientos y dar por hecho cosas que aún no hemos hablado entre los dos. Somos... algo, pero es un

algo juntos y de dos, aunque aún no tenga nombre o descripción.

Necesito despegar mi mirada de la suya, pues sé que, de seguir así, voy a acabar llorando como una tonta, por lo que me centro en observar de nuevo lo que tengo a mi alrededor.

Colgada entre dos gruesos troncos puedo ver una bonita y ancha hamaca blanca, que se mece levemente por la brisa veraniega que corre esta noche. A su

alrededor, un camino serpenteante iluminado con velas que, introducidas en pequeñas bolsas de papel, adornan el lugar y aportan una luz cálida y romántica.

Para culminar este idílico rincón en el que nos encontramos y que será nuestro lugar especial esta noche, hay una pequeña tienda en la base de un árbol, hecha a

raíz de una gran tela colgada a dos aguas de una cuerda, que pasa de árbol a árbol y que contiene un interior lleno de almohadones y una gruesa colcha a modo de suelo. Me estremezco, imaginando lo que puede llegar a ocurrir en él.

La voz de Rubén me saca de mi escaneo al lugar.

—Había pensado que podríamos pasar la noche aquí. —Acaricia mi espalda

— Si quieres, claro.

—Yo...

«¡Sí! ¡Claro que sí!», exclama Zorrentina en mi interior, relamiéndose los labios y frotándose las palmas de las manos con cara de viciosa, sabiendo lo que

va a disfrutar. Le hago un placaje mental, queriendo quedarme con la parte romántica de todo esto. «Vamos, Valentina, tienes que decir algo más coherente,

Rubén está esperando una contestación.» Me sonrío y comento divertido:

—Sé que tu otro plan es muy tentador, pero puede que haya algo que te haga cambiar de idea...

Me echo a reír, sabiendo que mi otro plan se encontrará roncando y dormida como un tronco, ocupando toda la tienda de campaña que las dos íbamos a compartir.

—Es una difícil elección, la verdad —bromeo—. Me encantaría, Rubén —susurro y llevo mis manos hacia su cuello, atrayéndolo hasta sentir la conexión entre nuestros cuerpos.

Decidida a agradecerle el gesto que está teniendo conmigo y todo lo que ha organizado, acerco mis labios a su boca lentamente, perdiéndome en su sabor y haciendo que nuestras lenguas se encuentren, intercambiando el uno en la boca del otro su esencia, impregnándonos de ella.

Rubén se separa de mí y yo mantengo los ojos cerrados durante un instante, momento que él aprovecha para darle un tierno beso a mi nariz y recibirme con una sonrisa de medio lado.

—¿Me concede este baile, señorita?

—Vaya... Todo un caballero —contesto juguetona, haciendo una leve reverencia ante él, cuando me tiende la mano—. Y dígame, apuesto señor, ¿con

qué música vamos a hacer tal cosa? Yo no escucho nada... —continúo haciendo

mi papel de forma divertida.

—Bella dama, está todo controlado.

Aproxima mi cuerpo al suyo, atrayéndome con su brazo y besando fugazmente mis labios. Sus manos se apoyan en la parte baja de mi cintura de manera posesiva, lo cual debo decir que me encanta, y yo llevo mis brazos a sus

hombros, pasándolos alrededor de su cuello y apoyando mi cabeza en él, impregnándome de su olor al cerrar los ojos.

Empiezo a notar las vibraciones que la voz de Rubén provoca en su pecho cuando comienza a tararear una melodía de forma casi imperceptible, teniendo que agudizar mi oído para discernir su voz grave y baja entonando las notas de la

canción de Aerosmith *I don't want to miss a thing*[\[4\]](#).

Nos seguimos meciendo cuando termina, sin querer romper la magia del momento, y continuamos abrazados con el lento vaivén de nuestros cuerpos.

—Gracias, Valentina —me susurra, deteniendo el vaivén y mirándome fijamente.

—¿Por qué me das las gracias? Eres tú quien ha organizado todo esto y es... simplemente maravilloso. Tú eres maravilloso, Rubén. —Mi voz suena emocionada por todo lo que me está ocurriendo esta noche—. Debería darte las

gracias yo a ti, me estás haciendo sentir muy especial.

—No he hecho nada que no merezcas. —Me sonrío forzosamente y besa mi

frente, en un gesto casi fraternal que me deja un poco fría.

Un momento... ¿Qué ha pasado? ¿Dónde se ha quedado la atmósfera de amor y corazones revoloteando a nuestro alrededor? Mentalmente pongo morros

porque el momento haya acabado; ahora lo noto más distante que hace un instante. ¿Qué leches ha ocurrido?

Me acerco a él, que se ha alejado un poco de mí, y veo cómo vierte el contenido de una botella de champán en dos copas. No sé si debo beber más alcohol por hoy, pero aun así me aproximo y, decidida a retomar la buena atmósfera con él, aunque no tan cargada de emociones como hace un momento, pues creo que eso ha sido lo que lo ha frenado, apoyo mi mano en su espalda.

—No conocía esta faceta tuya tan romántica. Cantas muy bien; debo decir que me has sorprendido muy gratamente.

Se yergue con las dos copas en la mano y me tiende una a mí, sin mantenerme la mirada durante mucho tiempo.

—Yo soy el primer sorprendido, te aseguro que no había hecho algo así en mi vida. —Da un pequeño toquecito con su copa en la mía, a modo de brindis, toma un sorbo de su bebida, y yo hago lo mismo—. De hecho, creo que eres una

de las pocas personas que me ha oído cantar.

—Pues lo haces muy bien, tienes una voz muy bonita —le contesto sincera.

—Eso dice Santi.

¿Por qué menciona a Santi ahora?! Joder... Vaya manera de cortar el punto.

—Bueno, seguro que unos tunos cantando *Clavelitos* también habrían surtido el mismo efecto, creo que me he pasado con la bebida y veo cosas que no son

—  
le contesto de mala gana, dejando la copa encima de la superficie donde estaba

antes junto con la botella.

No entiendo qué es lo que ha podido pasar, pero ya estoy de mal humor. ¿Es que he dicho o hecho algo que le haya podido sentar mal? Que yo sepa sólo he hecho lo que me ha pedido... Y esto lo ha organizado él.

Escucho la risa de Rubén a mis espaldas y me vuelvo con la mirada fulminante. Me encantaría calcinarlo. Sólo él puede convertir un momento totalmente romántico en la precuela de *La matanza de Texas*.

—No te enfades, anda... —Se vuelve a pegar a mí y acerca sus labios a los míos, sin llegar a tocarlos—. Me pareces muy divertida cuando te enfurruñas.

—¿Qué bien! —contesto irónica.

—No estoy acostumbrado a ser así, Valentina. No he tenido antes a nadie con quien querer serlo —murmura sin despegarse de mí—. Normalmente soy más...

¿práctico?

Veo que se muerde el labio inferior y me quedo observando su cara. ¿Más

práctico? Imagino que quiere decir que antes, cuando quería echar un polvo, le bastaba con sacar alguna cualidad de seducción y las tías corrían hacia él.

—¿A qué te refieres?

—Si te lo digo, sabrás lo mismo que yo y tendría que acabar contigo —

bromea, rozando su nariz contra la mía—. Digamos que nadie había provocado

esta faceta sentimental en mí. No me ha hecho falta porque no buscaba esto en ninguna otra mujer que no fueras tú. Eres muy especial para mí, Valentina.

Oírle hablar de otras mujeres me provoca un pequeño pellizco en el estómago, pero comprendo que, como todos, Rubén también tiene un pasado.

Aunque no estoy segura de querer conocer mucho sobre esa parte de su vida.

—¿Y cuáles son tus armas de seducción, casanova? —No sé si me arrepiento

de la pregunta que acabo de hacer, se supone que no quiero conocer esa parte de

su vida. Soy una imbécil de campeonato.

Rubén me levanta una ceja insinuante y me agarra de las nalgas

posesivamente, con las dos manos, pegándome a su cuerpo y, por ende, a su

erección, que se aprisiona contra mi estómago sin remedio. Mi temperatura

corporal sube y doy gracias a tenerlo tan cerca, pues así no podrá apreciar el color que han adquirido mis orejas, las cuales siento ardiendo y deben estar

sumamente coloreadas.

—¿Te parece que esto... —mueve las caderas contra mí—... es una buena arma?

Mi expresión debe de ser cómica, pues se ríe cuando le digo que es un fanfarrón, y me roba un beso mientras aún me encuentro algo desconcertada. Por

momentos es dulce, cambiando a distante o, como ahora mismo, totalmente seductor y físico. No acabo de pillarle la onda a Rubén. Aún.

—Nena, todavía tenemos que descubrir muchas cosas el uno del otro.

Tenemos tiempo de sobra —me explica, pareciendo que ha oído mis propios pensamientos.

—¿A qué te referías cuando has dicho que no buscabas esto con otras mujeres, Rubén? ¿Qué es lo que buscas en mí?

No te hagas ilusiones.

No te hagas ilusiones.

No te hagas ilusiones.

—Sé que ahora mismo necesitas a alguien que te quiera y te valore por cómo eres; por más que lo he intentado, sabes que no he podido olvidarte y ha sido verte de nuevo, que volvieses a aparecer en mi vida, y tener claro que quiero ser

ese alguien.

Hola, ilusiones.

—Eso es muy sincero por tu parte, pero no sé si estamos preparados para algo así. Apenas nos conocemos.

En mi fuero interno sé que quiero tener todo lo que dice, con él. Quiero que sea él quien me quiera y me valore, que me haga volver a confiar en mí misma.

Pero, ciertamente, no sé si me estoy precipitando. Lo de Enrique está demasiado

reciente... Rubén me desarma completamente; me enamora, me hace reír... Pero

al rato es él quien se ríe —todavía no tengo claro si de mí o conmigo— o se vuelve más distante y frío.

—No quieras correr antes de aprender a caminar, preciosa. Yo tengo claro lo que quiero, pero de nada me va a servir presionarte. Sólo conseguiría estropearlo todo.

—¿Entonces por qué he notado hace un rato que imponías una distancia entre nosotros cuando todo se estaba volviendo demasiado intenso?

No puedo remediarlo. Necesito preguntarlo y creo que es el momento adecuado.

—¿Distancia? No... Yo no mantengo ninguna distancia. —Me sonrío y su boca se dirige a mi cuello, donde deja un cálido beso.

Él sabe, al igual que yo, que no me refiero a este tipo de distancia, pero está claro que no quiere contestar y no voy a ser yo la que insista sobre el tema. Ya

me lo contará cuando le apetezca.

Su boca continúa atormentando mi cuello, provocando que mi vientre se contraiga cuando sube hacia mi oreja y se recrea en ella, erizándome la piel. No

puedo evitar estremecerme, pues todo lo que hace sobre uno de mis puntos más

débiles está yendo directamente hacia mi entrepierna, provocándome una humedad incómodamente cómoda.

—Cómo ya te he dicho antes... hay muchas cosas... que no conocemos... el uno del otro... pero estoy dispuesto... a enseñártelas todas... —me dice con la

respiración algo acelerada, entre beso y beso a mi cuello y oreja—. Empezando

ahora mismo.

Sabiéndome protegida, pues en sus brazos siento que nada malo podría ocurrirme y que él no será el causante de mi dolor, ya que conoce mi pasado y sé

que no me expondría a pasar de nuevo por ahí, me dejo llevar por él.

Me guía entre caricias y besos a la íntima e improvisada tienda, tumbándome dentro, entre los cojines mullidos y sobre la colcha. Sus besos continúan asaltando mi boca y mi escote, sin ser extremadamente rudo, pero tampoco demasiado delicado. Su necesidad se convierte en la mía y nuestros cuerpos se

buscan, rozándose a la mínima oportunidad y provocando que las respiraciones se aceleren y se hagan más sonoras.

Sus manos, de manera suave, recorren mi cuerpo hasta dar con el extremo de mi camiseta, despojándome de ella. Bajo su mirada ardiente que me observa en

su posición sobre mí, me caliento y hago lo mismo. Cuando ambos acabamos desnudos, Rubén me toma la cara entre sus manos y, con voz calmada, algo que no cuadra con su respiración y su excitación en este instante, me dice:

—Llevo mucho tiempo imaginando esto; recorrer toda tu piel con mis labios, acariciarte, oler tu cuerpo... —mi boca entreabierta deja escapar un suspiro—  
...

y hacerte mía.

Asiento con la cabeza sin poder pronunciar ni una sola palabra, señal suficiente para que Rubén cumpla cada una de las cosas que me ha dicho. No queda ni un solo centímetro de mi piel que no haya sido besado o recorrido por

su boca; tampoco sus manos han dejado de viajar por mi cuerpo, conociéndolo y

sintiendo cada reacción que tenía ante su contacto. La necesidad de él crece a pasos agigantados, sintiendo un vacío en mi interior que tiene nombre y

apellidos, y que ahora mismo se distrae en recorrer uno de mis pezones con su lengua, jugueteando con él y endureciéndolo hasta notar que me va a estallar de

necesidad.

—Rubén...

—¿Uhjumm? —pregunta, sin despegarse de mí y de su preciado homenaje a mi pecho.

—Por favor, te necesito. Ya.

Él sonrío, separándose de mi piel por fin, haciendo que sienta inmediatamente su lejanía.

—Eso es música para mis oídos, preciosa.

Se pone sobre sus rodillas y saca, de entre los cojines, un preservativo, rasga su envoltorio y se lo desenrolla sobre su glande. La luz es palpablemente escasa,

pero puedo observar su silueta mientras lo hace y mi interior se contrae de expectación mientras no lo pierdo de vista.

Una vez ha acabado, se tumba sobre mí, apoyando el peso de su propio cuerpo sobre sus brazos, que descansan a cada lado de mi cabeza y, llevando una mano hacia su erección, la guía hasta la entrada de mi sexo, que lo recibe totalmente humedecido y preparado para ser asaltado. Él se recrea, haciendo movimientos sobre mis húmedos labios inferiores, impregnándose de mis fluidos.

—Creo que nunca podría cansarme de ti, nena.

Mirándome fijamente a los ojos, se adentra en mi interior sin prisa pero sin

pausa, de manera lenta pero decidida. Cuando ya está completamente introducido, mi cuerpo se arquea ligeramente y dejo escapar el aire por mis labios, en forma de un lastimero jadeo.

—¿Estás bien?

Me pregunta sin haberse movido de su posición, totalmente hundido en mí.

Sus ojos muestran un deje de preocupación, mezclado con el placer que lo debe

estar acometiendo en este momento debido a mi estrechez. Llevo demasiado tiempo sin mantener relaciones sexuales y, además, aunque no lo haya podido ver nítidamente, no se puede comparar el tamaño de Rubén con el de Enrique.

Mi cuerpo no se había visto antes en una situación de invasión de tal magnitud.

—Sí... estoy bien —contesto cuando mi cuerpo empieza a acostumbrarse a su tamaño, adaptándose y acogiéndolo más placenteramente—. No te detengas, Rubén.

Ha sonado como un ruego, pues ahora mismo creo que me convertiría a la religión más intransigente, siempre que sus caderas empezaran a moverse. Su cara es una mezcla de incredulidad, placer y preocupación a partes iguales.

¿Cuánto tiempo creerá que he estado sin mantener contacto con Enrique?  
Puede

que no entienda que mi ex marido decidiera no querer compartir conmigo lo que

él tiene ahora mismo. No me termino de sentir cómoda con todo esto en mi cabeza, pues lo único que quiero es disfrutar de Rubén y de lo que podamos construir juntos, así que entrelazo mis piernas a sus caderas y, agarrándome de sus antebrazos, que están muy firmes y duros debido a la tensión que mantiene por la posición, roto mis caderas, invitándolo a seguir con el movimiento necesario en este tipo de situaciones... ¡Y bingo!

Parece que la insinuación ha dado sus frutos, pues sus caderas comienzan a moverse haciendo que entre y salga de mi cuerpo, invadiendo el espacio con el olor característico de dos cuerpos entregados al placer.

Mis respiraciones comienzan a hacerse erráticas, mientras que las embestidas pasan de ser comedidas a más intensas y pasionales. La delicadeza inicial ha sido

sustituída, cuando ha visto que estaba disfrutando, por una faceta más ardiente y

atropellada que hace que mi garganta se resienta al dejar escapar los gemidos que salen de mi cuerpo. ¡Madre mía! Nunca había sentido nada igual... Recibo cada dura acometida, subiendo más y más en mi escalada hacia la liberación que

necesito. Le clavo las uñas en la espalda cuando un movimiento diferente a los anteriores nos hace gruñir a los dos de puro placer, y siento que no voy a aguantar mucho más sin correrme.

—Vamos, nena... Así...

Mis jadeos se intensifican al escuchar el sonido de nuestros cuerpos al chocar. Cierro los ojos, apretándolos fuertemente al sentir que el placer me va a recorrer como un rayo todo el cuerpo de manera fulminante.

—Joder... Valentina, vamos. ¡Córrete!

Su voz imperiosa me demuestra que está en el mismo límite que yo, pero no me hace falta su orden para alcanzar el orgasmo, pues, cuando termina de decirlo, mi interior estalla en una explosión que me hace gritar y aferrarme a su

cuerpo entre convulsiones. Tras varias acometidas más, Rubén se deja ir con un

gruñido ronco y varonil que me estremece, sintiendo los últimos coletazos de mi

propio orgasmo al vaciarse en mi interior.

Pasan unos minutos en los que no nos movemos de nuestra posición,

calmando nuestros cuerpos y nuestras respiraciones. Rubén no deja de

acariciarme el costado con su mano, pero inevitablemente se incorpora y,

agarrando el trozo de látex, sale de mí y se limpia, volviéndose a tumbar a mi lado. Me yergo sobre mi brazo derecho y me quedo mirándolo de lado. Tiene los

ojos cerrados y uno de los brazos sobre su frente, intentando encontrar la calma

que necesita tras la sesión intensa de sexo. Puedo ver su piel brillar por el sudor

y mis dedos se pasean por su pecho, acariciando el escaso vello que lo cubre.

—Gracias, Rubén.

Él sonríe y abre los ojos, mirándome.

—Debería decir lo mismo —contesta suspirando—. Eres exquisita. Sólo puedo pensar en repetirlo de las mil y una maneras que tengo en mente.

—¿¿Ya??!

La pregunta que le lanzo no pasa ningún filtro mental y él se ríe por mi expresión.

Su risa hace que me contagie, sabiendo que he debido de parecer algo ridícula con la pregunta. Evidentemente no se refería a ahora mismo... Si es que

hay veces que soy obtusa.

—Nena, eres única.

Se incorpora y me besa, agarrándome de la nuca e introduciendo su lengua en mi interior. Pues sí... Bien podría ser ya mismo, porque ya estoy lista con este

simple gesto. Creo que ha creado un monstruo.

Por primera vez, ahora que estoy envuelta en el cuerpo de Rubén,

meciéndome hipnóticamente sobre la hamaca tras las horas que nos hemos

dedicado el uno al otro hasta acabar exhaustos y no poder borrar la sonrisa de mis labios, sé que puedo ser amada tal y como creo que me merezco.

Cada caricia. Cada beso tierno, dulce, rudo o apasionado. Cada palabra pronunciada. Cada mirada que me ha dedicado. Cada orgasmo alcanzado...

Todo eso me ha hecho darme cuenta de que Rubén merece una oportunidad, por

ser quien es, por quien quiere ser y, sobre todo, por cómo me hace ser a mí cuando estoy junto a él.

Esta noche se quedará grabada en mi memoria para siempre. Quizá yo también puedo ser feliz...

## **Capítulo 15**

### **Yo también lo siento**

—¿En serio vas a seguir con esa cara de lerda todo el camino? Parece que te hayas comido a los Teletubbies y estén bailando en tu estómago.

Miro a Rebeca sonriente, sin cambiar la expresión, observándola retocarse en el espejo retrovisor de su lado, quitándose las marcas de rímel de debajo de los

ojos. ¡Menudas pintas lleva! Parece un mapache.

—Buenas tardes para ti también, Rebeca.

Vuelvo mi mirada a la carretera, contestándole de buen humor. «Si Tinki

Winki y sus estrambóticos amigos están decididos a montarse una juerga en mi cuerpo, no soy quién para echarlos.» Me río mentalmente con la tontería que

acabo de pensar.

—¿Ves? Te hacía falta un buen polvo —canturrea mi amiga, girándose hacia mí en su asiento.

—Mira que eres bruta —contesto divertida.

—No me dirás que esta noche he dormido sola porque te has ido a recoger setas por el bosque, guapita. A ti ayer te bailaron *reggaeton* en el chumi — exclama haciendo el tonto, llevándose las manos a la cabeza con una expresión de dolor.

Contengo la risa y le digo con voz suficiente:

—Tanto alcohol no es bueno, querida... —Frase que hace que me gane un empujón en el brazo derecho—. ¡Bruta! ¿Quieres que nos la peguemos? ¡Voy conduciendo! —me quejo, exagerando un poco.

—No me hagas tener que recurrir a mis métodos de tortura china para que hables y me cuentes todo lo que ocurrió anoche... Sabes que puedo ser muy persuasiva —me amenaza con voz siniestra, apuntándome con dos dedos, decidida a hacerme cosquillas.

—¡Rebeca, ni se te ocurra, que nos podemos matar! —le chillo nerviosa—.

Además, no soy la única que tiene cosas que contar...

Pone una cara rara, sin llegar a entender a qué me estoy refiriendo. Dejo que haga memoria y ejercite un poco las neuronas, que todavía deben de estar cantando canciones de charanga de pueblo en su cerebro. ¿No? No. Creo que

no

se acuerda de nada.

—¿Recuerdas algo de lo que pasó ayer? —le pregunto cautelosa.

—Tengo una leve idea...

Se recoloca en el asiento y pone gesto pensativo, llevándose la botella de agua hasta la boca. Cuando se la ha bebido entera, me mira interrogante para que

la oriente sobre lo que se supone que debe contarme. Bien... Gracias por dejarme algún traguito, amiga.

—A ver, cuéntame lo que recuerdes —le pido con la vista puesta en la carretera.

—Pues... —Se rasca la nuca—. Me acuerdo de la cara de la Barbie cuando tuvo que quitarle el tanga a Lolo con los dientes... —dice, provocando que nos

desternillemos—. También recuerdo el brindis en el que mi hermano te metió la

lengua hasta el esófago... —Mueve las cejas pícaramente y le doy un manotazo

en el muslo.

—¡Asquerosa! Sólo fue hasta la campanilla —le sigo la broma, alentándola a continuar con la mano.

—Veamos... ¡Ah, sí! También recuerdo que mi vaso se vaciaba con

demasiada rapidez. Creo que tenía fugas, ¿el tuyo también?

No se puede mantener con ella una conversación normal, no sé de qué me extraño. Estoy deseando ver la cara que se le queda cuando se entere de lo que hizo ayer con Roxi.

—¿Te acuerdas de algo más... jugoso?

—Sí. Me acuerdo perfectamente de cómo Clara y Fernando se metían mano con descaro delante de todos... ¿Quién lo iba a decir? La dulce Clara metiéndole

la mano a Fernando en el pantalón sin ningún pudor. ¡Lo que hace el alcohol y la

calentura!

Exactamente. Lo que hace el alcohol y la calentura en todos. ¡Ay, Dios!

Espera un momento. Le doy al *pause* en mi mente y rebobino la frase. ¿Clara y Fernando delante de todos?

—¿En serio?! Yo no los vi.

—Debió de ocurrir cuando te fuiste a mear, vete tú a saber.

—Que fina es mi niña. —Niego con la cabeza—. Luego me cuentas más detalles de ellos dos. Sigue haciendo memoria, ¿algo más?

—Valentina, ¿quieres que te haga una redacción a doble página sobre el fin de semana, con dibujitos ilustrativos? Si quieres te lo mando a imprenta y todo

—se queja.

A ver cómo le digo esto.

—Roxi...

—... ¿Roxi...?

—Roxi y tú...

—Roxi y yo, ¿qué?

Suelto una carcajada por la cara de póquer que está poniendo y elevo ambas cejas, intentando hacer un movimiento sugerente y delator.

—Joder, Valentina, ¿quieres dejar de poner caras y ese tonito de sabelotodo y hablar claro de una jodida vez?! ¡Me estás poniendo de los nervios!

Tú lo has querido. Me santiguo mentalmente, allá va.

—Te liaste con Roxi.

Me mira sin creerse una sola palabra y empieza a reírse. Sí, sí... Tú ríete.

—Definitivamente me has decepcionado... Yo que pensaba que habías estado follando con mi hermano como dos conejos y resulta que va a ser verdad

que estuviste recogiendo setas anoche. Háztelo mirar, alguna debió de ser alucinógena. ¡¿De qué carajo estás hablando?

—¡Eh! Que no me lo estoy inventando —le recrimino ante su incredulidad

—. Me lo contaste tú.

—No puede ser... —Su gesto empieza a descomponerse y se lleva ambas manos a la cara. Quizá haya recordado algo.

—¿Te suena «tiene una piel tan suave... es tan simpática y huele tan bien...»?

Sus dos ojos celestes se abren desmesuradamente y comienza a negar con la cabeza. Oh, oh... Se masca la tragedia.

—Rebeca, te estás poniendo blanca.

Sigue sin reaccionar, repitiendo el movimiento de negación con la cabeza como los muñequitos de los salpicaderos de los coches. Me estoy empezando a

asustar, mira que si ha entrado en *shock*...

—No, no puede ser.

Me siento tentada de parar el coche en el arcén y hacerla reaccionar, aunque para ello sea necesario darle un par de guantazos. ¡Tampoco es tan grave!

—Dime que no hice ninguna tontería —me ruega, cuando por fin parece haber encontrado su propia voz, tapándose la cara con las manos y asomando los

ojos entre los dedos.

—Si con tontería te refieres a pasar a mayores, creo que no. Por lo que me contaste antes de babearme el hombro y roncarme en el oído, sólo os besasteis...

—suspira aliviada y termino la frase— y hubo un poco de magreo...

—¡Me cago en Escocia y todo el whisky exportado! ¡¿Tocamientos?! —

dramatiza—. ¿Me lo estás diciendo en serio? ¡Por Dios, pero si me gusta más un

rabo que a un camello escupir!

—A ver, a ver... —intento tranquilizarla mientras tomo el desvío de la autovía que nos lleva a casa—. No me contaste mucho, ya te digo que te pusiste

a dormir la mona. Lo único que me dijiste es que tenía unas tetas bestiales. —  
Me

encojo de hombros, intentando restarle importancia.

—¡Esto es increíble! Ahora sólo falta que me guste chupar pezones.

—Vamos, Rebeca... —Intento contener la risa, porque, como la deje fluir, sé

que voy a salir escaldada—. Tampoco es nada malo, no pasa nada. Si tienes claro

que no te gustan las tías, ¿qué más da que hayas tenido una experiencia así? —

Le sonrío—. Mira, algo más que contarle a tus nietos.

—Tú eres tonta. ¿A mis nietos? Sí, claro, guardaré el recuerdo junto con la

primera vez que fui a comprar el pan solita con cinco años y cuando saqué mi primera matrícula en la carrera.

—Rebeca, no seas tremendista.

—Ya.

—Lo único que creo es que tendrías que dejarle a ella las cosas claras. Por

cómo ha actuado hoy hasta que nos hemos marchado, creo que le debes una

explicación. Ha estado pendiente de ti y de cómo te encontrabas toda la mañana,

y no me parece justo jugar así con ella. Es una buena chica.

—Quizá podría haber preguntado si me gustaban las coquinas antes de hacer nada —me contesta a la defensiva.

Aparco el coche frente a nuestra casa y me vuelvo hacia ella, mirándola seria.

—Rebeca, de verdad que a veces eres obtusa. ¿Quién te dice que no lo hizo?

Si no te acuerdas de nada... Lo único que sabes es lo que te he contado yo, y la

versión que me diste fue muy *light*.

—¡Pues ya podrías haberme sonsacado más cosas! Ahora no estaríamos así... ¡Menuda amiga eres! —me chilla encolerizada.

Vale, se ha pasado tres pueblos.

—No... ¡Si ahora resulta que voy a tener yo la culpa de que te comieras la boca con ella!

Pierdo la paciencia y me bajo del coche, dirigiéndome al maletero enfadada.

Cuando cierro el portón, oigo un sonoro portazo en la entrada de casa. Bien...

Cuando no es por una cosa es por otra. ¡¿Acaso voy a tener en algún momento algo de equilibrio en mi vida por más de unas horas?!

Entro y dejo la mochila de Rebeca en el salón, ya que no se ha dignado ni a

ayudarme con el equipaje. Me encamino hacia mi habitación y decido que

necesito una ducha. Quizá así me despeje un poco y me relaje, que buena falta

nos hace a las dos.

Cuando he terminado de guardar el contenido de mi bolsa del fin de semana y me he cepillado el pelo, aún mojado, me tiendo en la cama e instintivamente pienso en Jack. Creo que es un pensamiento recurrente cada vez que me doy una

ducha últimamente. ¿Cómo voy a afrontar la conversación que tenemos que mantener? Lo cierto es que es un tema que he intentado aparcar en un segundo plano, pero ha estado rondándome la cabeza durante estos días en los que las cosas con Rubén han cambiado mi perspectiva de futuro.

Giro la cabeza en el colchón y observo el portátil. Parece que el trozo de plástico y cables que lo componen me estén recriminando todo lo que ha ocurrido este fin de semana. ¡Pfff! En qué líos me meto yo sola...

Mientras mi mente continúa pensando cómo actuar respecto a Jack, oigo la puerta de mi habitación abrirse lentamente. No me muevo; continúo en la misma

postura y cierro los ojos, sabiendo quién es la persona que está moviéndose por

mi cuarto y acercándose a mí. Espero que se haya tranquilizado un poco, porque,

si no, va a arder Barcelona.

—Val... gordi... —me dice con voz dulce, mientras siento cómo se tumba a mi lado en la cama. Parece un buen comienzo, creo que está arrepentida.

—¿Qué quieres, Rebeca? —mantengo mi voz neutral y sigo con los ojos cerrados, apoyada sobre mi antebrazo.

—Tengo un problema y necesito tu ayuda.

Finalmente abro los ojos. La miro y sé que ha estado llorando. Es una de las desventajas de tener los ojos tan bonitos y claros, que en seguida se nota. Me ablanda un poco su expresión y me pongo de lado en la cama.

—¿Qué problema?

—Pues que tengo una amiga que ha sufrido la furia Ventura sin merecérselo... Y ya sabes cómo me las gasto algunas veces. —No puedo evitar

sonreír ante sus palabras. Si es que no puedo estar enfadada con ella—. ¿Crees

que me perdonará?

—Quizá tendrías que trabajarte un poco su perdón. ¿Cómo de importante es esa amiga para ti? —le pregunto, siguiéndole el juego.

—Muy importante. ¡Importantísima! Es como mi hermana.

—Bueno, puede que si le haces pollo al curry para cenar... —le digo, dándole un beso en la mejilla—. Claro que sí, tonta. No me gusta estar enfadada

contigo, ya lo sabes.

—He sido una gilipollas reaccionando así...

—Un poco —admito.

—Es que no me esperaba nada de eso. Pero bueno, tampoco es tan grave, una vez lo analizas...

—En absoluto... Pero ya sabes lo que pienso. Creo que necesitas hablar con ella, se merece una explicación. Me parece que, aunque a ti no te guste, no ocurre lo mismo al contrario.

Asiente con la cabeza y sonrío.

—Hablaré con ella. Lo siento, Valentina. De verdad.

—No te preocupes, ya está olvidado.

—Gracias, gordi, ¡eres la mejor! —me contesta entusiasmada, dándome una palmada en un cachete y levantándose de la cama de un salto.

—Sí, sí... soy la mejor. ¡Pero lo del pollo iba en serio, ahora no te quieras escaquear!

Terminamos riendo y saliendo de la habitación juntas. Unidas como lo que siempre hemos sido y seguiremos siendo, la mejor amiga de la otra. Ésa en quien

puedes confiar y que pocas personas tienen la suerte de encontrar en su vida.

Porque una amiga está ahí, a tu lado, en las buenas y en las malas; para ayudar a

levantarte cuando caes y hacerte ver la vida desde otro punto de vista que quizá ni tú misma has contemplado. Porque una amiga nunca te dirá lo que quieres

escuchar, te dirá la verdad aunque con ello te haga daño, porque siempre

querrá

lo mejor para ti y, una amistad como la que nosotras tenemos, resulta un vínculo

difícilmente quebrantable.

## Capítulo 16

### El dueño de mi arte

Desde siempre he adorado escuchar música a un volumen exageradamente alto pero sin llegar a tener que acabar metida en el calabozo por alteración del orden público. Cada vez que lo hago puedo sentir las notas entrando en mi cuerpo, haciendo que mi mente y mi ser se sientan invadidos por la melodía y la letra. Indudablemente, esta simple actividad lúdica nunca tuvo cabida en mi antigua vida con Enrique.

A mi ex marido, la música en general nunca le ha llamado demasiado la atención, así que la primera vez que me puse a limpiar la cocina, al poco tiempo

de irnos a vivir juntos, y subí el volumen de la radio al emitir una de las canciones de moda de aquel momento, la reacción tan desmesurada que tuvo me

hizo entender que no quería que lo volviese a repetir, pues no era de su agrado —como tantas otras cosas—. Uff, ahora me doy cuenta de esos pequeños detalles que en el día a día llegué a pasar por alto, porque sentía que lo demás merecía la pena, y que ahora me hierven la sangre de una manera asombrosa.

¿Qué tenía de malo escuchar música mientras limpiaba o hacía alguna tarea en casa? En fin. Debo volver al presente, porque mis pies empiezan a moverse al ritmo de la melodía que suena en el reproductor del salón, mientras Rebeca y yo

terminamos de recoger los restos de la cena.

—Lalalala —canta mi amiga a mi lado mientras friega los platos—. Eh, Val, ¿no te parece que ya es hora de que vayas cantando?

Yo la miro sin entender, ¿quiere que cante Marc Anthony? Aunque intento hacerme la loca, porque sé que se refiere a otro tipo de cantar. Uno más parecido a lo que me ha hecho un rubio sexy que me vuelve loca.

—¿Sobre?

—Sobre la caída del Imperio bizantino. —Me mira y pone los ojos en blanco—. ¿Sobre qué va a ser?

—No seas cotilla, Rebeca. No me voy a sentir cómoda hablando contigo sobre las maneras en las que he estado con tu hermano.

—¿Varias veces, eh? —Me sonrío de forma pilluela—. Ya sabía yo que mi hermano era un crack, no podía ser de otra forma. Un Ventura siempre da la talla.

Me río y me propongo hacerla rabiar un poquito. No creo que le resulte agradable escuchar ciertas cosas sobre lo que sabe hacer su hermano pequeño, muy ducho en el arte del placer. Me carcajeo internamente.

—La verdad es que tiene una boca... Humm, su lengua... —teatralizo estremeciéndome—. Y unas manos... uff, pero lo mejor de todo es cómo maneja su p...

—¡Eh! Quieta parada —me corta, elevando las manos y llenándolo todo de espuma—. Tengo que hacerme a la idea de que estás hablando de otro... Lolo, por ejemplo. Sí, eso es. Imaginaré que me hablas de cómo follabas con Lolo.

—  
Vuelve a su tarea y yo me quedo mirándola con una mueca de repulsión.

—¿En serio? ¿Lolo? ¿No podrías haber dicho otro? Qué fatiguita...

Rebeca se ríe estrepitosamente y me decido a darle alguna información, no demasiado exhaustiva, pero sí lo suficientemente jugosa como para que se quede tranquila.

—Bueno, bueno... —comenta cuando he terminado de darle algunos detalles de la noche anterior—. Por lo que veo, lo tienes cogido por las pelotas. Rubén siente algo por ti, eso es indiscutible.

—No exageres, Rebeca...

—Sabes que no lo hago. Si sólo hubiese querido follar contigo, no habría liado todo eso. —Me encojo de hombros, sin llegar a estar muy convencida—.

Estabas a la temperatura de la lava volcánica, muchacha. Con que te hubiese pasado un poco el churrasco por la cara, hubieses tocado las palmas sin manos.

La miro horrorizada.

—¿Es necesario ser tan bestia, Rebeca?

—No, pero así soy yo y tú me quieres. —Me pone morritos y le doy con el trapo en la cabeza—. Además, sabes que lo que te digo es cierto. Según lo que me has contado que habéis hablado y por cómo actuó contigo, aquí hay sentimientos, Val.

—Podría ser... —admito por fin, recordando las palabras de Rubén. «Quiero ser ese alguien...» «Eres tú, mi Valentina...» Resoplo y la miro fijamente, con gesto serio—. Rebeca, creo que estoy muerta de miedo. Esto se me ha ido de las

manos; no era lo que yo buscaba.

Mi amiga se sienta en la mesa de la cocina, encendiéndose un cigarrillo e invitándome con un gesto a que la acompañe. La verdad es que daría lo que fuera por fumar con ella, pero lo dejé hace unos cuantos años —una de las pocas

cosas que le agradezco a Enrique hoy por hoy—, y desecho rápidamente la idea,

sentándome a su lado.

—No tengas miedo, cariño. Él mismo te lo ha dicho... poco a poco. Déjate mimar, seducir, conócelo y, si ves que todo lo que descubres de él te gusta, ¡adelante! El «no» siempre lo tienes. No perderás nada por intentarlo.

Sopeso sus palabras y suspiro.

—Sí que puedo perder cosas, Rebeca. Podría perderte a ti; puede que incluso a él...

—A mí no me vas a perder, no seas agorera... Y el hecho de que te afecte saber que podrías perderlo a él, quiere decir que te importa, y mucho. —  
Asiento

con la cabeza, dándole la razón—. ¿Ves? Si es que yo iba para psicóloga...  
No

sé qué cojones hago siendo periodista.

Una carcajada escapa de mis labios cuando la escucho. ¿Rebeca psicóloga?

Sí... Seguro que, a la que un paciente le contase algo realmente jodido, su boca

escupiría todo tipo de palabras de dudosa profesionalidad.

—No te rías, asquerosa. —Me da una cachetada con la mano en el muslo—.

Sabes que, aunque Rubén sea mi hermano, tú eres mi mejor amiga y he decidido

posicionarme en el lugar neutro de esta relación a tres. Creo que es lo más inteligente.

Después de un rato más de charla, cada una decide ir a su habitación para

descansar, pues los excesos del fin de semana han dejado secuelas en nuestro

cuerpo, sobre todo en el de ella. La verdad es que la conversación con Rebeca me ha servido para desahogarme y poder hablar sobre ello con alguien que no

sea la parte viciosa de mi cerebro, en debate con mi parte cuerda y sensata, que

este fin de semana ha perdido la partida, me temo.

Antes de acostarme paso por el baño y, al salir, oigo la voz de mi amiga en su habitación. ¿Con quién habla a estas horas? ¿Ése es...?

Pego la cabeza a la puerta, poniendo mi oreja contra la madera. Sé que esto no está bien, pero me ha parecido escuchar la voz de Rubén en la habitación y me extraña. Al cabo de unos segundos lo entiendo todo. Rebeca está hablando con él por el manos libres del teléfono... La voz más baja y eléctrica que proporciona el micrófono así me lo confirma. Y, aunque mis pies parecen querer

llevarme a mi habitación, mi rostro sigue anclado en la puerta, escuchando.

—... Pues ya podrías haber contestado antes. Llevo tanto rato esperando que se me ha empezado a caer de manera natural el pelo de algunas zonas de mi cuerpo —dice mi amiga, y sé que sus ojos se han debido de poner en blanco, como es habitual en ella.

—Ya te he dicho que estaba en la ducha. ¿Qué pasa? ¿Habéis llegado bien?

—contesta él.

—Sí. Hemos llegado sanas y salvas. —Escucho movimiento en la habitación y me dispongo a salir corriendo para que no me pille, pero al cabo de unos segundos concluyo que se ha tumbado en la cama—. Rubén... he estado

hablando con Valentina.

«Preparando guadaña para matar a mejor amiga: 47% completado, espere por favor.» ¡La mato! A ver qué le dice... Lo peor de todo es que no puedo interrumpir la conversación porque se supone que yo no estoy escuchando.

¡Joder...!

—¿De qué?

—De la trágica pérdida del colibrí de campo —escucho cómo ironiza—. Una tragedia. Estaban en peligro de extinción... ¡Deja de hacerte el gilipollas, anda!

Sabes perfectamente que hemos estado hablando de ti.

—¿Y me llamas para...?

La voz de Rubén denota cansancio, e imagino que no sabe por dónde va a dirigir su hermana la conversación. No lo sé ni yo misma... ¿Qué piensa decirle?

—Pues para que sepas que, por muy hermano mío que seas, como le hagas daño a Valentina te las verás conmigo. Ha pasado por muchas cosas últimamente

y no se merecería eso.

—Vaya... Tranquila, hermanita —le contesta y puedo notar diversión en su voz—. No es mi intención provocarle daño, pero, ahora que sé que tiene un perro guardián de tu tamaño, me andaré con ojo.

—Más te vale. Te hablo en serio.

—Yo también te hablo en serio. Valentina me importa, Rebeca. No te lo tengo que demostrar a ti, sino a ella, y es lo que pienso hacer. ¿Me das tu bendición? —se burla de su hermana.

—Eres idiota. Mira, si le tienes estima a tu «gran e increíble anaconda», y quieres seguir usándola con ella, ándate con cuidado... —le amenaza, notando el

cariño que siente por él en su tono de voz—. Porque, si no, cojo las tijeras de trinchar el pollo y convierto tu entrepierna en un cuadro de Picasso.

¡¡¡La mato!!! Me contengo con la mano en la puerta, decidida a entrar y hacerle tragar el teléfono. ¡¿Cómo se le ocurre decirle lo que le he dicho sobre su

pene?! Ay, Dios... Oigo que Rubén se carcajea y me ablando un poco. Cómo me

gusta su risa.

—No tienes de qué preocuparte, Rebeca. Te prometo que me portaré con ella como se merece. —Hace una pausa y, cuando pienso que se ha cortado la comunicación, vuelve a hablar—. Entonces... «gran e increíble anaconda», ¿no?

Interesante información ha llegado a tus oídos, hermanita.

Mi cara se mimetiza con el cuadro de la pared, de vivos tonos rojos, al escuchar la referencia a mis palabras. Sabe que he sido yo la que le he dicho eso

a su hermana... ¿Quién si no iba a saber lo de la anaconda y nuestro momento

en

el agua?

Me decido a irme a mi habitación. He escuchado suficiente y ahora me arrepiento de lo que he hecho. No debería haber espiado una conversación privada entre los dos hermanos, pero no he podido evitarlo... Hasta por teléfono

parece tener un imán para mí. He de admitirlo, Rubén ha volteado todo mi mundo, ha echado a perder todos mis planes iniciales, pero, sobre todo, me ha vuelto una total adicta a él. Creo que tengo un problema. Bueno no, en realidad tengo dos problemas.

Uno: Rubén y la inexorable corrupción que siente mi cuerpo hacia él, teniendo ahora como aliado a un pequeño trocito de mi corazón. —Intento convencerme aún del tamaño de ese trocito.

Dos: ¿Adivináis el dos? Pues sí, Jack.

Rebeca me ha dicho que sea clara con él, que le explique lo que he empezado a sentir por Rubén y que me gustaría darnos una oportunidad como pareja. Dice

que Jack lo entenderá, que ya me ha demostrado otras veces que no es tan fiero el león como lo pinto... Pero ¿y si no? Realmente, lo único que podría perder sería a él y, a decir verdad, desde el momento en que he decidido comenzar algo

con Rubén, lo he perdido; quiera o no quiera.

Ya en mi habitación mi vista se pasea entre el teléfono y el ordenador. ¿Qué hacer? ¿Debería hablar con Jack ahora, dejándole claros cuáles son mis sentimientos y lo que no podremos tener él y yo a partir de este momento? ¿O quizá sería mejor llamar a Rubén e intentar conciliar el sueño con el sonido de su

voz en mi oído, mientras estoy en la cama? Sí, creo que el segundo plan es el más llamativo, aunque... Debería hablar con Jack.

Me sobresalto al notar la vibración de mi móvil encima del escritorio; me acerco y compruebo que se trata de uno de mis desvelos. Lo saludo con una sonrisa absurda en la cara, queriendo desprenderme de los demás pensamientos

mientras dure nuestra conversación. No lo consigo.

—¿Estás bien, nena? Te noto algo tensa... —me pregunta Rubén con voz susurrante—. ¿Quieres que vaya para allá y te relaje un poco? En ese estado no

vas a poder dormir...

Me río.

—¿Eso es una proposición? —flirteo.

—Así es —contesta seductor.

—¿Decente o indecente?

—La duda ofende. Claramente indecente, por supuesto.

—Por supuesto. —Nos reímos—. Rubén, yo... —busco las palabras adecuadas, rezando para que no se pierda el buen ambiente que tenemos— ... quería decirte que... he decidido hablar con Jack.

La línea se mantiene en silencio durante unos segundos, dejando paso a la respiración de Rubén, que llega a mis oídos mientras me muerdo una uña, expectante. Espero que no le moleste que hable con él, pero tengo que dejar las cosas claras y que todos sepamos en qué bando estamos jugando.

—Entiendo —se limita a contestar.

—No pienses mal, Rubén. —Me paso la mano por la frente, haciendo pequeños círculos con mis dedos mientras mantengo los ojos cerrados—. Tengo

que hablar con él para decirle que... bueno, que creo que... no deberíamos seguir hablando ahora que tú y yo tenemos una... relación.

Me doy cabezazos contra la pared mentalmente, sintiéndome del todo absurda.

—Me pediste que no tuviera secretos contigo —admito finalmente—. Es justo lo que estoy haciendo. Espero que no te moleste que hable con él.

—No. No me molesta, Valentina. Está bien que las cosas se dejen claras —admite con la voz seria—. Te agradezco que me lo hayas dicho.

¿Por qué me da la sensación de que realmente no se alegra de que haya

compartido con él esta información? No sé, pero juraría que su voz contiene una

culpabilidad que no llego a comprender. ¿Se sentirá mal por meterse entre algo

que ya teníamos Jack y yo construido? Si es que a lo que teníamos se le puede llamar algo.

—Me alegra que lo entiendas —le respondo escueta.

—¿Sabes qué? —cambia radicalmente el tono de voz, volviendo a ser el galante de siempre—. Estoy desnudo en mi cama; mi chica me va a abandonar esta noche... Mi *anaconda* y yo la echamos de menos —termina con un sonido lastimero.

Suelto una risotada y me relajo, olvidando la tensión de hace unos instantes y sintiendo que esas simples palabras han despertado mi interior. Los términos *desnudo*, *cama* y *Rubén* no son fáciles de digerir estando sola. Por no olvidar que me ha llamado «su chica», lo cual ha sonado tremendamente bien.

—Rubén, no llames a tu pene *anaconda*. No es serio. —Nos reímos de nuevo y suspiro—. Yo también te echo de menos.

Nos despedimos tras unos minutos y me siento en la cama, sopesando si sería conveniente encender ahora el ordenador. ¿Estará conectado?

Sólo hay una manera de salir de dudas.

## **Capítulo 17**

### **Detrás del cristal**

Me siento en mi escritorio y observo el ordenador encendiéndose, rezando en mi cobardía para que sufra algún tipo de cortocircuito y no consiga arrancar.

Evidentemente, y como siempre, la suerte no está de mi parte... No sé de qué me

sorprendo.

Abro la conversación comprobando que está conectado. ¿Lo interrumpiré?

No, su mensaje antes de que haya podido ordenar a mis dedos la simple tarea de

teclear un escueto saludo me hace entender que estaba esperándome, o que por

lo menos tiene tiempo para charlar conmigo. Me armo de valor y le cuento todo

lo que siento y pienso, abriéndole mi corazón y mi mente como nunca antes

pensaba hacerlo con él; no sin antes conocerlo en persona. Pero creo que merece

una explicación sincera y exhaustiva sobre lo que ocurre en mi vida, así que se la

doy.

Jack: ¿Qué es lo que temes, nena?

Steele: Equivocarme... No hacer lo correcto o estropear algo antes de empezar nada. No lo sé.

Veo que escribe, haciéndomelo saber el icono que así lo delata. Espero y al cabo de unos segundos sale su contestación. Para el tiempo que ha llevado tecleando me esperaba algo más largo. ¿Habrá incumplido su norma de no

borrar

lo que se escribe?

Jack: No puedes temer algo que no ha sucedido o no sabes si ocurrirá. ¿No crees que sería peor lamentarte por no haberlo intentado?

Steele: Supongo que tienes razón —suspiro y sigo tecleando—. Él me hace sentir especial sólo con mirarme, Jack. No es que tú no lo hayas hecho, pues seguramente sin tu ayuda y tus consejos no habría dado el paso de dejar a mi marido. Lo que quiero decir es que él es...

Jack: Él es real —termina la frase por mí.

Steele: Tengo sentimientos muy fuertes hacia él. Es especial para mí.

Jack: A mí no me has dado la opción de serlo más allá de nuestros juegos virtuales. —Observo la pantalla y sé que tiene razón—. Sé que todo sería diferente si hubiese estado a tu lado, en persona.

No sé qué contestar ante esto. Yo también pienso que las cosas habrían sido diferentes, pero, si el destino nos ha llevado por este camino, no puedo hacer más que tomar lo que me dicta mi razón y, aunque me cueste trabajo admitirlo, mi corazón.

Steele: Lo siento —escribo por toda respuesta.

Jack: No pidas disculpas. Dime que nos veremos, aunque sea sólo una vez. ¿No crees que nos lo debes?

Steele: No creo que sea buena idea, Jack.

Pasan unos eternos minutos en los que, absurdamente, pienso que no va a responderme más y hasta aquí ha llegado nuestra relación, pero de nuevo veo que me equivoco. Y, aunque entienda su reticencia a dejarme marchar, sé que

entiende mi postura.

Jack: En ese caso, debo decirte que no estás siendo del todo justa, pero, si es lo que quieres, yo no puedo hacer otra cosa que aceptarlo y desearte suerte. No sería fiel a mis palabras si te obligase a hacer algo que no desees.

Flaqueo. Mis dedos escriben algo que, de forma rápida y tras haberlo leído, borro. «No te echas atrás ahora, Valentina. Sabes que esto es lo que quieres.

Piensa en Rubén; sé egoísta.»

Steele: Él ha aparecido a mi lado. Me gusta cómo me hace sentir y no quiero estropear nada antes de que haya comenzado. Es lo que de verdad quiero.

Jack: Mira, nena, no puedo negar que para mí eres una persona muy especial. Desde el primer momento que entraste, supe que tenía que hablar contigo. No sé el motivo... Imagino que el destino jugó sus cartas y quiso decirnos algo con todo esto. Ahora que te conozco, puedo decir que has superado mis expectativas.

Me pasmo al darme cuenta de que está admitiendo su derrota con mucha valentía y educación. Realmente Jack es un gran hombre; sólo espero que alguien sepa apreciarlo en algún momento... Al pensar en ello, me percaté de que no siento ni un ápice de celos al imaginármelo con otra persona a su lado, compartiendo su vida. Eso quiere decir algo, ¿no?

Steele: Muchas gracias por todo, Jack.

Jack: Sabes que no tienes que darme las gracias. Eres una mujer valiente, curiosa y con gran potencial. Conseguirás cualquier cosa que te propongas. Nunca dudes de ti, nena.

Releo su mensaje y constato que no siento como propias ninguna de las

cualidades con las que él me define. No me he sentido nunca valiente, ya que una persona con esa cualidad no se pasa tantos años siendo una infeliz al lado de

otra persona y sabiéndose de esa manera sin poner remedio. Alguien curioso hubiese dado un paso más con todo lo que nos une, llevando esta relación de meses con Jack a un punto físico, sin esperar a que fuese él quien lo propusiese;

cosa que ya no puede ser ni quiero que suceda. Una persona con un gran potencial no espera ver pasar su vida; no deja su trabajo porque su pareja no esté

feliz con su situación laboral, cuando es algo que le gustaba hacer; de hecho, siempre ha sido algo que me ha llenado y me ha hecho sentir útil.

No, definitivamente no estoy para nada de acuerdo con todos los calificativos que ha dado Jack hacia mi persona. Imagino que, al ver que no contesto, decide

volver a hablar él, por lo que presto atención a cada una de sus palabras.

Jack: ¿Sabes qué? Creo que debes tomar la decisión que tu interior te mande. Lo que de verdad

pienses que quieres hacer por ti y no por lo que los demás esperen de ti. Yo no estoy enfadado, no podría estarlo. He sido siempre el primero que te he dicho que tienes que vivir cada segundo y experimentar lo que la vida te ponga por delante. Ahora que ha aparecido alguien que te hace feliz y especial, creo que puede ser tu momento de empezar de cero y dejar atrás todo lo que te ha ocurrido con tu ex marido; por lo que yo me retiro complacido, aunque me queden un par de espinitas dentro.

Steele: ¿A qué te refieres?

Jack: Bueno, no sé tu nombre ni tú el mío, real... Eso deberíamos haberlo solucionado, aunque ya no tiene sentido algo tan banal. Tampoco te he podido demostrar qué sentirías a mi lado.

Steele: Lo lamento —contesto directa.

Jack: ¿Puedo saber qué es lo que lamentas realmente?

Steele: Pues no saber afrontar esto de otra manera. Después de lo de Enrique, sabes que no me planteaba mantener una relación con nadie; no es algo que haya buscado... Simplemente ha surgido de esta manera.

Jack: Las cosas no siempre aparecen cuando uno las busca.

Steele: Tú apareciste cuando te buscaba, aun sin saber qué era lo que quería en mi vida —le respondo, aunque realmente no lo buscaba a él, sino a alguien que me hiciese sentir segura y decidida, justo como él me ha hecho sentirme todos estos meses.

Jack: Y no me arrepiento ni por un segundo de haber aparecido. ¿Sabes lo que pensé la primera vez que hablamos?

Todo suena a despedida y me encojo un poco en mi asiento, mirando el ordenador y pensando que nunca más volveré a tener estos ratos con alguien como Jack. Sí, es cierto que tendré otras cosas, y que seguramente acabarán supliendo la falta de él, pero no puedo evitar sentir un pellizco a la altura del corazón, sabiendo que es alguien a quien aprecio y voy a dejar de hablar con él.

Steele: ¿Cómo podría saberlo si nunca antes me has dicho lo que pensaste de mí? —Una sonrisa nostálgica, que presagia el final de algo, aparece en mi cara mientras tecleo.

Jack: Pues pensé que necesitabas dar un cambio a todo lo que te rodeaba. No me hicieron falta más que cinco minutos hablando contigo sobre cosas sin importancia para saber que la persona que había detrás de la pantalla no era

todo lo feliz que debería ser. Me siento satisfecho si por lo menos he resultado una vía de escape para ti.

Sabiendo que pronto vendrá un adiós y no un «hasta mañana, nena» como siempre que hemos hablado, no puedo evitar que los ojos se me humedezcan.

Sabía que esto no iba a resultar fácil, lo sabía y aun así él sigue aquí, intentando

hacerme sentir bien, y me odio por ello. Debería enfadarse conmigo y así quizá

me resultaría más fácil la despedida.

Steele: Has sido más que una vía de escape para mí, Jack. Eso es indiscutible. Has sido todo lo que he necesitado, estando ahí cuando sólo quería desahogarme y hablar... Cuando mi curiosidad ha traspasado algunas veces los límites que yo misma me imponía... En las noches en las que necesitaba tener a un hombre a mi lado que me hiciese sentir mujer. —Sorbo por mi nariz y me limpio una lágrima con el dorso de la mano, tecleando de nuevo—. Me da mucha pena todo esto, Jack.

Jack: No tienes que apenarte. Es más, deberías sonreír, pues te agradezco enormemente que seas sincera conmigo. Si hay algo que admiro en la gente es que no usen algo tan burdo como una mentira para complacer al otro.

Steele: Lo sé. No me quiero despedir, sé que, cuando te diga adiós, nada volverá a ser como siempre ha sido entre nosotros. Sé lo que quiero, pero no por ello esto me resulta fácil.

Jack: No tendrías por qué decirme adiós. Yo no lo haré, simplemente te diré «hasta luego, nena».

Analizo y disecciono palabra por palabra su último mensaje, no entendiendo qué ha querido decir. ¿Está dando por hecho que las cosas con Rubén no van a ir

bien? ¿Cree que volveré a él? Mi mente le da vueltas mientras miro la pantalla del ordenador sin ver nada en concreto, sin fijar mis pupilas en ningún punto preciso. Tantas y tantas horas teniendo a este aparato inanimado como testigo de

nuestros juegos, sonrisas, mejillas ruborizadas, nervios... siendo partícipe de nuestras travesuras consentidas, más que subidas de tono, que hemos mantenido

algunas noches en las que la excitación y el placer ha sido el principal invitado.

El mismo trozo inerte de plástico que ha transportado el ánimo y la fuerza que Jack me ha dado en cada momento crucial de esta etapa de mi vida.

Steele: Nunca me han gustado las despedidas —concluyo—. Creo que lo más justo es terminar esta conversación dándote las gracias. Gracias por hacerme sentir especial y estar a mi lado (en la medida de las posibilidades) dándome ánimos, fuerza y coraje para cambiar mi vida. Aunque a veces no fuera esa tu intención, encontré en ti un mástil donde agarrarme. Gracias, Jack.

Jack: No hay por qué darlas, nena. Siempre serás muy especial para mí.

Steele: Tú también, Jack —tecleo acongojada—. Tú también. Siempre.

Jack: Hasta luego, nena.

«Hasta luego, nena»... «Hasta luego, nena»... Mi mente repite una y otra vez su frase y, cuando me quiero dar cuenta, ha pasado más de una hora desde que Jack se desconectó y aún sigo aquí, sentada en el escritorio, con la única compañía del silencio a mi alrededor y el zumbido del ordenador.

Sé que esta noche no va a ser nada fácil y me tienta el volver a llamar a

Rubén para recuperar algo de ánimo que me reconforte, pero desecho rápidamente la idea, metiéndome en la cama en la que intuyo que daré demasiadas vueltas hasta poder lograr conciliar el sueño. Eso si es que llego a dormirme.

Antes de que Morfeo me lleve consigo, mi mente trabaja a destajo recordando los momentos vividos con Jack. Es algo propio del ser humano, un tipo de alteración o errata en la que nuestras neuronas se basan para que, cuando algo acaba, no dejes de pensar qué pudiste hacer o cambiar para haber propiciado otro resultado. Es lo mismo que cuando rompes con tu pareja y te torturas escuchando canciones de amor. Nuestra especie a veces llega a resultar patética. Yo soy patética.

Al abrir los ojos tras unas pocas e insatisfactorias horas de sueño, tengo claro que lo que haya podido sentir por Jack no es en absoluto comparable con lo que siento por Rubén. Dos hombres muy diferentes entre sí.

Rubén es cariñoso, divertido, extrovertido y me hace sentir especial; como si flotara en una nube con tan sólo escuchar su risa. Jack es un hombre más serio, maduro y consecuente. Tranquilo aunque ardiente a la vez y con unas inclinaciones sexuales que, no voy a mentiros, me han parecido, cuanto menos, curiosas. Pero en eso se queda, en simple curiosidad por algo diferente,

inexplorado por mí y, de alguna manera, prohibido.

No tengo la sensación de haber perdido a una pareja o al amor de mi vida, sino a un amigo que ha estado apoyándome y al que he llegado a conocer poco pero intensamente. No sé si me llegaré a arrepentir alguna vez de lo que he hecho, ni si es correcto o no, pero, tal y como me dijo él anoche, debo hacer lo que me dicta el corazón y eso es lo que estoy haciendo, ni más ni menos. Me planteo si es necesario dejar de hablar con él, pues, aunque comience una relación con Rubén, los amigos tienen cabida, pero me doy cuenta de que, aunque yo lo sienta como la pérdida de un amigo, ambos sabemos que no hemos sido sólo eso, aunque se haya basado en un juego o entretenimiento por ambas partes.

Me observo en el espejo del cuarto de baño y resoplo al ver mi reflejo. Mi cara es el resultado de una noche larga y tortuosa, llena de inquietud. El aspecto que luzco es la consecuencia de ello, sintiendo mis ojos hinchados y la cabeza a punto de estallar. «Realmente penosa», me reitero.

Mi teléfono móvil suena y una risita de enamorada —negaré ante cualquiera haber admitido algo así— se instala en mi cara.

Buenos días, mi dulce niña. Esta noche soñé con nosotros; te vi siendo una chiquilla adorable con tus dos coletas y yo corriendo detrás de ti. Como ves, no ha cambiado mucho la historia, yo sigo corriendo... ¿Me dejas alcanzarte?

Besos, Rubén.

PD: Llevo toda la mañana escuchando una canción y sólo puedo pensar en ti. Recuerdos de parte de mi anaconda ;)

La canción a la que hace referencia acompaña el mensaje, haciendo que la escuche en modo repetición mientras me aseo y me adecento en el baño. *Sweet*

*child o'mine*. [5] de Guns N' Roses, invade esta pequeña estancia que conforma el baño y doy gracias por saber el imprescindible inglés como para entender a

qué se refiere la letra. Seguro que Rebeca se cachondearía de mi cara si me viese

ahora mismo tarareando la canción, y más teniendo en cuenta que este estilo de música nunca ha sido mi fuerte. No es que resulte ser la elección más romántica

del mundo, pero es tan Rubén...

Mientras me termino de vestir, decido que voy a llevar a cabo algo impetuoso. Así he sido siempre y ya es hora de retomar mi antigua personalidad.

Tampoco es que sea una locura lo que voy a hacer, pero a mí me hace ilusión y espero que a él también.

—Hola, señorita, ¿en qué puedo ayudarla?

El conserje del instituto donde trabaja Rubén, un hombre bien entrado en años y de aspecto bonachón, me pregunta al verme atravesar las puertas dobles

del edificio de ladrillo rojo. Le sonrío y me acerco hasta el mostrador.

—Buenos días, venía buscando a Rubén —me corrijo rápidamente—. Al profesor Rubén Ventura.

—Ahora mismo está impartiendo su clase en el aula... —mira el cuadrante de su mesa y vuelve a dirigirme la mirada, sin perder la sonrisa—, 14C. Podrá encontrarlo allí, todo recto y después a su derecha. —Asiento y añado—: La clase está a punto de finalizar.

—Muchas gracias, señor... —leo su nombre en la chapa identificativa que tiene prendida en su uniforme—... Ramos.

—Un placer, señorita —me dice gentil al no saber mi nombre.

—Cruz, me llamo Valentina Cruz. Ha sido usted muy amable.

—Gracias, señorita Cruz, pero sólo hago mi trabajo —termina, dedicándome una mirada agradecida que me hace pensar que no recibirá este tipo de trato por

su cargo en el instituto. Sé lo crueles que pueden llegar a ser los adolescentes a

cierta edad.

Me encamino hacia el aula que me ha indicado, examinándolo todo a mi paso. Recuerdo mi juventud entre paredes parecidas mientras sigo mi recorrido... Si por entonces me hubiesen dicho la forma en la que iba a cambiar

mi vida, no me lo habría creído.

Entre tanto pensamiento me encuentro con la puerta 14C ante mis ojos.

Observo el portón de madera oscura, con un cristal a media altura que me permite ver el interior, y me quedo absorta admirando a Rubén mientras interactúa con los alumnos. Se le ve realmente entregado y feliz con lo que hace,

y las caras de los chicos demuestran el respeto que impone entre ellos, aunque el

ambiente parece relajado y distendido.

Tras unos minutos de espectadora, uno de los chicos capta mi presencia y así se lo hace saber a su profesor, señalando con la mano hacia la puerta. Rubén gira

la cabeza hacia su izquierda y me observa, cambiando su expresión en un momento, haciéndome saber la sorpresa de encontrarme allí. Su sonrisa se amplía y me guiña un ojo, a lo que le correspondo con una sonrisa ilusionada.

El timbre suena, dando por finalizada la clase. El alboroto típico se empieza a adueñar del aula, haciendo que me vea rodeada rápidamente de alumnos

deseosos de marcharse a casa. Rubén me hace un gesto con la mano,

invitándome a pasar.

—¡Qué sorpresa, cariño! —me dice cuando me pongo a su lado, conteniendo las ganas que tengo de besarlo porque aún no estamos solos—. ¿Cómo tú por aquí? Me has sorprendido, no me comentaste nada ayer —expone mientras

guarda los útiles que ha usado en la última hora de clase.

—Bueno, te echaba de menos... —Le sonrío—. Espero que no te moleste que me haya presentado sin avisar.

—¡Claro que no! —exclama entusiasmado, asomando la cabeza hacia la puerta, por la que sale en este momento la última alumna, al quedarnos relativamente solos—. Y ahora que no nos ve nadie...

Me agarra por la cintura y me pega a él, uniendo su boca con la mía. Mi cuerpo comienza a desperezarse con ese simple acto, dejándome llevar, al sentirme atraída por su mano en mi nuca.

—Podría acostumbrarme a esto. Humm... ¿Qué tal si vienes cada día a recogerme? —me pide pícaro, separándose unos milímetros de mí, con voz seductora. Pasa su lengua por mis labios y me aprieta el trasero con ambas manos.

Una sonrisa mezclada con un pequeño quejido se me escapa y él aprovecha para asaltar de nuevo mi boca, penetrando con su lengua. Tras unos minutos así,

recuerdo que la puerta del aula está abierta y que nos pueden ver alumnos o profesores.

—Humm, Rubén... —le susurro entre beso y beso—. Deberíamos parar... puede venir... alguien.

—Creo que eso me excita todavía más —musita, haciendo que sienta su

erección clavada en mi cintura, cuando se pega del todo a mí—. Te imagino desnuda sobre mi mesa, entregada a mi lengua, y me pongo duro al instante...

Mi trasero, movido por una fuerza de mi interior que intento acallar, se ve tentado a subirse a la mesa y hacer lo que ha imaginado, pero intento recuperar la cordura y me despego de él.

—Ya me hago una ligera idea, pero estamos en tu lugar de trabajo. —Jadeo cuando muerde mi cuello—. No querrás que esos chicos, que con tanto respeto te miraban, se escandalicen de su profesor...

—Dudo que esa panda de hormonas andantes se asombren con nada... En todo caso me darían lecciones de cómo debo hacérselo a mi chica. —Me da un

último beso juguetón—. Pero está bien. Por esta vez te lo dejo pasar, pero esta mesa y tú tenéis una tarea pendiente con el profesor. Querrás subir nota, ¿no?

Me da un pellizco en la nalga y se ríe al ver mi cara alucinada. Sin duda alguna aún tengo muchas cosas por descubrir de Rubén. Al salir por la puerta, nos encontramos de frente con Santi, que se encamina hacia nosotros con una sonrisa. ¡Vaya! Está mucho más guapo cuando está así de relajado y jovial.

—Hola, Valentina. —Se me acerca y me da un beso cariñoso en la mejilla—. Rubén, te buscan en el laboratorio.

—Preciosa, ¿me esperas aquí un momento? —me pregunta, apretando su agarre en mi cintura—. En cuanto termine, nos vamos a comer, ¿te apetece?

Mis tripas rugen en respuesta. Sí que tengo hambre, sí.

—Claro, sin problema. Ve tranquilo. —Compongo una sonrisa.

—No te preocupes, Rubén, yo me quedo con ella mientras vuelves —le contesta Santi.

—No tardo. —Me da un último beso y señala a Santi con la mano antes de marcharse—. Cuídame, Santi.

Nos encaminamos a la cafetería, en tanto que Rubén vuelve. Él sonríe cuando nos sentamos y me mira, algo paralizado al estar los dos solos. Bebemos

los dos de nuestras bebidas, que nos hace llegar la camarera, y decido romper el hielo.

—Entonces, ¿también das clases aquí? Pensaba que únicamente trabajabas con Rubén en el laboratorio.

—Sí. Nunca me había planteado hacerlo, pero al comenzar el curso uno de los profesores tuvo un accidente y Rubén habló con la directora para que yo ocupase el puesto de manera temporal. —Sus labios dibujan una sonrisa llana y vuelve a beber—. Ya sabes cómo es, siempre queriendo ayudar.

—¿Y normalmente a qué te dedicas? Me refiero a antes de cubrir esa baja.

—Bueno, tengo varios proyectos y colaboro con un par de organizaciones.

Es complicado y aburrido. —Rehúye mi mirada sin darme una respuesta

concreta.

—Entiendo —contesto y cambio de tema, ya que no parece agradarle demasiado—. Lo pasé realmente bien el fin de semana, Santi. Quería darte las gracias por habernos cedido la casa de tu familia, ha sido todo un detalle. — Intento sonar sincera y agradecida, y veo que cambia el gesto de su cara, sonriendo nuevamente.

—No hay que darlas; por Rubén, lo que sea. —Me mira fijamente, haciéndome dudar de nuevo. No. Me niego a pensar cosas que no son, eso ya quedó atrás y aclarado, ¿no?—. Yo también lo pasé muy bien, la mezcla que se reunió allí no dejó lugar para el aburrimiento. —Limpia sus labios con una servilleta—. Tú tampoco lo pasaste nada mal, ¿eh?

Parece que se arrepiente al segundo de haberlo dicho, disculpándose repetidas veces.

—No te preocupes, Santi, estamos entre amigos —lo tranquilizo, divertida por su espontánea pregunta—. Me lo pasé muy bien, aunque hubo momentos mejores que otros. Dime, ¿eres amigo de Rubén desde hace mucho?

—Fuimos compañeros en la facultad. Por aquel entonces mi carácter era algo reservado... —Se rasca la nuca y encoje los hombros—. No encajaba muy bien

dentro de ningún grupo y Rubén era bastante abierto, ya sabes... llamaba la atención y era amigo de todos. —Bebe de nuevo y continúa—. Coincidimos

juntos en un grupo de trabajo y, básicamente, ahí empezó todo.

—Se ve que os tenéis mucho cariño. Es importante tener buenos amigos cerca.

—¿Como tú y Rebeca? —Carraspea—. Me refiero a que a vosotras también se os ve muy unidas.

—Lo estamos. Es como una hermana para mí y nos conocemos desde siempre. Ya has visto cómo es, es difícil no quererla, aunque a veces querría estrangularla con mis propias manos por bocazas. —Nos reímos, compartiendo

un momento más relajado y en el que siento que empezamos a congeniar—. Los

hermanos Ventura no dejan indiferente a nadie. A mí, por partida doble.

—Y que lo digas —murmura escueto.

Mi nuca se estremece al sentir un beso de Rubén en ella. Después de agradecerle a Santi haber cuidado de mí, nos despedimos de él.

—Vamos, preciosa. —Agarra mi cintura y besa mis labios cuando me levanto—. Tengo mucha hambre y, si no me llevo algo al estómago pronto, puede ser que te devore enterita.

Bueno... Quizá no sea tan mala idea mantenerlo famélico un ratito más.

La amenaza ha sonado demasiado tentadora.

## Capítulo 18

## **Extremos de una moneda**

### ***Rebeca***

Me observo las uñas, repasando el esmalte con los dedos de la otra mano, mientras cuento los minutos que faltan para salir de la redacción. Resoplo. ¡Qué

pesadilla! No he visto cosa igual... La última hora siempre se me hace eterna y

ya no sé de qué manera ponerme en la silla, mientras mis piernas toman vida propia y se mueven en un tic nervioso. Arriba, abajo. Arriba, abajo... Al mismo

tiempo mantengo mis ojos fijos en la esquina inferior derecha del ordenador, queriendo con ello que pasen los minutos más rápidamente, y me doy cuenta de que soy una gilipollas de campeonato. No sé para qué tengo tanta prisa en salir,

sabiendo lo que me espera después.

Porque sé reconocer cuándo la he liado parda. Me voy a tener que plantear dejar de beber cuando estoy en compañía. A este paso, cualquier día cometo una

locura y voy a acabar arrepintiéndome toda mi vida. Aunque, ¿qué sería de la vida sin esos momentos? Bastante he tenido que aguantar como para tener que andar conteniéndome a la mínima de cambio; sin embargo, reconozco que lo que

pasó la noche del sábado con Roxi ni yo misma lo habría imaginado. ¿Yo con

una tía? Por favor... Es tan absurdo como que David Gandy se convierta a cura

con su correspondiente celibato.

—¡Rebeca, necesito la entrevista de Caroline Dumaste antes de irte! —me chillaba Héctor, mi jefe, desde la puerta de su despacho.

Pongo los ojos en blanco y busco el archivo en mi ordenador, adjuntándolo al correo de mi jefe. Suerte que soy organizada y lo tengo todo controlado... Me

siento tentada de ponerle una bonita imagen de mi dedo anular a modo de firma.

¡Que se joda! Últimamente no hay quien lo soporte; se pasa el día entero incordiándome y esperando a última hora para pedirme trabajos extra o adelantarme la entrega de otros.

Su novia debe de haberse cansado de él y follará poco; se le ve cara avinagrada y temo por su salud... Cualquiera día se le reventará la mano de tanto

golpe en la puerta para llamarme la atención cuando quiere dirigirse a mí.

«¡Hola, capullo!, estoy a dos cubículos de tu despacho y te oigo perfectamente...

hasta cosas que no querría haber tenido que escuchar», le increpo mentalmente,

componiendo una mueca de asco.

Sincerándome, puede que me haya envenenado yo solita con todo lo que al

género masculino se refiere. La verdad es que, desde mi última experiencia, los

hombres han pasado a ser mis archienemigos por el simple hecho de tener rabo.

De poco han servido las terapias con Diana, mi psicóloga, durante más de un año. Básicamente por eso dejé de acudir a su consulta; gracias, pero no me apetece recordar cada detalle de una relación que por poco me deja metida en una caja de pino y sirviendo de alimento para los gusanos.

—Maldito cabrón —pronuncio en voz baja, al pensar en mi ex y todo lo que me hizo pasar.

Mi peor pesadilla durante demasiado tiempo. El motivo por el que hoy soy como soy y, sobre todo, mi entrega más amarga. ¿Cómo fui capaz de dejarle hacer conmigo lo que le dio la gana? ¿Cuándo dejó de importarme mi propia existencia? Tengo que reconocer que lo que más repulsión me produce al pensar

en él es saber que yo misma permití la situación, y me odio por ello; por ser tan

débil y haberme dejado manipular de esa manera. Diana tenía otra visión sobre

lo que ocurrió, dejándome claro que estaba sometida a una manipulación por su

parte, después de la pérdida de mis padres... Ése ha sido siempre su enfoque profesional, pero yo sigo pensando que fui la principal culpable, aunque de

nada

sirve llorar. Hoy por hoy, yo sigo aquí y no voy a seguir lloriqueando por algo que no puedo cambiar, aunque cada vez que piense en él se me suba la bilis a la garganta.

Por fin el reloj de mi ordenador marca mi hora de salida y, tras haber agarrado mi gran bolso y recogido mi mesa, me dirijo con paso decidido hacia el

despacho de Héctor, donde me asomo y le informo de mi marcha, recibiendo por

su parte un gruñido, a la vez que sigue ensimismado en su pantalla. ¡Que te den,

simpático!

Salgo a la calle e inhalo profundamente antes de dirigirme al bar donde he quedado con Roxi, decidida a aclarar todo lo que ocurrió e intentar no romper la

amistad que podríamos tener.

—¡Eh! —oigo a pocos metros de distancia del bar, divisando la silueta tan extravagante de ella acercándose a mí—. ¿Qué tal?

—Hola, Roxi, ¿llevas esperando mucho tiempo? —Le doy dos besos y nos acercamos a la puerta del lugar.

—No, no te preocupes. —Me sonrío—. Me muero de hambre, ¿vamos? —

me invita, abriéndome la puerta del local y señalando con la cabeza su interior.

Rezo para que la conversación no resulte demasiado tensa... Sea lo que sea, tendré que apechugar con las consecuencias. ¿Pechuga? ¡Ay, Dios! Mi mirada se

va hacia el escote de Roxi instintivamente, recordando lo que pasó. ¿Me estaré convirtiendo en lesbiana? ¡Mi madre debe de estar removiéndose en su tumba!

—Sí... —Carraspeo—. Claro, vamos.

Nada más entrar, noto todas las miradas de los clientes del bar posadas en nosotras. Evidentemente, sé que mi acompañante no pasa desapercibida con su indumentaria y su pelo, pero la alabo por ser capaz de tener la imagen que le dé

la gana sin importarle lo que digan los demás. Lo que no entiendo es cómo no se

achicharra de calor con tanta ropa negra...

Comemos de manera relajada, recordando momentos del fin de semana y metiéndonos con Mónica. Esa tía es tan absurda que podría montar un grupo musical con los pajaritos que tiene en la cabeza... En fin, inevitablemente sé en

qué va a derivar esta conversación; es obvio que hemos quedado para hablar de

lo ocurrido. Remuevo mi café. La miro. Me mira. Me sonrío. Le sonrío.

Vamos allá. «Al toro, por el rabo, Rebeca.»

—Roxi, quería comentarte algo... —comienzo, demostrando en mi voz los

nervios que tengo en el estómago porque todo salga bien y no monte un número en el establecimiento. Quizá habría sido mejor hablar en privado... ¡Mierda!

—Dispara —me contesta sonriente.

—Es con respecto a lo que ocurrió el sábado por la noche...

—Ajá —añade ella, recostándose en su silla sin perder la sonrisa.

Será cabrona... Veo que no me lo va a poner fácil. Resoplo y busco las palabras adecuadas.

—Pues... a ver cómo empiezo —murmuro para mí misma, entretanto ella me observa algo divertida—. Es que verás, a mí no... No quiero decir que tú no... No eres tú, soy yo...

Menudas gilipolleces estoy soltando por la boca, va a pensar que estoy como la cabra de Heidi dopada... Recapitulo y me decido a hablarle claramente; sólo

espero tener un poco de tacto, ya que Valentina siempre se queja de que mi dulzura es algo que no vino de serie cuando me hicieron. Parece percatarse de lo

incómoda que estoy y apoya una mano sobre la mía, en la mesa.

—Rebeca, habla tranquilamente.

—Está bien. —Suspiro y miro nuestras manos unidas, sabiendo qué es lo que quiero y lo que no—. No te lo tomes a mal, pero no sé si voy a encontrar una manera poco agresiva de decirte esto.

—No te...

—¡No, espera! —No la dejo terminar—. Permíteme decirlo de una vez, porque, como me interrumpas, voy a tener que empezar de nuevo y no creo ser capaz de decir esto dos veces. —Ordeno mis pensamientos y me decido a hablar,

viendo que ella se mantiene expectante—. Roxi, eres encantadora, guapa, simpática y me lo paso de puta madre contigo. Pero... —ahí voy—, a mí no me

gusta el conejo. Está perfecto que a ti sí te guste, es totalmente respetable; pero yo soy más de... de frankfurt, ¡eso es! Yo prefiero una buena salchicha al conejo

en salsa...

«La estás cagando, Rebeca.»

Cuando pienso que mi acompañante —ésa a la que le acabo de decir que le gustan las mujeres con menos tacto que una esponja de esparto— me va a tirar su café a la cara, me sorprende estallando en un ataque de risa, haciendo que seamos el centro de atención de todos los vecinos de la mesa, incluso más que antes.

Yo la miro divertida, sin saber si cuando se calme me va a dar dos hostias o me va a comer la boca. No entiendo a esta chica y mi cara de besugo así lo debe

de demostrar. Una vez calmada, entre los espasmos de la risa que aún va

soltando, me mira de manera tierna y me sonrío.

—Rebeca... ¡Ay, Dios!, nunca me habían rechazado consiguiendo que casi me mease en las bragas de la risa... —La miro estupefacta, habiéndome imaginado cualquier reacción menos ésta—. Ya sabía que no te gustaban las tías... Si me hubieses dejado hablar, te habrías ahorrado el mal rato sobre tus gustos «culinarios».

¿Ya lo sabía? ¿Cómo cojones lo sabía? ¿Qué pasa, que no tengo pinta de lesbiana o qué?

—Pero ¿entonces...?

—Rebeca, cariño —me dice con ternura, como si le hablase a un niño pequeño—, estuvimos hablando sobre eso antes de que ocurriese nada entre nosotras.

—¿Ah, sí? —Mierda, ¿por qué no podré recordar nada de esa maldita noche?

—Sí, ¿no lo recuerdas?

De nada sirve engañarla y decirle que sí, cuando ha quedado claro que tengo más lagunas que Escocia.

—Absolutamente nada. Todo lo que sé es lo que me ha contado Valentina...

—le digo, sin poder evitar sentirme culpable al ver que ella no pierde la sonrisa

—. Por lo que se ve, le conté, a grosso modo, lo que ocurrió antes de quedarme

dormida.

Roxi vuelve a reírse y me planteo si antes de nuestra cita ha estado

fumándose algo. ¿Tanta gracia le produce la situación? Aunque debo reconocer que me quita un peso de encima.

—No tienes de qué preocuparte, no ocurrió nada importante entre nosotras

—comenta, terminando su café—. Hablamos; me contaste lo que habías sufrido

con tu ex novio, me dijiste que desde entonces no habías tenido relaciones con ningún hombre más allá de la amistad... Y después de que yo te contara que soy

bisexual, me pediste que te besara.

Mis ojos se abren como el culo de un mandril. ¡¿Se lo pedí yo?!

—¡¿Que hice qué?!

—Debo reconocer que, cuando me tocaste las tetas, estuve tentada de

continuar. —Al decirlo, siento los ojos de los dos hombres que están al lado de

nuestra mesa observarnos con interés, pero yo sólo puedo seguir con la boca

desencajada y los ojos bien abiertos, observándola—. Pero no ocurrió nada

porque sabía que te arrepentirías cuando te despertases. Rebeca, deja de darle

tantas vueltas. Yo ya sabía que no había más que curiosidad por tu parte —me

dice mientras mi boca se mantiene abierta—. No te preocupes, de verdad.

—Joder, tía, lo siento. No sabes lo ridícula que me siento habiéndote

utilizado. —Me recompongo en la silla, mirando fijamente a nuestros vecinos, que no nos quitan ojo, fulminándolos con la mirada—. Supongo que, por el bien

de la comunidad, debería levantarme el castigo «no hombres».

—No estaría mal. —Se ríe y nos levantamos tras haber pagado la consumición—. Ya sabes que sigo aquí, ¿verdad? Nos conocemos desde hace muy poco, pero sé que podemos ser grandes amigas. Me caes muy bien, Rebeca.

Asiento y sonrío, pensando en todo lo que me ha contado.

—No sé si voy a poder ser capaz de mirarte a la cara a partir de ahora. —Me da un abrazo espontáneo y me relajo—. Claro que sí, Roxi, tú también eres genial y me lo paso muy bien contigo. Aunque, si te vuelvo a pedir que me beses... olvídalo, ¿vale?

Terminamos carcajeándonos las dos y nos despedimos, emprendiendo cada una el camino a su casa, aunque a decir verdad yo no estoy ahora mismo muy por la labor de meterme en la mía y pasarme sola media tarde, dándole vueltas a

la cabeza. Me conozco y, cuando estoy así, me da por reorganizar todos los cajones y armarios, y al final Valentina y mi hermano me van a meter en un centro psiquiátrico por desequilibrada. ¡Eso es! Mi hermano. Iré a casa de Rubén

y pasaré con ellos la tarde. Y si quieren echar un polvo, ¡que se jodan! Bueno, no

literalmente, claro. Ya tendrán tiempo de hacerlo, pues seguro que yo necesito más compañía que la vagina de mi amiga.

La calle se me antoja cada vez más siniestra. Me da la sensación que de un momento a otro va a salir de alguna alcantarilla Belcebú con todos los hijos del

mal y se van a poner a hacer una barbacoa en el asfalto. ¡Qué calor!

Abro mi bolso para buscar mis gafas de sol, autorregalo que me hice las

Navidades pasadas y que atesoro como Gollum el anillo del poder, y mi mano se

topa con algo que no debería estar en este lugar. ¿Qué hace Ale metido aquí

dentro? ¿Cómo ha escapado de su cajón? Ralentizo los pasos en la acera

mientras me coloco las gafas y me miro en un escaparate, cobijándome en la

sombra de un edificio. Mi mente repasa la última vez que Ale y yo...

Valentina y yo habíamos cenado comida china viendo *Algo pasa con Mary* y

poniendo el televisor perdido con los proyectiles de arroz tres delicias que salían

de nuestras bocas y narices al estallar en carcajadas con las tonterías de la

película. Cuando terminó, nos quedamos sentadas un rato charlando en el sofá y,

sin saber cómo —véase: salió mi vena periodística y me moría por más datos—,

acabamos hablando de las experiencias que habíamos tenido con los hombres.

Mi narración fue breve y escueta, y agradecí que Valentina no intentase ahondar

más en ello, pues ella sabe mejor que nadie lo mal que lo pasé y las experiencias

con las que me tuve que cruzar en mi relación. Antes de Austin tampoco hubo nada más allá de magreos en baños públicos o en el coche del padre de alguno de

mis antiguos rollos.

Por lo que, sí... terminamos hablando de ella y sus diferentes prácticas...

Tampoco es que sea una *pornostar*, pero por lo menos ha sacado el conejo a pasear más que yo en los últimos años. Me explicó lo que hacía cuando hablaba

con Jack, experiencias muy diferentes a lo que acostumbraba con su ex marido y

cómo, a veces, se escandalizaba ella misma al pensar en lo que había hecho la noche anterior. La verdad es que yo no sé si hubiera sido capaz de hacer ciertas

cosas... ¿Ceder todo el poder en el plano sexual? No, gracias. Ya estuve bastante

servida de vapuleos y situaciones denigrantes. ¡A fustigar a las vacas!

Y, a ver... una no es de piedra y menos cuando lleva en celibato más tiempo

del que físicamente debe ser recomendable para una mujer adulta en edad

*folladera*. ¿Qué pasó? Pues sí, me puse caliente. Que conste que no es algo de lo

que me sienta orgullosa... No resulta muy cómodo hablar con tu mejor amiga

sobre sus orgasmos y experiencias sexuales, en las que el nombre de Rubén — recuerdo: mi hermano pequeño—, salió a relucir en más de una ocasión, sabiendo que no es posible que hayas roto aguas porque no estás embarazada, pero teniendo la misma sensación.

Resultado. Ale salió a pasear esa noche en su máxima potencia. Ale, llamado así por mi adorado, querido y preferido cantante Alejandro Sanz, es mi mejor amigo y amante. Está cuando lo necesitas, nunca hace nada que no quieras, no le

huele el aliento mañanero, no te araña las piernas con las uñas de los pies, no

se cansa, aguanta más de un asalto... ¡Todo son ventajas! Bueno, todo, todo...

no. Pero me ha servido durante estos años como compañero de cama, y de ducha, y de... Vamos, que ha tenido un uso más que amortizado y placentero.

Esa noche no iba a ser menos. Me coloqué en mi cama en la postura que más cómoda estoy y que siempre he usado con mi amante a pilas, pues sólo tengo que limitarme a imprimir el ritmo y disfrutar. Ubiqué a Ale entre la estructura de

los pies de la cama y el colchón, dejando en modo estandarte sus veinticinco centímetros de longitud y, con una postura muy aprendida —a base de años y práctica. No hay nada como conocer a tu compañero de cama—, lo puse en el número dos y su cabeza empezó a moverse, invitándome a montarme sobre él.

Arrimé la parte trasera de mis muslos al colchón, quedándome de espaldas a la cama y a los pies de la misma. Abrí las piernas y miré hacia abajo. Ahí estaba

él... Tan calladito, tan silencioso, dispuesto a hacer lo que quisiera con él...

¡Vale, sí! Hubiese estado bien algún que otro beso y que me tocara por todas partes, pero para eso tengo dos manos... ¡Además, estamos hablando de Ale, por

favor!

Poco a poco fui bajando lentamente, apoyando mi mano derecha hacia atrás en el colchón y con la otra mano acariciando mis labios y mi clítoris. Cabe decir

que mi nivel de lubricación era máximo en ese momento, por lo que no hubo ningún inconveniente en introducirlo casi en su totalidad. Gemí, volví a subir, para, a los pocos segundos, descender de nuevo, introduciéndolo un poco más en

mi interior. Ahí seguía, fiel a mis movimientos, sin moverse un ápice de su sitio

y con su interior rotatorio a una velocidad perfecta.

Mis ojos se mantenían cerrados, pues no tenía que ver nada ni a nadie, sólo sentir ese trozo de plástico de color malva entrando y saliendo de mi cuerpo, activándome y haciendo que subiese a la cima en pocos minutos. Contuve los jadeos, sin querer llamar la atención de Valentina en exceso, y comencé a

moverme más rápido arriba y abajo, a la misma vez que mis dedos tomaron velocidad en los movimientos circulares sobre mi clítoris... Ya casi podía ver la

luz al final del túnel, un par de segundos más y... ¡¡¡sí!!!! Todo estalló en el interior de mi cuerpo, haciéndome ver la parte interna de mi cabeza cuando mis

ojos se dieron la vuelta. ¡Buen chico, Ale! Tú sí que sabes complacer a una mujer.

Sonríó al recordar lo que ocurrió segundos después, cuando aún me encontraba empalada e intentaba recuperar la respiración, aferrada al poste de la cama, cual Rose y Jack en el hundimiento del Titanic.

—¿Rebeca?

Unos golpes en mi puerta me sobresaltaron. ¡Joder con Valentina! Iba a tener que explicarle que, cuando los mayores se encuentran ocupados, los niños no molestan.

—¡¡Voy!! —Me elevé, sintiendo cómo mis fluidos bajaban por mis piernas, al salir Ale de mi interior. Rápidamente me puse el pijama y abrí la puerta, asomando la cabeza e impidiéndole entrar.

—¿Estás bien? —me preguntó, observándome con atención—. Te noto un poco congestionada...

—Dame un momentito, ¿vale? —le pedí, queriendo mandarla a la mierda—.

Espérame en el salón que ahora mismo voy.

Cuando se hubo marchado, entré de nuevo en mi habitación y cogí a Ale.

Salí al pasillo, escondiéndolo en mi espalda y, ya en el baño, lo limpié cuidadosamente.

Pero qué oportuna es cuando quiere esta amiga mía... Cuando abrí de nuevo la puerta, allí estaba ella, esperándome.

—Tía, mira que estás pesada. ¿Qué cojones quieres? —le pregunté de mal humor, con los veinticinco centímetros de plástico a mis espaldas.

—Vaya... Qué agradable eres, Rebeca —me contestó sarcástica—. Me parece que a la que le hace falta un buen polvo ahora es a ti, guapa. —Empezó a

reírse por su propia gracia, recordando las palabras que nos dirigimos el fin de

semana al llegar al Montseny.

—Pues mira, para qué me voy a andar con tonterías. ¡Justo era eso lo que estaba haciendo con Ale cuando has interrumpido con tus nudillitos en mi puerta! Que eres muy oportuna...

Sus ojos se abrieron desmesuradamente, mirándome a mí y luego a la puerta de mi habitación. Lo que no sabía ella era que mi amante aún estaba en mis manos.

—¿Ale? ¿Te has traído a algún chico a casa? —me preguntó, incrédula—.

¿Cuándo? Si no lo he visto entrar...

Salí del baño, con las manos tras de mí. Sabía que, en cuanto cruzase la puerta y le diese la espalda, lo vería. Efectivamente, oí un gritito y sonreí.  
¡Eso

por cotilla! Antes de entrar en mi habitación, me giré, le guiñé un ojo mientras me miraba entre divertida y abochornada, y se lo lancé.

—Te presto a Ale, que todavía está dispuesto para un segundo asalto.

¡Cúidalo!

Acto seguido me metí en la habitación, atenta al momento en que mi portentoso amigo llegaba hasta sus manos, con un ruido seco. También escuché las maldiciones que me lanzó, llamándome cerda y algo sobre la higiene. «¡Sí! Soy una cerda total, pero me lo he pasado muy bien con él», pensé.

Vuelvo al presente y abro el bolso de nuevo. Valentina debió de meterlo aquí después de lanzárselo y no me he dado ni cuenta hasta ahora. Sí, va a ser verdad

lo que dice Rubén sobre el parecido de mi bolso con el de Mary Poppins.  
Vuelvo

a echarle una ojeada y hago un puchero con los labios.

Ale, amigo mío, creo que nuestro romance va a verse afectado en algún momento próximo. Me parece que ya he pasado el luto suficiente y es hora de volver a abrir las pier... la mente a nuevos mundos. Todo lo que puede pasar es

que haya perdido la seguridad en mí misma que hace falta para comenzar la búsqueda del sustituto de mi amigo a pilas. ¿Relación? ¿*Affaire*? Comencemos por tantear el mercado, ¿no?

¡Hombres a mí! Pfff... Qué pereza.

Después de salir del taxi que he decidido coger para llegar a casa de mi hermano y en el que suspiré nada más entrar, por la temperatura tan diferente y fresca de la del exterior, me recoloco el bolso y echo un vistazo a la calle, sintiendo de nuevo que el calor me invade. Calor, en todos los sentidos de la palabra. La temperatura tanto exterior como interior de mi cuerpo, al haber recordado los sucesos pasados, hace mella en mí.

—Joder, ¡esto es insoportable! Barcelona es un puñetero horno crematorio —  
hablo sola, encaminándome al portal de Rubén.

En la calle no hay ni un alma. Normal, ¿quién es tan insensato de salir, si no es estrictamente necesario, con este calor? Yo.

Llamo, rezando para que me abra pronto y pueda entrar en el fresco

inmueble en el que vive mi hermano. La única respuesta que recibo es el sonido

metálico y continuado de la apertura de la gran cancela de hierro que flanquea el

edificio. Después de dejarme el hombro empujando la pesada mole de acero para

abrirla, me adentro y suelto un suspiro que acaba en un lamento de puro placer.

En el interior la temperatura es bastantes grados inferior y eso se agradece, aunque aún siento la ropa pegada a mi cuerpo.

Subo en el ascensor hasta el quinto piso, observando mi imagen en el espejo de cuerpo entero. No estoy nada mal, todo hay que decirlo... Aunque siguen sin

gustarme ciertas partes de mi cuerpo, he de reconocer que no soy difícil de ver.

Una campanita me anuncia que he llegado a mi destino y salgo, descubriendo la

puerta de entrada al piso entreabierta.

—¿Otra vez has vuelto a olvidar las llaves? —Oigo una voz masculina que no pertenece a mi hermano. ¡Mierda!—. Cualquiera día te dejo en plena calle pasando calor, eres un desastre, Rubén. Por cierto, tenemos problemas, la ducha

sigue perdiendo agu...

Se detiene abruptamente al darse cuenta de que quien está parada en la puerta, con la mano en el pomo, no es su compañero de piso, sino yo. Yo, en mi

versión más asombrada que podía llegar a imaginar. «¿Éste-es-Santi?»

—Joder... —murmuro para mí misma, sin poder reaccionar ante la visión del moreno que tengo delante, cubierto únicamente con una toalla en su cintura—.

No... no soy Rubén.

—No. No eres Rubén —repite él, con la mano parada a la altura de su

cabeza, sosteniendo la pequeña toalla con la que se estaba secando su pelo extremadamente corto. Parece que tampoco él esperaba esta visita.

—... No... —Me llamo al orden interiormente, sabiendo que mi cara tiene que ser, cuanto menos, vergonzosa. Me falta el hilito de baba cayendo por la comisura de mis labios.

Lo vuelvo a mirar sin ningún pudor, contemplando su figura. No es la primera vez que lo veo con poca ropa, pero en el bosque había pasado totalmente desapercibido para mí.

—Venía a ver a mi hermano. —Esas palabras parece que lo devuelven a la realidad, haciendo que mueva la cabeza, queriendo salir del trance en el que está.

—Dame un minuto.

Abandona rápidamente la habitación, dejándome ver su espalda todavía cubierta por algunas gotitas de agua, que resbalan sinuosamente hasta un delicioso y apetecible trasero enfundado en la toalla... ¡¿Quién eres tú y qué has

hecho con el insulso de Santi?!

Me quedo sola en el salón y mi cabeza empieza a dar vueltas. «Vamos a ver, Rebeca, Santi es Santi... el amigo soso y retraído de tu hermano. De hecho, llevas mucho tiempo pensando que son algo más que eso. ¿Qué demonios te pasa ahora? ¿Has abierto la veda antihombres y todo lo que tenga rabo te

seduce?» No me entiendo ni yo... Pero la verdad es que, el contraste entre su tez

morena, de un tostado perfecto y natural, con el blanco impoluto de la toalla...

Todos los músculos marcados... Las gotas de agua jugando con su piel y cayendo de forma lenta y tortuosa en dirección a la zona en uve de sus caderas irresistiblemente delineadas... Es curioso, pues no he reparado nunca en él.

¡Nunca! Hemos estado hace nada en una casa, su casa, todos juntos de fin de semana. Lo he visto con el traje de baño, porque, ¿lo he visto, no? Bueno, no creo que se haya bañado con un traje de buzo que lo cubriera de mi vista.

Humm... ¿Buzo? Qué interesante. Seguro que tiene que estar

irresistiblemente sexy y apretadito en uno de esos trajes, con todos sus músculos

pegaditos y marcados, esa tela elástica ceñida centímetro a centímetro a su piel...

—Perdona por recibirte así. —Salgo de mis fogosos pensamientos, viéndolo aparecer a mi lado ya vestido. Una lástima, reconozco—. Pensé que eras Rubén,

no esperaba que fueras tú. Lo siento —me dice algo avergonzado.

Está bueno y encima es dulce y simpático. El contendiente número uno va subiendo puntos.

—No pasa nada, es tu casa, ¿no? —No lo sientas, porque yo no lamento haberme recreado con tus vistas, morenazo—. Yo en mi casa también me

paseo

con poca ropa. Ya ves, el calor es infernal.

Me mira y, como siempre desde que lo conozco, no consigo saber qué es lo que pasa por su mente. Es tan prudente e introvertido que no puedo discernirlo.

Carraspea y desvía su vista de la mía.

—¿Quieres algo de beber? —me pregunta, cambiando de tema.

—Ahora que lo dices, sí. Necesito llevarme algo a la boca.

«¡Rebeca! —me riño mentalmente—, ¿qué se supone que estás haciendo?

¿Ahora vas a tontear con Santi? ¿Te lo vas a traer al lado oscuro de nuevo?

Bueeeno, vale.»

—¿Coca-Cola? —pregunta, sin ser consciente de mi debate interior, mientras se encamina a la cocina americana.

—¡Con hielo, por favor! —A ver si así me aplaco un poco. Ufff... Madre mía.

Me siento en el mullido sofá mientras él vuelve, dejando mi bolso en la pequeña mesita de centro que tengo delante. A los pocos minutos aparece con dos vasos en sus manos. Coca-Cola para mí, Nestea para él. ¡Hasta para eso es

rarito!

—¿Y Rubén? —le pregunto cuando toma asiento en el otro extremo del sofá.

Yo lo miro divertida. Cariño, no muerdo... aún.

—No ha llegado todavía. Valentina vino a recogerlo al instituto y se han ido a comer juntos —me informa, pasando los dedos por las gotitas que bajan por el vaso debido a la condensación.

Ese simple gesto enciende un fuego en mi interior del todo incomprensible.

Definitivamente, he despertado a la bestia. ¡Muy bien, campeona! Te pasas cinco

años sin interesarte por nadie y ahora va a resultar que te excita hasta que se hurgue entre los dedos de los pies, buscándose pelotillas... ¡Ay, por favor!

—¿Qué me he perdido? —me pregunta.

—¿Cómo?

—Sonreías, por eso he pensado que... Da igual, no tiene importancia —me responde y realmente pienso que nunca he mantenido con él una conversación en

la que lo haya notado realmente relajado.

—¡Ah! Eso... Pues, simplemente pensaba en... —en ti, pasando tus largos dedos por mi cuerpo—, en lo diferente que pueden parecer las cosas cuando cambias el objetivo con el que las miras.

«¡¡¡Bravo!!!», me ovaciono en silencio, haciendo una gran ola mental y aplaudiéndome al haber dado una respuesta refinada y para nada soez. Lástima que Valentina no esté aquí, sé que no se lo creerá cuando se lo cuente.

—Ajá... —contesta. Creo que no ha entendido nada de lo que le he dicho—.

Quizá deberías llamar a tu hermano para saber si tardará mucho en venir. ¡No es

que a mí me moleste que estés aquí! —se corrige rápidamente—, pero imagino que tendrás cosas más interesantes que hacer, y yo... tengo que corregir exámenes. No creo que te resulte atractivo verme hacerlo, es muy aburrido.

«Repentinamente todo tú me resultas atractivo», quiero contestar, pero me contengo. Imaginarlo con unas gafas y aire intelectual, repasando y calificando a

sus alumnos... ¡Qué sexy! Creo que el haber estudiado en un colegio sin profesores masculinos ha hecho mella en mí. Esto empieza a no ser normal.

—Dejemos a los tortolitos pasear su amor. Por mí no te preocupes, estoy bien aquí. Haz lo que tengas que hacer, que yo no te molesto. —Veo que me mira los labios, algo que suelen hacer las personas retraídas que no aguantan la

mirada de la persona con quien conversan—. Sólo de pensar en volver a bajar a

la calle, me echo a temblar. —Lo observo sonreír. Yo, después de haber puesto

los ojos en blanco, le devuelvo la sonrisa.

Me llevo el vaso a los labios para beber un gran sorbo de mi bebida. Cuando paso la lengua por ellos, para limpiar los restos del burbujeante refresco, se

recoloca en el sillón con una expresión un poco incómoda.

—Santi, ¿te puedo hacer una pregunta?

—Eh... Sí, supongo que sí.

—¿El armario que está cerrado con llave en el pasillo es tuyo o de mi hermano?

Él me mira intensamente durante unos segundos y yo le mantengo la mirada.

No me vas a intimidar, moreno...

—Así que estuviste husmeando.

No es una pregunta. Sí, ya sé que él mismo fue el que me advirtió, pero ¡me puede la curiosidad! Ese dichoso armario se me resistió y ahora que he vuelto aquí ha regresado a mi mente.

—¿Es tuyo o de mi hermano? —le vuelvo a preguntar sin amilanarme, en mi perfil más profesional.

Después de unos minutos, se lleva el vaso a los labios y bebe.

—De los dos —se limita a contestar.

—¿Y qué hay dentro para que lo tengáis cerrado con llave? ¿Acaso tengo que preocuparme por Rubén? Ya sabes que soy su hermana mayor... Tengo que cuidar de él —le suelto, terminando con una carita de ángel poco creíble.

—No. —Me rehúye la mirada—. Que seamos compañeros de piso no quiere decir que sepa todo lo que concierne a tu hermano —me responde en tono algo

seco.

Rebeca, no te vas a ver en otra circunstancia como ésta, es el momento de dejarle claro lo que piensas de ellos. Todo sea por el bien de la relación de Valentina y tu hermano... Me convengo mentalmente, sabiendo que lo que voy a

hacer es más por beneficio propio y saber hasta dónde puedo llegar con Santi.

—Bueno, yo pensaba que vosotros... ya sabes. —Le hago un movimiento de cejas insinuante.

—¿Qué? —me pregunta receloso.

—Pues que erais algo más que amigos...

Me mira asombrado y una pequeña sonrisa se deja entrever en sus labios.

¡¿Qué escondéis los dos?! Ay... me tienen frita.

—¿De verdad crees que tu hermano es homosexual?

Mierda.

Mierda, mierda y más mierda...

Me importa bien poco dónde quiera meter mi hermano la anaconda, el lobo de mar o lo que quiera empotrar. ¡Me está saliendo mal la jugada! No se ha defendido él. Sólo ha puesto en duda la homosexualidad de Rubén, ¿quiere eso decir que él sí lo es? ¡Menudo desperdicio! Tendré que recalibrar mi radar después de tantos años fuera de circulación, porque, aunque casi imperceptibles,

me había parecido ver señales de interés en él.

—Ahora me doy cuenta de que no lo es, o por lo menos no con Valentina —  
le contesto irritada—. Está saliendo con mi mejor amiga, ¿recuerdas? Sé lo  
que

ha pasado entre ellos y también he visto a Valentina desnuda. Por lo que he  
podido comprobar, a menos que se la meta para adentro, no tiene colita —  
termino con burla.

—Pues entonces todo aclarado —sentencia y yo me quedo con dos palmos  
de narices.

¡Y un cuerno todo aclarado!

—No. Todo no.

—¿Ah, no?

—En absoluto.

—¿Y cuál es tu duda ahora? —me pregunta entretenido.

—Tú.

—¿Yo?

—Sí, tú.

Menuda conversación de besugos estamos manteniendo. ¿Es cortito este  
muchacho, o qué?

—Yo, ¿qué, Rebeca? —me vuelve a preguntar muy interesado.

—Me has preguntado si creo de verdad que Rubén es homosexual.

—Así es... —Se muerde el labio inferior por el interior de la boca y me da la sensación de que está reprimiendo una sonrisa.

Santiaguito... No sabes con quién estás jugando y te vas a terminar quemando.

—El caso es que no me has negado nada sobre ti... —Comienzo a jugar con un mechón de mi pelo de manera coqueta... así que puedo deducir que, esta imagen —me paso los dedos por el escote, dispuesta a dejarlo cortado, a la vez

que noto que mi cuerpo se ha excitado con el juego que hemos mantenido hace un momento. ¿O he sido yo sola?—, no te afecta, ¿no?

Y, cuando creía que ya lo había visto todo, cual metamorfosis de superhéroe cuando deja la piel de humano común para convertirse en su alter ego, Santi se acerca a mí, dejando de lado su habitual retraimiento y, sin esperarlo, me demuestra lo equivocada que he podido estar con respecto a él. Adiós Clark Kent. Hola Superman.

Sus labios secuestran los míos en un beso rudo y pasional que nada tiene que ver con su personalidad. Si alguien me hubiese preguntado acerca de cómo besa

una persona tímida, acerca de cómo besaría Santi, nunca hubiese descrito esto.

¡En absoluto! Eso sin mencionar el hecho de que nunca hubiera imaginado esta reacción por parte de él al intentar seducirlo con mi comportamiento. Había

imaginado otras muchas cosas. Ofensa, enfado, risas, bromas, vergüenza...

¿Pero esto? Nunca. Aunque, a decir verdad, no tengo ni la más remota queja del

resultado.

Mi asombro inicial deja paso a un fuego interno superior a cualquier pensamiento que pueda cruzar mi mente, iniciando así una lucha encarnizada con su lengua en el asalto a su boca y a su interior. A su sabor.

Más. Necesito más.

Él parece necesitar lo mismo, porque sus manos recorren ávidas mi piel, mientras su boca devora mi cuello y siento su aliento encender cada terminación

nerviosa en mí, haciendo que me retuerza entre sus brazos y mi respiración se torne ansiosa.

## **Capítulo 19**

### **Tiéntame**

Rubén me descubre un restaurante muy pequeño y coqueto en un barrio al que no había venido antes. El ambiente es íntimo y acogedor, lo que hace que nos prodiguemos besos y caricias durante toda la comida. Sobra decir que, con el

transcurso de los minutos, los arrumacos se vuelven menos comedidos y salimos

del restaurante casi a la carrera, deseando llegar a la cama lo más rápido

posible.

Nos devoramos con la mirada en el coche; yo llevo mi mano en un par de ocasiones a su entrepierna, acariciando por encima del pantalón su erección y escuchándolo resoplar mientras conduce.

El portal de su piso es el primer escenario donde damos rienda suelta a nuestras bocas, besándonos como si no hubiésemos estado juntos durante muchos años, comiéndonos el uno al otro literalmente. No es una actitud muy de

recibo, y más teniendo en cuenta que estamos en pleno centro de Barcelona y en

este edificio vivirán más familias a las que no creo que les haga mucha gracia ver a dos adultos dando semejante espectáculo en la portería, por lo que,

apelando al poco sentido común que soy capaz de reunir, llevo a rastras a Rubén,

sin dejar de besarlo, hasta el ascensor.

Imagino que todas habréis leído, como yo, algún libro en el que hay una escena en un ascensor de lo más tórrida, ¿verdad? Pues no es nada como nos cuentan. ¡Os lo aseguro! Es un timo. Cuando quieres que te hagan toda una mujer dentro del pequeño receptáculo, la barra del pasamanos se te clava en los

riñones al apretarte contra el espejo, mientras los pelos de tu cabeza se quedan enganchados en la unión de los dos paneles de la pared y por poco te quedas calva. Con cada movimiento más enérgico de la cuenta, la cabina cimbrea

dolorosamente, haciendo que no puedas dejar de pensar que vas a acabar con las

bragas por los tobillos y aplastada en el fondo del hueco del ascensor, al caer en

picado... En fin, que nunca cinco pisos se han hecho tan eternos como cuando sientes las irrefrenables ganas de que te satisfagan y te sacien un apetito tan voraz.

Nos apoyamos en la puerta de la casa, sin entrar, tocándonos y besándonos.

Parecemos dos adolescentes, pero es que no nos podemos controlar... He llegado a pensar que nos han echado algún afrodisiaco en la comida.

Unos sonidos hacen que nos detengamos los dos a la vez, preguntándonos con la mirada qué ha sido eso. Una especie de gemido dentro de la vivienda hace

que Rubén frunza el ceño y me mire, esperando que sea yo quien le explique qué

es lo que está dándose lugar dentro de su casa. ¡Como si yo lo supiese!

Me pone un dedo en la cintura y otro en los labios, y me insta a que me

quede apartada de la puerta mientras él echa un vistazo. ¡Ja! Que se lo ha creído.

Yo también quiero ver qué pasa y con quién está Santi en el piso, porque no cabe

duda de que o bien es un chico con la voz demasiado afeminada, o es una mujer.

Me decanto más por la segunda opción.

Asomo mi cabeza por el lateral de Rubén, que se ha quedado tipo estatua de sal en la entrada, sin pronunciar una sola palabra. Lo miro extrañada y desvío mis ojos hacia un nuevo ruido en la zona del salón. ¡¿Qué demonios...?!

Contemplamos atónitos la escena que se desarrolla en el sofá, con las mandíbulas rozando el suelo. Si yo estoy asombrada, mi chico no se queda atrás.

Creo que esto es lo que menos esperábamos encontrar al llegar a su casa y menos de la mano de estas dos personas a las que ambos creemos conocer, pero

que nos acaban de dejar totalmente pasmados.

¡¿Rebeca y Santi?! ¡¿Santi y Rebeca?!

La pelirroja no deja de sorprenderme y, agarrada de la mano de Rubén, que sigue sin reaccionar más que para parpadear, observo el ambiente caldearse a cada segundo que nosotros estamos allí en actitud *voyeur*. Caigo en la cuenta de

que la realidad para él tiene que ser todavía más extraña, pues son su mejor amigo y su hermana. ¡Joder! Como sigan así, le vamos a terminar viendo hasta las muelas del juicio a Rebeca, y no creo que sea una situación que ninguno de los dos hermanos quiera recordar, así que cojo a Rubén de la mano y, con un poco de esfuerzo, lo llevo de nuevo hasta el rellano de la escalera, cerrando la puerta sigilosamente.

Reorganizo mi mente y trazo en pocos segundos un plan que me resulta maravilloso. A veces mi cabeza sirve para algo más que para llevar pelo y

que

me torture a mí misma.

—¿Rubén? —le pregunto, chasqueando dos dedos delante de su cara—.

Cambia la expresión, que tampoco es tan grave, ¿vale?

Me mira, resopla, se pasa la mano por la cara negando con la cabeza y

murmura algo que no llego a entender. Bueno, creo que ya es suficiente; vale que

sea su hermana y resulte embarazoso, pero no es tan grave. Son adultos y tiene necesidades, ¡eso es todo!

—Rubén, escúchame —le exijo, atrayendo su atención—. Éste es el plan:

hagamos ruido antes de entrar, así los alertaremos de que hemos llegado, e intenta hacer más sonido del habitual con la cerradura.

Rubén sonrío por fin, haciéndome ver que ha vuelto de la dispersión mental que se estaba labrando en su cabeza.

—Sí, señora... ¿Y esta faceta autoritaria? —me pregunta, mordiéndome el lóbulo de la oreja—. No te conocía así y debo decir que es del todo morboso.

—¡¡¡Ja, ja, ja, ja!!! ¡¡¡Ay, Rubén, qué gracioso...!!! —chillo de manera forzada, dándole un codazo al ver que no me sigue en el procedimiento que habíamos acordado—. Vamos... Que parezca natural... —le susurro.

—¿Natural? —Me mira a punto de reírse en mi cara—. Es la risa más falsa que he oído en mi vida...

—Capullo —le siseo malhumorada.

Termina estallando en carcajadas. Yo intento poner cara de molestia, pero finalmente claudico y me uno a su risa, ya que la situación no puede ser más absurda. Lo que empieza siendo algo teatral se convierte en un gran estruendo del todo real, haciendo que no podamos dejar de reír y nos tengamos que aguantar los estómagos del dolor por los espasmos de las carcajadas.

Si esto no ha alertado a los dos que hay ahí dentro, ni una manada de ñus del Serengueti en estampida por el salón lo hará.

—¡¡Chicos!! —nos saluda Rebeca cuando entramos, con los labios visiblemente hinchados y recolocándose la blusa—. Había venido a verte, Rubén, pero Santi me dijo que estabais comiendo fuera. ¿Qué tal todo? ¿Dónde habéis comido? Valentina, ¡qué guapa estás hoy! Te sienta bien el amor. Qué calor hace en la calle, ¿verdad?... —escupe sin parar, visiblemente nerviosa.

—Sí, hace mucho calor. Tú también estás muy guapa, Rebeca —le dice Rubén mientras deposita la cartera y el móvil en la mesa de la entrada—. ¿Verdad que sí, Santi? —le pregunta serio a su amigo, que se mantiene en segundo plano apoyado en la pared, intentando mimetizarse con el estuco.

—Eh... Sí, claro —murmura sin mirarlo.

Lo agarro de la mano, queriendo salir de la habitación en la que estamos los cuatro, ya que el ambiente se encuentra un poco enrarecido, sobre todo por la actitud de Rubén hacia Santi.

—Chicos, nosotros nos vamos a la habitación de Rubén, así podéis seguir...

charlando —les explico divertida por la reacción de Rebeca, que me implora con

la mirada que no la deje sola ahora, después de la pillada. ¡Qué curioso lo diferentes que son el uno del otro!—. Vamos Rubén, enséñame lo que me habías

comentado en la comida. —Tiro de su mano, pero él apenas se mueve.

Joder, que soy demasiado pequeña para mover toda su masa yo solita.

¡Cooperación, Rubén! Pero él parece exageradamente entretenido mirando

fijamente a Santi, el cual le rehúye la mirada. ¿Pero qué leches le pasa? ¿Por qué

no lo deja en paz de una vez? No estaban haciendo nada malo, demonios.

—Rubén —lo llamo insistentemente—. Nos vamos.

Él nota que estoy intentando tirar de su cuerpo hasta su habitación y

finalmente se mueve, llegando a su dormitorio y cerrando la puerta tras nosotros.

—¿En serio? —murmura paseándose de un lado a otro en la habitación—.

No me lo puedo creer...

A ver, puedo llegar a entender su actitud y su sorpresa ante lo que hemos

descubierto, pero a él nadie le ha pedido explicaciones de lo que hace o deja de

hacer conmigo, y Rebeca tiene todo el derecho a rehacer su vida, que bastante

mal lo ha pasado ya... Y, sobre todo, bastante triste es llevar años con la única compañía carnal de... Ale. Joder, me parece ridículo ponerle nombre a un trozo

de látex.

—Rubén, vale ya, ¿no? —le contesto un poco seca—. Olvida lo que has visto y céntrate en lo que ves ahora...

Reconduzco su atención hacia mí, queriendo llevarlo al punto donde nos habíamos quedado antes de entrar en la casa. No puede ponerme a mil por hora y

ahora pretender que se me pase de manera natural. No, ni hablar.

—Es que no puede ser, Valentina. Santi y mi hermana no pueden...

No lo dejo terminar.

—Pueden y es lo que estaban haciendo. Son dos adultos y estaban disfrutando el uno del otro. No me parece algo tan descabellado; además, ya iba

siendo hora de que tu hermana saliera del encierro que se había autoimpuesto.

Mis palabras no terminan de convencerlo e ideo otra maniobra. Me asombro de mí misma, estoy hecha toda una estratega.

—¡Ay! Joder... ¡¡Auuu!! —me quejo, cerrando los ojos con gesto de dolor y doblando mi cuerpo.

—¿Qué ocurre, nena? ¡¿Qué te pasa?! —me pregunta, perceptiblemente

preocupado y acercándose a mí.

Cuando se encuentra a mi lado, pillándolo totalmente desprevenido, lo empujo hacia la cama y me siento a horcajadas sobre su cintura. Bien, ya lo tengo donde quería.

—¡Te pillé! —exclamo divertida, besando su nariz.

—Pequeña embustera... —me reprende, agarrándome de las caderas y atrayéndome hacia él—. Ven aquí, embaucadora. ¿Te parece bonito engañarme y

preocuparme de esta forma?

—No me hacías caso —le contesto, encogiéndome de hombros.

—¿Es que te has quedado con hambre, pequeña? —me pregunta con la voz más grave y los ojos oscurecidos por el deseo que acabo de despertar en él, al moverme sutilmente sobre su entrepierna.

—Me has convertido en una mujer insaciable.

Le sonrío y me acerco a él. Cuando se aproxima para besarme, incorporando su cabeza de la cama, me retiro y le empujo el pecho hacia abajo, negándole el beso.

—¡Eh! ¿Qué ha sido eso? —se queja, molesto por no haber podido capturar mis labios—. Estás siendo demasiado traviesa, nena... —canturrea.

—¿Y qué vas a hacer? ¿Castigarme?

En el instante en el que hago la pregunta, me arrepiento. «¿En qué estás

pensando, Valentina? Él no es Jack, olvídate de estos jueguecitos...»

—No me tientes, nena. Ven, ahora. —Me agarra de las nalgas y me aprieta contra él, haciendo que sienta su tremenda erección.

—No, no... —contesto, moviendo el dedo índice en señal de negación—.

Primero tienes que prometerme algo.

Me sonrío y besa mi dedo, metiéndolo durante unos segundos en su boca.

Humm...

—Lo que quieras, ya lo sabes.

—Está bien saberlo, pero tienes que prometerlo. Di «lo prometo» —asevero decidida.

—Aun a riesgo de arrepentirme, lo prometo. Palabrita de pequeño explorador

—me responde con voz infantil, y yo me río.

Después de lo que él preparó para mí la primera vez que estuvimos juntos; después de cómo me trató, lleno de delicadeza y devoción, pero sobre todo la manera en la que me hizo sentir especial, deseada y única a sus ojos, tengo decidido que quiero compensarlo de alguna manera, y aunque mis habilidades en

el terreno sexual dejan bastante que desear, confío en que él me guíe y me ayude a proporcionarle el mismo placer que me regaló a mí, haciéndolo sentir especial

de la misma manera.

Agarro las manos de Rubén, que mantiene fuertemente pegadas a mis caderas, y las llevo por encima de su cabeza, hasta casi rozar el cabecero de la cama.

—Quiero que te quedes totalmente quietecito.

—Valentina...

—Rubén, ¿me lo has prometido!

—No sabía qué me ibas a pedir, nena. No puedes pedirme esto... No cuando te tengo aquí y me muero por tocarte.

—Sí puedo, ya lo he hecho —le contesto juguetona, volviendo a poner las manos en su lugar—. Pórtate bien, pequeño explorador...

—Mi vida, de verdad, no.

Siento mi corazón hincharse al escuchar el apelativo cariñoso con el que se ha dirigido a mí y lo beso brevemente.

—Rubén, no pasa nada. Tú tuviste el control la primera vez, ahora déjame que sea yo la que haga contigo lo que quiera y tú sólo disfrutes, ¿vale?

—No creo que pueda... Valentina, en serio... —Su voz va perdiendo intensidad al empezar a reptar por su cuerpo en dirección descendente—.

Nena... —me llama con voz estremecida.

—Chis... —lo silencio—. Tú límitate a disfrutar, cariño. ¡Quieto, Rubén! —le vuelvo a reñir cuando veo que comienza a mover las manos.

Él resopla y las vuelve a llevar al lugar donde las coloqué antes, me mira, me fulmina con los ojos y siento palpitar su miembro contra mi cuerpo. Vaya, vaya... Te niegas pero te gusta, ¿eh?

—Nena, ésta me la pagas —me advierte, rindiéndose.

Me pongo de pie y, ante la atenta mirada de él, me dejo llevar por el apetito que sus ojos me transmiten, comenzando así un lento vaivén sobre mis pies.

Llevo las manos hacia mi cuello y, descendiendo lentamente, rozo mis pechos, mi abdomen y acabo agarrando el borde de la camiseta. De forma pausada, voy

descubriendo poco a poco mi piel en el ascenso de la prenda por mi torso, para

finalmente sacarla por mi cabeza y lanzarla a un lado, quedándome con mi sujetador preferido; negro, de encaje y de corte bajo.

Rubén vuelve a bufar sin quitarme la vista de encima, se remueve en la cama y acomoda su cabeza sobre la almohada para poder observar mejor el espectáculo que le estoy dando. Espero que le resulte lo sexy y caliente que pretendo...

—Me estás matando, nena. No sabes lo increíble que estás.

Sonrío y sigo con mi particular estriptis, desabrochando el cierre de mis pantalones de lino y, con un movimiento de caderas, lo dejo caer a mis pies.

Agradezco haber elegido este conjunto de ropa interior esta mañana, pues me

hace sentir muy sensual. La mirada de Rubén se centra en el diminuto trozo de tela que cubre mi pubis, incendiando mi cuerpo allá donde posa los ojos.

Puedo hacerlo.

Puedo hacerlo.

Me infundo valor interiormente, sabiendo que le estoy proporcionando a

Rubén una estimulación placentera, a tenor de la tensión de su pantalón, y eso me aviva para continuar.

Ataviada únicamente con la ropa interior y las sandalias de tacón, me suelto el pelo y me subo a la cama de forma felina, acercando las manos a su cuerpo y

comenzando a desnudarlo, entre resoplidos y gruñidos por su parte, pues parece

desesperarse por la lentitud que estoy empleando y al saber que no puede hacer

nada al respecto.

Me necesita y me desea. Ya.

Advierto sus intenciones antes de que pueda hacer nada.

—Quieto —le vuelvo a repetir con voz suave, proyectando el peso de mi cuerpo sobre él.

—Pero ¿tú te estás viendo? —se desespera—. ¿Cómo pretendes que me quede inmóvil contigo así? No, no pienso estar parado.

Uy, uy, uy... ¿A que me voy al final con el calentón a casa para demostrarle

dos cositas al testarudo de mi chico?

—Si no lo haces, pararé y me iré —me mantengo segura, aunque por dentro rezo para no tener que hacerlo—. Tú verás lo que prefieres...

—No serás capaz —me recrimina con voz gutural.

—Prueba —lo reto.

Parece que ha surtido efecto mi pequeña amenaza y se mantiene pasivo.

Aprovecho el momento y rozo mi cuerpo contra el suyo, deslizando las manos entre sus muslos y despojándolo de lo único que lo cubre, sus bóxer, del mismo

color azul de sus ojos. Su pene salta dispuesto y rígido muy cerca de mi cara.

¿Es posible que me parezca más grande que la primera vez? Joder, sí.

Definitivamente es más grande, no son imaginaciones mías. Ahora que lo tengo a la altura de los ojos, danzando entre los espasmos que su cuerpo experimenta,

temo no ser capaz de llevar a cabo todos los puntos de mi plan. Si a esto le sumamos la falta de práctica en estas lides, ya que para Enrique era algo

totalmente impensable, mi nerviosismo empieza a crecer. Él parece notar mi vacilación.

—¿Nena? —pregunta mientras me observa algo paralizada al mirarle la entrepierna.

—Rubén... ¡Esto crece por días! —exclamo asombrada y horrorizada a

partes iguales, sin poder contener mi lengua.

El cuerpo de él se sacude. Intuyo que intentando contener la risa por mi comentario. Doy pena, eso es lo que doy. Yo que pretendía ser sensual y dominante de la situación, lo que provoco en él es todo lo contrario.

—No muerde, nena, lo tengo bien enseñado. —Me acaricia el pelo y mueve la cadera, haciendo que se menee ante mí. En este momento no tengo fuerzas ni para decirle que lleve la mano arriba.

«No puedes echarte atrás, Valentina. Has llegado hasta aquí y es Rubén, él no va a reírse de ti nunca, es contigo con quien se ríe, no de ti.» Intento reconfortarme mentalmente.

Con los ánimos rejuvenecidos y mirando un poco desconfiada ese trozo de su anatomía que me señala amenazante, agarro con una de mis manos su gruesa base, observando que mis dedos casi no llegan a cerrarse en torno a su grosor. Sí,

soy pequeña, pero él no lo es en absoluto. Aprieto la palma y comienzo a friccionar de arriba hacia abajo de forma tímida, esperando su reacción. Ahora

echo de menos la manía de mi ex de mantener la luz apagada.

No me pasa desapercibida la tensión que se instala en el vientre y en los muslos de Rubén. Perfecto... Eso es lo que andaba buscando. Esa expresión en

sus ojos y cómo mantiene los labios apretados me dicen lo que necesito saber.

Animada, llevo mi lengua hasta la base y la recorro en toda su longitud un par de

veces para, finalmente, introducírmela en la boca. La otra mano vaga hasta su abdomen y le clavo sutilmente las uñas, recibiendo un gemido de placer como respuesta.

—Nena... —me llama entre jadeos al pasar varios minutos del inicio de mi deliciosa tortura hacia su pene—. Nena. Oh... ¡joder! —habla entrecortadamente

al sentir mis dientes arañar de forma tenue su tronco en uno de los ascensos—.

Me vas a matar... Humm, no... pares, Valentina. No pares.

No pienso hacerlo ni aunque arda la casa en llamas. La sensación que tengo en este momento instalada en mi interior no la he experimentado nunca antes.

Me siento poderosa, sexy... Saber que el placer que él está experimentando lo provoco yo, con mis atenciones, mis manos, mi lengua, mis labios... Me he subido a una nube de erotismo de la que no estoy dispuesta a bajar por ahora.

Zorrentina está pletórica y yo le sonrío en mi interior. «Oh sí, nena.»

Siento que se endurece aún más y sus jadeos suben de intensidad, alternándolos con bufidos y suspiros. Debe de estar a punto.

—Para, nena. Para... —me pide, mientras sus caderas siguen moviéndose contra mi boca—. Para o me correré en tu boca —repite entrecortado.

¿Y no es eso lo que se supone que estoy intentando? Saco su pene de mi boca y lo miro algo contrariada.

—¿Es que no quieres correrte?

—Joder, ¡claro que quiero! —afirma con la respiración agitada y cierra fuerte los ojos, concentrándose—. Pero quiero hacerlo dentro de ti, preciosa...

Accionada por un resorte e intuyendo que no se mantendrá obediente durante más tiempo, dado su estado, me deshago de mi ropa interior y, antes de que él haya terminado de incorporarse, lo empujo con una mano, recostándolo de nuevo y sentándome a horcajadas sobre él.

—Hoy no —le concedo—, pero querré que te corras en mi boca... y ahora, recuerda tu palabra de pequeño explorador. Déjame a mí.

Un resoplido de frustración es todo lo que logro conseguir como respuesta por su parte, pero continúa tumbado sobre la espalda, obediente. Antes de colocarle el preservativo, hago que sienta mi humedad en su vientre y en su erección, friccionándome contra él.

—Hummmm... —Dejo salir el aire de mi pecho cuando, al incorporarme sobre mis rodillas, me dejo caer de manera pausada sobre su extremidad más que dispuesta.

Él me responde con una respiración fuerte desde debajo de mí. Un pequeño rayo de dolor me atraviesa, pero poco a poco se va sustituyendo por un placer aún más grande y apabullante, colmándome entera.

Llevo una mano a uno de mis pechos y lo acaricio. Juego con el pezón, proporcionándome el placer que yo misma me he negado de las manos de Rubén. Quiero excitarlo, encenderlo con mi visión, provocarlo... Y parece que lo estoy consiguiendo.

—Valentina... —murmura, sin apartar el repaso a mi cuerpo y a la acción de mis manos, con los ojos entrecerrados por el goce—. Estás hecha para mí. ¿Lo sientes? Encajamos perfectamente. —Jadea cuando roto mis caderas, cambiando la cadencia del movimiento como respuesta a su pregunta.

La fricción de nuestros cuerpos me mantiene en la cima de un orgasmo que no termina de llegar, lo que me llena de frustración, y más al sentir la respiración de Rubén cada vez más precipitada. Él no tardará en alcanzar su propia culminación y a mí me hace falta un pequeño empujoncito para acompañarlo. Rubén parece conocer mi cuerpo mejor que el suyo propio y, guiñándome un ojo, lleva una de sus manos a la unión de nuestros cuerpos, demostrándome así que, toda la práctica que a mí me falta, él la supera con creces. Curva sus dedos unos centímetros hasta tocar mi caliente e hinchado clítoris, haciendo que mis gemidos se intensifiquen y empiezo a perder la poca cordura que aún reunía. —¡¡Oh... madre mía...!! —exclamo frenética.

—Vamos, preciosa, no lo reprimas... Córrrete para mí —me anima, con la voz cargada de erotismo, y yo gimo sin control—. Eso es, nena... Siento cómo me aprietas y mojas en tu interior. —Sus palabras me empujan hacia el precipicio y un orgasmo muy intenso me empieza a recorrer desde la cabeza hasta los pies, mientras él sigue hablándome con la voz cada vez más afectada—. Perfecta... y mía... ¡Joder!

Los espasmos de mi propio orgasmo llevan a Rubén al suyo, dejándose ir y apretando con su otra mano mi cadera. Un ronco y varonil gruñido sale de sus labios y me dejo caer exhausta en su pecho segundos después, cuando paramos todo movimiento.

Jodidamente maravilloso.

Irremediablemente suya.

Cierro los ojos y aspiro el leve olor a sudor y a sexo, su olor varonil y embriagador, mientras su mano traza círculos en mi espalda, recuperando el resuello.

—Parece que no ha sido tan malo, después de todo, haberme dejado a mí el mando —consigo decir, cuando mi respiración se ha calmado y revelo en mi voz

la sonrisa que tengo instalada en la cara—. Pero creo que no me voy a poder mover de aquí a un par de años...

Una pequeña risa llega hasta mis oídos. Beso su pecho y acomodo la cabeza

en él.

—Una oferta muy tentadora, pequeña embaucadora, pero te recuerdo que no estamos solos en casa... —Me acaricia el pelo dulcemente y yo me envario al caer en la cuenta de lo que dice.

Bruscamente, bajo de mi deliciosa nube de saciedad en la que me encuentro tras el orgasmo.

—¡Mierda! —Me incorporo avergonzada, con las mejillas ardiéndome—.

¡¿Nos habrán oído?!

Rubén se sienta a mi lado y me pasa la mano por la espalda.

—¿Y qué más da, nena? Creo que los dos sabían lo que habíamos venido a hacer a la habitación... —añade divertido, observándome—. Aunque, si lo prefieres, podemos fingir que estábamos jugando al parchís y tus gritos eran por

la euforia de haberme comido una ficha.

Termina estallando en carcajadas y yo le doy un débil puñetazo en el hombro, volviendo a tumbarme de espaldas en la cama.

Sonrío feliz.

## **Capítulo 20**

### **De rodillas**

—Bochornoso, Valentina, realmente patético —se lamenta Rebeca, pasando

la mano por su melena, una vez más, frente al espejo de la entrada.

Ya han pasado dos días desde su encuentro con Santi. No he querido presionarla antes, pero ahora que ha sacado el tema, creo que es el momento de hablarlo.

—La verdad es que no me hubiera imaginado esa reacción, para nada, y menos después de haberos visto como os vimos en el sofá —le admito—.

Aunque tampoco hubiese pensado nunca que te ibas a beneficiar al mejor amigo

de tu hermano... —Me río al ver su cara ruborizada.

Devoro el helado de chocolate con almendras mientras la observo y pienso en la reacción que tuvo Rubén cuando los vio. Sigo sin entenderlo, sinceramente.

Debería saber que, para su hermana, hacer lo que ha hecho —o intentado— ha tenido que suponerle un paso difícil.

—Cuando me metí en la habitación con Rubén pensé que os comeríais el uno al otro. —«Como nosotros», pienso.

—Pues igual que yo —me contesta resoplando—. Pero vaya corte me pegó... Fue como si nada hubiese pasado entre nosotros. ¡Joder, que estaba igual

de cachondo que yo! —se lamenta—. La tenía más dura que la mesa...

—Ay, Rebeca... Tampoco necesito los detalles —rehúso.

—Bueno, es que fue meteros en la habitación y a la mierda todo. Se disculpó muy cortésmente por tener que dejarme sola, pero el deber le llamaba y tenía que

corregir exámenes.

—Igual fue a apañarse al baño —le contesto divertida, queriendo quitar hierro al asunto.

La expresión de horror de su cara me dice que no le ha hecho gracia mi comentario.

—Vete un poquito a la mierda, anda...

—Oye, y ¿por qué no? —Relamo el palito de madera del helado en actitud despreocupada, dispuesta a chincharla un poco más.

—Mira, la única que estuvo a punto de irse al baño a calmar el calor del bajo fondo fui yo, porque no veas cómo te columpiaste, guapita.

La miro arqueando una ceja. ¿Qué he hecho ahora?

—¿Cómo?

—Sí, sí, ahora hazte la tonta, pero vaya jaleo que teníais montado en la habitación... ¡Que una no es de piedra y el moreno me dejó a punto de caramelo!

—¡Oh, por Dios, Rebeca! —me escandalizo y avergüenzo a partes iguales.

Ella parece divertida por tener la sartén por el mango. ¿Cuándo he permitido que dejase de hablar de ella y Santi, para centrarse en Rubén y en mí?

—Ni Rebeca ni rabos al sol. Después de ponerme como una moto con el amiguito desertor, lo único que me faltaba era oíros a vosotros y vuestra sinfonía

de gemidos. —Me mira seria y añade—. ¿Se considera incesto ponerse cachonda

escuchando a tu hermano follando?

Joder.

Esta tía no tiene remedio...

—Rebeca, eres una asquerosa. —Decidida a volver a su tema, cambio de rumbo la conversación—. ¿Desde cuándo estás interesada en Santi? No habías dado señales o yo no supe darme cuenta de nada.

—Normal. Antes no había nada de lo que darse cuenta —me aclara, continuando con su explicación—. Después de hablar con Roxi, que ya te contaré luego lo que ocurrió, decidí que Ale se había ganado unas merecidas vacaciones... Pero hija, parece que mi cuerpo se lo ha tomado al pie de la letra,

porque fue llegar y verlo en toalla, recién salido de la ducha y uff... No te quiero

ni contar cómo me puse. Pero vamos, ten claro que esto no se va a quedar así.

¡Como que me llamo Rebeca Ventura!

—¿Y qué piensas hacer?

—Ahora lo verás.

Buenooo... Sé de lo que es capaz cuando algo se le mete entre ceja y ceja, e indiscutiblemente Santi se le ha metido ahí y en algunos sitios más. Bajo mi atenta mirada, se dirige al bolso, coge el teléfono móvil y teclea.

—«Santi, tú y yo tenemos que hablar. Te espero en casa a las 20.30 h.» —lee en voz alta mientras escribe—. Y *voilà*. Ya tengo al morenazo a mis pies...

Demasiado segura de que la situación se va a dar como ella quiere, pero bueno, no quiero ser yo la que le rompa la ilusión. Si después de dos días no ha

tenido ni un solo contacto con él, puede que no esté interesado en ella.

—¿Hola? Te recuerdo que estoy aquí... ¿Quieres que vaya afinando el violín por si acaso os termináis liando Santi y tú?

—Ya te diré por dónde puedes meterte el violín, guapita —me contesta divertida, leyendo el mensaje que acaba de entrarle y sonriendo—. Pues bien, tienes quince minutos para prepararte.

—¿Prepararme? —le pregunto confundida.

—Sí. Como buena amiga que eres, vas a ir a dar un paseo en esta espléndida noche veraniega... Pasar tanto tiempo en casa te va a convertir en la vieja de los

gatos. —Se me acerca y me da una cachetada en el muslo desnudo—. Hala, hala... vamos.

—¡Qué bonito! —le reprocho levantándome y dirigiéndome al baño—.

Echar a tu amiga de casa y dejarla sola y abandonada en la calle a merced de la

noche —dramatizo.

—Sí, ahora te doy la cestita para que vayas a casa de tu abuela, a ver si viene el lobo feroz y te come.

La escucho seguir relatando desde el baño y, cuando he terminado de prepararme, me acerco hasta la entrada y me cuelgo el bolso.

—Pobre Santi, no sabe la que le va a caer encima —bromeo.

—Pues nada más y nada menos que cincuenta y nueve kilos de carne.

¡Pásalo bien! —Me tira un beso desde la entrada y salgo.

Realmente, la idea de pasear por el barrio no me resulta muy atractiva, ¡con lo cómoda que estaba tirada en el sofá! Pero bueno, parece que el calor me va a

dar una tregua. Corre una ligera brisa y el sol ya empieza a esconderse en el horizonte.

Recorro las calles repletas de casas adosadas durante bastante tiempo, ensimismada en mis pensamientos. No me doy cuenta de que mis pasos me han dirigido hasta una calle algo más concurrida, donde la música sale de los locales animando el ambiente.

Como no tengo nada mejor que hacer y no sé el tiempo que precisa Rebeca (espero que me mande algún mensaje y no me tenga toda la noche en la calle),

me adentro en la doble puerta acristalada de uno de los establecimientos. Al momento siento el bullicio y el cambio de temperatura, y pienso que puede que mi ropa no sea del todo adecuada para estar aquí.

Me siento en un taburete de la barra y le pido a la camarera, que no deja de mascar chicle a la vista de todos, una cerveza. Al cabo de unos minutos, noto una presencia a mi lado, acompañada de una voz masculina poco atractiva.

—¿Qué hace una ricura como tú sola en un lugar como éste?

Me vuelvo lentamente en mi silla y observo al hombre que tengo demasiado cerca. Rondará los cincuenta y va vestido con un traje de chaqueta poco favorecedor. Me observa con descaro y yo desearía cubrir mis piernas de los ojos de este baboso.

—Lo siento, pero no estoy sola —miento. Ojalá no lo note, porque realmente no me apetece lo más mínimo entablar una conversación con semejante espécimen masculino. ¿Por qué no se aparta un poco?

—¿Ah, no? —me pregunta petulante—. Pues te he visto llegar sola y no veo que haya nadie más aquí contigo. —Mueve sus gruesas cejas y se pasa, de manera repugnante, la lengua por los labios mientras recorre mi cuerpo con su mirada—. ¿Qué te parece si yo soy tu acompañante esta noche? Podemos pasarlo muy bien.

Se sienta a mi lado y pone una mano en mi rodilla. En el mismo momento en

que sus dedos tocan mi piel, siento náuseas. El calor y la humedad que desprende su palma hace que no pueda evitar una mueca de asco en mi cara.

—No —niego, reacomodándome en la silla e intentando desprenderme de su agarre—. No me interesa.

—Vaya, vaya... nos ha salido estrecha la mosquita muerta —me contesta despectivo sin apartar su mano de mi piel.

No hace falta ser adivina para saber que el «apuesto caballero» tiene alcohol de más en su cuerpo. Es el momento de irme, ya le explicaré a Rebeca el motivo

de no dejarla sola por más tiempo.

—He dicho que no me interesa. Y si me disculpas y apartas tu mano de mi pierna, ya me marcho...

Cuando voy a hacer el intento de levantarme de la silla, una mano en mi hombro me detiene. No se trata de mi repulsivo acompañante, pues tiene ambos

brazos al alcance de mi vista. El agarre hace que quede inmóvil en mi asiento.

Empiezo a asustarme.

—Mira por dónde, ¿a quién tenemos aquí? —Cierro los ojos al escuchar su voz—. Gaspar, veo que ya has conocido a mi ex mujer. ¿Qué, *cariño* — pregunta

en tono desagradable—, buscando nuevo candidato para que te caliente la cama?

La situación no puede ir a peor, Enrique también está bebido.

—Hola, Enrique —me limito a contestar, mientras veo cómo el otro quita la mano de mi pierna—, ya me iba.

Gaspar cambia su expresión por completo.

—¡Haberlo dicho antes, Enrique! —Afianza su mano de nuevo en mi muslo, comenzando a apretar. Me hace daño—. ¿Ésta es la que te dejó para que le zurrasen el culo?

¡Oh, no! No puede ser verdad que le haya contado eso a su círculo de amistades. Cierro los ojos bloqueada.

—Suéltame ahora mismo. —Observo que mis palabras no surten efecto—.

Enrique, ¿podrías decirle que me suelte? —Miro por primera vez sus ojos—. Me

está haciendo daño.

Presto atención a su expresión. No, sus ojos no expresan nada bueno ni tranquilizador.

—¿Y no es eso lo que te gusta? ¿No buscabas eso mientras te ponías cachonda con otros estando casada conmigo? —lanza las preguntas de forma envenenada, acercándose peligrosamente a mí. Yo me encojo en mi silla—. ¿No

es por eso por lo que mandaste al carajo nuestra relación? Por un enfermo mental

que te prometió cosas aborrecibles...

No sé por qué, pero me da la impresión de que sabe más cosas de las que yo le conté. No puede ser... La situación cada vez se pone peor y me estremezco.

—Que ingenua has sido siempre, Valentina —se ríe de mí—, me das pena.

El miedo cala hondo en mí. Su mirada y sus gestos denotan cólera. No puede ser... Enrique no ha actuado así conmigo jamás, nunca de esta manera, nunca con esta mirada y estas palabras.

Siento las lágrimas empezar a formarse en mis ojos y noto una acuciante necesidad de refugiarme en los únicos brazos en los que me siento a salvo últimamente. Rubén.

—Enrique —comienzo con la voz entrecortada, intentando razonar con él.

La camarera nos observa impasible desde el otro lado de la barra—, tú no eres

así. No hagas algo de lo que puedas arrepentirte, por favor.

Gaspar decide intervenir en el momento en el que descubro un destello de cordura en los ojos de mi ex marido. ¡Maldito Gaspar!

—¡Menuda zorra! Encima tiene la poca vergüenza de amenazarte. —Sube la

mano por mi muslo y la introduce por debajo de mi falda. Noto la punta de sus dedos tocando mi ropa interior y siento que la rabia me invade, pero a la vez el

miedo me paraliza. Esto no puede estar pasándome—. Yo en tu lugar la sacaba

de aquí y la llevaba a tu casa. Seguro que podemos proporcionarle todo el dolor

que ella quiera entre tú y yo. Incluso podemos llamar a algunos amigos más. No

es más que una guarra calientapollas.

Enrique no abre la boca, sólo observa la situación sin hacerse partícipe, permitiendo que su amigo me toque. Comienzo a pedir ayuda a quien sea que esté ahí arriba para que pare todo esto, mientras las lágrimas comienzan a resbalar por mis ojos sin poder detenerlas. Deseo que todo sea una terrible pesadilla, pero me doy cuenta de que la estoy viviendo realmente; la pesadilla se

torna realidad. Intentando encontrar un halo de cordura en el cerebro del hombre

que compartió los últimos años conmigo, en ese mismo cerebro que ahora se ve

influenciado por el alcohol que ha debido de ingerir en grandes dosis, cosa que

nunca antes había hecho cuando estábamos juntos, lo miro a los ojos implorando.

—Siento todo lo que pasó, Enrique. Por favor, sólo quiero irme a casa. —

Contengo el sollozo que sube por mi garganta—. Por favor...

Durante unos segundos que me parecen eternos, él me mantiene la mirada. Si rogarle no funciona, la única alternativa que me queda sería ponerme a gritar y

esperar que alguien del bar me ayudase. Suplico mentalmente para que alguno me saque de esta situación llegado el caso, esperando que no todos sean como la

camarera, quien, impávida, no nos quita ojo.

—Suéltala, Gaspar. —Suspiro, dando las gracias en silencio—. No merece la pena ni un minuto de tu tiempo, te lo aseguro.

Me lanza una mirada de repulsión y, finalmente, ambos se marchan de mi lado.

Sin perder ni un solo segundo, agarro mis pertenencias y salgo a la carrera del bar.

## **Capítulo 21**

### **Empujones del destino**

No puedo contener las lágrimas y siento la garganta totalmente afectada por los lamentos que me desgarran al salir de mi interior. ¿Qué he hecho para ser tratada de esta forma? ¡No creo merecerlo! Una y otra vez repaso lo que me ha

ocurrido en aquel bar y, sobre mi cama, siento que Rebeca pasa la mano por mi

pelo, en una danza hipnótica que consigue todo lo contrario a tranquilizarme.

Joder... Quiero darle marcha atrás al tiempo y borrar las últimas dos horas.

—Cariño, suéltalo. Suelta todo lo que tengas dentro —escucho lo que dice apretando la mandíbula—. Ya pasó, estás a salvo... Chis...

Sé que, en su interior, está ahora mismo luchando por salir de casa y matar con sus propias manos a Enrique. Lo poco que he podido contarle ha hecho que

sus ojos se enciendan como dos llamas a punto de explotar. Pero sigue aquí, a

mi lado, porque sabe que la necesito y porque creo que se siente algo culpable por haber sido ella la que me ha hecho salir de casa.

Unos golpes en la puerta de la vivienda me sobresaltan, haciendo que me encoja en la cama y quede hecha un ovillo. Mi amiga me calma con una caricia en el brazo y me dice que no me preocupe, seguro que se trata de su hermano, al

que ha avisado cuando he llegado y ha visto mi estado.

Me quedo en la habitación, sintiéndome más sola que nunca.

En el silencio de la noche escucho pasos apresurados por el pasillo y voces.

Agudizo el oído.

—¿Dónde está? —Es la voz agitada de Rubén.

—En su habitación —le responde mi amiga—. Rubén, está destrozada, no sé si querrá que la veas así.

Percibo cómo maldice y en ese momento suena su teléfono. Vuelvo a sentir sus pasos alejarse y su voz perderse en otra de las estancias.

—Lo mato, Santi. Te juro que mañana mismo voy a buscarlo y se va a

enterar de lo que es meterse con una mujer —escucho cómo mi amiga le susurra

a Santi, que se ha mantenido en el salón mientras Rebeca me reconfortaba.

—Rebeca, por favor, tranquilízate —su inconfundible voz se muestra serena, como es habitual en él—, no es bueno tomar ninguna decisión ahora mismo.

Debes pensar con la cabeza fría.

—Santi, no voy a consentir que un gilipollas como él trate así a mi mejor amiga. ¡No se lo merece! Ha sido todo lo que él ha querido durante demasiados

años y esto que ha hecho sólo ha demostrado la clase de persona que es, ¡un completo hijo de p...!

—Rebeca, ya —la corta él y me asombro al descubrir que mi amiga se calla—. Ya... —murmura más tierno.

Espera, ¿Santi ha conseguido calmar a mi mejor amiga, esa que es una hidra de siete cabezas cuando se enfada? Ver para creer...

—Tranquila... —vuelve a repetir él—, no le haces ningún bien a Valentina estando así, sería mejor que...

La voz de mi chico los corta de repente, con unas formas bastante bruscas.

—¿Me he perdido algo? —ladra más que pregunta y no llego a captar su mal humor repentino—. Santi, ha llamado Jordi. Está en el portal esperando que lleguemos para recoger las entradas del partido y yo no me voy a ir de aquí.

Mis sollozos se van calmando a medida que me intereso por la conversación que mantienen. Evidentemente me ayuda a distraerme de lo que realmente me quiebra la mente ahora mismo. ¿Por qué le habla tan mal Rubén a Santi? Creo que la que se ha perdido algo he sido yo... Le preguntaré en otro momento. Santi farfulla asintiendo y escucho pasos que se alejan y una puerta que se cierra poco después.

—¿Y a ti qué cojones te pasa? —pregunta Rebeca sin contenerse.

—Si me disculpas, voy a ver a mi novia. Hazme el favor de alejarte de mis amigos.

Abro los ojos con la contestación que le da Rubén a su hermana. Se ha pasado, no creo que mereciera que le hablase así aunque esté preocupado por lo que me ha ocurrido.

Unos toquecitos en la puerta y su voz pidiéndome paso le preceden. Asoma la cabeza y lo saludo retraídamente desde la cama. Mi amiga entra tras él y me dice que si la necesito estará en su habitación. Le lanza una mirada irascible a su

hermano y se marcha, dejándonos solos.

—Nena... —Se sienta a mi lado en la cama, manteniendo un poco las distancias, como si no quisiera tenerlo a mi lado después de lo vivido—.

Valentina, cariño, estoy aquí. —Su voz denota un deje de preocupación—.

¿Cómo te encuentras?

Me echo a sus brazos, acortando la distancia entre nosotros y empapando su camiseta gris con mis lágrimas, que vuelven a brotar de mis ojos.

—Rubén —le digo entrecortadamente—, lo siento, lo siento... por favor, no te vayas —ruego, aferrándome a su ropa.

—No me pienso ir a ninguna parte, cariño. Estoy aquí. Por favor, dime que estás bien —me pide inquieto y acariciando mi cuerpo allá donde llegan sus manos—. No puedo ni pensar en lo que te podría haber pasado.

No dice nada más y yo tampoco emito ninguna otra palabra. Mi garganta únicamente emite sollozos, que se ven atrapados por su abrazo protector. No sé

en qué momento me quedo dormida, pero lo que sí sé es que es entre sus brazos.

### ***Rebeca***

Dejo a mi hermano y a Valentina en la habitación. Después de lo que ha pasado no hay manera de que me encuentre tranquila, por lo que decido que lo mejor será irme al salón un rato a ver la tele e intentar calmarme. Eso, o coger el

coche de mi amiga y buscar al gilipollas de Enrique para ponerle los huevos de

orejeras. ¡Menudo pedazo de cabrón! Aunque mi plan hace aguas al recordar que

mi carné de conducir caducó el año pasado y decidí no renovarlo. Total, para

no

coger el coche por miedo... Un peligro menos al volante. De momento me va bien así.

Me como una manzana por tener algo en el estómago, no por hambre, ya que los acontecimientos me han quitado el apetito. Menuda nochedita que llevo...

Entre lo que ocurrió con Santi en su casa, los días de explotación a los que me he

visto sometida en el trabajo, la conversación que he mantenido con el amigo de

mi hermano cuando ha venido a casa y ahora esto, creo que será mejor que amanezca de nuevo dentro de un par de años y que todo haya pasado.

—¿No puedes dormir?

Oigo la voz más calmada de mi hermano y me giro en el sofá,

encontrándomelo de camino al salón. Lo miro seria, pues aún no se me ha pasado el disgusto por lo que ocurrió antes. ¿Qué mosca le ha picado? No

entiendo su actitud con nosotros, pero realmente tampoco entiendo la actitud de

Santi. Vale, no entiendo una mierda.

—No. Estoy demasiado nerviosa y, si me meto en la cama, sólo daré vueltas y más vueltas —le contesto, volviendo a morder la fruta que desde hace rato giro

entre mis manos—. ¿Cómo se encuentra Valentina?

—La he dejado durmiendo. No quería dejarla sola, pero creo que necesitamos hablar. —Vaya, ahora sí quiere hablar, «qué oportuno eres, Rubén»—. Me gustaría que me contases todo lo que sabes sobre lo que ha ocurrido esta noche. No he querido presionarla viendo lo nerviosa que estaba, ni hacerle recordar lo mismo de nuevo.

Se sienta a mi lado y lo observo. Realmente se le ve preocupado y no puedo evitar conmoverme. Joder, es mi hermano y lo quiero más que a nadie en este mundo. Es toda mi familia.

Le relato todo lo que sé —otra vez— al igual que le conté por teléfono al llamarlo, e irremediablemente me vuelvo a encender.

—Tranquilízate, Rebeca —me pide, poniéndome una mano en la pierna.

—¿¿Cómo quieres que me calme?! Tú la has visto igual que yo. ¡Dejad de decir que me tranquilice! Está destrozada, ¡joder! Justo ahora que empezaba a ser la Valentina de siempre, tiene que llegar el cabrón de su ex para joderle la vida de nuevo. —Me pide que baje el tono de voz con un gesto y lo hago. No quiero despertar a mi amiga—. ¿Es que no tuvo suficiente con hacerla infeliz todos estos años?

Rubén me mira circunspecto.

—¿Crees que no me siento igual que tú? ¿Que no me dan ganas de ir a partirle la cara a ese indeseable? —reconoce—. Pero lamentablemente no

ganaríamos nada con eso. Tenemos que respetar lo que ella quiera hacer. Lo que

ha pasado no podemos cambiarlo, sólo podemos intentar que no vuelva a ocurrir

y que ella se sienta segura. Es todo lo que necesita de nosotros ahora mismo, que

sigamos a su lado.

Lo miro y reconozco al hombre en el que se ha convertido. Me siento orgullosa de él y de la manera que tiene de afrontar la vida con sensatez y madurez.

—Pero debemos hacer algo, Rubén. No podemos quedarnos de brazos cruzados.

—Deja que mañana hable con ella y así sabré qué quiere hacer. No voy a hacer nada sin que ella esté al tanto. No volveré a hacer nada de lo que tenga que

arrepentirme. Cuando se despierte, si está más calmada, decidiremos juntos cómo actuar.

—¿Volver a hacer? ¿Es que acaso has hecho algo que no deberías? —le pregunto sin llegar a entenderlo.

—Todos cometemos errores, incluso tu hermano —me dice forzando una sonrisa—. Lo importante es saber rectificar. Me estoy equivocando, pero no puedo dar marcha atrás al tiempo.

—¿A qué te refieres?

—Es igual, no tiene importancia. ¿Te parece bien que esperemos a mañana para decidir lo que hacer? —pregunta, cambiando de tema.

—Sí. Cuenta conmigo para lo que sea, no pienso dejarla sola.

—No te preocupes, Rojita —suaviza su tono de voz—. Te mantendré al tanto de lo que decida. —Se acerca y me da un beso en la mejilla con cariño—. No serías tú si no quisieras estar al lado de los tuyos cuando te necesitan.

Me limito a sonreírle y nos damos las buenas noches. Él vuelve a la habitación de Valentina y decido dejar pasar la conversación que quería mantener con él respecto a Santi. Quizá su comportamiento se debió a los nervios por lo que había ocurrido.

Una vez a solas en mi habitación, me tumbo en la cama; sintiendo el cuerpo y la mente totalmente exhaustos. Demasiadas emociones en tan poco tiempo terminan pasándome factura de la peor forma posible, porque desde el momento

en que Valentina llegó totalmente rota y llorando desconsolada, una angustia opresora se instaló en mi pecho. He querido alejar los pensamientos que me asaltaban durante todo este rato, pero me es imposible no relacionarlo con lo que

me ocurrió con Austin.

¿Cómo es posible que todo nos ocurra a nosotras? ¿Por qué las cosas más

desagradables le pasan a las personas buenas, como mi amiga? Es posible que yo

sí mereciera lo que ocurrió con mi ex, en cierto modo lo permití yo misma.

Tampoco ayuda que sus palabras resuenen en mi cabeza una y otra vez, haciendo

que siga creyendo esa explicación.

Sé que debo dejar enterrado el pasado ahora que intento tener un futuro.

*Intentar*, ésa es la palabra correcta, porque claramente estoy lejos de conseguirlo, aunque lucho día a día por alcanzarlo. No obstante, los fotogramas de lo que

pasé durante aquel suplicio pasan por delante de mis ojos. Da igual si los

mantengo abiertos o cerrados, vuelven a mí cuando creía que se habían quedado

enterrados en el fondo de un gran cubo de basura.

Me observo delante de un espejo, con el cuerpo extremadamente delgado, llena de moratones y cortes, con la cara demacrada, los ojos sin vida...

totalmente hundidos en mi rostro. Hasta mi pelo tiene otro color, volviéndose

más parduzco, más grisáceo y sin vida. Nada comparado con el rojo fuego que

tengo desde que nací. Mis ojos, esos que siempre me han caracterizado y que mi

madre elogiaba, diciendo que eran la máxima expresión de mi cara, ya no se

muestran expresivos ni vivaces, ahora están apagados y reflejan el miedo que

siento constantemente, cada minuto que paso junto a él.

«No te mereces todo lo que hago por ti —escucho la voz que intento mantener escondida en mi cerebro desde los últimos años. Parece que lo tenga a mi lado, viviendo de nuevo todo lo que ocurrió—. Deberías besar el suelo que piso. Eres una puta desagradecida y yo soy el único que te aguanta; hasta tus padres decidieron que era mejor morir que seguir aguantándote.»

Intento apartar de mi vista y de mi mente esos momentos, aunque inconscientemente no puedo dejar de pensar en ello. Empecé mi relación con Austin cuando acabé la carrera de periodismo. En esa época estaba feliz y deseaba comerme el mundo, alentada por mis padres, que dejaban volar mi espíritu aventurero y vivaz, y que siempre me habían dado todo lo que había necesitado para ello.

No por eso me convertí en una niña mimada. Muy al contrario, sabía el esfuerzo que ellos tenían que hacer para concederme cuanto requería... Pero todo cambió una tarde de septiembre de hace casi ocho años. Me encontraba en un cibercafé con dos compañeras de la facultad, terminando de redactar los currículos que pensábamos llevar a los periódicos de la zona extremeña y alrededores, cuando recibí la llamada de mi hermano. Entre sus gimoteos pude entender que debía dirigirme a casa; algo terrible había ocurrido. Ciertamente, nunca llegué a imaginar cómo cambiarían nuestras vidas desde ese momento.

Un camión embistió el coche de mis padres. El conductor se había quedado dormido al volante y mis padres, simplemente, no pudieron vernos crecer nunca

más. No hay un solo día en el que no los eche de menos.

Mi hermano maduró tras ese golpe que nos asestó la vida, haciéndose cargo de toda la situación que se nos venía encima con el papeleo y la gestión de la propiedad en la que vivíamos. Yo, por el contrario, dejé de lado todo por lo que

había luchado, todo por lo que mis padres habían trabajado por conseguirme, y me encerré en mi casa, sin hacer nada productivo más que salir con unas compañías para nada recomendables.

Así fue cómo Austin entró en mi vida.

Al principio me anclé a él como un barco a la deriva. Me hacía reír y yo lo necesitaba. Me evadía de las cosas que pasaban a mi alrededor, creándome un mundo paralelo donde pensé que podría ser feliz a su lado; pero pronto todo empezó a cambiar. El momento clave fue cuando dejé la casa familiar y me fui a

vivir con él. Rubén se había trasladado a Barcelona para terminar sus estudios y

yo comencé a vivir las consecuencias de una relación de maltrato y abusos que por poco terminaron con mi vida. Cegada por lo que sentía por él, convencida de

que merecía un trato así...

Una noche que no olvidaré nunca, Austin volvió a casa colocado con dos colegas. Aún recuerdo cómo, entre los tres, abusaron de mí y luego me pegaron

una paliza, dejándome sola y totalmente desprotegida, sin ganas de seguir respirando, sin ganas de vivir. En ese momento sólo se me ocurrió llamar a una

persona: Valentina. Se dice que los verdaderos amigos son aquellos a los que, aunque no veas durante meses, cuando os reunís parece que no hayáis pasado separados ni un solo minuto. Así ha sido siempre con ella. Valentina cuidó de mí, me prometió que todo iría bien, y la creí.

Ése es mi pasado, el mismo que me atormenta demasiadas noches y el cual intento superar día a día, luchando por dejarlo de una maldita y puñetera vez atrás. Por ello nunca quise volver a tener una relación que terminase con lo poco

que quedaba de mí.

¿Será mi Superman el indicado para volver a completarme? Bueno... este pensamiento es un tanto absurdo, porque ya me ha dejado claro esta noche que lo nuestro no puede ser, de ninguna de las maneras, por mucho que yo me crea su Lois Lane...

## **Capítulo 22**

### **Pídeme lo que quieras**

La inconsciencia del sueño se va diluyendo poco a poco de mi cuerpo y me siento totalmente exhausta. Quizá he dormido demasiado... No entiendo por qué

me encuentro tan mal, con tanto sopor. Mientras mi mente intenta encontrar la razón, aún tumbada en la cama, un susurro desde mi espalda me hace abrir los ojos que aún mantenía cerrados.

—Buenos días, preciosa, ¿cómo te encuentras?

¿Rubén?

¿Qué hace en mi cama y por qué no puedo record...?

La pregunta se queda suspendida en mi mente cuando un flash me viene de golpe, trayendo consigo todas las imágenes de la noche anterior. Aprieto fuertemente los párpados. No, no ha sido una pesadilla.

Me estremezco.

—Eh, nena... —me habla Rubén de forma muy tierna mientras siento su brazo rodear mi cintura—. Estoy aquí, no pasa nada. Estás a salvo y no pienso dejarte sola, cariño.

Su mano se mueve lentamente por mi abdomen, intentando reconfortarme.

Busco fuerzas en mi interior para no mostrarme de nuevo tan vulnerable ante él,

aunque me es casi imposible con lo que ha ocurrido. Me doy la vuelta y me posiciono de cara a él, mirándole a los ojos; me transmite sosiego y paz.

—Rubén, yo no... —Trago saliva y vuelvo a ocultar mi mirada tras mis párpados. Las lágrimas me queman por salir y sé que ya es suficiente, mi ex marido no merece que derrame ni una sola más.

—Cariño, no tienes que decir nada. Sólo deja que te abrace.

Me arrimo a su cuerpo, pues sus palabras suenan de maravilla. Sentirme arropada por él es como mi puerto seguro. Hundo la cara en el hueco de su cuello y permanecemos en silencio durante bastante tiempo. En todo este rato ha

estado paseando la mano por mi espalda, transmitiéndome su cariño. Sé que no

quiere forzarme a hablar, como también sé que no estoy preparada para ello.

Quizá es peor mantenerlo en mi interior y no dejarlo salir, o puede que, si no lo

vuelvo a decir en voz alta, se pierda en el olvido... Lo único que sé a ciencia cierta es que ahora mismo no quiero sentir más que su cuerpo junto al mío.

Aunque admito que merece algún tipo de explicación, al menos sobre cómo me siento. Se le ve preocupado.

—¿Sabes? —pronuncio con la voz afectada por el sueño y la cabeza aún

hundida en su cuello, sin poder verle la cara—. Cuando he despertado pensaba

que había tenido una pesadilla, que nada era real... —Mi voz se contrae y

respiro hondo—. Ahora lo recuerdo todo perfectamente y sé que pasó de verdad,

aún puedo notar las manos de ese hombre toqueteándome...

—Chis —me calma al escapárseme un hipido—. Ojalá hubiese estado ahí contigo, nada de esto habría pasado. Tú no te mereces que te traten de esa forma,

mi niña —añade con culpabilidad.

Él no tiene la culpa de absolutamente nada. Ni él ni nadie, ni siquiera Rebeca por pedirme que me fuera a dar una vuelta. El único responsable fue mi ex marido que, pudiendo parar la situación, no la detuvo hasta que le supliqué.

Realmente me resulta doloroso pensar que la persona con la que compartí tantos

años y planes de vida me ha tratado como a una asquerosa basura, haciéndome

sentir totalmente inferior y sucia. El tono de voz que empleó al dirigirse a mí nunca antes lo había escuchado de sus labios. Pude distinguir repulsión,

prepotencia, superioridad... Y el hecho de que no parase a su repugnante amigo

en el momento que puso la mano sobre mí o habló de esa forma sobre lo que

podrían hacerme, aún hace que me aterrorice. ¿Hasta dónde habría sido capaz de

llegar para proporcionarme el daño que, según él, merezco? ¿Se apiadó de mí por rogarle o porque realmente se dio cuenta de que lo que hacían estaba mal?

Por eso mismo no consiento que nadie más cargue con la penitencia, y

mucho menos Rubén. No, él no. ¿No se da cuenta de que ya me hace el mejor

bien que podría hacerme, estando aquí conmigo, a mi lado y haciéndome sentir querida?

—Rubén, ¿puedo pedirte algo? —le pregunto, apretando el abrazo que nos mantiene unidos.

—Lo que quieras; siempre —me murmura, besando mi cabello.

—Borra el recuerdo que tengo de anoche. Hazme olvidarlo con tu cuerpo, por favor...

Siento que se queda un poco paralizado y beso su nuez.

—Valentina, no sé si es lo mejor en este momento.

—Eres todo lo que necesito —le contesto sincera—. Eres la única persona que puede deshacer la sensación de sentirme sucia, usada y engañada. —Mi mano baja por su espalda, adentrándome en la parte trasera de sus bóxer y agarrando una de sus prietas nalgas—. Te necesito.

Él parece librar una batalla interior durante unos escasos segundos, mientras su piel se eriza allá donde le toco. Deja de pensar Rubén, simplemente hazlo.

—No puedo decirte que no, nena. Sabes que eres todo cuanto quiero en mi vida y a mi lado, pero quiero que sepas que todos cometemos errores y yo no soy

una excepción.

Su cuerpo responde a mis caricias, pero él parece querer continuar con su confesión que tan poco necesaria me resulta ahora. Le necesito a él, a su cuerpo,

y para eso sobran las palabras.

—Debes saber algo, Valentina.

—Todo lo que quiero saber en este momento es la forma en la que me deseas y me haces sentir. Olvida todo lo demás y dame lo que te pido, por favor.

Mis labios se unen a los suyos, acallándolo y esperando un cambio de actitud por su parte. Estoy segura de que me hará olvidar las sensaciones que me provocaron anoche otras manos y otras palabras.

Como una insignificante pero poderosa chispa que enciende en décimas de segundo el motor de un potente vehículo, el cuerpo de Rubén parece prenderse y reaccionar, olvidándose por completo de todo lo demás. Bien.

Apresa mi boca con ansias, recorriendo mi cuerpo con sus manos, embebiéndose en mí y en cada una de mis curvas. Hay fiereza en sus movimientos, pero puedo sentir de una forma brutal el deseo físico que ambos estamos experimentando. Y de la misma forma que me di cuenta de que no amaba a Enrique, que quizá nunca lo había hecho realmente, descubro que mis sentimientos por Rubén son aún más grandes que cualquier cosa que haya experimentado. Esa sensación que me recorre de arriba abajo cuando él me mira con devoción, me habla con cariño o me toca con deseo; ese bienestar que me produce en el cuerpo y el alma. Eso no puede ser otra cosa que... amor.

Estoy enamorada de Rubén.

¿Es acaso posible que en tan poco tiempo el sentimiento sea tan fuerte?

¿Será algo recíproco?

—Eres preciosa —me susurra con devoción, despojándome de la pequeña camiseta que me cubre y que he usado para dormir.

Mis pezones se yerguen al quedarme desnuda ante él. Le observo al tiempo que él me contempla.

—¿Confías en mí? —pregunta, mirándome fijamente a los ojos.

—Te confiaría mi vida —le digo sin pensar en la magnitud de mis palabras —. Sé que contigo estoy a salvo.

Agudizo los sentidos cuando lo veo levantarse de la cama, presa de la anticipación por lo que quiera que vaya a hacerme. Sigo sus movimientos cuando abre el armario de mi habitación y rebusca en él durante un momento.

Sin poder llegar a ver qué es lo que ha cogido, lo esconde en su mano derecha y

se acerca de nuevo a la cama, posicionándose a mi espalda.

—Puedes... puedes decir que no en cualquier momento, ¿de acuerdo? —

percibo una leve vacilación en su voz—, pero recuerda quién está aquí contigo.

Soy yo, nunca te haría daño.

—Confío en ti —le respondo nerviosa, dirigiendo mi mirada al frente de la habitación y notando el calor de su cuerpo en la piel de la parte trasera del

mío.

Al instante advierto que algo muy suave cubre mi visión. No puedo evitar ponerme nerviosa y erguirme en mi posición, de rodillas en la cama.

«Es Rubén. Estás a salvo. Es Rubén.»

—Realmente espectacular...

Su voz se encuentra ahora frente a mí. Debe haberse movido mientras he acomodado mi postura, acoplado mis rodillas en el colchón, poniéndome cómoda.

Al cabo de un momento, siento cómo la cama se hunde e imagino que el cuerpo de Rubén ha entrado en contacto con la misma superficie mullida en la que me encuentro. Me mantengo quieta, expectante, deseando disfrutar de todas

las experiencias que vengan de su mano; sentirme deseada, querida, única...

Como sólo él me hace sentir.

Mi respiración es errática y la humedad que moja mi ropa interior es un signo evidente de lo excitada que me encuentro. Mis sentidos absorben cómo los

labios de Rubén se cierran en torno a mi pecho derecho, acompañando los movimientos de su mano, que se dedica a torturar el pezón del izquierdo pellizcándolo entre sus dedos y subiendo la temperatura de la habitación en décimas de segundos. Este breve contacto, que ahora me regala succiones y

leves mordiscos, es lo único que necesita hacer para que mi sexo palpite anhelante.

Pero parece ser que él no está por la labor de darme lo que mi cuerpo exige, tiene otros planes.

—Me encanta tu piel y tu sabor. Es como terciopelo; podría pasarme horas recorriéndote con mis manos. —Pellizca el pezón que ha tenido en su boca segundos antes—. Con mis labios. —Besa mi boca fugazmente, haciendo que sienta la humedad de sus labios mojados—. Con mi lengua. —La pasa por mis labios cerrados, muy sutilmente, poniéndome la piel de gallina mientras permanezco totalmente expectante.

Ésta es una de las características de Rubén, hablarme y demostrarme sus palabras con actos cuando más necesitada estoy. Adoro todo lo que me hace, aunque ahora mismo desearía que avanzase un poco más rápido.

—Eres la mujer más sexy, bonita y perfecta que he conocido nunca y quiero que seas mía... para siempre —pronuncia serio pero entregado.

—Soy tuya, Rubén —contesto con la voz ronca por el deseo.

—Necesito que confíes en mí. Que sepas que nada de lo que he hecho o haré será para hacerte daño, sino todo lo contrario. Quiero quererte como te mereces,

como únicamente sé demostrarte cuánto me importas, cuánto me has importado siempre, aunque algunas veces no lo haya hecho bien.

¿Por qué vuelve a hablar de errores? Sólo quiero que olvide la palabrería, muy bonita por cierto, pero innecesaria. Sólo quiero sentirlo dentro de mí.

Asiento con la cabeza como única respuesta y sus manos se apoyan en mis caderas. Con sus dedos va bajando el trozo de tela que mantiene mi sexo oculto

y me tumba en la cama, poniéndose entre mis piernas y sin rozarme con su cuerpo. Inicia un recorrido con sus labios por toda mi piel, desde el empeine de

mi pie hasta el cuello, atormentándome al ver que no llega a dedicarse a las zonas necesarias para hacerme volar.

Sus manos se entrelazan con las mías, apoyadas a cada lado de mi cuerpo.

Me siento completamente a su merced y, curiosamente, no estoy nerviosa ni preocupada. Besa uno por uno mis dedos de las manos y las lleva hasta la parte

superior de mi cabeza, sintiendo que algo envuelve mis muñecas.

—¿Estás cómoda? —me pregunta cuando acaba de atarme a lo que imagino es el cabecero de la cama.

—Uhjummm... —murmuro de forma ininteligible, asintiendo.

—Recuerda, si quieres que pare, dímelo. —Roza su nariz por la sensible piel de alrededor de mi oreja y mi cuello—. Demasiado tiempo queriendo tenerte así...

Esto es algo nuevo para mí; este deseo que comienza desde dentro, invadiéndome por completo, no es algo que haya experimentado nunca antes con otra persona. Ni en mis mejores sueños. Me gusta, me gusta demasiado para detenerlo.

—No pares —le ruego cuando sigue el camino con sus labios y vuelve a deleitarse con mis pezones que, sabedores del placer que me hace sentir, se hinchan bajo su lengua.

Una deliciosa tortura que me catapulta a un mundo paralelo. Un placer que nunca antes he conocido y que sólo he tenido la suerte de leer, no creyéndolo posible. Pero sí, ahora lo estoy viviendo por mí misma y es una sensación tan jodidamente exquisita que creo que me volveré adicta a ella.

Adivino que Rubén debe de estar conteniéndose, a tenor de la imponente erección que presiona contra mí. ¿Por qué no se quita los calzoncillos y simplemente me penetra? Ufff... Eso que acaba de hacerme en el ombligo ha estado bien, muy pero que muy bien. Un bramido escapa de mis labios al sentir sus dientes apresar uno de mis pezones; inmediato dolor... intenso placer... ¿Es

posible sentir algo tan contradictorio? Pues sí, lo es.

—Eso es, pequeña... Disfruta y déjate llevar —murmura contra mi piel y le dedica el mismo movimiento al otro pecho, haciendo que levante la espalda de la cama y me arquee, gimiendo.

Una de sus manos se pasea por mi muslo, acariciándome y recorriendo toda su longitud para acabar entre mis pliegues.

—Humm... Estás muy mojada, nena —comenta con avidez.

Reparte mis fluidos por todos los rincones de mi sexo y adentra el dedo corazón muy lentamente en mi interior, haciendo que me contraiga en torno a la invasión. Él gruñe y masculla algo sobre lo receptiva que soy y lo que le gusta...

Realmente no sé si lo ha dicho o lo he imaginado, dado el estado en el que me encuentro.

Un segundo dedo acompaña los movimientos de fuera hacia dentro, mientras que con el pulgar me acaricia el punto exacto que me hace no poder contener los

gemidos. Creo que no voy a aguantar mucho más tiempo y físicamente no entiendo cómo ha podido ocurrir tan rápido, si acaba de empezar a tocarme...

Cuando siento que llego al punto de no retorno, él parece adivinarlo también y retira los dedos de mi interior. Me frustró y suelto un bufido.

—¡Rubén, por favor! —le gruño, totalmente rendida a las sensaciones de mi agitado cuerpo.

—¿Cómo puedes ser tan jodidamente sexy? —me pregunta, dándome la vuelta y poniéndome de rodillas, manteniéndome aún atada al cabecero.

Totalmente expuesta a él—. Joder... No te haces una idea de cómo me tienes de

duro viéndote así, con ese precioso culo hacia arriba, esperándome.

—Rubén...

—Los dos sabemos que puedes aguantar un poco más, nena. Confía en mí. Suspiro cuando la palma de su mano entra en contacto con mi sexo desde atrás, llevando la yema de su dedo a mi clítoris y moviéndolo lentamente en círculos. ¿Dónde ha aprendido todo esto? Madre mía. ¿Es posible morir de placer?! Con mi suerte, seguro que sí, y sería antes de alcanzar el orgasmo. Ya puedo leer el epitafio.

Un tirón dulce pero firme en mi pelo me hace levantar la cabeza y llevarla hacia atrás. Él se apoya en mi espalda y me susurra al oído:

—Quiero oírte gemir como nunca, ¿estás preparada, Valentina?

No puedo. No puedo articular palabra alguna para contestarle. Mi garganta se dedica únicamente a proferir gemidos y sonidos de éxtasis por el movimiento de

su mano, que no cesa. Pero parece que él requiere una contestación por mi parte;

me lo hace saber dándome un cachete en una de mis nalgas. Me retuerzo.

—Volveré a repetir la pregunta. ¿Estás preparada para gritar de placer para mí, nena?

¿Si me quedo callada de nuevo me volverá a dar otra palmada en el culo? Me siento tentada de no hablar y esperar, pero siento que no puedo contener por

más

tiempo el orgasmo y, necesitando esa última ayuda que él no parece dispuesto a

brindarme todavía, me decido a hablar.

Tarde... Me castiga separándose de mí, dejándome totalmente perdida y sola en la cama. Agudizo el oído y contengo los jadeos, intentando averiguar qué se cree que está haciendo dejándome de esta manera. ¡No tendrá el valor de marcharse! ¿No?

Durante unos minutos continúo a la espera, obviando las ganas que tengo de mandarlo al cuerno y tocarme yo, pero caigo en la cuenta de que no puedo estando atada. Tremendo error.

—¿No me dices nada, Valentina? —detecto la risa en su voz y lo siento de nuevo subir a la superficie del colchón.

Me entran ganas de decirle cuatro cosas bien dichas, pero me muerdo la lengua. Sigo sin emitir ninguna palabra y el sonido característico de una constante fricción llega a mis oídos. Me tenso al imaginar la escena que se tiene

que estar dando tras de mí.

Mi útero se contrae al pensar en Rubén masturbándose y, haciéndole caso a mi lado rebelde, comienzo a mover mis caderas, intentando rozar mis piernas en

el punto justo y necesario para proporcionarme yo misma el placer que él me

ha

negado. Escucho la suave risa de él y continuo mis movimientos, que ni por asomo se parecen a lo que él me ha hecho sentir, pero menos da una piedra.

—¿Qué se supone que estás haciendo, nena? —pregunta, posando ambas manos en mis caderas y prohibiéndome continuar con mi traviesa acción.

—Acabar lo que tú has empezado, ¿no lo ves? —le contesto irritada. A él parece hacerle gracia la situación. A mí, no—. ¿No estabas tú haciendo lo mismo?

No puedo contener la pregunta. Intento que el tono sea acusatorio, pero un gemido me delata... La idea de Rubén tocándose y dándose placer me descompone el interior y me hace desearlo aún más. ¿Es algún tipo de fetiche esto que sufro? No creo que sea normal.

Me da la vuelta de forma brusca pero a la vez con cuidado de no provocarme ningún daño y me deja tendida en la cama, sobre mi espalda.

—No creo haberte dado permiso para hacer algo así —me dice autoritario—, ¿o acaso a ti te lo ha parecido?

Espera... ¿Qué? ¿Permiso? Nos ha jodido...

—Aquí jugamos los dos y tú estabas tocándote, ¿o es que de verdad piensas que no sé lo que andabas haciendo ahí detrás?

Recibo un chasqueo de su lengua en señal reprobatoria, pero sigo pensando

que llevo razón.

—Dejemos claras un par de cosas, Valentina. —Su voz se acerca a mi cara y reconozco la determinación que lo embarga—. Aquí y ahora soy yo quien está al

mando. Has aceptado mi juego y has confiado en mí... continúa haciéndolo o di

que no quieres seguir. Si no te ves capaz de acatar unas simples órdenes, me veré

obligado a tapar tu insubordinada boca.

¡¿Qué!? Venga ya... ¿Insubordinada? Me está dejando atónita. ¿Acaso se piensa que soy una de sus alumnas? —Bufo—. Menos mal que estoy atada, porque si no lo dejaba aquí solo con tres palmos de narices.

—¡Acabáramos! —le respondo irónica—. Pues nada, tú mismo... ¿Sabes el número de los bomberos? Lo digo porque los muebles de Ikea arden bastante rápido y yo voy a entrar en comb...

Mi frase se queda sin terminar cuando, tras agarrar mi cabeza, introduce su erección en mi boca. Sorprendida, me siento tentada de cerrar los dientes en torno a él, pero el morbo de la situación y lo desprevenida que me ha pillado su

actitud supera cualquier sensación de venganza. No hubiera imaginado nunca que ésta era la forma de acallar mi «insubordinada» boca. ¡Ja! —me río mentalmente—. No tengo queja alguna cuando se trata de él y de su sabor.

Succiono y lamo, recibiendo las fuertes embestidas que Rubén me prodiga, sintiendo el cuello en tensión a causa de la postura. Los sonidos se mezclan en el

ambiente; una música tremendamente erótica que nos envuelve. Me llevo un testículo a la boca y lo absorbo entre mis labios, sintiendo cómo se tensan.

Ralentiza el embate de sus caderas y libera mi visión. Me adapto lentamente a la

luz que se cuele por la ventana a medio abrir. Parpadeo varias veces y me separo

un poco de él, mirando a escasos centímetros de mi cara el glande de Rubén, poderosamente hinchado y brillante. Le miro excitada.

—Quiero que no cierres los ojos cuando me corra en tu boca, Valentina —me dice, paseando su erección por mi boca, jugando con mis labios—. No dejes de

mirarme, ¿entendido?

—Entendido.

—Buena chica —me felicita, sonriendo—. Ahora sé obediente y abre la boca.

Aguanto las ganas de rebelarme y la abro. Va a ser la primera vez que haga algo así, pues nunca antes ningún hombre se ha corrido en mi boca.

Retomo el movimiento de mis labios y miro hacia arriba, a sus ojos, sintiendo que sus embestidas se van volviendo más y más intensas. Su espalda

se

tensa y aprieta los glúteos cuando comienza a correrse, a derramarse en mí, exclamando repetidas veces hasta que exprimo todo lo que tiene en su interior.

Con un poco de aprensión voy tragando, dándome cuenta de que no es algo tan horroroso. Vale, no se podría considerar uno de los manjares predilectos de mi

dieta, pero no está mal. Es él y su sabor.

—Tu boca debería ser considerada una amenaza para la cordura masculina, nena —contesta al recuperar la respiración. Se posiciona entre mis piernas, me

las abre con sus manos y agacha la cabeza—. Ahora me toca a mí.

Su lengua entra en contacto con mi clítoris hinchado y escucho cómo succiona. De nuevo se activa mi orgasmo y entono un lamento mental, rezando por que esta vez no pare.

—¡Rubén! —exclamo cuando introduce tres dedos en mi interior de forma inesperada acompañando el movimiento de su lengua, que acosa mi clítoris incansablemente—. ¡Oh, Dioss...!

Una media sonrisa aflora en su cara, sin detener el movimiento que sirve de catapulta para poder liberarme. Ya llega. Ya está aquí... Él lo nota, parece conocer cada reacción de mi cuerpo y arquea los dedos que mantiene en mi interior, dejándolos encajados y haciendo presión en un punto justo e

inexplorado anteriormente.

No me hace falta más, un par de segundos después empiezo a gemir incontrolablemente, levantando las caderas y experimentando un orgasmo que me deja consumida sobre la cama, pero la tranquilidad me dura poco. La semierección de Rubén me deja claro que tiene más ideas en mente, y estoy segura de que no tardará en demostrármelas.

## **Capítulo 23**

### **Y ríndete**

Me visto por segunda vez esta mañana con una lentitud poco propia en mí. Aunque bueno, tampoco es propio en mí tener la cantidad de orgasmos que he tenido desde que me desperté. Es posible que haya superado mi propio récord. Mientras me ato los cordones de mis botitas negras, sentada en la cama, mi mente sigue repasando la escena que se ha dado en el baño hace escasos minutos...

Tras salir de la cama —estilo John Wayne después de haber estado dos horas cabalgando por el Oeste—, me puse a recoger mi habitación mientras Rubén se

daba una ducha. ¿Por qué no me metí con él? Fácil. Mi cuerpo pedía clemencia y

no quería contradecirlo. Tras un rato bastante prolongado, pensé que quizá le había pasado algo, ya que no era normal el tiempo que llevaba en el baño...

Así

que me dirigí hasta allí para ver si todo estaba en orden.

Aún no sé si agradecerme a mí misma ese gesto con una palmadita en la espalda o lamentar de nuevo mi suerte... No, en realidad me alegro de haber tomado la decisión de entrar a ver qué ocurría, pues lo que me encontré al abrir

la puerta y asomar la cabeza por la rendija hizo que mi más que satisfecho cuerpo se encendiese en sólo un segundo. Pero me contuve, seguí observando la

mano de Rubén subir y bajar de forma lenta y amodorrada por su semierección,

lavándola con la mano llena de espuma y profiriendo unos sonidos para nada recomendables si te has propuesto mantener la cordura.

«¿Cómo era posible que siguiera teniendo ganas?!», me pregunté sin dejar de observarlo, con sus ojos cerrados y el lento vaivén de su mano sobre su pene.

Él pareció escuchar la pregunta que mi mente había realizado, ya que en ese momento entreabrió los ojos y se me quedó mirando con una sonrisa en la cara demasiado tentadora, sin dejar de masturbarse.

—Hola, nena... ¿Pasas? —me preguntó con voz ronca.

—Creo que me voy a quedar aquí, observándote —le contesté ruborizada, entrando finalmente y cerrando la puerta—. ¿No te han enseñado a cerrar el

pestillo?

En ese instante, una escena similar pero con los papeles intercambiados me sacudió la mente. Él leyó mi expresión y sonrió aún más. Sin duda sabía lo que estaba pensando.

—Se me habrá pegado la costumbre de alguien. —Guiñó un ojo, seductor—.

¿Te gusta mirar mientras me toco, Valentina? —Lanzó la pregunta al ver que mis

ojos no se desviaban del movimiento de su mano, sintiéndome hipnotizada por el

pausado ritmo.

—¿Y si en vez de haber sido yo hubiese entrado tu hermana?

—Has sido tú —sentenció, seguro de sí mismo.

—Pero podría haber entrado ella, y entonces te habría visto...

—Me habría visto haciéndome una paja —acabó él por mí—. Sí, sin duda

alguna me habría pillado —contestó sin ningún signo de reparo en su voz, dando

a entender que de alguna forma sabía que quien iba a atravesar la puerta sería yo

—. Y ahora ven aquí.

Hice lo que me pidió...

—¡¡¡Chicos!!! —La voz de mi amiga me saca de mi ensoñación, volviendo

al presente en mi dormitorio—. ¡He hecho café! ¿Pensáis salir de la habitación

algún día de este año? —pregunta desde el otro lado de la puerta.

—¡Ya vamos! —contesta Rubén, terminando de abrocharse la blusa celeste que se ha puesto. Lo miro y le sonrío. Está demasiado guapo, no es justo que él tenga un aspecto tan fresco e impoluto después de la ducha y las actividades matutinas... y yo tenga toda la cara de una muerta en una versión mala de «The Walking Dead».

Se acerca hasta mí, invadiéndome con su olor limpio y varonil, y me besa.

Un beso suave, tierno, pero a la vez posesivo y carnal. Se despega de mis labios

después de unos minutos y, con un cachete en mi trasero, me insta a salir con él de la habitación.

—Buenos días, tortolitos —nos saluda Rebeca, sentada en el taburete de la cocina—. ¿Cómo te encuentras, cariño? —me pregunta de forma tierna, dándome un abrazo cuando me acerco.

—Mucho mejor, gracias —le contesto sin poder evitar sonrojarme. ¡Malditamente pervertida!

—¡Qué bien! Me alegro mucho. —Su expresión alegre cambia en un segundo, tornándose apesadumbrada—. Yo... Quiero decirte que lo siento mucho. Si ayer no te hubiese pedido que te fueras...

—No, no y no —le rebato vehemente—. No consiento que ninguno de vosotros os echéis la culpa de nada de lo que ocurrió anoche. El único

culpable

es Enrique y así se lo haré saber cuando hable con él. Hoy mismo iré a su casa.

Rubén se acerca hasta mí con mi taza de café, entregándomela. La agarro con ambas manos y me atrae hacia él, apoyándose en la encimera y pasando las

manos por mi cintura, quedándome de espaldas a su torso. Le doy un sorbo a mi

bebida y él comienza a hablar en mi cuello.

—Espero que no estés pensando en ir tú sola a hablar con él, porque eso no

va a pasar bajo ningún concepto —me dice cariñoso pero sin perder la firmeza

en sus palabras.

No sé si me molesta o me siento halagada por su protección.

—¡Ah, no! Ni hablar del peluquín, bonita. —Rebeca se levanta del taburete y se pone a lavar su taza—. No vas a ir sola, así que ya te estás olvidando de semejante cagarruta de idea.

—Rebeca, no va a pasarme nada —intento razonar con ella—. He vivido con

él casi diez años y no ha ocurrido nada malo... —Mi voz se va volviendo cada

vez menos convincente a medida que avanzo en mis pensamientos. Si por no

pasarme nada se considera dejarme manipular y hacer todo lo que siempre dijese

él, sí. En ese caso no había pasado nunca nada—. No creo que sea buena idea

ir

acompañada, podría ponerse a la defensiva. —Por no decir más agresivo y que

nos echase a patadas de la casa. Visto lo visto... cualquiera sabe cómo va a reaccionar.

—Valentina, no te voy a permitir ir sola —repite Rubén, bastante serio—.

Fin de la discusión.

Nos deja a las dos solas en la cocina después de su sentencia inamovible.

¿Ahora se supone que él está enfadado conmigo?

—¡Perfecto! —alzo la voz enfadada sabiendo que no va a escucharme, pues ya no se encuentra en la habitación. Me siento en el taburete que ha dejado libre

mi amiga, con el ceño fruncido.

Rebeca se acerca y me pone una mano en el muslo. Yo bufo pero la miro, esperando que diga lo que tenga que decir. ¡Vaya dos hermanos más cabezotas!

—Pero vamos a ver, Val, ¿a ti te rige bien el cerebro? —me pregunta con un tono de voz amigable—. Si no es mi hermano quien te haga abrir los ojos, voy a

ser yo. Si de verdad piensas que me voy a quedar en casa, horneando unas magdalenas con mi delantal puesto, mientras tú vas a hablar con el gilipollas de

tu ex marido, es que te has debido de tragar el champú al ducharte.

Suspiro cansada, sabiendo perdida la batalla.

—Rebeca, ¿no entiendes que si aparezco con tu hermano en su casa va a pensar que le estoy retando? —Cierro un momento los ojos y, aprovechando que

Rubén no está, le explico abiertamente mis pensamientos—. Enrique piensa que

el motivo de nuestra ruptura fue por un hombre, me lo dejó bastante claro anoche. Cree que lo dejé por Jack y no por todo lo demás, cuando Jack sólo fue

el detonante para que la relación de mierda que llevábamos se terminase de romper. Únicamente me abrió los ojos y me apoyó, pero Enrique eso no lo entiende. Él sólo comprende que su orgullo está herido porque otro hombre me ha apartado de él... Y si voy con tu hermano va a arremeter en su contra, cuando

él no ha tenido la culpa de absolutamente nada. Al contrario, él es quien ahora mismo me hace feliz.

Rebeca escucha mis palabras en silencio, dejando que me explique. Cuando he acabado, alza su mano y enumera.

—Mira, punto número uno: tu ex marido tiene menos cerebro que la mosca de la fruta. Punto número dos: lo que él piense del *descoñador*, el cual ya no está

en escena pero al que le estaré eternamente agradecida por ayudarte a salir de la

vida de mierda que llevabas con tu ex, me es tan poco importante como el precio

al que están las acciones del mercado textil. Punto tres: mi hermano sabrá defenderse solito si se diera el caso, tú por eso no te preocupes, y punto número

cuatro: no vas a ir sola, punto final. Así que ve olvidándote de esa idea.

—Sois dos cabezotas —le contesto rendida.

—Mira quién fue a hablar. —La voz seca de Rubén me sobresalta.

¿Pero no se había ido? Mierda. ¿Se habrá enterado de lo que he dicho sobre

Jack y todo lo demás? Parece que sí, pues la cara que trae no es precisamente halagüeña.

—Está bien —claudico—. Pero hablaré con él a solas. —Veo que los dos van a interrumpirme y los silencio con un dedo en alto—. A solas, aunque estéis en la casa conmigo. Si no, no hay trato.

Ellos se miran atentamente el uno al otro, girando sus ojos hacia mí y

valorando mi oferta. Finalmente asienten y yo suelto todo el aire retenido. Ahora

viene la parte más difícil...

Hablar con Enrique.

Lo observo.

Altivo. Sentado en su sillón. Sopesando mis palabras sin desviarme la mirada. Soberbio y presuntuoso... Aunque sepa que me ha perdido para siempre

y que admitir su error será lo único que consiga que nuestro trato sea medianamente cordial de ahora en adelante, su actitud no varía.

Tras más de cuarenta minutos en el comedor, a solas, explicándole lo que me hizo sentir ayer y el daño que me provocaron sus acciones y palabras, me doy cuenta de que es posible que venir a hablar con él no haya sido buena idea después de todo. No va a reconocer nada y a mí, realmente, que me diga que lo siento no me va a quitar la angustia que viví ayer.

—Enrique, he venido hasta aquí para que la situación no vaya a mayores. —

Me levanto de la silla dispuesta a salir y marcharme con Rubén y Rebeca, que a

duras penas han accedido a esperarme fuera de la habitación—. Sinceramente, esperaba que reconocieras el daño que me has provocado. ¡Estaba dispuesta a perdonarte! Esperaba que pudiéramos tener una relación cordial... pero

pretendía una quimera; tú no vas a cambiar a estas alturas y menos por mí, me lo

has dejado bastante claro. Me has dejado claro la clase de persona que es el hombre con el que me casé.

—¿Cambiar yo?! —Se levanta igualmente y me agarra del brazo de forma

poco amable—. ¡Ya has cambiado tú por los dos! —me chilla—. ¿Acaso a ti te

importó el daño que me provocaste cuando te fuiste?! ¡¡¡No!!! Sólo pensaste en

ti. ¡No pretendas que aquí sea yo el malo!

—¡Anoche estabas allí y no paraste la situación! —le chillo yo también, perdiendo la calma—. ¡¡Dejaste que me tocara!! ¡He sido tu mujer y ayer me trataste como a una fulana!

—¡Como lo que has demostrado ser! —vocifera—. ¡Parece que únicamente estés pensando en que te la metan! ¡Lo demostraste durante nuestro matrimonio y lo has demostrado ahora, viniendo a mi casa con otro hombre! Esto es lo que quieres, ¿no? ¿Quieres demostrarme que nunca te he importado nada? ¡¡Pues bien!!! ¡¡Ya puedes ir a abrirte de piernas para él!!!

La puerta se abre de par en par. Giro la cabeza y veo a Rubén venir en nuestra dirección y sé que la situación no va a acabar bien. Rebeca debe de sentir

lo mismo que yo, pues agarra a Rubén del brazo, intentando frenarlo. Mis ganas

de abalanzarme sobre Enrique son enormes, pero no puedo consentir que Rubén se contamine de él. Sencillamente no puedo permitirlo.

—¡¡Vuelve a dirigirte a ella de esa manera...!!! —le escupe las palabras

mientras me pongo delante de él y le agarro del pecho—. ¡¡Pedazo de

cabrón...!!! —Lucha contra el agarre de su hermana y mío—. ¡¡No entiendo

qué vio Valentina en ti, pero eres el ser más arrogante, despreciable y déspota que he conocido en mi vida!!! ¡No la mires, no le hables, no respires en su

dirección, sino quieres vértelas conmigo!

Enrique, que no se ha movido desde que Rubén ha irrumpido en la estancia, firma su sentencia de muerte con las palabras que salen de su boca y el modo empleado en decirlas.

—Espero que te haya merecido la pena metérsela, porque es lo único que sabe hacer, abrirse de piernas.

Rubén intenta apartarme encolerizado para encargarse de Enrique, que de forma sutil se ha parapetado tras la mesa del comedor. Intento hablarle a mi chico para que me mire, para que enfoque su mirada en mis ojos, pero es como convencer a un toro que acaba de salir al ruedo para que no embista.

—¡Rubén, para! ¡Para, por favor! No merece la pena... No lo hagas, por favor... ¡Déjalo!

Rebeca y yo peleamos para seguir agarrándolo, pero sé que de un momento a otro se va a deshacer de nosotras y va a ir a por él. Y no es que quiera defender a

Enrique, yo misma le daría una buena paliza, pero, tal y como le he dicho, no merece la pena mancharse las manos con él. Simplemente serviría para buscarse

problemas, pues no dudo de que Enrique encontraría alguna manera retorcida de

hacérselo pagar. Lo veo capaz de cualquier cosa...

No para. No me escucha. Va hacia él dispuesto a cumplir su palabra y darle su merecido.

Y yo... Yo hago lo único que puede pararlo. Aunque me duela en el alma y sepa que Rubén va a aborrecerme después de esto.

Situaciones desesperadas requieren medidas desesperadas...

Suelto a Rubén y me pongo al lado de Enrique, mirando en dirección a mi rubio de mirada incendiada por la furia, la misma que siento yo en mi cuerpo.

—Rubén, para. —Cierro los ojos un momento y saco fuerzas de donde no las tengo. Al volver a abrirlos, fijo mi mirada en él, que se mantiene quieto por primera vez desde que entró. «Perdóname, Rubén»—. Esto es algo que no te incumbe. Es mi marido, ¡déjame a mí solucionarlo!

Lo miro a los ojos y puedo ver que su semblante ha cambiado y ha pasado de la cólera a la incredulidad. Mi interior se resquebraja, sabiendo el daño que mis

palabras pueden ocasionarle, pero es lo mejor...

—Vas... ¡¿Vas a defenderlo después de cómo te ha hablado y de que te esté tratando así?! —me pregunta visiblemente dolido.

—Vete, Rubén. Son mis problemas y debo solucionarlos yo.

Me observa durante unos minutos con el gesto contraído y transmitiéndome una frialdad con sus ojos que me hiela el corazón.

—Vete, por favor —le ruego en un susurro.

## **Capítulo 24**

### **El pecado**

Lo hice y me arrepentí desde el primer momento en que mis palabras salieron en defensa de Enrique. Sabía qué era lo que iba a provocar, pues está claro que toda acción conlleva su reacción. Lo hice y me lamentaré siempre de no haber encontrado otra manera de parar la situación en ese instante, pues sé que le he hecho daño a Rubén. Mucho. Muchísimo daño.

Él me estaba defendiendo, estaba actuando como cualquier persona en su sano juicio habría reaccionado al escuchar las palabras que Enrique me había dirigido, aunque esas palabras hubiesen sido dichas desde el despecho que aún

siente por mi marcha. No es una excusa, no lo estoy justificando en absoluto, pero me doy cuenta de que en el fondo sé que Enrique no piensa así de mí, pues,

tras la inevitable marcha de Rubén de su casa, lanzándome una mirada cargada de dolor y de decepción, seguido por Rebeca, la situación cambió drásticamente.

Parecía que mi ex marido hubiese estado buscando eso mismo desde que plantamos el primer pie en su recibidor; nuestra ruptura.

Evidentemente, nada ha cambiado aunque todo lo haya hecho. Enrique terminó disculpándose por lo que había ocurrido, reconociendo finalmente su error. Le creí, pero de nuevo estaba sola. ¿De qué me sirve seguir sintiendo dolor

por alguien que ya no provoca nada en mí? No amo a Enrique, simplemente me queda el recuerdo de los años pasados a su lado y un regusto amargo por el

final

que hemos tenido. No me sirve de nada seguir sintiendo rencor por él. Sólo espero que se mantenga apartado de mí de ahora en adelante.

No puedes querer a alguien y hacer lo que él ha hecho. Tratarme como él me ha tratado. Yo al menos reconozco mis errores e intento enmendarlos. Él no; él sencillamente se obcecó con perder. Eso es lo que siempre me decía al hablar de

sus negocios, él nunca perdía. Su manera de actuar con nuestra ruptura no ha sido otra cosa que eso, la forma de afrontar una pérdida que no estaba dispuesto

a aceptar.

Y ahora, cuando más sola me siento es cuando me doy cuenta de que su capítulo, el de Enrique, está cerrado a cal y canto. Se acabó y me siento aliviada

por poder ponerle un punto y final.

—¿Valentina? —oigo la voz de Rebeca desde la puerta abierta de mi habitación.

Me giro en la cama y la invito a entrar con un gesto, pero ella se mantiene en la puerta sin terminar de adentrarse. Ha pasado el resto del día distante conmigo,

aunque, en cuanto llegué, quise explicarle mi comportamiento y me dijo que me

entendía. También me comentó que no le era fácil, pues haber tenido que ver a su hermano de esa manera no ayudaba mucho... Eso de que ella sería neutra en nuestra historia siempre supe que no iba a ser posible, él es su hermano y, queramos o no, eso pesa.

—Esta tarde me ha llamado mi jefe para decirme que tengo que ir a Valencia esta semana. Salgo mañana temprano —me dice apática—. Sólo quería que lo supieras. ¿Estarás bien aquí sola o te quieres venir conmigo?

En su pregunta deja entrever su preocupación por mí. Le sonrío y asiento con la cabeza, deseándole buen viaje. ¿Estaré bien? Lo dudo mucho, pero no me queda más remedio que afrontar lo que yo misma he provocado...

### ***Día 1. Desconcierto***

Que no atienda mis llamadas es algo que me tiene totalmente confundida.

Comprendo que esté dolido, no le voy a discutir el daño que le he provocado, ¿pero tanto como para no querer cogerme el teléfono en todo el día ni contestarme los mensajes?

Intuyo que esta semana sola en casa, y sola en el mayor sentido de la palabra, va a ser una continua desesperación para mí. Si al menos estuviese Rebeca, podría hablar con alguien sobre lo que siento o pienso.

¿Esto es el fin de lo que acaba de empezar entre Rubén y yo? No lo sé, pero

lo que sí tengo claro es que necesito escuchar su voz y saber que todo se va a arreglar.

Después de todo el día encerrada en casa, decido que las diez de la noche es una buena hora para cerrar los ojos y que mañana sea un nuevo día, pero, sobre todo, espero que mejor.

## ***Día 2. Remordimientos***

Segundo día y ha sido de todo menos agradable.

Sobra decir que sigo sin saber nada de él y mis sábanas comienzan a sufrir el desgaste por las continuas vueltas que he dado esta noche, viendo pasar los minutos en el reloj.

Me empiezo a plantear si no sería mejor ir en su busca. Sé dónde vive, también sé dónde trabaja, no sería tan difícil provocar un encuentro con él... Me

he pasado todo el día tentada en coger las llaves del coche, pero luego he desistido. Si no quiere contestarme al teléfono ni responder mis mensajes, tampoco querrá verme.

Creo que debería haber dejado a Rubén hacer lo que quisiera con Enrique, pues ahora me siento la persona más ruin y rastrera del mundo. ¿Por qué le he hecho daño a él?! Joder... si es una de las personas que más me importan. Sí, intenté que no se buscara ningún lío pegándole a Enrique, pero el daño que le he provocado creo que no merece el disgusto.

Rendida, embotada por las lágrimas que han decidido no darme tregua y

convencida de que hoy el remordimiento de conciencia no me dejará conciliar de

nuevo el sueño, me voy a mi dormitorio y me tumbo en la cama.

### ***Día 3. Desesperación***

¡¿De verdad no va a cogerme el teléfono ni una de las veces?! ¿Qué ha sido de esas palabras que me dijo sobre no irse de mi lado? ¡Está incumplíéndolas! Joder... No puede ser que no sienta deseos de hablar conmigo. ¡No puede ser! Un simple, mísero, insignificante o escueto mensaje me sirve.

Sólo necesito saber que está bien, que estaremos bien y que me quiere a pesar de todo. ¡Soy imbécil! Si es que no tengo otra definición que me vaya más

al pelo. ¡¡Im-bé-cil!!!, con todas sus letras. Y lo peor es que me paso el día entero rememorando los momentos que hemos pasado juntos, sus sonrisas, sus miradas, sus caricias, sus palabras... «No quieras correr antes de caminar»... «eres todo lo que siempre he querido»... ¡¡No puedo más!!

Rubén, por favor, dime algo...

«¡¿Qué leches pasa por tu cabeza para que me ignores de esta manera, maldita sea?!» Me exaspero, hecha un ovillo en la cama. Lo necesito. Necesito

a Rubén conmigo... No, no sólo es necesidad... Estoy desesperada por tener a Rubén conmigo.

### ***Día 4. Autoflagelación***

¿Qué quiere decirme con su mutismo? ¿Es la manera de dejarme claro que se acabó? ¿Es simplemente un castigo con el que me está haciendo pagar el dolor que le he debido de provocar? No dejo de preguntarme una y otra vez lo mismo.

No como nada. No veo la tele. No respiraría sino fuese estrictamente necesario. No puedo hacer nada más que mirar al vacío y pensar que me lo merezco. Me merezco todo lo malo que pueda pasarme.

Mi cabeza ha decidido ir por libre y ya no atiende a mis tontas conjeturas o a los locos planes de reconquista. Sólo tiene un pensamiento en mente, la temible

soledad a la que me he destinado yo misma... Y seguir pensando que, de lo que

se cosecha, se recoge.

### ***Día 5. Despecho***

¡¿Qué demonios significa todo esto?! ¡¡¡Cinco!!! Cinco asquerosos días sin saber nada de él, creo que ya son castigo suficiente. ¿Es que estoy ante un claro

caso de pérdida de memoria por parte de Rubén? ¡¿Así de fácil se olvida a alguien que supuestamente has estado esperando desde hace mucho tiempo?!

Ya no siento miedo. Ni confusión... Quizá el arrepentimiento se ha esfumado de un plumazo para dar cabida a la cólera... al enfado y despecho más grande que he podido sentir jamás.

¿Es que no ve que lo hice por él?!

El enfado ha mutado y el despecho se apodera de todo mi ser.

Despecho por sentirme ignorada.

Despecho por haberme vuelto a equivocar y que no me dé la oportunidad de enmendar mi error. Si sólo me permitiese explicarme... ¿Pero no! ¿Para qué? Se

ve que es más fácil hacer borrón y cuenta nueva y olvidarse de la problemática Valentina.

¡Pues estoy harta!

### ***Día 6. Decisión***

Seis largos días han pasado. Seis días con sus correspondientes, eternas, insufribles y agónicas noches. Seis jornadas en las que mi mente ha pasado por todos los estados posibles: disgusto, abatimiento, desilusión, ira... Pero se acabó.

Ya no puedo más y he tomado una decisión.

Total... ¿Qué más da cometer otro fallo? Lo mismo es mi salvación, o puede que mi condena, pero no aguanto ni un minuto más en esta casa, enclaustrada y sola.

No pienso quedarme esperando a que amanezca un nuevo día, con el desconcierto de si Rubén dará señales de vida o no.

Anoche tracé un plan y doy gracias al cielo, a Dios, al karma, al destino o a

cualquier ser mitológico que haya intercedido por mí al haberme dado una idea

clara y concisa de lo que debo hacer.

Y ese plan tiene nombre, o más bien apodo... Jack.

## Capítulo 25

### Sentencia de pasión

#### *Rebeca*

—Sí. Ya tengo la documentación y mañana pasaré por la redacción a recoger las fotografías... —contesto hasta el mismísimo moño de mi jefe, que no para de

ladrarme al otro lado de la línea—. No, Héctor, ya te he dicho que no voy a retrasarme más... Está bien... Sí... Adiós.

¡Madre mía, qué hombre más pesado! Me ha caído el gordo con él, y no precisamente el de la lotería. Lleva desde que me vine a la sede de Valencia dándome el coñazo. ¡¡Y esto fue por decisión suya!! Si quería que las cosas se hiciesen más rápidas, que hubiese venido él, que para eso es el jefe y le hubieran

hecho más caso que a mí.

Me giro en el taburete en el que estoy sentada, en la barra del bar del hotel en el que me hospedo, dándome cuenta de que una pareja me está mirando con cara

avinagrada. «¡¿Qué?!», les reprocho con la mirada al ver que no paran de

observarme. Seguro que ellos no tienen un jefe tan plasta como el mío.

—Señorita, ¿quiere algo más? —me pregunta el camarero señalando mi vaso, que permanece vacío desde hace un buen rato entre mis codos.

—No, gracias, ya me marcho —contesto sacando un billete de la chaqueta y depositándolo frente a mí.

Cuando me giro, mis ojos van directos a una de las esquinas del restaurante. Observo bien a un señor sentado en una mesa, solo. Juraría que lo he visto antes... Su cara me resulta tan familiar...

«Modales. Acuérdate de tus modales, Rebeca», mi mente me advierte al quedarme plantada en medio del espacio, observando con ojos escrutadores. Si

no conozco a ese tipo, algo me dice que se parece muchísimo a alguien de mi entorno.

Tez bronceada, pómulos marcados, ojos penetrantes... Debe de tener unos cincuenta años, quizá algunos más, pero se conserva bastante bien. De hecho, está como un tren.

—¿Ahora te van los maduritos? —me pregunto en un susurro a mí misma—.

Deberías haberte traído tu compañía a pilas. —Resoplo sin quitarle la vista de encima al adonis.

—¿Me permite?

Una voz a mis espaldas me hace pegar un bote en mi posición, saliendo de

mi escrutinio y volviéndome.

—Sí, perdone... —le contesto a la mujer a la que le impido el paso, haciéndome a un lado.

La señora pasa y me lo agradece con una sonrisa de perfectos dientes blancos. La veo continuar su camino hasta la mesa del papito sexy... ¡Vaya! Se me ha adelantado... «¡¿¿Pero qué estás diciendo, Rebeca??!» No. No, por Dios,

no estoy tan desesperada como para irme con un señor que podría ser mi padre,

¿no?

Me dirijo a mi habitación a la vez que suspiro. Estoy francamente mal de la cabeza. Quizá debería volver a ir al psicólogo y contarle mis desvaríos. No creo

que me cure, pero seguro que se lo pasa bien un rato mientras le cuento todas las

batallitas que me pasan últimamente. Bueno, a falta de psicólogo, llamaré a uno

que sé que también se reirá conmigo un rato.

Entro en la habitación, coloco la chaqueta en la silla, me descalzo y me siento en la cama con el móvil en la mano.

—Hola. ¿Cómo estás?

Ufff... Menuda voz de ultratumba que tiene. Me da a mí que no se va a reír,

no. La situación parece que no mejora.

—Hola, pelma. Pues mira, estoy hasta el mismísimo chumino de estar en Valencia, menos mal que mañana por la noche vuelvo, porque esto es insufrible... ¡La cama parece una bicha atiborrada de comer castañas con tanto bulto! Ya podría haberse estirado un poquito más mi jefe con el hotel.

Oigo que deja escapar una leve risa. Bueno, algo es algo.

—No te quejes, estás viendo mundo —me contesta.

—¿Cómo te encuentras, Rubén? —pregunto, realmente preocupada por él.

Lo noto verdaderamente abatido y mi hermano no es así.

—Bueno, voy, que ya es algo —responde suspirando—. ¿Sabes algo de ella?

Ay... Qué cabezota es a veces. Si quiere saber de Valentina, podría cogerle el teléfono y hablar directamente con ella.

—Sí, hablamos esta mañana. Parecía como si estuviese manteniendo una conversación con Elvis...

—¿Elvis? —me pregunta, confundido.

—Bueno, Elvis, Michael Jackson, Tutankamón... Cualquier muerto me sirve.

—Rebeca, por favor. Sólo a ti se te ocurriría hacer semejante símil. —Noto en su voz un deje de sonrisa.

—Rubén, ¿por qué no dejas de hacerte el duro y contestas sus llamadas?

Tenéis una conversación pendiente y no creo que se solucione esfumándote de la

ecuación, ¿no te parece? —le pregunto por enésima vez en estos días en los que

hemos hablado, después de lo que ocurrió con Valentina.

Comprendo que esté jodido, porque nada más que se le ocurriría a Valentina defender a su ex como medida para detener la situación, pero también entiendo que el silencio por parte de Rubén no va a solucionar nada, al contrario.

—Es algo más complicado que eso, Rebeca —responde también por enésima vez a mi pregunta—. Esta situación tampoco resulta fácil para mí.

—Lo sé, pero no quiero que ocurra cualquier tontería y la pierdas, Rubén.

Otra tontería claro, porque lo que ocurrió fue eso, una absurdidad. ¿No te das cuenta de que sólo intentaba detenerte? Vale que podría haber hecho otra cosa...

No sé, ponerse a bailar una sardana o desnudarse, ¡yo qué sé! Cualquier cosa, pero en ese momento actuó así y la estás castigando por algo que hizo pensando

en ti.

—Rebeca, no estoy castigándola. No puedo vivir sin ella, pero tampoco puedo vivir sabiendo el daño que puedo ocasionarle si...

Se calla.

—¿Sí...?

—Da igual. La cuestión es que necesito tiempo para pensar en la mejor manera de solucionarlo. Se arreglará, pero necesito tiempo.

—¿Y no te has parado a pensar que lo mismo ese tiempo puede distanciaros y hacer que todo empeore? —Voy hasta el baño y me siento en la taza del váter fumándome un cigarrillo. Espero que no salte la alarma de incendios—. No sé, sigo pensando que deberías ir, echarle un polvo y hablar como personas civilizadas.

—¿En ese orden? —Se ríe—. Hablaremos, pero no hoy.

—Tú sabrás, hermano; quien te entienda, que te compre, porque yo la verdad es que no llego a captar en qué andan tus dos neuronas y media trabajando para no hacerte ver la realidad como yo te la estoy diciendo.

—Gracias, Rojita... —me contesta irónico—. Pues mira, ahora mismo tengo a dos de esas neuronas intentando arreglar la ducha y a la otra media tapándome los ojos para no verle a Santi más de lo estrictamente necesario.

*¡Boom!*

Mi cerebro recrea la imagen, intentando telepáticamente ponerme en el lugar de la media neurona atrofiada de mi hermano y ver más de lo que él considera estrictamente necesario.

—¿Rebeca? —me pregunta al no obtener respuesta por mi parte.

—Sí, sí. Perdona... Estaba... pensando. —Me abanico con la mano—.

Bueno, pues no te entretengo más. Arregla esa ducha y dile a Santi que tenga cuidado, no vaya a ser que se le congelen los... pensamientos.

Me río con mi propio comentario y me entra un ataque de tos al no haber expulsado todo el contenido de humo de mis pulmones. Después de una breve despedida, cuelgo el teléfono y apoyo mi cabeza en el lavabo del baño en miniatura que me ha tocado en esta mierda de hotel. «Mentalízate, Rebeca. Mañana estarás en casa y al cuerno todas las incomodidades...»

## **Capítulo 26**

### **Amos y mazmorras**

—Buenas noches.

Lo admito. Estoy total y absolutamente acojonada. Ahora no me parece tan buena idea mi plan y menos observando al armario empotrado que custodia la puerta del local. Observo el logotipo que tiene sobre su cabeza, en la fachada del

establecimiento, con el dibujo de una rosa.

«Venga, Valentina... ¿Adónde te crees que vienes? ¿A un club social?» No.

Evidentemente no me imagino a la gente jugando al dominó y al parchís aquí dentro. Está claro dónde me ha citado Jack. Tan claro como que el señor de la puerta no está aquí para controlar el paso al próximo concurso de petanca de la

zona.

Otra cosa clara es que... ¡¡estoy atacada de los nervios!!

A buenas horas se me ocurrió abrir el ordenador y pedirle a Jack que nos viésemos. A buenas horas insistí hasta que aceptó. Estuve más de una hora esperando una respuesta al mensaje que le envié y, cuando se conectó, me hicieron falta unas dos horas aproximadamente para terminar de convencerlo. Él

creía que vernos así no sería la solución a mis problemas, y yo seguía —y recalco, seguía, en pasado... ya no estoy tan segura— pensando que una sesión con Jack serviría de algo. ¡¿Qué esperaba?! ¡¿Una aparición Mariana cuando me diese con la fusta?! Juro que a veces no sé qué le pasa a mi cerebro.

«Pues sí, a buenas horas, Valentina. No haces nada del derecho.»

—Buenas noches —le respondo totalmente cohibida—. Yo ve... vengo de parte de Jack —contesto en un murmullo—. Del amo Jack...

—Su nombre, por favor.

Joder, ya podría ser un poco menos seco. ¿Será uno de los requisitos para trabajar como portero de un club de este tipo? A ver, mi nombre... Jack no sabe

mi nombre real y ahora lo agradezco, no sea que tenga que huir del país después

de esta noche, pero presentarme como la señorita Steele me parecía

demasiado

ridículo, así que anoche le dije que me presentaría como Lena.

—Soy la... —¡Joder, qué vergüenza!—. Lena, soy Lena.

Escucho que habla con alguien en voz baja por el pinganillo de su oreja, asintiendo a lo que le están diciendo al otro lado del aparatito. Parece pasar una

eternidad antes de que me permita entrar en el local. Por un momento he rezado

para que no me aprobase el paso y poder volver a casa a regodearme en mi miseria. No, era más que evidente que no iba a tener suerte.

Entro en el local y me asombro al observarlo. No sé qué esperaba, pero parece que todo sea normal, como si aquí no ocurriesen la clase de cosas que deben de ocurrir. Lo cierto es que me desilusiono un poco. Creo que esperaba, no sé, gente atada, latigazos y ese tipo de cosas a la vista de todos... Pero el grupo de gente que hay desperdigada en pequeños montones por el local podría

pasar por *gente normal* tomándose unas copas una noche cualquiera.

«¿Gente normal? Valentina, eres palurda. ¡Pues claro que es gente normal!

Es sólo que sus gustos son... diferentes», me reprendo mentalmente.

Avanzo de forma pausada observando cualquier movimiento delator, cualquier mirada más intensa de la cuenta que me descubra a Jack. No quiso decirme nada sobre cómo era o cómo encontrarlo, así que vengo

completamente

a ciegas. Después de dar una pequeña vuelta de manera discreta por la sala principal, me desinflo al percatarme de que nadie repara en mí o en mi ropa un tanto provocativa y de color negro. Igual que mi futuro.

Me siento en una de las esquinas de la barra y me pido uno de los combinados que hay apuntados en una pizarra. Humm, está realmente bueno. Lo

saboreo mientras sigo analizando a las personas de mi alrededor.

Cuando estoy observando a una pareja que empieza a insinuar en qué va a acabar la noche, levantándose y marchándose detrás de una de las puertas, una voz cercana a mi posición me sobresalta.

—¿Lena?

La pregunta viene de una chica vestida —si es que lo que lleva puede llamarse de esa manera— con una indumentaria más parecida a un escueto bañador que a algún tipo de prenda normal. La observo y asiento con la cabeza,

incapaz de pronunciar ni una sola palabra. ¿Quién es y por qué sabe mi nombre?

—Sígueme. Te está esperando.

—¿Me está esperando? —Carraspeo al notar toda la saliva acumulada en mi garganta—. ¿Quién me está esperando? ¿Por qué no ha venido él a por mí?

—No hagas preguntas. Ven —me vuelve a decir, usando un tono de voz que

no deja lugar a dudas de su orden implícita.

Vuelvo a asentir tras unos segundos en los que por mi mente pasan todo tipo de pensamientos. Ya he llegado hasta aquí, así que... o me voy, o la sigo.

¿Adivináis qué hago? Sí, exacto. Decido ir con ella.

Pasamos al fondo del local, abriendo una puerta que da paso a un pasillo bien iluminado. ¿Por qué nada es como había imaginado? ¿No se supone que estos sitios son lúgubres?

—Pasa, desnúdate y espera de rodillas en el suelo —me indica distante, abriendo una de las puertas y quedándose fuera.

Entro y a los pocos segundos la puerta se cierra a mis espaldas, quedándome sola. Recuerdo sus palabras:

«Pasa.»

Bien, ya he pasado... He entrado en una habitación que podría ser cualquier dormitorio de hotel si no fuese por los utensilios que cuelgan de una de las paredes o la cruz que se ve al fondo, al lado de una cama sin almohadas ni cojines. Recuerdo haber hablado de la cruz con Jack cuando me explicaba algunas curiosidades que me iban surgiendo. El saber no ocupa lugar...

«Desnúdate.»

Aquí tenemos ya el primer inconveniente. No sé si soy capaz de quedarme completamente desnuda así como así. Y si empiezo desobedeciendo una de las órdenes, no sé qué hago en este sitio.

Bueno, a decir verdad, no sé qué mierda hago en este sitio. ¡Ah, sí! Sí que lo sé: estoy decidida a hacer lo que me dé la gana igual que está haciendo Rubén, y ya está bien de regodearme en mis penas.

Me tranquilizo mentalmente con la frase que llevo repitiéndome todo el día, intentando contener las náuseas que me provocan los nervios.

Comienzo a quitarme la ropa, dejándola doblada en un mueble de cajones que hay cerca de la entrada. Decido que no soy tan valiente como creía y me quedo en ropa interior. Un escueto tanga rojo a conjunto con el sujetador de encaje.

«Espera de rodillas en el suelo.»

Sí, ya, de rodillas, eso puedo hacerlo. «¿Qué quieres, Valentina? ¿Un pin por haberlo hecho tan bien?» Mi mente se ríe de mí cuando me coloco de espaldas a la puerta, sentándome en mis propios talones.

¿Cómo sabrá Jack cuándo tiene que entrar? Lo mismo se me duermen las piernas esperando en esta posición...

Después de unos minutos, oigo un solo toque en la puerta, un aviso de que alguien va a pasar. Automáticamente me envaro y elevo mi espalda, que se ha mantenido encorvada mientras miraba ensimismada el suelo.

Oigo unos pasos a mis espaldas y una respiración pausada. ¿Es él? ¿Es Jack?

Los nervios por saber si es él y, sobre todo, cómo es él, me instan a girarme para

mirarlo, pero me mantengo quieta, de rodillas en el suelo, obediente.

Esto es surrealista, aunque agradezco estar a solas con él en este tipo de

habitación extraña, antes que delante de más personas. Si ya me cuesta

imaginarme capaz de hacer algo a solas con él, no quiero ni pensar la manera en

la que saldría despavorida si tuviese que hacerlo delante de toda esa gente.

«¿Hacerlo? ¿Hacer el qué, Valentina?» Ay, joder... Creo que me está dando ansiedad.

No soy capaz.

No puedo.

No voy a poder hacer nada, sea lo que sea ese *nada*.

Me quiero ir de aquí.

—Chis... —Sus labios emiten un sonido que intenta calmarme, justo cuando uno de sus dedos acaricia mi nuca, erizándome el vello allá por donde pasa—.

Chis...

Debe de notar mi reticencia, mi incomodidad... Seguro que también nota que voy a salir corriendo de un momento a otro. Sus dedos siguen acariciando mi cuello, muy sutilmente, y yo cierro los ojos, intentando calmar mi desbocado corazón, que amenaza con salirse por la boca.

«Respira, Valentina. Tranquila. No harás nada que no quieras...» Aún sigo preguntándome por qué no me he girado para verlo. ¿Es que no siento curiosidad?

Antes de que pueda ordenarme a mí misma darme la vuelta, mis ojos son cubiertos con algo frío, una tela que él anuda en la parte posterior de mi cabeza

de manera delicada pero decidida.

No...

No creo que pueda.

No voy a ser capaz.

Paro todos mis pensamientos al oír la puerta abrirse de nuevo y unos tacones retumbar en la estancia. Intento incorporarme a la vez que me llevo las manos a

la cabeza para quitarme la venda que me cubre, pero unas manos cálidas me envuelven las muñecas, manteniéndome en la misma posición en la que estaba segundos antes.

—Sumisa —se dirige a mí la voz de una mujer. Creo que es la misma que me ha traído hasta aquí hace un momento. ¿Sumisa? En todo caso aprendiz...—, permanece quieta y sigue las órdenes que te voy a ir dando.

—Yo no... —¿Ella? No, no. Ni hablar—. No quiero continuar.

—No tengas miedo. Yo no voy a hacerte nada, si es eso lo que te preocupa.

Aunque no me importaría hacértelo. —Se ríe tranquilamente al poner yo una mueca. Debe de estar cerca de mi posición, porque una mano se pasea por mi abdomen, recorriéndolo con sus uñas—. Sigue mis órdenes y tu amo te complacerá.

—De verdad, esto ha sido un error —le digo, al borde de un ataque de nervios—. No debería haber venido.

Se mantiene el silencio durante unos segundos. Dos manos se apoyan en mis hombros y una respiración me llega hasta el oído.

—Tranquila... —susurra una voz masculina, la de Jack, en un tono de voz casi imperceptible—. Relájate y disfruta, ¿no es eso lo que querías?

«¿Cómo estás tan segura de que es Jack? ¡¿Cómo?!», me pregunto, tentada de fustigarme a mí misma por no haberme girado. ¡¡Me ha dejado tiempo para poder hacerlo y lo he desperdiciado!!

Asiento y niego a la vez. No soy capaz de continuar. Me las he dado de valiente y he patinado. No debería estar aquí, no tendría que haber hablado con

Jack ni haberle pedido nada de esto. Encima soy tan imbécil de habérselo pedido

yo, ¡y haber insistido!

—No quiero continuar, Jack —digo lo más segura y decidida que puedo, desde mi posición de rodillas en el suelo.

—¿Jack? Dirígete a él como señor, sumisa. ¿Estás segura de querer parar? — pregunta la voz femenina por él, a la misma vez que siento cómo las manos que se habían mantenido en mis hombros, las manos de Jack, se despegan de mi piel

—. Si no quieres seguir, dile a tu amo la palabra de seguridad.

«Oh, sí... Otra de mis maravillosas ideas», ironizo mentalmente mientras recuerdo la conversación con Jack. Me dejó claro que nada se haría si yo no estaba dispuesta, aunque imagino que no llegó a pensar que *nada* sería literal, porque lo cierto es que no he llegado ni a desnudarme por completo. Pero es que

de verdad no puedo, aunque la palabra que acordamos en nuestra conversación,

sin saber por qué, se niega a salir de mi garganta.

«¿¡Qué mierda me pasa!? ¡Di la maldita palabra, Valentina!»

—Ya veo —comenta ella ante mi silencio, mientras oigo sus pasos alejarse y un sonido en la cama. Intuyo que se sienta en ella, pues su voz me llega desde allí—. Eleva los brazos y mantenlos quietos hasta que tu amo lo crea conveniente.

Ni loca...

—Muy bien —me alienta nuestra acompañante al ver que mis brazos han subido por decisión propia.

Perfecto, ahora no tengo ni potestad sobre mi propio cuerpo.

—Ahora que no puedes ver, y que tampoco puedes mover los brazos —  
comenta después de que Jack me haya atado los antebrazos y las muñecas por  
encima de mi cabeza, dejándolos flexionados—, deja que tu amo te guíe.

¡Ay, Dios! Siento las manos de él, que me agarran por la cintura elevando mi  
cuerpo para que quede en pie. Me mantengo erguida, apreciando mi temblor  
por

los nervios. Una de sus manos se aparta, mientras que la otra me acaricia el  
costado izquierdo, produciéndome unas leves cosquillas. Se siente bien.  
Bueno,

se sentiría bien si no estuviese en una situación en la que no quiero estar.

¡Di la maldita palabra, estúpida!

—Yo creo que...

—Chis... —vuelve a decir Jack.

¡¿Es que no sabe decir otra cosa?!

Me enfado conmigo misma, con la situación, con él, con Rubén por haberme  
hecho llegar a este punto. Me enfado hasta con el maldito malnacido que  
inventó

la conexión a Internet, porque estoy segura de que fue un hombre. ¡¿Quién  
mierda me ha mandado a mí volver a hablar con Jack?! Con lo bien que me  
sentía en la asquerosa soledad de mi casa, regodeándome en mi propia  
desdicha.

¡¡¿Quién?!!

—Jack. No puedo —le susurro, sintiéndolo frente a mí—. No puedo hacerlo.

—Sabes lo que tienes que decir para pararlo —me recuerda la voz femenina, obviando que he vuelto a dirigirme a él de esa forma. «¡Cállate, joder! Ya lo sé.»

Me entran ganas de lanzarle un zapato y que cierre la maldita boca—. Si no la dices es que realmente no quieres parar.

—Sí quiero —contesto segura.

—Di la palabra.

—No puedo...

Definitivamente he perdido el juicio. ¿No puedo decir una simple palabra?

¿No quiero que esto acabe? Sí, joder. Claro que quiero.

¿Por qué no puede irse y dejarme hablar con él? Sólo necesitaría unos minutos para poder tranquilizarme. Puede que de esa manera... No, ni por esas creo que fuese capaz de hacer algo así.

—Jack —le siseo, para que ella, desde la cama, no me escuche. Su respuesta es un leve mordisco en uno de los lóbulos de mi oreja.

—Abre las piernas, sumisa —me ordena ella, siguiendo el juego—. Más...

Mis piernas se abren inconscientemente, mientras mi cerebro lucha una batalla a muerte contra mi cordura.

«¡Di la jodida palabra!»

Un leve roce en la cara interna de mi muslo me hace pegar un respingo,

cerrando las piernas. Jack chasquea la lengua en señal reprobatoria, dándome un

leve azote con lo que me estaba tocando segundos antes y vuelvo a abrirlas, reticente, sintiendo aún el aguijonazo en mi piel. De nuevo el roce, que se acerca

más y más a mi entrepierna. Se siente frío, como si fuera algún tipo de piel, pero

no humana. No son sus manos las que me tocan. Siento su respiración acelerarse

y me encojo sobre mí misma.

El utensilio que esté utilizando se posa sobre mi sexo y, de manera lenta, se va colando por el lateral de mi tanga, tocando la piel de mi ingle. Antes de que llegue a mi sexo, me retiro, cerrando las piernas de inmediato. Mi respiración es

errática e irregular, y me doy cuenta de que no estoy ni excitada ni predispuesta a

que pase nada.

—¿Te he dicho que te apartes, sumisa? —pregunta nuestra compañera.

—Diré la palabra de seguridad —contesto con la respiración agitada—. La diré. No quiero continuar.

—Bien. Tu amo te está esperando. No le hagas perder más el tiempo —me contesta, visiblemente irritada con mi juego infantil.

La puedo decir.

La voy a decir.

No es tan difícil.

Puedo decirla.

La...

—Rubén —respondo en un susurro—. ¡Rubén! —chillo más fuerte, al borde del llanto, para que me oigan los dos.

Sí. Creo que no estaba pensando con lucidez cuando decidí la palabra de seguridad, pero hay tantas cosas que hago sin pensar...

Los tacones de ella resuenan por la estancia, hasta oír la puerta cerrarse.

Volvemos a estar solos Jack y yo. Ahora sólo espero que me permita darle una explicación, que me deje decirle que lo siento y que ha sido un tremendo error.

Contengo las ganas que tengo de echarme a llorar y a reír a la misma vez.

«Joder, Valentina, no haces nada bien.»

Mis brazos se vuelven a ver liberados después de que haya quitado la cuerda que los mantenía prisioneros. Me llevo las manos a la cabeza para dejar libre también mi visión, pero él me lo impide acariciando mis brazos y

manteniéndolos a mis costados. Ahora mismo me encuentro en un estado que no

sabría descifrar.

—Lo siento —me susurra.

Siento un cálido y fugaz contacto en mis labios. Un beso efímero antes de

que la puerta se vuelva a abrir y cerrar al momento. Me quito la venda y parpadeo un par de veces, esperando ver algo, esperando verle a él, esperando

poder hablar y decir que la que lo siente realmente soy yo.

No veo nada más que la habitación que vi antes de que llegasen ellos. Estoy sola, tal y como me siento en lo más interno de mi ser.

Tan sola como me merezco estar después de cometer error tras error.

Sola y totalmente hundida.

## **Capítulo 27**

### **Eres real**

Agradezco que Rebeca no haya llegado aún a casa, ya que así no tiene que ver el lamentable estado en el que he regresado y tampoco me pedirá explicaciones.

Me miro en el espejo del baño y me desmaquillo los ojos. Los restos de maquillaje se suceden en churretes por mi cara después de haberme pasado todo

el camino en el taxi sin poder dejar de llorar. He cometido un error. El enfado con Rubén por negarme su contacto me ha motivado a hacer lo que he hecho y, movida por el despecho que he sentido, he errado.

¿Cómo le voy a explicar lo que ha ocurrido? ¿Cómo me lo explico a mí

misma? Aún no sé qué mosca me ha picado para actuar de esta manera. Nadie

me ha forzado, estaba allí por voluntad propia y además fue idea mía. No me han

tratado mal, aunque así me he sentido desde que llegué. Me siento fatal.

Unos golpes en la puerta me sacan del sueño que tanto me ha costado

conciliar. Me incorporo aturdida en la cama, frotándome los ojos con los dedos.

¿Habrá sido imaginación mía o realmente han llamado a la puerta de casa? De nuevo los golpes se hacen más insistentes y me levanto, me calzo las zapatillas y

enciendo todas las luces a mi paso. Imagino que será Rebeca. Antes de

acostarme hablé con ella y me dijo que su vuelo traía retraso, bueno, más bien

sus palabras textuales fueron «el gilipollas de mi jefe me ha conseguido un vuelo

con la compañía más barata que existe y aquí estoy aún... ¡¿Le estarán cosiendo

gaviotas a las alas para poder despegar?! ¡Menudo capullo! Es más agarrado que

los pelos del culo».

Miro el reloj del salón y veo que marcan las dos menos veinte de la

madrugada... Joder, pues sí que llevaba retraso, sí.

Me dirijo hacia la entrada repitiendo «ya voy» por todo el camino; los golpes no cesan ni un momento. ¡Va a terminar echando la puerta abajo! Al abrir, mis ojos se asemejan a dos grandes órbitas al observar a un Rubén bastante

macilento y, por seguro, bajo los efectos del alcohol, por la manera en la que está

apoyado en el quicio y el olor que trae consigo.

—¿Rubén? ¿Qué... qué haces aquí? —le pregunto con la mano apoyada en la puerta y aún desconcertada. Oh, Dios... Las consecuencias del alcohol me persiguen.

Esperaba que nuestro reencuentro fuese algo diferente. Eso me pasa por imaginarme un mundo paralelo en mi cabeza y crearme que vivo en una eterna película de sobremesa.

—Valentina... —farfulla abrazándose a mí y dejándome un poco petrificada

—. Preciosa... Lo siento... Te he echado de menos... —consigo entender entre

otras tantas palabras ininteligibles.

Después de varios segundos abrazados, o más bien intentando no caerme

hacia atrás por el abrazo de oso que me está dando, dejando caer todo su peso sobre mi pequeña figura, fruto de la embriaguez que tiene, lo agarro por la

cintura y lo hago pasar dentro de casa, no sin esfuerzo. La verdad es que pesa como un condenado y no ayuda nada.

Sigue hablando en murmullos, diciendo cosas que no consigo entender por

más empeño que le ponga. Lo silencio poniéndole un dedo sobre sus labios y lo

llevo hasta el salón, intentando sentarlo pero consiguiendo un desplome sobre el

sofá.

—Quédate un segundo aquí, ahora vuelvo.

Lo dejo medio tumbado, con los ojos cerrados y haciendo muecas conforme va balbuceando. ¡Vaya borrachera lleva encima! Y yo sola... ¿Dónde estará

Rebeca? Joder... No sé qué hacer, así que hago lo primero que a mi mente se le

ocurre. Llevarle agua. Se la bebe con la misma rapidez que un sediento en el desierto. Si ha bebido alcohol de la misma manera que ha engullido el agua, entiendo cómo se encuentra ahora mismo.

—¿Se puede saber cuánto has bebido, Rubén? —le pregunto a la vez que me tiende el vaso y vuelve a tumbarse en el sofá.

No dice nada, únicamente tira de una de mis manos hacia él, haciendo que caiga encima de su cuerpo de manera brusca. Temo haberle hecho daño, pero él

no se queja e intento incorporarme.

—Rubén...

—Chis... —me susurra. Un escalofrío recorre mi cuerpo al escuchar su siseo, transportándome a otro lugar de esta misma noche—. Sólo quiero abrazarte.

Me dejo envolver por él, pero el calor que emana y el olor a alcohol que desprenden sus poros hacen que me sienta incómoda por primera vez en sus

brazos. Me incorporo tras unos segundos, temiendo que se quede dormido y no pueda salir de su agarre.

—Ven, vamos a la ducha —le digo intentando incorporarlo sin obtener mucha ayuda por su parte.

—Hummm... Sí, tú y la ducha. Recuerda que no debes echar el pestillo. —  
Se ríe de manera bobalicona.

Consigo ponerlo en pie y a duras penas llegamos hasta el baño. Lo siento sobre el retrete, apoyando la cabeza en la pared en el mismo momento en que lo

coloco sobre el mármol. Una copa más y creo que hubiese acabado con un coma

etílico.

—Vamos, Rubén —lo llamo cuando he preparado la bañera, llena hasta arriba de agua totalmente fría. Espero que no se enfade por esto, pero creo que será la mejor manera de despertarlo.

—¡¡¡Ahhhh!!! Joder, ¿quieres matarme? —me grita, salpicando agua fuera de la bañera al conseguir meter casi todo su cuerpo dentro—. ¡Tú me odias!

¡Está helada!

Te quiero tanto que te odio...

Sonrío e introduzco la pierna que falta, con pantalones incluidos. Ya los pondré a secar luego, pero soy incapaz de desnudarlo si él no coopera.

—Vamos, no te quejes, que no está tan fría —miento y sonrío al verle refunfuñar—. Te vendrá bien para la borrachera.

—No estoy borracho —me contesta, poniéndose un dedo en la boca que por poco acaba saltándole un ojo—. Chis, sólo estoy un pelín afectado.

—Sí, un pelín de nada —le respondo sin dejar de sonreír.

Debería estar enfadada y tomar represalias contra él por no haber dado señales de vida en todo este tiempo, pero una parte de mí se siente muy feliz por

tenerlo a mi lado, aunque sea de esta manera. Puede que mañana no se acuerde de nada, pero yo sí me acordaré de que le hice falta. De que vino a mí cuando se

encontraba ebrio, a buscarme, a que lo cuidase. Vale, estoy volviendo a montarme una película en la cabeza.

—¡No, no, no! —se queja cuando abro la alcachofa de la ducha y apunto directamente hacia su cabeza, mojando su pelo y refrescando su rostro—.

*Prjusuus bsjjirirss.*

Me río comedidamente al ver que intenta hablar y no puede. Entre la embriaguez y el agua cayéndole por la cabeza, no consigue hacerse entender y parece que se frustra. Su mano se aferra a la mía, que mantiene agarrada la ducha y, de un tirón, me coloca de nuevo encima de él. Lo malo es que esta vez no estoy en el sofá, estamos en una bañera de agua ¡helada! y por poco me

parto

la crisma al caer. Menos mal que uno de los dos ha sido abstemio esta noche.

—¡Rubén! —me quejo cuando ya estoy totalmente empapada, lanzándole agua en el diminuto espacio que queda entre nosotros—. ¡La ducha era para ti, no para mí!

—Lo comprendí todo cuando te vi en la ducha... —me dice entre el castañeteo de sus dientes, mirándome intensamente. ¿De qué habla?—. He sido

un estúpido.

—Sí. Lo hemos sido los dos por muchas razones, pero no es momento de hablar. Vamos a salir de la bañera y nos vamos a la cama —le contesto mientras

me incorporo, sintiendo cómo el agua chorrea por mi cuerpo y el pijama se pega

a mi piel—. Vamos... ayuda un poco. A ver si logramos mover todo este cuerpo

tuyo sin caernos en el intento.

Consigo llegar hasta la habitación, después de haber puesto perdidos el baño y el pasillo a nuestro paso. De nada han servido las toallas que he intentado usar

con él, pues no paraba de quitármelas de las manos y lanzarlas al suelo, como si

fuese un niño pequeño con una pataleta.

—Ven, no puedes acostarte con la ropa empapada. —Me acerco hasta él—.

¡Eh! Mantente erguido...

Trago saliva al empezar a quitarle la camiseta, observando su perfecta piel y el escaso vello de su pecho. No sé si voy a ser capaz de apartar la mirada cuando

lo desnude por completo, pero no es el mejor momento para tener este tipo de pensamientos. Su estado, aunque más lúcido ahora, sigue siendo alcoholizado.

—Ahora te toca a ti. —Me guiña un ojo intentando hacer una mueca sexy, pero provocándome una carcajada por la cara que pone, abriendo mucho la boca

—. No te rías, desnúdate y ven aquí... Ven.

Su orden me corta la risa por completo. Hoy parece que todo va a base de mandatos, pero lleva razón, debo desnudarme y ponerme algo seco, aunque él está como su madre lo trajo al mundo encima de mi cama. No tengo ropa para él,

así que va a tener que quedarse como está.

Me doy la vuelta y me dirijo al armario, escuchando sus protestas cuando me pongo unas braguitas y una camiseta seca. No pienso dormir con él en pelotas si

es lo que está pensando... Y ni mucho menos va a pasar nada esta noche. Las cosas no se solucionan con sexo y menos estando de esta manera.

—No eres justa —me dice haciendo un puchero cuando me meto en la cama,

a su lado—. Yo estoy desnudo y puedes recrearte mirándome todo lo que quieras, pero yo no puedo ver nada con toda esta ropa que te has puesto.

—No tienes que ver nada y yo no voy a recrearme con tu cuerpo —le contesto mientras lo observo. Bueno, sí que lo estoy mirando, para qué vamos a

engañarnos—. Duerme, Rubén.

—No tengo sueño. —Bosteza y yo le sonrío, quitándole un mechón de pelo de la frente.

—Ya se ve. Al igual que no estás borracho, ¿verdad? —Asiente con la cabeza repetidas veces, muy convencido—. ¿Por qué has bebido, Rubén?

Mi pregunta sale en un susurro, observándole en la penumbra de la habitación, iluminada con la luz que entra por la ventana.

—Para ahogar las penas —contesta con los ojos cerrados—. No debería haber ido allí esta noche. No debería haber hecho tantas cosas... —Vuelve a bostezar y sé que se va a quedar dormido de un momento a otro.

—¿Adónde has ido esta noche? —le pregunto, pensando que ya no está escuchándome.

Pasan al menos un par de minutos antes de que tome aire y, sin mover un músculo de su cuerpo ni de su rostro, conteste.

—Adonde tú me pediste que fuera.

Me quedo mirándolo. ¿Adonde yo le pedí que fuese? Yo no le he pedido

nada, no hemos hablado desde hace varios días...

—¿Yo? Hace días que no hablamos, Rubén. No me querías coger el teléfono y no hemos hablado desde que fuimos a casa de Enrique —le recuerdo, manteniendo el tono susurrante.

—¿Dónde has estado esta noche, Valentina? —me pregunta a su vez, dejándome paralizada.

¿Cuándo hemos dejado de hablar de él y hemos empezado a cuestionar mi salida? ¿Cómo sabe él que he salido hoy? No es posible que lo sepa...

—He salido a dar una vuelta —le contesto, sin darle más información de la estrictamente necesaria—. ¿Y tú?

—Dando la misma vuelta que tú —murmura, venciéndole el sueño.

Empiezan a desesperarme sus respuestas. Sé que debería dejar la conversación para mañana, pero no puedo dormirme después de todo esto; además, dicen que los borrachos siempre dicen la verdad, así que espero que me

lo explique, o por lo menos una parte del porqué se ha mantenido en silencio durante tantos días.

—Rubén, ¿dónde has estado esta noche? —vuelvo a preguntar.

—Contigo.

Mis ojos lo escrutan pensando que ha perdido la cabeza. No ha estado conmigo, yo he estado con Jack en el...

—¿Has estado conmigo? —Asiente—. ¿Esta noche? —Vuelve a asentir presa de la inconsciencia que precede al sueño—. Rubén...

—¿Humm?

—Yo he estado con Jack. —Sonríe y niega con la cabeza tras unos minutos. Se está quedando profundamente dormido.

¡¿Qué cojones quiere decir con eso?! Yo no puedo quedarme así. No quiero creer lo que mi mente me está mandando con luces de neón intermitentes.

¿Rubén y Jack...? No. No puede ser.

—¿Rubén? —No contesta. Su respiración se ha ralentizado. Se ha dormido y me ha dejado así. ¡Ah, no!—. Rubén... Rubén... —lo llamo insistentemente, meneando su hombro con mi mano.

—¿Humm? —contesta más allá que aquí.

—¿Tú eres... —no, no... No puede ser, no puede ser, no puede ser— ... eres Jack?

—Jack, no... —Se acomoda, agarrando mis piernas con las suyas y suspirando en el trance del sueño y el atolondramiento—... no es.

«¿Jack no es?» ¿Qué cojones quiere decir eso?

—¡Contéstame! —Elevo un poco la voz, sin recibir respuesta por su parte—.

¡¿Jack y tú sois la misma persona?!

Asiente con la cabeza para, al segundo siguiente, comenzar a roncar en mi

cara.

Mi mundo, ese que ahora mismo está patas arriba y que hasta hace pocas horas creía haber destruido con mis actos, se desmorona. Tras varios minutos en

*shock*, mi mente reacciona, haciéndome ver todo desde el prisma de la consciencia de sus actos y sus engaños...

¡Me ha mentido! ¡Me ha engañado como a una estúpida durante todo este tiempo! ¡¿Cómo ha podido hacerme una cosa así?! ¡¿Cómo?!!

Me zafó de malas maneras de su agarre mientras él continúa dormido a pierna suelta en mi cama y salgo de la habitación como una autómatas, sintiendo las lágrimas deslizarse por mis ojos, otra vez esta noche.

Me siento utilizada, engañada. Se ha reído de mí durante todo este tiempo y yo he sido tan estúpida de no darme cuenta en ningún momento. ¡Ha habido señales! Estoy segura de que las ha habido. Repaso mentalmente todos los momentos que hemos mantenido entre los dos. Bueno, entre él y yo en sus dos versiones. Lo repaso todo sentada en el sofá, bajo la oscuridad del salón, sin poder detener las lágrimas que bajan por mis mejillas. Una mezcla de rabia, decepción y furia se apodera de mi cuerpo y no puedo más que hacerme un ovillo con las piernas contra mi pecho, pensando en todos esos momentos, en todas esas palabras que me ha dicho. Como si mi mente hubiese guardado esa información aun sin ni siquiera saberlo, sus frases vienen a mí de forma

ininterrumpida.

«¿Ya tienes un pretendiente? Vaya, chica, eres rápida, ¿eh? Bien, y dime...

¿cuándo me lo vas a traer para que lo vea y le dé mi bendición?»

«Deja de pensar, Valentina, sólo siente...»

¿Cómo ha podido hacerme esto? ¿Cómo ha podido ser tan cínico? Le hablé de Jack. Le conté cómo lo conocí y lo que pensé desde entonces... Y él se mantuvo al margen. Me engañó, se ha burlado de mí de la peor manera, haciéndome sentir mal por jugar con los dos, cuando ambos eran la misma persona.

«¿Te apetece probar algo nuevo?... Ya lo verás, no seas impaciente. ¿Has asegurado la puerta? No eches el pestillo. El morbo y la tensión del momento sólo aumentarán tu placer. Confía en mí.»

«Ahora imagina que yo me encuentro ahí contigo. En una esquina del baño mirándote, devorándote con mis ojos y haciendo que se eleve tu temperatura corporal. No dejes de mirarte. Desnúdate para mí... Ve hacia la ducha. Apoya un pie en alto, quiero poder verte.»

¡Oh, joder! Todo lo del baño debió orquestarlo para verme. Tanta insistencia que tenía siendo Jack en que no echase el seguro a la puerta... ¿Aumentar mi placer? ¡Aumentar el tuyo cuando entrases! ¡¡¡Te odio!!!

«Siento haber entrado así en el baño, sin llamar.»

«Y bien, si no era a mí, ¿a quién intentabas provocar en la ducha? ¿Quién era el afortunado?»

«Puedes confiar en mí, Valentina. No voy a juzgarte ni a pensar nada raro.»

¡¡Confiar en ti!! Eso fue lo que hice, pedazo de cabrón. Confié en ti y mira cómo me lo has pagado. Me remuevo en el sofá, sintiendo unas ganas inmensas de ir hasta el dormitorio y emprenderla a golpes con su bonito rostro. ¡¡¿Cómo ha podido?!! Se ha debido de reír tanto a mi costa... ¡Todo ha sido una mentira!

Siento mi corazón romperse en mil pedazos al darme cuenta de lo cierto de mis

pensamientos. Una mentira tras otra. Mi vida ahora mismo es una absoluta mentira.

«Te deseo desde hace mucho tiempo, Valentina. Tu cuerpo me necesita. Tú me necesitas. Déjate llevar, nena.»

«No puedo dejar de imaginarte desnuda en la ducha. Es traer esa imagen a mi mente y querer repetirla conmigo entre tus piernas, devorándote y dándote placer.»

«Llevo demasiado tiempo imaginando esto...»

¡¿Cómo no me he dado cuenta antes de todo?! No he estado atenta a las señales que me dejaba, aun sin pretenderlo. Tanto hablarme de la ducha... Tanto

decirme que llevaba demasiado tiempo imaginándome. ¡Pues claro que llevaba

tiempo! Todo el que llevaba haciéndose pasar por alguien que no era. Por Jack...

Mis sollozos se intensifican al sentirme utilizada de esta manera. Si me ha engañado en esto, siendo tan importante, ¿cómo no va a haberme engañado con el resto? No puede ser que sólo quisiera acostarse conmigo, pero es lo que claramente puedo ver. Si no, ¿para qué iba a engañarme, para qué iba a ocultarse

detrás de otra persona? Así tenía el doble de posibilidades... Si no funcionaba con uno, siempre podía probar con su «otro yo».

Dios... ¿Es posible que duela el corazón por un engaño? ¿Se da cuenta él de la manera en la que me he enamorado, del daño que esto me está provocando?

No. No se puede dar cuenta de nada, está tirado en mi cama y roncando la merluza. ¡Una borrachera que ha cogido después de que me haya engañado en el

local, haciéndome creer que era otra persona!

«Nena, todavía tenemos que descubrir muchas cosas el uno del otro.

Tenemos tiempo de sobra.»

Y tanto que teníamos tiempo de sobra... ¡Todo el que a ti te ha dado la real gana! Estoy segura de que, si no hubiese aparecido aquí borracho, no me habría

confesado nada de todo esto. Ha sido el alcohol el que ha hablado por él.  
Pues,

Rubén, tu tiempo se ha acabado.

Rememorando todos los momentos juntos y más de las palabras que me ha  
dedicado, caigo en un sopor necesario, ya que mi cuerpo no aguanta más  
tensión,

y las lágrimas no permiten que mis ojos se mantengan por más tiempo abiertos.

—¿Valentina? —una voz cuchichea mi nombre—. ¿Val? Despierta, vas a  
destrozarte la espalda...

Abro los ojos lentamente en la penumbra de la noche, notándolos hinchados.

Una melena roja queda a la altura de mi cara, con Rebeca inclinada sobre mí,  
observándome. Oh, no... No me siento capaz de explicar absolutamente nada  
de

lo que ha ocurrido. No puedo volver a pasar otra vez por lo mismo.

Sencillamente, es superior a mis fuerzas.

—¿Qué haces aquí como una alcayata?

—Rebeca... —Me abrazo a ella con fuerza.

¡Cuánta falta me ha hecho! Sollozo en sus brazos. No entiendo cómo puedo  
seguir teniendo lágrimas, debo estar al borde de la deshidratación.

—Ey... ¿Qué te pasa? —me pregunta de forma alarmada pero cariñosa—.

Cielo, no te preocupes, que todo se va a solucionar con Rubén. No puedes  
seguir

así porque no te conteste las llamadas. Esto no te hace ningún bien, cariño.

—No... es... esooo —contesto entre hipidos—. No pue... puedo hablar ahora.

Me acaricia el pelo y me besa la cabeza, en un gesto fraternal.

—No te preocupes, todo se arreglará —me anima sin ser consciente de que nada se va a arreglar. Es imposible—. Vayamos a la cama, va...

Me separo de ella rápidamente y comienzo a negar con la cabeza. Parece entender que mi reticencia es por ir a mi habitación sola, y me anima a dormir con ella en su dormitorio. Si ella supiera... Me tengo que ir de aquí. No puedo imaginar amanecer y encontrarme con Rubén cara a cara. No tengo fuerzas para

afrontar la situación ahora mismo sin acabar con mi poca cordura en el acto.

Acompaño a Rebeca hasta su habitación como una autómatas, dejándome guiar por sus pasos y trazando un plan en mi mente. Saldré de casa en cuanto se

quede dormida... Eso es. Me marcharé para no tener que estar aquí cuando todo

ocurra, cuando él se despierte y se encuentre con la cruda realidad. Ya veré qué

hago, adónde voy y por cuánto tiempo, pero soy incapaz de hacerle frente a la situación. No puedo.

El viaje y la larga espera en el aeropuerto la han debido de dejar totalmente

exhausta, porque no pasan ni quince minutos cuando su respiración se pausa y se

queda profundamente dormida, a mi lado en su cama. Yo me he mantenido con los ojos cerrados, agradeciendo que por una vez no me haya hecho preguntas. Me levanto con mucho cuidado de no despertarla y abro su armario. No pienso entrar en mi habitación para coger ropa y, evidentemente, no puedo salir a la calle en bragas y camiseta.

## **Capítulo 28**

### **Atrévete**

—Valentina, creo que deberías cogerles el teléfono en algún momento, tienen que estar preocupados.

Luis, sentado a mi lado en el sofá de su casa, intenta de manera cauta convencerme de nuevo para que responda a las insistentes llamadas de Rebeca,

Rubén e incluso Santi. ¡Sólo quiero que me dejen en paz! ¿Tan difícil es de entender?

—¿Me has escuchado, Valentina? —me vuelve a preguntar, agarrando sutilmente uno de mis brazos—. No te preguntaré qué te ha pasado, después de la sexta vez me ha quedado claro que no me lo vas a contar, pero, aunque a mí no me importe tenerte en mi casa, ellos se estarán preguntando dónde te encuentras y si estás bien. —Me acaricia el antebrazo con su mano,

hablándome

amablemente.

Sí. Luis lleva razón. Ha sido toda una casualidad encontrármelo, aunque más bien me ha encontrado él a mí. Por un momento no he sabido de qué lo conocía,

pues, en el estado algo catatónico en el que me hallo, no lo he reconocido. Tras

unos minutos lo he conectado, recordando que fue uno de los que vinieron al cumpleaños de Rubén. El amigo de Clara, a quien lo había dejado su chica e iba

allí un poco reticente y sin conocer a nadie... Y sí, reconozco que me he acordado de eso y de otras de las muchas cosas que pasaron allí con Rubén, lo que no ha ayudado mucho a que nuestro «reencuentro» fuese tranquilo. He

llorado como una Magdalena en sus brazos, olvidándome de todo el protocolo entre dos personas que apenas se conocen. Sin poder ser capaz de parar el torrente de lágrimas que amenazaban con inundar el parque en el que estaba

sentada, he intentado hacerme entender. Sólo le he dicho que necesitaba

despejarme y no hablar con nadie; el resto, cuando ha visto que no descolgaba el

teléfono que se ha pasado sonando toda la mañana y parte de la tarde, lo ha debido de entender él solito.

—Hoy no —le contesto escueta, agarrando el cojín del sofá entre mis brazos

y mirando por la ventana de mi derecha—. Te agradezco que me hayas invitado

a tu casa, pero, por favor, hoy no puedo —le suplico.

—Está bien —claudica en su empeño—. ¿Puedo al menos enviarle un mensaje a Rebeca para decirle que estás bien? ¿Que estás conmigo?

¿Bien? Bien se aleja bastante de la realidad en la que me encuentro. Bien está a tres mil años luz de mi estado actual. Asiento con la cabeza, tendiéndole mi teléfono para que haga lo propio. Comprendo que no puedo desaparecer así como así, sin dar una sola explicación. Entiendo que es más que probable que nadie sepa el motivo de mi marcha. Rebeca no sabe nada de lo que ha ocurrido,

salvo que su hermano ha debido de amanecer en mi cama. Rubén no se acordará

de nada de lo de anoche, o eso imagino... En el estado en el que llegué, dudo mucho de que se acuerde siquiera de su nombre. Y Santi, bueno, Santi me estará

llamando porque los hermanos Ventura le habrán puesto al corriente de mi «desaparición». Sí, pensándolo bien no he sido muy responsable marchándome

de esa forma esta mañana, sin dejar una nota o algún mensaje, pero, aunque me pese haberlos preocupado, estoy pensando en mí. Yo soy la única que puede cuidarme y recomponer mis pedacitos, aunque ya se sabe que, cualquier cosa

que se rompa, aunque se recomponga, no queda igual.

—Oye... —me llama de nuevo Luis, de pie en el salón y con el teléfono todavía en la mano—. Ha respondido al mensaje amenazando si no le digo mi dirección... —contesta algo acobardado, observando el teléfono con atención—.

Y ahora está llamando...

Veo que no sabe qué hacer. Conoce algo a Rebeca y su manera de ser, pero no sé si piensa que va a cumplir alguna de sus amenazas. ¡Venga ya! Rebeca es un trozo de pan en el fondo. El resto es sólo fachada.

Me tiende el móvil con la pantalla iluminada y el nombre de mi amiga parpadeando.

Claudico y descuelgo con un escueto «hola».

—¿Se puede saber en qué demonios estás pensando para desaparecer así?!

—me avasalla, haciendo que tenga que despegarme el teléfono de la oreja—.

¡¡¡Eres una inconsciente!!! ‘¡¡He llamado incluso a tu madre...!! ¡¡Nos tenías muy preocupados!! ¡¡¡¿Qué cojones ha pasado?, ¿qué pájara te ha entrado para irte y no decirme absolutamente nada?!!!

¿A mi madre?... ¿Qué se pensaba, que me había vuelto a Badajoz? Por Dios, no he visto persona más alarmista, tampoco es para tanto. He estado incomunicada unas horas de nada. Ella sigue pegándome gritos, que resuenan por todo el salón incluso sin tener puesto el altavoz del teléfono. Se va a dejar

las

amígdalas en la llamada.

—¡¡¡¿Me estás escuchando?!!! —pregunta cuando ve que no he dicho una sola palabra. ¿Cómo podría? Si no ha parado...

—Claro que te estoy escuchando y no es para tanto, Rebeca —le digo, consciente de la que me va a caer.

—¿¿¿No es para tanto!?? —vocifera, emitiendo un gallo al final de la frase un tanto gracioso.

«Valentina, como te rías en este momento y te oiga, date por muerta.»

—Lo siento, debería haberte avisado, pero de verdad... —intento encontrar las palabras adecuadas para tranquilizarla, pero dejándole claro que no pienso volver hasta que su hermano se marche—. Rebeca, mañana te lo explicaré todo.

—¿Mañana? —pregunta recelosa—. ¿Cómo que mañana? ¿Es que no piensas venir a casa? Valentina, no sé qué cojones ha pasado con mi hermano y contigo, y de verdad que a estas alturas creo que, aunque no quiera, me tendré que enterar para poder ponerlos en orden a los dos. ¡¿Qué mierda os pasa?! —cuestiona sin llegar a saber la magnitud de lo que ha ocurrido—. Me he despertado esta mañana y no te he visto en la cama... He ido a tu habitación, pensando que te habías marchado porque no estarías cómoda en la mía... ¡¿Y qué me encuentro?!! —Va alzando cada vez más la voz—. ¡¡¡A mi hermano en

pelota picada, con todo el ciruelo al aire y roncando en tu cama... pero, de ti, ni rastro!!!

Suspiro y me paso la mano por la cara. No ha sido buena idea cogerle el teléfono, no me va a dejar hasta que le cuente lo que ha ocurrido, y no, no puedo

ahora mismo; tampoco quiero hacerlo por teléfono y menos con Luis delante.

Sería demasiado humillante.

—Rebeca, por favor, escúchame un segundo —le ruego con la voz apagada

—. Te lo contaré todo, pero hoy no. Necesito pensar y poder mentalizarme de todo lo que ha ocurrido... —Escucho cómo empieza a resoplar—. Te lo pido de

verdad... Sabes que te lo contaré. Dame tiempo.

Deja pasar unos minutos antes de contestar.

—Está bien —resopla—. ¿Estarás en casa de Luis?

—Estaré aquí, sí... en principio, sí. —Miro al nombrado y él asiente, sonriéndome—. No te preocupes, estaré bien.

—No me digas que estarás bien cuando ambas sabemos que es mentira. No estás bien, si no, no hubieses desaparecido. —Mientras ella sigue hablando, oigo

la voz de Rubén de fondo y me encojo en el sofá—. Pásame a Luis, por favor —

termina pidiendo mi amiga.

Le tiendo el teléfono como si se tratase de un recipiente lleno de peste  
bubónica y oigo que cruza unas breves palabras con Rebeca, diciéndole  
finalmente que no se preocupe por nada, que él me cuidará y estará pendiente  
de  
mí. Lo dice mirándome intensamente y por un momento me arrepiento de haber  
venido, pues, aunque parece un buen chico, no está el horno para bollos... O  
quizá son imaginaciones mías y veo cosas donde no las hay. Debo de haber  
perdido la poca cordura que me quedaba.

—¿Te apetece cenar? —me pregunta cuando ha finalizado la llamada. Niego  
con la cabeza—. Está bien.

Se levanta y se marcha en dirección a la cocina. En ese momento me reclino  
un poco, dejando la cabeza apoyada en el reposabrazos del sofá. Cierro los  
ojos  
notando los estragos de los últimos días en mi cuerpo. La tensión, los nervios,  
la  
desesperación... Borraría la última semana de vida de un brochazo si pudiera.  
Unos brazos me alzan, sosteniéndome entre ellos y notando el calor que emana  
el cuerpo que parece transportarme entre mis sueños. Sin abrir los ojos y  
notándome incapaz de regresar de los brazos de Morfeo, que parece haber  
bajado literalmente a llevarme con él a su mundo, rozo mi mejilla en la masa  
firme pero mullida que me acuna y suspiro. A los pocos minutos, los brazos se  
separan de mí para ser sustituidos por algo más fresco que me arropa,

haciendo

que un pequeño gemido placentero escape de mis labios entreabiertos.

Alguien podría pensar que, para estar tan afectada anímicamente, he dormido como nunca, y realmente estaría pensando de manera acertada. Imagino que los acontecimientos ocurridos en esta última semana me han dejado tan exhausta que no he podido evitar dormir de manera profunda. Me estiro un poco en la cama y abro los ojos. Me desoriento a la par que observo la habitación en la que

me encuentro. Nunca he estado aquí... Presto atención a cualquier detalle, dándome cuenta de que seguramente ésta sea la habitación de Luis y él fue el que me trajo anoche, cuando me quedé dormida en el sofá, pues el último recuerdo que tengo es haberme recostado en él.

Me levanto, fijando mi mirada en la ropa que llevo puesta. Vale, esto no lo tenía puesto anoche... ¿Me ha desnudado y cambiado de ropa? Bien. Puede que

haya llegado el momento de irme a casa.

—¿Luis? —Carraspeo al notar mi voz algo ronca—. Luis...

Lo llamo un par de ocasiones más al salir al salón. Ni rastro. Agudizo el oído, intentando escuchar algo que me indique en qué lugar del piso se encuentra, pero, cuando estoy pasando por la entrada, de camino a la cocina, una

nota encima de una mesita me llama la atención.

*Tengo que ir a trabajar.*

*Coge lo que quieras de la nevera y siéntete como en casa.*

*Volveré sobre las 15 h.*

*Besos, bella durmiente.*

*Luis*

Me siento en el sofá, observando la nota una y otra vez, más por ordenar mis pensamientos que por otra cosa. Tiene una caligrafía bonita y creo que ha intentado obviar el motivo de mi estancia en su piso, pues en la nota no hace referencia a mi estado o al tiempo que estaré aquí.

No voy a quedarme más en su casa. Agradezco en el alma su hospitalidad y su invitación, pues la verdad es que, cuando me senté ayer en el banco de aquel

parque, agotada física y emocionalmente, e incapaz de dar un paso más, fue lo último que esperaba encontrarme: a un ángel salvador dispuesto a cederme su amistad y su hogar para que pudiera lamerme las heridas. Pero creo que ya ha sido suficiente. No quiero abusar de él y, además, mi amiga estará esperando que

vuelva. Sólo tengo una cosa más que hacer antes de marcharme; bueno, no... a decir verdad, dos.

—Dime. Estoy en la redacción y tengo a mi jefe como una mosca cojonera

alrededor —me contesta Rebeca cuando la llamo.

—Sólo quería decirte que voy para casa en un rato.

—Está bien. Intentaré escaparme lo antes posible —responde susurrando.

—Vale —susurro yo también—. Ven tú sola.

—No... Había pensado llevarme a los siete enanitos —sube el tono de voz

—. ¡Pues claro que voy a ir sola! —Oigo una voz masculina reprendiéndola  
—.

Val, tengo que colgar. Te quiero.

—Te quiero —contesto al teléfono, pues ha cortado la llamada antes de  
poder decir nada más.

Me levanto del sofá y busco mi ropa por el salón y el dormitorio. En algún  
lugar la tuvo que poner cuando me la quitó anoche... ¡Ajá! La encuentro en el  
baño, junto con otra nota. Agarro el papel y leo.

*Si te lo estás preguntando; sí miré, sí.*

*Imposible no mirar a alguien que parece haber caído en coma mientras le  
quitas la ropa, ¿no*

*crees? Tranquila. Sé hasta dónde llegan mis límites. Me comporté como un  
hermano ;) Por cierto, bonita ropa interior.*

*Tu «hermanito» Luis.*

Sonríó y me visto. La verdad es que es un chico bastante agradable. Ayer no  
forzó en ningún momento la conversación y me dejó mi espacio. Tanto espacio

me ha dejado que, por lo que he visto en el sofá, su habitación la he ocupado yo

y él ha dormido en el asiento del salón, en el que aún hay una almohada y una fina sábana de color blanco.

Decido dejarle otra nota, pues no tengo su número de teléfono y tampoco me voy a marchar sin decirle nada. Bueno, sé que justo eso es lo que hice con Rebeca y Rubén, pero esto es diferente...

*Me marcho a casa, Luis.*

*No sabes lo agradecida que estoy por haber tenido la suerte de encontrarme contigo y que me hayas acogido en tu casa como a un perrillo abandonado. Te aseguro que no me siento mejor que uno de ellos.*

*En fin. Te dejo mi teléfono para seguir en contacto.*

*Ha sido un placer volver a verte y, de verdad, muchísimas gracias por todo.*

*(Lo de hermanito ha sonado a recochineo :P ... Mi ropa interior te agradece el cumplido.)*

¿Sabéis esa sensación de que alguien te persigue y te sientes observada

continuamente? Pues no he podido desprenderme de ella desde que he bajado a

la calle, esperando encontrar un taxi que me acerque hasta mi domicilio. Lo más

probable es que sea una paranoia de mi mente, concentrada en no cruzarme con

el motivo de toda mi angustia, pero no es agradable andar pensando que eres el

objetivo de algún francotirador apostado en las alturas. «¡Deja de pensar chorradas, Valentina! Lo que tienes que averiguar ahora es qué vas a hacer. De seguir en Barcelona, y más concretamente en casa de Rebeca, te vas a cruzar en

algún momento con él. ¿Quieres eso? Humm, no... No quiero ver a Rubén», me

respondo a mí misma.

«¡Has dudado! ¿Qué significa eso? Después de la manera en la que te sientes con lo que ha ocurrido. Después de todo, ¿quieres verlo?» ¡Joder, no es tan fácil!

Mis sentimientos por él no se van de la noche a la mañana. Sí, me siento herida.

Sí, me ha engañado y yo he caído como una imbécil. Sí a todas las cosas....

pero, ¿de verdad voy a ser capaz de dejar atrás todo lo que he pasado y empezar

otra vez de cero? Pfff... Creo que me está entrando ansiedad con sólo

imaginarme un nuevo comienzo. ¿Badajoz o Barcelona? ¿Quedarme y afrontarlo

todo, o volver a mis raíces?

El trayecto en taxi me lo paso barajando todas las opciones posibles, pues,

aunque me cueste reconocerlo, creo que necesito escuchar una explicación de los

labios de Rubén, a poder ser sobrio. ¿Se habrá dado cuenta de lo que ocurrió

anteanoche? ¿Habrá descubierto qué es lo que ha provocado, producto de su incontinencia verbal y fruto del alcohol?

Cuando el automóvil detiene la marcha delante de la fachada de mi casa, he tomado una decisión al respecto. Con las mismas, salgo del vehículo y me dirijo

hacia dentro, imaginando las diferentes opciones en las que podrá derivar.

¿Sentencia o salvación?

—No puedes hablar en serio, Valentina. ¿Sabes que se ha pasado toda la mañana y casi toda la tarde de ayer, hasta que decidiste cogerme el teléfono, buscándote por todos los sitios que se le ocurrieron? —me dice mi amiga sentada en la cocina, mientras yo continúo de pie, apoyada en la encimera, con un vaso de agua entre mis manos—. Debe ser un error... Además, ¿cuándo pensabas contarme que ibas a verte con Jack? ¿Es que no somos amigas? No sé,

pero hasta donde yo alcanzo, las amigas se cuentan estas cosas y se ayudan...

—Rebeca, no te lo tomes como algo personal —le contesto mirando el suelo—. No podía más y se me ocurrió. Fue una mala idea y nunca debería haber ido,

pero por lo menos me ha servido para desenmascarar al cab... a Rubén.

Me contengo, pues no debo olvidar que estoy hablando con su hermana.

Puede que ése sea el principal motivo por el que no le dije nada, pues sabía que

pondría el grito en el cielo.

—Entonces, me estás diciendo que mi hermano, borracho como una cuba y sin poder decir dos palabras coherentes seguidas, te confesó que él era Jack —  
revisa incrédula.

Asiento y me coloco en la otra silla.

—¿Y no te parece que antes de hacer ninguna suposición, lo mejor sería hablar con él, ahora que ya no está borracho?

Me encojo de hombros y apoyo la cabeza en mis manos, sobre la mesa.

—Perdona que me cueste trabajo digerirlo —me dice sin querer terminar de creerlo—, pero no es algo propio de él... Es un tío que siempre ha ido de frente

y no veo la necesidad de haber tenido que hacerse pasar por otra persona.

—Pues lo ha hecho, Rebeca —contesto sin levantar la cara de la superficie

—. Se lo pregunté directamente y me dijo que sí, que él y Jack eran la misma persona.

Mi amiga se queda pensativa unos minutos. Puedo ver cómo sus ojos se mantienen fijos en la habitación, concentrada en algo que está pasando por su cerebro. Sí, a mí también me costó asimilarlo, por eso mismo me marché así.

—¿Qué piensas? —le pregunto cuando pasa un buen rato sin pronunciar palabra alguna.

—Pues... Creo que ahora me cuadran algunas de las cosas que me ha dicho en este tiempo. No sabía a qué se refería, pero ahora puede que tengan sentido.

La observo atenta.

—¿De qué hablas? —murmuro.

—Pues en varias ocasiones me ha hablado de errores que él ha cometido...

De encontrar la manera de solucionarlos... —Enfoca sus ojos en los míos—.

Valentina, debes hablar con él.

Vuelvo a hundir mis hombros, intentando desaparecer.

—¿Y qué quieres que le diga? «Hola, Rubén, lo sé todo; te has estado cachondeando de mí en mi cara y te he descubierto... Pero oye, que seguro que ha sido mi mala suerte, esa que siempre me acompaña. Tú fijo que no tienes la culpa» —no puedo evitar dramatizar—. Vamos, Rebeca, sabes que no va a dar resultado. Tengo que afrontar que no tiene solución y ya está. Nada me ata aquí y

es un buen momento para empezar de cero, en otro lugar.

Rebeca me mira con los ojos bien abiertos.

—¿Nada te ata aquí? —pregunta dolida—. ¿Vas a irte de nuestra casa, de mi vida, por esto? Eso es cobarde, perdona que te diga.

—¡No soy cobarde! —le contesto a la defensiva—. No hay solución, ¿entiendes? Si sigo aquí, lo voy a ver, y no sabes el daño que esto me ha provocado. Confié en él, en los dos... Bueno, en Rubén y en Jack. He hablado

con Jack sobre infinidad de cosas que ahora resulta que tu hermano sabe porque

son la misma persona. ¡He hablado con Jack de tu propio hermano, Rebeca!

¿Sabes lo humillante que puede llegar a ser esto? ¿Sabes cómo se siente tu cuerpo al saber que te has abierto a dos personas en las que confiabas, dos personas que pensabas que nunca te dañarían, y ver que te han traicionado?

Me siento deplorable al ver su mirada desolada. Claro que lo entiende, ella confió en su ex.

—Lo siento. Rebeca, lo siento de veras —le pido, consciente de lo que he provocado al recordárselo—. No quería que recorda...

—No importa —me corta—. Si aceptas mi consejo, habla con Rubén como dos personas adultas. —Se levanta de la silla, tirando la lata de Coca-Cola que

ha estado bebiendo a la basura—. Si de algo te sirve mi opinión, no hagas nada

sin antes hablar con él. Mereces una explicación y sólo la tendrás si no huyes.

Se marcha de la cocina con gesto serio. ¡Joder! Soy una pésima amiga. He estado pensando sólo en mí y no me he dado cuenta de que mis palabras podían

herirla. Y sí, creo que lleva razón. Merezco una explicación, aunque eso no vaya

a cambiar nada; merezco que me diga por qué ha hecho todo lo que ha hecho.

Decidida, escribo un escueto correo con dos destinatarios: Jack y Rubén.

Puede que así se dé cuenta de por dónde van los tiros.

Tenemos que hablar.

Te espero en casa de tu hermana a las 20 h. Valentina.

No hay que ser un lumbreras para darse cuenta del motivo por el que estamos así y si algo tiene mi chico, quiero decir, Rubén, es que es bastante inteligente...

Tanto como para orquestar todo lo de Jack sin que me haya percatado de nada.

Ahora sólo me queda esperar para poder averiguar toda la verdad, aunque el fin sé que va a seguir siendo el mismo.

## **Capítulo 29**

### **Deseaba que fueras tú**

—Me alegro de que estés algo mejor —me contesta Luis al otro lado del teléfono—. Pensaba que quizá querrías pasar unos días lejos de todo el foco de

lo que sea que te haya provocado esto, pero, si te hace bien volver y enfrentarte a

ello, entonces tienes todo mi apoyo.

—Gracias, Luis, no sé qué habría hecho sino hubieses aparecido así, de la nada.

—Ya me cobraré el favor, no te preocupes. —Ríe de un modo seductor y yo

sonríó al escucharlo—. Venga, no te entretengo más, sólo me queda decirte que,

si me necesitas... dame un silbidito.

Una carcajada escapa de mi interior, espontánea y natural. Carraspeo y me recoloco en el sillón, despidiéndome de él y de nuevo agradeciéndole lo que ha

hecho por mí. Cuando bloqueo el teléfono, tras colgar la llamada, lo deposito sobre la mesa baja del salón y observo el reloj digital que hay al lado del televisor. En quince minutos debería llegar Rubén...

¿Me siento preparada para afrontar lo que venga? ¿Estoy realmente convencida de todo lo que quiero hacer a partir de ahora y el rumbo que tengo que tomar en mi vida? Sí... Tengo una leve idea de... ¡Venga ya! ¿A quién quiero engañar? No tengo ni puñetera idea de qué hacer ni de cómo hacerlo. Sí,

está muy bien eso de pensar en volver a Badajoz, pero para ser sinceros es como

volver hacia atrás, retroceder en mi vida y, aunque adoro a mis padres y los echo

de menos todos los días, siempre dije que no volvería a vivir en su casa, pues cuando te emancipas es muy difícil volver al pasado y retomar costumbres de

otra persona por el simple hecho de estar bajo su techo. Podría ser algo temporal,

ir allí y ver si consigo asentarme de alguna manera, personal y laboralmente. Por

otro lado, está mi círculo social. Hace demasiado tiempo que dejé de hablar con

los pocos amigos que tenía en mi ciudad; de hecho, con las únicas personas que

he mantenido contacto han sido Rebeca y Rubén. —Suspiro— Bueno, quizá sea

mejor improvisar sobre la marcha, ver cómo se sucede la conversación y después

tomar una decisión...

¿Pero es que estoy pensando en perdonarlo acaso? ¿Cómo va a suceder? Esto no va a acabar bien. No puede acabar bien. No creo que acabe bien...

Me levanto del asiento y me dirijo a mi habitación, al tiempo que Rebeca sale de la suya vestida y con aspecto de ir a salir.

—¿Te vas? —le pregunto cuando nos encontramos en el pasillo.

—Voy a ir a dar una vueltecita —me contesta recomponiéndose el flequillo

—. Creo que es mejor que estéis solos en casa y que nada ni nadie os moleste.

—Puede que me venga bien tu apoyo moral... —Le ruego con la mirada.

Ella apoya ambas manos en mis hombros y me sonríe, con su preciosa cara muy cerca de la mía.

—Amiga mía, no necesitas apoyo moral, lo que necesitas es aclarar y

arreglar las cosas con mi hermano. Piensa que él se ha equivocado actuando así,

pero tú tampoco has sido el mejor ejemplo a seguir. —Su sinceridad me pega un

derechazo y bajo la mirada, sabiendo que tiene razón, aunque ambos casos no tienen ni punto de comparación—. Mi hermano lo ha hecho fatal, pero estoy segura de que ha sido algo que le ha estado carcomiendo por dentro. He estado pensando...

—Ah, ¿pero también sabes hacer eso? —bromeo un poco con ella, guiñándole un ojo.

—Qué graciosa está hoy María Magdalena —retoma su discurso de nuevo

—. Lo que te decía es que he estado pensando y recordando las conversaciones

que he tenido con Rubén durante este tiempo y sé que no lo ha pasado bien

mintiéndote. Ahora lo entiendo. Necesitaré una explicación detallada de todo cuanto hables con él, pero creo, si no me equivoco, que esto se le ha venido encima sin buscarlo intencionadamente. Lo conozco, es mi hermano y esas cosas

se saben; se intuyen y, desde que pasó lo de mis padres y todo lo demás —

continúa—, nos unimos de una manera que sé lo que piensa o siente al igual que

él conmigo. Habla con él, Valentina, abre de nuevo tu mente para la explicación

que va a darte y no des nada por hecho, por favor. Te lo pido como tu amiga que

quiere tu felicidad y como la hermana de quien puede proporcionártela.

—Rebeca... —Suelto un suspiro—. No sé si voy a ser capaz de no estrellarle una lámpara en la cabeza en cuanto llegue.

Ella se ríe y pasa su brazo por mi cuello, encaminándose a la entrada de la casa conmigo agarrada.

—Si tienes que tirársela y así te sientes mejor, se la tiras. Más vale una lámpara en la cabeza que ciento volando...

Me quedo mirándola con las cejas alzadas y una sonrisa apretada en la boca, mientras ella se cuelga el bolso y revisa su contenido, lista para salir.

—Sólo tú podrías usar el refranero popular de una forma tan convincente. —

Me río y ella me saca la lengua—. Te aviso cuando se marche, ¿vale?

Asiente y me besa la mejilla, apretándome el brazo en un intento de infundirme ánimo y fuerza. Ojalá fuese la mitad de fuerte que ella para poder afrontar todo lo que está a punto de venírseme encima. A decir verdad, comparado con lo que ella ha pasado en su vida, mi problema se vuelve algo más

pequeño. Sí, me siento mal, pero... podría ser peor. Siempre puede ser peor.

Le sonrío de vuelta y me quedo observándola, apoyada en la pared de la entrada, con los brazos cruzados bajo mi pecho y una de las piernas dobladas y

apoyada también en la superficie de la pared. Cuando abre la puerta, se gira de

nuevo y me guiña un ojo.

—Suerte —me susurra, haciéndose a un lado y permitiendo con su movimiento que vea a su hermano, dueño y señor de todos mis problemas, subir

los escalones del porche.

Mi corazón empieza a latir con un poco más de esfuerzo, como si le costase la propia vida mantener la calma que quiero aparentar. Ha sido verlo y notar un revuelo en mi estómago que no consigo calmar. ¿A quién quiero engañar? Porque está claro que estoy hecha un manojo de nervios y eso creo que sólo puede significar una cosa... Por mucho que quiera hacerme la dura, todavía conservo la esperanza de solucionar las cosas.

—¿Puedo pasar? —me pregunta un cauteloso Rubén desde el quicio de la puerta, tras haberse despedido de su hermana con un par de besos y algún que otro susurro.

Mi vista no se ha despegado de su figura, contemplando cualquier cosa que no sean sus bonitos ojos. Él se mantiene quieto en su posición, sin internarse en la vivienda, como si ahí fuera estuviese a salvo de cualquier cosa que pudiera pasar. En este mismo momento se me viene a la cabeza la lámpara de la que hablaba con Rebeca, y no. No siento deseos de tirársela, aunque mentiría si dijese que no la utilizaría de cachiporra para darle un par de toquecitos en su dura sesera. Un par o diez.

Finalmente desvíó mi mirada a sus ojos, esos lagos azules que ahora carecen del brillo y la vida que normalmente los han caracterizado. Su mirada denota que

él tampoco lo debe estar pasando bien. «¡Basta, Valentina! Piensa en ti de una jodida vez y deja de atormentarte por la pena de los demás, estamos hablando de

que ha sido él quien ha provocado toda la situación. Ha sido él quien te ha estafado... El motivo lo averiguarás en un momento, pero él ha sido el que lo ha

ocasionado todo.»

—Pasa —respondo escueta, girándome y llevando mis pies hasta el salón.

Oigo la puerta cerrarse de forma muy delicada y cierro los ojos durante un segundo cuando llego al salón. He decidido quedarme de pie para no sentirme inferior, aunque... ¿Qué más da sentirme así? Total, podría ser un nuevo sentimiento a sumar a la lista de «no olvides lo que te ha hecho pasar».

—Creo que te debo una disculpa —escucho su voz a mi espalda y me vuelvo, observándolo a un par de metros de mi posición.

—Me debes algo más que eso.

«¡Muy bien, Valentina! Has conseguido decirlo sin sonar despechada.»

Indiferencia, eso es. La mejor arma contra un adversario es la indiferencia, es lo que más duele.

—Llevas razón. —Se pasa la mano por el pelo, echando su flequillo revuelto

hacia atrás y cerrando un segundo más de lo normal los ojos—. ¿Podemos sentarnos?

La tensión de la situación se palpa en el ambiente y, al menos para mí, es una sensación nueva junto a Rubén, pues en ningún otro momento me he sentido incómoda o violenta a su lado. Aunque, a decir verdad, en ningún otro momento

me he sentido traicionada como ahora mismo, por él.

Me encojo de hombros con desgana y me encamino hacia la cocina para traer un par de vasos y una botella de agua. Necesito salir por un instante del espacio

que él ocupa, respirar aire limpio de su fragancia, esa que se mete no sólo en mi

nariz y cerebro, sino en cada poro de mi piel.

Al llegar veo que ya ha tomado asiento en uno de los extremos del sofá.

Cuando me acerco, deposito lo que traigo en la mesa y él hace el intento de levantarse al verme, pero lo detengo con una mano.

—No es necesario tanto formalismo —digo, sentándome en un sillón. En el más alejado de su posición—. Total... Ya te has acostado conmigo y has hecho todo lo que querías. Has podido cumplir algunas fantasías de las que me hablabas en esas conversaciones escritas, por lo que no veo necesario que ahora

te comportes como un perfecto caballero, cuando ambos sabemos que no eres

ni

perfecto, ni caballero.

¿Me estoy pasando? Ufff, esta situación se me antoja demasiado... No sabría ni describirlo. No estoy cómoda y él tampoco, a juzgar por el modo en el que ha

apretado los puños al volver a depositar el trasero en el sofá, del cual se había levantado unos centímetros.

—Qué puedo... No sé cómo empezar —susurra desconcertado y nervioso—.

¿Cómo... cómo has sabido... cómo te has enterado de todo esto, Valentina?

—¿No lo recuerdas? —Me río de manera cínica—. Mira por dónde no me extraña. Me lo dijiste tú, borracho, cuando llegaste aquí después de haber estado

conmigo en el club —le respondo fría—. Ya sabes eso que dicen de que los borrachos y los niños siempre dicen la verdad, así que no he dudado ni por un momento de tu palabra estando ebrio.

Él se echa hacia delante en el sofá, apoyando los codos en sus rodillas, encorvándose y pasando la lengua por sus labios, humedeciéndolos. Yo me mantengo en una postura firme, aunque en mi interior tengo una contradicción de sentimientos, sensaciones y pensamientos que no me lo creo ni yo. Pero no, debo mantenerme así, debe ver qué es lo que ha causado en mí, sólo debo valorar su argumentación.

—Valentina, lo siento tanto... —Yo bufo espontáneamente y él gira su

cabeza para observarme, manteniendo la postura en el sofá que acaba de adoptar,

lo que hace que su cabeza esté levemente inclinada hacia delante y sus rebeldes

pelos rubios caigan hacia un lado—. Desde que descubrí que eras tú, supe que esto no podría acabar bien de ninguna d... —le interrumpo.

—¿Desde que lo descubriste? —Alzo una ceja y continúo—. ¿Ahora querrás venderme la moto también sobre eso?

—¿A qué te refieres?

—¿Vas a tener la cara dura de decirme que no ha sido un plan orquestado de principio a fin con cualquier retorcido motivo que tu mente haya organizado?  
—

alzo un poco la voz—. He podido parecer idiota, pero deja de tomarme como tal,

porque ya estoy un poco harta de todo esto.

—Valentina —me contesta sin subir el tono de su voz—. No sabía que eras tú cuando comenzamos a hablar por el chat. Te lo juro...

Pongo a trabajar mi mente en esa información, barajando diferentes hipótesis con todas mis neuronas; él se acerca un poco más a mí, deslizándose en el sofá en el que se encuentra. Instintivamente repliego mis piernas hacia el lado contrario, deteniendo su movimiento de acercamiento. Nos quedamos mirándonos durante unos minutos en los que ninguno de los dos dice nada. Está

bien, si quiere mentir que lo haga, si quiere contarme la historia que ha debido de formarse en la cabeza a modo de excusa, adelante... Soy toda oídos.

—Habla. —Cruzo una pierna sobre la otra y me llevo el vaso de agua a los labios, bebiendo un sorbo de él para refrescar la garganta, pues la tengo reseca

desde que lo vi aparecer—. Explica lo que tengas que explicarme.

—¿Te va a dar igual lo que te diga? ¿Vas a creer alguna palabra de lo que te cuente? —me pregunta dolido.

¡Dolido! Es decir, que él es el causante de todo esto y encima está dolido.

Ver para creer...

—Si me diese igual, no estarías aquí ahora mismo, tenlo por seguro. Siento mucha curiosidad por saber qué es lo que te ha llevado a hacerme esto cuando, según tú, tanto te he importado siempre.

—Y así ha sido. Así sigue siendo, Valentina. —Sus ojos no dejan de observar cada uno de mis movimientos y mis gestos, lo que me hace sentir un tanto incómoda. Puedo parecer fría y distante, pero ya he pasado por un par de momentos de debilidad y no quiero que por nada del mundo él los note—.

Créeme por favor.

—Explícamelo —le respondo escueta.

Cambia su postura en el sofá, bebiendo un poco de agua de su vaso, y apoya la espalda. Suspira hondo en un acto que parece casi natural y pone las manos

encima de sus muslos, frotando los pantalones vaqueros arriba y abajo.

—Me debes permitir primero una cosa —pide sin mirarme.

—No creo que estés en condiciones de solicitar nada, Rubén. Ambos sabemos que has traicionado mi confianza como para, encima, tener que andar haciéndote concesiones.

—Valentina, sólo quiero que me escuches y valores por un momento que lo que te digo es cierto. No des por sentado todo lo que hayas podido pensar al enterarte de todo esto, lo que hayas podido pensar sobre mí.

—No quieras saber lo que pienso sobre ti, no es nada bueno.

—Lo sé —admite y repite—, lo sé. Pero, la verdad, eso es lo que menos me importa ahora mismo. No me importa nada que tenga que ver conmigo, sólo quiero saber que estás bien.

—¡No puedo estar bien! ¿Cómo quieres que lo esté, habiendo descubierto que las dos personas en las que confiaba mis secretos, mis intimidades, y con las que me he abierto de una manera que pocas personas han podido conocer, son la misma y encima he sido víctima de un engaño? ¡¿Cómo, Rubén?! —profiero sin

poder evitar acercarme a él, aún sentada en el sillón—. ¿Cómo quieres que confíe en lo que me dices, si he descubierto que todo lo que me has dicho es mentira?

—Eso no es así, Valentina. Te puedo asegurar que nada de lo que te he dicho,

en alguna de las dos formas, ha sido mentira. Bueno, eso tampoco es cierto...

—

Se pasa la mano por la mejilla y me mira—. Realmente no soy ningún «amo».

—Hace las comillas en el aire con sus dedos.

Lo observo, sin ser capaz de decir una sola palabra. ¿Qué cojones...? ¿Cómo que no es ningún amo? Y qué ha hecho, ¿buscar en Google lo que hablábamos?

Esto no puede estar yendo peor.

—Mira, Rubén. Creo que es mejor que lo dejemos aquí. No puedo decir que haya sido un placer reencontrarme contigo, porque, aunque me has proporcionado placer en algunos momentos de nuestra «relación» —lo imito, haciendo el mismo gesto de comillas que él ha hecho unos minutos antes—, todo

esto ha tirado por tierra lo demás. No creo que sea necesario que te explique dónde está la salida...

Me levanto del sofá y él hace lo mismo, agarrándome del antebrazo e impidiendo que me marche.

—Rubén, suéltame.

—Valentina, escúchame. Es lo último que te pido, por favor...

La manera en que me mira y me ruega me ablanda un poquito la coraza que me había creado y, tras unos segundos, asiento con la cabeza sentándome de nuevo, aunque esta vez en el sofá. ¿Qué más da la cercanía de nuestros cuerpos

en un mismo lugar, si lo siento tan lejos de mí?

—Di lo que tengas que decir y márchate, por favor. Esta situación empieza a superarme —admito, cerrando los ojos por unos instantes.

Él carraspea y comienza.

—Un amigo...

Lo interrumpo.

—¿De verdad vas a empezar tu discurso con algo tan manido?

Él niega con la cabeza repetidas veces y yo me quedo observándolo un tanto hipnotizada. Joder, podría ser algo menos atractivo, así al menos sería más fácil.

«Pero ¿qué demonios estás pensando, Valentina? Estamos hablando de tu vida, so imbécil... Hazte valer un poco tú misma —me reprendo mentalmente— Aunque... Vale, quizá debería darle una tregua al menos para explicarse de una jodida vez.»

—Perdón. Continúa...

—Gracias. Un amigo —retoma su discurso, mirándome al volver a pronunciar esas palabras, esperando que lo interrumpa de nuevo— me contó el modo de vida sexual que él lleva desde hace unos años. Me pareció curioso y, después de mucho hablarlo, lo acompañé a un par de sesiones, con el consentimiento de todas las partes implicadas, claro está.

Asiento con la cabeza, sintiendo curiosidad por lo que me cuenta e instándole a continuar con mi mirada.

—Aunque me pareció sumamente excitante, no comparto alguna de las prácticas que vi allí. Me gusta el hecho de tener roles o papeles de dominante o dominado, pero no necesito que todas mis relaciones se rijan por eso, no sé si me explico...

Vuelvo a asentir, empezando a notar calor en mis mejillas. No, si ahora va a resultar que, aparte de idiota, soy mojigata.

—Lo que quiero decir es que jugar con algunos objetos o utilizar algunas técnicas está bien, pero yo no reconozco en mí esa necesidad de tener que dominar cada momento de la situación, esa necesidad de que alguien haga todo cuanto yo pida por el simple motivo de complacerme, o al contrario.

—Básicamente a eso se reducen todas las relaciones, Rubén —le respondo, notando mi voz algo enronquecida—. Cuando tienes una pareja, todo lo que a ella le dé placer, aunque a ti no te lo proporcione físicamente, te reporta un beneficio placentero en tu interior. Saber que alguien está dispuesto a complacerte y que así su placer se verá incrementado...

Repito palabras que él mismo me ha ayudado a entender cuando manteníamos la relación por chat. Él asiente y prosigue.

—Sí, no te lo discuto, pero yo no siempre necesito tener el poder. No me va eso de castigar físicamente a alguien cuando me desobedece. No es lo mío, simplemente. No discuto que la situación me excitó en algunos momentos, pero no es mi estilo de ver la sexualidad ni el sexo en sí.

—Muy respetable, pero no entiendo qué tiene que ver eso con todo lo que nos ha ocurrido —contesto sincera—. Si no querías algo así en tu vida, ¿para qué entras en un chat de, precisamente, eso mismo?

Él sonrío de manera fugaz. Una sonrisa que no le llega a los ojos, pero que me permite vislumbrar el inicio de sus hoyuelos.

—Pues tiene que ver, cariñ... Valentina —se corrige—, tiene que ver.

Empecé cuando este amigo del que te hablo me animó a ir con él para ver alguna

de sus sesiones. Quise saber algo más por otras personas, sumisos o amos.

Quería tener información de ambas partes para comprender todo desde las dos perspectivas.

Propio de alguien que ha estudiado una carrera de ciencias...

—Fue ahí cuando me topé contigo. —Sonríe de nuevo, pero esta vez sí parece una sonrisa completa—. Estaba hablando con un sumiso cuando tú apareciste en el chat principal saludando muy inocentemente. Sabía que te comerían como a un trozo de carnaza echado a los caimanes, porque fue lo

mismo que me pasó a mí los primeros días. No quiero decir con esto que todo el

mundo sea así, pero, por lo que pude ver, hay demasiada gente camuflada para ver lo que pilla ahí dentro.

Alzo una ceja y lo observo, queriendo darle a entender que eso mismo fue lo que hizo él conmigo... ¿O no? Vale, quiero saber si me estoy replanteando la historia y estoy dándole credibilidad.

—La finalidad con la que entré a ese chat no era ésa, Valentina. En ningún momento se me pasó por la cabeza iniciar ese tipo de conexión con alguien. Una

conexión que me mantenía despierto hasta altas horas de la madrugada, aun teniendo que madrugar para ir a trabajar. Algo que sentí recíproco desde el primer instante. Eso no es algo que se pueda fingir y lo sabes, ¿verdad?

—S... sí. Yo también lo sentí, Rubén, pero me es imposible creer que, de todas las personas que había allí, precisamente tú diceses conmigo. Es demasiada

casualidad.

—El destino nos tendría preparado reencontrarnos de alguna manera. Piensa que, si no hubieses hablado con Jack, es decir, conmigo, puede que no te hubieses separado, por lo que tampoco habrías venido a vivir con mi hermana y

no nos habríamos reencontrado hasta quién sabe cuándo.

—Igualmente, eso no te da derecho a callar y no decirme quién eras cuando descubriste quién era yo. —Me observa y sigue en silencio—. No sé si te das cuenta ni por un momento de lo ruin que me ha llegado a parecer que yo, sin saber con quién hablaba, te contase cosas de nuestra relación y tú... —Me corta.

—Yo simplemente te escuchaba. —Se da cuenta de mi reacción y prosigue—. Sí, no tenía ningún derecho a meterme en tu intimidad de esa forma. Si no hablabas conmigo de lo que sentías por mí, tampoco debería haberlo descubierto

de esa manera, pero no sabía cómo actuar, Valentina.

Vuelve a pasar la mano por su pelo y se cruje un par de dedos.

—Sabía que hacía mal no contándote quién era desde el momento en que yo supe quién eras tú, pero no lo hice, no supe hacerlo o no tuve el valor de hacerlo.

—Niega con la cabeza con una sonrisa de pesar—. Eso ahora no importa, la verdad. El caso es que no lo hice y me arrepiento desde el primer instante, aunque he intentado hacerlo... Intenté decírtelo, pero nunca parecía el momento

adecuado.

—¿Cuándo... cuándo supiste quién era yo? —Mi voz suena afectada y carraspeo—. ¿Cuándo descubriste que con quien hablabas a diario era la mejor

amiga de tu hermana?

En un gesto espontáneo se acerca a mí y pasa su mano por mi mejilla. Yo me quedo quieta, sintiendo su cálido tacto en mi cara, y cierro por un instante los ojos, respirando profundamente. Cuando vuelvo a abrirlos, él me está observando y sonrío.

—No lo confirmé hasta que entré en el baño y te vi en la ducha, pero, desde que mantuvimos la conversación en la que mi hermana hablaba de Jack... No quise creerlo, simplemente no podía, pero, en cierta parte de mi interior, lo supe.

Le mantengo la mirada, intentando descubrir la verdad en sus ojos. O es muy bueno mintiendo, o sus palabras son sinceras.

—Quizá el momento para decírmelo y no permitir que esto fuese a más hubiese sido en la conversación que mantuvimos después en este mismo sofá, ¿no te parece? —le pregunto con un tono de voz más suave que en los reproches

iniciales—. No sé, te hablé de cómo conocí a Jack, te pregunté si te parecía una

locura. Te dije hasta el nombre que utilizaba en el chat. Si me hubieses contado

todo esto en ese momento...

—Ésa es la primera prueba de que tu novio es un capullo. —Me agarra la mano y, aunque no correspondo la caricia de sus dedos en mi muñeca, no la aparto—. Debería haberlo hecho, sí. Llevas toda la razón, pero no lo hice y no sabes cómo me pesa saber que puedo perderte por todo lo que he hecho.

Cuando

ocurrió lo del bar... Por la mañana, cuando nos despertamos en tu cama y tú me

pediste que te... hiciese olvidar... Quise sincerarme en aquel instante. No quería

seguir haciéndote daño.

Cierro los ojos y hago una mueca con los labios, intentando no sonar

afectada cuando vuelvo a abrir mis labios para hablar.

—Rubén, ¿perderme? —le pregunto sin mirarlo—. ¿Crees de verdad que no lo has hecho ya? ¿Realmente piensas que puedo perdonar esto y hacer como si nada?

—Sé que te he hecho mucho daño, Valentina, pero todo lo que siento aquí — lleva la mano que mantiene agarrada la mía hasta su pecho, apoyándola en su corazón—, esto que me oprime de tal manera que no me deja respirar cuando tú

estás cerca de mí, cuando me miras y me sonríes, cuando me besas y te dejas

llevar por mis manos o mi cuerpo... Esto es real, Valentina. Te quiero.

Contengo mi barbilla, que se ha propuesto temblar cuando mis ojos han comenzado a sentir un picor bastante molesto.

«Te quiero.»

Unas palabras que deberían hacer saltar los latidos de mi corazón pero que

ahora mismo siento como una despedida. Me quiere, y yo creía que también lo hacía, pero... ¿esto? ¿Soy capaz de olvidar lo que ha ocurrido, cómo me he sentido y me siento?

—Rubén, no creo que yo pueda ahora mismo... —Me interrumpe,

acercándose a mí y manteniendo su cara muy cerca de la mía—. Son demasiadas

cosas. Ha ocurrido todo tan rápido y tan inesperadamente... No creo que pueda

olvidarlo, la verdad.

—Te daré todo el tiempo que necesites, Valentina. —Su aliento llega a mi rostro y cierro los ojos, incapaz de contener las lágrimas que amenazan con bañar el salón. Respiro hondo y vuelvo a abrirlos. Él debe de notar que estoy a

punto de echarme a llorar—. Nena, me siento un miserable por haberte provocado todo esto, por haberte hecho daño y haber dejado que pensases que era yo el que se sentía enfadado por lo que ocurrió en casa de tu ex marido, pero

en ese momento me di cuenta de que yo no era mejor que él. Te estaba haciendo

daño sin tú saberlo, pues tarde o temprano te provocaría esto mismo. En cierto modo eso ha sido lo que me ha mantenido alejado de ti, saber que ocultándote lo

de Jack te estaba haciendo daño. No sabes lo contradictorio que fue para mí

hablar contigo como Jack y que me dijese que me «dejabas» para estar realmente conmigo. Me elegiste y yo estaba siendo un maldito mentiroso contigo. No soy mejor que Enrique.

Su mano sube hasta mi mejilla y repasa el contorno de una lágrima traicionera que ha escapado sin darme cuenta.

—Tú no eres como Enrique —susurro—. No sé si podré olvidar todo esto, Rubén. No puedo darte esperanzas de que se vaya a solucionar, de que vaya a ser capaz de olvidar lo que ha ocurrido.

—Estaré aquí. No me voy a ir a ninguna parte, nena. —Se acerca un poco más a mí, quedándose a escasos milímetros de mis labios—. Tómame todo el tiempo que necesites para ello, pero yo voy a seguir aquí día a día, recordándote cuánto me importas, lo mucho que te quiero y lo que me haces sentir cuando estoy contigo... Y si decides que no estás preparada para volver a tener una relación conmigo, lo respetaré. Yo mismo me he buscado todo esto, ahora sólo me queda soportar las consecuencias por mucho que me duelan. Como te he dicho antes, la importante eres tú, siempre. Para mí y para ti misma, tú eres la prioridad.

Su mano agarra mi cintura y con cautela me mira, intentando discernir si lo que va a hacer va a ser bien recibido por mi parte. Yo cierro los ojos y suspiro

derrotada, sabiendo que es imposible olvidar, pero igual de imposible es que mire hacia mi futuro más cercano y no lo tenga a mi lado. Todo es tan complicado que no soy capaz de pensar con claridad ahora mismo, pues todo mi

plan inicial de escuchar su versión y que mis ideas no se viesen afectadas se está

desmoronando como un castillo de arena arrastrado por el agua. Él es la ola que

me arrastra a apartarlo y perdonar, pero sé que no es tan sencillo. Sé que esto sería un impedimento y no quiero recordar todo lo que ha pasado cuando algo vaya mal entre nosotros, echándole en cara una y otra vez lo mismo cuando tengamos alguna discusión.

Tiempo.

Necesito tiempo para poder aclarar lo que siento, poner en una balanza todo, tanto positivo como negativo, y ver qué hace él en ese período para con nosotros.

Sus labios tocan los míos cuando aún permanezco con los ojos cerrados. Es un roce tímido, una caricia cariñosa que me reconforta y ayuda a disipar por un momento el nubarrón que me encoge el ánimo. Tras unos segundos, se aparta y nos miramos.

—Te quiero, pequeña. —Acaricia mi barbilla—. No lo olvides.

Desvíó mi mirada de la suya cuando soy consciente de que ahora mismo soy

incapaz de pronunciar esas mismas palabras hacia él, porque sí, le quiero...  
Pero

no las emitiré si sigo sintiendo que no es el momento. Éste no lo es en absoluto.

Después de haberse marchado, me quedo de pie en la entrada, observando la puerta y repasando en mi mente todo lo que hemos hablado. Si algo tengo claro son dos cosas: una, aunque me parezca poco probable, parece que ha dicho la verdad sobre la manera en la que nos encontramos. Es difícil que ocurra algo así,

pero puede pasar y, de hecho, parece que así ha sido. Dos, estoy enamorada de Rubén y conseguir olvidar todo esto se me va a hacer casi imposible. Le quiero,

le necesito en mi vida, pues me hace sentir muy especial cuando estoy junto a él

y me siento correspondida, pero, ahora mismo, con todo tan reciente... Él me ha dicho que me esperará, que me dará todo el tiempo del mundo para que descubra

qué es lo que quiero hacer, pero hasta antes de mantener la conversación no creía

probable que se fuese a arreglar nada. Ahora no sólo sé que él quiere arreglarlo,

sino que una parte de mí también apoya esa idea, haciéndome recordar los buenos momentos que hemos pasado juntos y la manera en la que me he sentido

con él. Aunque, claro, también está la que se empeña en recordarme la parte

negativa de toda esta historia, el daño y la traición que he sentido al descubrirlo.

¿Será más fuerte el amor que siento por él o el daño que me ha hecho sentir?

Es curioso que nuestro subconsciente, aun sin percibirlo nosotros mismos, nos haga ver esa conexión diferente que existe entre dos personas, aunque no se

hayan visto nunca cara a cara. Resulta escalofriante la manera en la que sentía en

mi interior que Jack era alguien con quien había conectado desde el principio, al

igual que me ocurrió con Rubén cuando lo volví a ver. Pero lo que aún me tiene

más desconcertada es que realmente, cuando me encontré con Jack, una parte de

mí que hasta ahora se ha mantenido callada y escondida, por temor a que tomase

represalias contra ella, deseaba que fuese Rubén.

## **Capítulo 30**

### **De vuelta a tu amor**

«El tiempo todo lo cura.» Una bonita frase de alguien que demostró que no tenía ni puñetera idea de la vida, porque... ¿de qué otra manera se explica que dijese semejante tontería? «El tiempo pasa lento cuando duele», «el tiempo supone valorar lo que has dejado marchar», o incluso «el tiempo hace que

establezcamos prioridades». Esas frases me parecerían más acertadas, pero ¿curar? No... eso no lo hace el tiempo, eso lo haces tú mismo cuando sopesas las cosas positivas y negativas de la situación que te mantiene en un estado poco halagüeño. Lo que te cura es recibir diariamente un mensaje de la persona que quieres, aunque ella misma sea la que te tiene en ese estado, recordándote que seguirá ahí, pase lo que pase, decidas lo que decidas. Lo que cura tus heridas es la fortaleza que adquieres después de sufrir por amor. Eso es lo que indiscutiblemente lo cura todo.

¿Y yo? ¿Estoy curada? Parece que esté valorando mi situación como una mala enfermedad, pero, si tengo que sincerarme, cuando llegué a Badajoz después de pasarme una semana en la casa que comparto con Rebeca, intentando respirar el suficiente oxígeno que me demandaban mis pulmones y consiguiéndolo a duras penas, noté mi situación como tal. Llegó un punto en el que no podía dormir en mi habitación sin recordar los momentos que pasé con Rubén en ella; el baño se hubiese convertido en zona restringida si no hubiese sido imprescindible utilizarlo; el sofá, la cocina... ¡Todo! Todo lo que había a mi alrededor me recordaba a Rubén. Incluso el ordenador parecía haber notado mi angustia y se escondía bajo prendas de ropa que se le iban amontonando encima.

No tuve más remedio que salir de allí. Tras hablar con Rebeca y sin necesidad de darle explicaciones, pues ella era la que padecía a diario mi

desequilibrado estado en el que lo mismo me ponía a llorar que me ponía a reír

con cualquier chorrada, hice una maleta y me marché temporalmente a Badajoz,

volviendo —y repito—, temporalmente, a casa de mis padres para lamermis

heridas.

En la habitación que mi madre ha mantenido intacta desde que me fui, cosa

que al principio me dio un poco de grima, porque parecía como si su hija hubiese

desaparecido y aquél fuese su santuario, he pasado los últimos dos meses.

Bueno, tampoco es que haya estado enclaustrada en mi dormitorio día y noche,

obviamente también he estado en otras partes de la casa y del pueblo, pero mi habitación ha sido para mí mi refugio, mi lugar seguro e impenetrable, donde la

inocencia que aún se respiraba en las paredes plagadas de pósters de grupos

musicales de mi adolescencia me ha ayudado a volver a una época en la que no

había más preocupación que la próxima fiesta, o el primer beso. Allí tumbada he

pensado en todo y en nada a la vez, he escuchado música, leído, hablado

conmigo misma... Y desde las últimas tres semanas me he visto con las fuerzas

necesarias como para acercarme a la casa donde Rubén y Rebeca vivían con sus

padres de pequeños y sentarme en el columpio que tantas veces nos vio reír siendo niños. Allí he mantenido conversaciones también con Rubén a través del

teléfono, aunque en ninguna de las ocasiones me he visto capaz de responder sus

llamadas, así que él no ha dejado de mandarme mensajes y preocuparse por mi bienestar, confiando en que este tiempo me ayude y lamentándose de haber sido

el culpable de provocar mi marcha.

Y puedo decir que, en mi caso, el tiempo y la distancia han ayudado a que me dé cuenta de qué es lo que quiero, cómo lo quiero y qué necesito para ser feliz, porque, a fin de cuentas, eso es lo que todos buscamos en nuestro paso por

la vida. Vivir, experimentar, llorar, reír... En definitiva, ser felices.

He conseguido llegar a entender su miedo a mi reacción, pues valorándolo todo desde la lejanía y la perspectiva que tengo ahora mismo, yo también habría

tenido miedo de la suya dado el hipotético caso de que hubiese sido al contrario.

Cierto es que nadie sabe cómo hubiese reaccionado de haberle ocurrido algo así,

por lo que tampoco soy quién para juzgar su manera de hacer las cosas, aunque

claramente me haya hecho daño. He rememorado cada palabra que nos hemos dicho, sobre todo las que él ha pronunciado, y me he percatado de que a veces las señales estaban sólo a un palmo de mí, a falta de un pequeño empujón para salir a la luz... Pero ese destino del que Rubén me hablaba, que hizo que nos cruzásemos por la web, decidió que quizá ése no era su momento. ¿Podría haber

sido diferente de haberlo sabido antes? Sí, seguramente. ¿Es posible que no hubiese tenido una relación con Rubén? Pues nunca lo sabré, aunque quiero creer que sí la hubiera tenido, pues lo que siento por él no es algo pasajero o superficial, al igual que lo que él me ha confesado sobre sus sentimientos. Lo que sí sé es que las cosas han ocurrido de una manera que ninguno de nosotros puede cambiar; ya están hechas y en cierto modo cada uno tiene sus propios pecados. Ni los malos son tan malos, ni los buenos...

En cuanto a mis padres, bueno, este tiempo ha servido también para hacer que la morriña que sienten siempre por la marcha de su única hija se haya aplacado un poco. Con papá las cosas son como siempre; es un hombre serio y un poco distante, pero me consta que me quiere y yo lo quiero a él como sólo se

puede querer a un padre. Mi madre es otro cantar. Evidentemente no he hablado

con ellos sobre lo que me ha hecho volver, únicamente les dije que, tras mi ruptura con Enrique, necesitaba un tiempo para cambiar de aires, pero mi madre

no es tonta y, aparte de ser madre, es mujer. Le bastó mirarme para saber que algo ocurría y que no venía por el lado de mi ex marido; algo relacionado con algún hombre. Su consejo al salir de casa ayer por la mañana me hizo darme cuenta de la gran mujer con la que mi padre tuvo el placer de casarse y la gran suerte que tengo de tenerla como madre. Me animó a que me dejase guiar por lo

que mi corazón me dictase, alegando que, si había decidido cambiar el rumbo de

mi vida separándome de Enrique, no era momento para cerrarle de nuevo las puertas al amor. También me dijo que estaban orgullosos de la mujer en la que me había convertido y que siempre me apoyarían, pasara lo que pasase.

¡Qué sabias son las madres! La abracé muy fuerte, oliendo su cabello y transportándome a épocas pasadas en las que, con su sencilla frase de «todo se arreglará», las penas pesaban menos.

Confío en que así sea, pues me siento capaz de tomar las riendas de mi vida y así pienso hacerlo.

—¿De qué me suena esa pareja que se acaba de sentar allí?

La voz de Rebeca me llega a los oídos, sacándome del escrutinio que le estoy haciendo a mi copa mientras pienso en todo lo que me ha traído de vuelta a Barcelona, señalando con la cabeza a la pareja que acaba de sentarse en una de

las sillas más alejadas de la terraza en la que nos encontramos. Dirijo mi mirada

hacia ellos y los observo, implantándose una sonrisa en mi cara.

—Son Luis y Clara —le respondo sin dejar de mirarlos y colocando mi bebida en la mesa—. Estuvieron en el cumpleaños de tu hermano, ¿te acuerdas?

Ayer llegué a casa cuando aún no había salido Rebeca del trabajo y me metí en la cama, exhausta después del viaje en coche. Hoy me ha arrastrado, literalmente, aprovechando que es sábado, a un bar que tiene una acogedora terraza con unas estufas bastante psicodélicas que mantienen una temperatura sumamente agradable en este mes de noviembre.

—¡Ah, sí! —Eleva una de sus manos, agitándola—. ¡Eh, chicos! ¡¡¡Ehhh!!!

—Rebeca, por Dios... ¿No puedes ser un poco más discreta? —Sonrío y le doy un sorbo a mi bebida—. Anda, vayamos a saludarlos.

Nos levantamos, dejando nuestras pertenencias en las sillas que hemos ocupado y nos encaminamos hacia la mesa de ellos. Ambos están mirando distraídamente sus teléfonos móviles, por lo que no se han percatado de nuestra presencia.

—¿Crees que si doy un silbidito ahora conseguiré que despegues los ojos del teléfono? —le digo a Luis, recordando las palabras que me dijo cuando hablamos la última vez.

Él levanta la cabeza del aparato y, tras un momento de incertidumbre, sonrío

ampliamente y se pone de pie, abrazándome en un gesto sincero y alegre.

—¡Qué sorpresa! Valentina... —Su mirada recorre mi cuerpo y me siento inmediatamente cohibida. ¿Desde cuándo Luis me ha mirado así? Cuando su escáner visual vuelve a mi cara, me agarra de ambas manos y me sonrío de nuevo, con un gesto de sincera alegría por reencontrarnos.

Rebeca termina de saludar a Clara y yo hago lo mismo mientras ella saluda a Luis. Nos quedamos los cuatro de pie, al lado de su mesa. El camarero aparece

para tomar nota de su pedido y le indican que esperan a alguien más.

—¿Qué tal? ¿Cómo te encuentras? —me pregunta Luis en un tono de voz bajo, sólo para mí—. ¿Se solucionó todo...? Ya sabes.

Sonrío y asiento con la cabeza, restándole importancia.

—Estoy bien, Luis. Acabo de volver de mi pueblo, he estado allí desconectando durante un tiempo y ya estoy de vuelta con energías renovadas.

—¿Queréis sentaros con nosotras? —les pregunta Rebeca entusiasmada—.

Estamos en aquella mesa de allí.

—Gracias pero... Es que estamos esperando a mi prima Gisèle, que acaba de llegar a la ciudad y vamos a comer con ella para después enseñarle un poco la zona. No quería ir sola y Luis se ha apiadado de mí para acompañarnos —nos explica Clara, y le dedica un gesto dulce y de agradecimiento a él—. ¡Por cierto,

chicas! Nos hemos encontrado viniendo hacia aquí con Roxi y... ¿a que no sabéis lo que nos ha contado?

—Estuve con ella antes de ayer y no me dijo nada suculento —responde Rebeca, interesada—. ¡Cuenta, que ya tendré ocasión de matarla cuando la vea por no darme noticias jugosas!

—Puede que no lo supiera entonces y por eso no te lo contara, pero no os lo vais a creer...

—¡Oh, vamos! ¡Suéltalo ya! —Rebeca se queja, impaciente—. O cuéntalo tú, Luis, que también debes de saberlo.

Luis se ríe y hace un gesto con la mano, señalando a Clara para que continúe.

Su mano se posa en mi cintura y me da un apretón cariñoso cuando giro mi cabeza para observarlo. Me dedica una sonrisa torcida y yo intento devolvérsela,

pero sólo consigo una mueca un tanto extraña. Clara vuelve a hablar y giro mi cabeza hacia ella.

—Pues... A ver, no quiero parecer cotilla pero... ¿a que no sabéis quién está con quién?

—¡Pues no! ¡¿Cómo vamos a saberlo?! —Mi mejor amiga se impacienta por segundos.

—Estuvieron con nosotros en el Montseny... —dice Clara, sin llegar a revelar la información en su totalidad—. Y una de las partes de esa relación

es

rubia y odiosa.

Me envaró cuando me doy cuenta de que está hablando de Mónica, la Barbie que no se despegaba de Rubén ni con agua caliente en su cumpleaños. «No, tranquila Valentina, que no es posible que ella y Rubén... No, no. No...

¿Verdad?»

—Pues teniendo en cuenta que Luis está aquí y no creo que tenga ese mal gusto, que mi hermano está loco por los huesos de Valentina, que Fernando ya nos has dicho que está en León por trabajo pero que lo vuestro sigue «viento en

pompa»... Pues sólo me quedan el Ken, Santi y Lolo —especula Rebeca—. No,

rectifico. Descarto a Santi... Dudo que siendo tan insulso haya llamado la atención de la Barbie. ¿Hugo? ¿La Barbie y el Ken han acabado juntos para tener pequeños y perfectos Polly Pocket?

—¡¡No!! —responde riendo Clara—. Es... ¡¡¡Es Lolo!!! Por lo que nos ha contado Roxi, los vio juntos en el centro comercial. Él llevaba un montón de bolsas de diferentes tiendas y ella iba colgada de uno de sus brazos.

—¿En serio?! —preguntamos las dos al unísono.

—Eso nos ha contado Roxi. Fuerte, ¿eh? —secunda Luis, que ha desistido de mantenerme agarrada cuando ha percibido que me sentía incómoda.

Después de un rato de conversación y especulaciones por la extraña pareja que se ha formado y que no pueden pegar menos juntos, aparece una chica con el pelo color caramelo, alta y con un cuerpo muy bonito, sonriendo con naturalidad. Nos la presentan y nos enteramos de que viene a la ciudad para hacer un máster, pues ha terminado la carrera el año pasado y quería cambiar de aires, marchándose a vivir durante una temporada lejos de Francia. Se trata de Gisèle, la prima de Clara y a la que estaban esperando.

Dejamos que ellos se sienten para comer y regresamos a nuestra mesa, no sin antes haber recibido un nuevo abrazo de Luis y la promesa de vernos más asiduamente y volver a hacer algo todos juntos, aunque esto último quien lo ha propuesto ha sido Clara.

Abonamos nuestra consumición, que ya se encuentra un poco aguada, y salimos a la calle, buscando un taxi que nos acerque a casa, pues no hemos querido coger el coche por la dificultad de aparcamiento que siempre hay en el centro de la ciudad. No debería haber mayor complicación, puesto que es la una de la tarde, pero pasados quince minutos aún no hemos encontrado ninguno y descartamos la idea, buscando una parada de autobús que combine con nuestra dirección. No cesamos de hablar sobre lo que nos han contado, riéndonos al

hacer suposiciones de momentos entre ellos dos. Rebeca no puede evitar imitarlos, aunque estemos en plena calle. ¡No tiene vergüenza!

Al pasar por delante de un portal, vemos salir a Santi y noto que mi amiga se queda rezagada. Me giro y la veo observándolo; él no se ha percatado de que estamos aquí y, como no encuentro motivos para no hacerlo, lo llamo por su nombre y se gira hacia nosotras, dándose cuenta de nuestra presencia y acercándose con una sonrisa comedida.

—Hola, chicas —nos saluda con voz pausada—. ¿Cómo tú por aquí, Valentina? Te hacía en Badajoz —me pregunta y mueve su cabeza hacia un lado, asomándose un poco por mi hombro para ver a Rebeca, que se ha quedado tras de mí—. Hola, Rebeca, ¿qué tal?

Se recoloca la chaqueta de cuero marrón y yo le sonrío, de sobra sé que ha sido Rubén el que se lo ha dicho. Rebeca le contesta con un «bien, gracias» y me

quedo algo cortada. ¿Qué demonios le pasa y por qué es tan seca con él?

—Sí, volví ayer. No podía estar más tiempo separada de esta loca que tengo por amiga.

Me río un poco, intentando cortar el ambiente tenso que se mantiene a nuestro alrededor. Él sonrío y dirige una nueva mirada a Rebeca, a lo que ella le

responde con otra más retadora. Me siento como en un partido de tenis, así que decido explicarle que nos vamos a casa y que nuestra búsqueda de transporte está resultando, cuanto menos, molesta. Él se ofrece a llevarnos, pero mi amiga

rápidamente declina el ofrecimiento cuando ve acercarse por la calle un taxi, como si fuese la mismísima tabla de salvación del *Titanic* en la que su protagonista se aferró para no morir congelada... Aunque, ahora que lo pienso,

su pareja no corrió la misma suerte... Se dirige al borde de la acera despidiéndose de Santi con un «hasta otra» y yo me quedo un poco cortada.

Ya averiguaré algo sobre lo que acaba de ocurrir. ¿Qué mosca le ha picado?

—Bueno, Santi. Un placer volver a verte, estás estupendo —le contesto, al despedirnos—. Que te vaya bien. —Le sonrío.

—Igualmente, Valentina. —Su mirada vuelve a dirigirse al lugar donde se encuentra Rebeca, esperando en la puerta del taxi a que me reúna con ella—. Tú

también estás genial —me dice sin despegar los ojos de mi amiga.

Se queda parado en el mismo lugar hasta que el taxi ha emprendido la marcha y yo lo despido con una mano, a lo que él contesta con un leve asentimiento de cabeza.

—Vaya, parece que hoy nos vamos a encontrar con todo el mundo —le digo a Rebeca, que se mantiene mirando al frente, por la ventanilla del conductor,

muy concentrada—. Primero Luis y Clara con la exclusiva, ahora Santi... —  
Ella

sigue sin prestarme atención—. Estaba guapísimo, ¿verdad?

Parece traer sus pensamientos al habitáculo trasero del vehículo donde nos encontramos y me mira, asintiendo con la cabeza de forma breve.

—Sí, menuda bienvenida, ¿eh? ¡Te quejarás! —me responde volviendo a su habitual tono despreocupado.

Continuamos en silencio, observando el tráfico que mantiene nuestra marcha algo ralentizada, pero decido cortarlo para preguntarle directamente—: ¿Qué ha

sido eso, Rebeca? ¿Qué ha pasado hace un momento?

Ella me mira haciendo ver que no entiende mi pregunta y yo alzo las cejas de forma insistente. Conmigo lo de hacerse la tonta no sirve, la conozco perfectamente aunque haya pasado separada de ella los últimos sesenta y tres días.

—No sé a qué te refieres. ¿Querrás que vayamos esta tarde a algún sitio o prefieres que nos quedemos en casa haciendo algo? —cambia el trascurso de la

conversación y yo sonrío, sabiendo que algo ocurre para que actúe así.

—Mejor nos quedamos en casa —me limito a contestar sin querer insistirle más. Cuando se vea preparada, ya me lo contará.

Pasamos el resto del trayecto en silencio, escuchando las canciones que van sonando en la radio del taxi. Al llegar a casa, me meto en mi habitación mientras

Rebeca se dedica a cocer la pasta, así aprovecho y voy adelantando con las maletas, que aún están sin deshacer desde que llegué ayer.

—Valentina —me susurra Rebeca desde la puerta de mi habitación—. Mi hermano está al teléfono y pregunta por ti... ¿Quieres que le diga que estás acostada?

Sonrío y niego con la cabeza, acercándome a ella y dándole un beso en la mejilla.

—Gracias, Rebeca, pero creo que es el momento de hablar con él. Ya lo ha intentado en varias ocasiones y se ha tenido que conformar con conversaciones por WhatsApp.

Ella me devuelve la sonrisa y me palmea el cachete del trasero cuando paso por su lado en dirección al salón, con el teléfono en la mano.

—Hola, Rubén —saludo cordial.

—Hola, preciosa, ¿ya te has instalado de nuevo? —me pregunta con el mismo tono de voz.

—Sí, volví ayer por la tarde y ahora estaba terminando de deshacer las maletas.

—Me alegro de que ya estés de vuelta. Espero que el cambio de aires te haya

venido bien. He echado de menos escuchar tu voz.

—¿Te apetece que me pase esta tarde por tu casa y hacemos algo juntos? —

la pregunta sale de mis labios de manera natural, sin haberme dado tiempo a procesarla, después de haber escuchado sus palabras.

«Yo también te he echado de menos, Rubén», pienso mientras él sopesa mi pregunta.

—Claro, ¿a qué hora te viene bien? —me pregunta con un tono de excitación palpable. Creo que no se esperaba este cambio.

Nuestras conversaciones escritas por mensaje eran sencillas por mi parte, no quería darle pie a pensar en nada más allá de nuestra amistad, pero mentiría si os

dijese que no estaba pendiente del teléfono, aguardando a que me escribiese a cada rato.

—Cuando quieras, nosotras vamos a comer ahora, así que, si te parece bien, sobre las cinco me paso por allí. —Recorro con una mano la superficie del respaldo del sofá y dejo que mi voz suene alegre, tal y como me quiero sentir de

ahora en adelante.

—Me parece perfecto, preciosa. Y, Valentina, gracias...

—No me tienes que dar las gracias por nada, Rubén. Nos vemos luego, ¿vale? Llevaré algo rico y con chocolate.

Él se ríe y me contagia, despidiéndonos de una manera afectuosa hasta más tarde. Me giro y observo a Rebeca, quien, apoyada en la pared del salón, me mira con una gran sonrisa.

—¿El retorno del *descoñador*? —me pregunta mi amiga riéndose—. Me alegra que hayas quedado con él, Val. Es mi hermano y le quiero, pero tú eres mi

amiga y tampoco puedo ser feliz sabiendo que no lo eres tú.

—Intento serlo, Rebeca —me sincero—. Eso intento.

—¿Sabes? Una vez alguien me dijo que los amigos son los hermanos que nosotros mismos elegimos, y no podría estar más de acuerdo. Te quiero mucho y

espero que a partir de ahora todo lo que te rodee te haga feliz... Y si alguien te hace daño, ya sabes, sacamos esa lámpara y nos liamos a hostias.

Las carcajadas inundan el salón y, desde hace tiempo, siento que éste es el camino que debo tomar.

Ser feliz.

## **Capítulo 31**

### **Perfectamente imperfecta**

No puedo contener los nervios que me provocan un nudo en el estómago cuando observo el portal de Rubén frente a mí. No he querido darle muchas vueltas a nuestro reencuentro, porque sé que surgirá de manera natural, pero,

por

mucho que me intente tranquilizar mentalmente, no dejo de sentir unas tremendas ganas de llorar y reír a la vez. Sí, estoy bastante nerviosa.

Inspiro una fuerte bocanada de aire y acerco mis dedos al portero automático, pulsando durante unos segundos. La voz de Rubén no tarda en aparecer y, cuando me identifico, abre sin dilación la puerta. Al subir en el ascensor aprieto el asa de la bolsa, que contiene un pequeño arsenal de azúcares, con fuerza.

Al salir del habitáculo, ya en la planta seleccionada, me giro para encaminarme hacia su puerta y lo observo apoyado en el marco de la misma, con una sonrisa radiante, el pelo algo más corto y esos hoyuelos que tanto me fascinan en sus mejillas, pobladas por una escasa barba de aspecto cuidado. Mi

sonrisa no tarda en aparecer y avanzo hacia él sin dejar de mirarnos fijamente a

los ojos. Puedo ver un brillo especial en ellos, e imagino que le invade la misma

sensación de plenitud al volver a verme que a mí al volver a verlo a él. Tengo ganas de salir corriendo y colgarme de su cuello para abrazarlo durante horas y

horas. Bueno, sí, quizá empezaría abrazándolo, aunque Zorrentina me recuerda

que llevo demasiado tiempo sin darle combustible. Desecho la idea, pues ahora

mismo no quiero pensar en nada sexual, sino en la parte romántica de la situación, porque, aunque haya sido yo la que ha venido a verlo, aunque esté siendo yo la que avanzo hacia él y no él hacia mí, como en las películas románticas que siempre nos venden que los hombres son quienes tienen que venir a nosotras, mi propia película supera todo eso. Soy yo misma la que he venido a él, para decirle todo lo que siento y para demostrarle que este tiempo separados me ha servido y pesado como una gran losa en mi cabeza.

Al llegar a su altura, me detengo intencionadamente a un metro escaso de su posición. Él tuerce la sonrisa y me mira intensamente, paseando su mirada de mis ojos a mi boca. Yo no dejo de sonreír y de mirarle a sus esferas celestes, divirtiéndome con los nervios que parece querer esconder tras esa postura algo

canalla que mantiene, cruzado de brazos y apoyado en la puerta.

—Hola, nena —murmura con voz grave.

—Hola, Rubén —le devuelvo el escueto saludo, sintiendo la electricidad correr entre nuestros cuerpos.

—Te veo... —recorre su mirada por mi anatomía lentamente y, cuando me vuelve a mirar, me guiña un ojo— ... muy bien.

—Tú tampoco estás mal. —Le devuelvo el guiño—. ¿Vas a darme un abrazo o también tengo que ser yo la que te lo dé? —le pregunto con una sonrisa

retadora.

Él retiene una carcajada, avanza uno de sus brazos hacia mí y me agarra de la mano, pronunciando un sencillo «ven aquí» y envolviéndome automáticamente entre sus brazos. Durante unos minutos que no sabría cuantificar, me deleito en volver a reconocer su olor, su tacto y su calor, cerrando los ojos y disfrutando de

ese gesto fraternal y cariñoso, porque, aunque haya habido un momento de tensión sexual contenida, no pienso solucionar los problemas con sexo. No es el

medio, aunque nunca viene mal como herramienta conciliadora, pero siempre tras haber mantenido la pertinente conversación.

«¡Para el carro, Valentina! Tú tienes claro lo que quieres a partir de ahora, pero aún se lo tienes que explicar a él y puede que no acepte tus condiciones, así

que no te bajas las bragas todavía.» Mientras mi cordura y mis hormonas siguen

discutiendo, intento dejar a un lado los pensamientos y termino el abrazo con un

inocente beso en la mejilla de Rubén que lo deja algo descolocado pero que acepta gustoso y, de hecho, me devuelve al cabo de unos instantes.

—Pasa, he preparado algo calentito para beber —me invita al separarnos y agarra la bolsa de mi mano derecha—. ¿Has invitado a más gente? —me pregunta al abrirla y mirar su contenido.

Yo me encojo de hombros con una sonrisa culpable y él se ríe, dirigiéndose a la cocina y depositando las cosas en la encimera. Lo sigo hasta allí y me tiende

una taza de la que sale un humito muy tentador, dado el frío que hace. Me la acerco a la nariz y huelo el delicioso aroma del chocolate líquido que ha preparado.

—Humm... —Un pequeño gemido escapa de mi garganta cuando lo pruebo, sintiendo el leve sabor a caramelo que ha debido de añadir para mi placer—. Veo

que te acuerdas de todos los detalles de nuestras conversaciones. Muy observador.

Él parece enorgullecerse de sí mismo, demostrándomelo con una sonrisa triunfal.

—Todo lo que tiene que ver contigo me parece digno de recordar —contesta, acercándose un bollo relleno de chocolate.

Gracias a Dios que no engordo aunque engulla todo lo que me apetezca, porque, si no, esto sería motivo para pasarme una semana entera viviendo en una

clase de *spinning*. Cuando estoy relamiendo mis labios, tras haberle dado un mordisco al dulce, se me acerca y, agarrando mi taza con una mano para

depositarla en la encimera, apoya la otra en mi cintura y se acerca

peligrosamente a mí, teniendo en cuenta que tengo ahora mismo toda la boca

llena de bizcocho y chocolate.

—¿Sabes que está científicamente demostrado que el chocolate, sobre todo en las mujeres, duplica los latidos cardiacos? —Yo elevo uno de mis hombros en

señal de interrogación, intentando tragar la bola que tengo en la boca. Dios, ¿por

qué no habré dado un mordisco más pequeñito?—. Se trata de un estimulante sexual de los más efectivos que existen, e incluso aseguran que excita más que un beso —me sigue contando con una voz varias octavas más grave que la que tiene normalmente. Pues sí, debe de ser cierto, porque parece que a él también lo está excitando, y eso que aún no lo ha probado—. Pero yo tengo mis dudas sobre

esa afirmación.

—¿Q... qué afirmación? —consigo responder tras haber dejado libre mi cavidad bucal. «Valentina, a partir de ahora bocados pequeñitos cuando estés en compañía.»

—La que se han empeñado en comprobar un grupo de científicos, demostrando que la reacción de un cuerpo ante el estímulo sexual de un beso es

menor a la que se obtiene habiendo tomado chocolate. —Su otra mano se apoya

en mi cadera, acercando su cuerpo al mío y bajando su cabeza para dejarla a la

altura de la mía—. Ya sabes que, como buen científico, me gusta comprobarlo todo por mí mismo.

Asiento con la cabeza, sin saber adónde quiere llegar a parar. ¿Se va a poner a medirme la frecuencia cardiaca ahora? Pues menuda forma de comenzar la conversación. La verdad es que, con él, no sé nunca por dónde va a ir la cosa.

—Pues necesitarás una voluntaria.

—Creo que ya he encontrado mi conejillo de Indias. —Me guiña un ojo y repasa el contorno de mis labios con su lengua, haciendo que cierre los ojos durante un segundo—. ¿Qué me dices? —susurra.

—¿Sobre... qué...? —pregunto, sintiendo el cosquilleo que ha bajado por mi columna en cuanto me ha rozado con la lengua.

—Te noto un poco dispersa, preciosa —comenta con un tono de burla fingido—. ¿Necesitas un poco de aire?

Bueno, a decir verdad, sí, necesitaría despejarme un poco, porque la atmósfera de la cocina se ha densificado en un momento. ¿Dónde está el frío de

antes? Asiento con la cabeza y recompongo mi postura un poco, apoyando el peso de mi cuerpo en uno de mis pies, a la vez que carraspeo, aclarándome la voz.

—Sí, no sería mala idea, parece que hace un poco de calor.

Y cuando pienso que vamos a salir a la terraza, una de sus manos agarra mi

nuca y sus labios impactan contra los míos, introduciendo la lengua en mi boca y explorando en ella. En un primer momento me mantengo un poco estática, pues

no esperaba esta reacción por su parte, pero al cabo de unos segundos

correspondo sus movimientos con los míos, recreándonos el uno en el otro.

Cuando nuestras respiraciones se vuelven erráticas e irregulares, se despegas de

mí y con su dedo pulgar repasa el contorno de mi labio inferior, algo magullado

por su corta barba.

—¿Más aire? —pregunta con la respiración alterada—. ¿O también te parece a ti que esta técnica de boca a boca ha hecho el efecto contrario?

Se ríe y yo le palmeo uno de los brazos, correspondiendo con una sonrisa. Su aspecto despreocupado y su actitud me han hecho soltar los nervios que tenía al

llegar, por no saber cómo encauzar la conversación, aunque a decir verdad ahora

siento otro tipo de nervios correr en mi interior.

Me agarra de la mano y me lleva hasta el salón, sentándonos en el sofá

mientras enciende el equipo de música y comienzan a sonar los primeros acordes

a piano de la canción *All of me*,[\[6\]](#) de John Legend, a un volumen perfecto como acompañamiento... Vaya, parece que va a sacar la artillería pesada, sólo espero

que no se ponga a cantarla como hizo con otra melodía en su cumpleaños, porque entonces es cuando directamente no respondo de mí misma y de mis actos.

—Te pediría disculpas por mi asalto en la cocina de hace un momento, pero realmente no me arrepiento de haberlo hecho. Así que, bueno, ahora creo que puedo contenerme y escuchar lo que estás deseando decirme —me señala, acomodándose a mi lado en el sofá, cruzando una de sus piernas por debajo de su muslo y girándose hacia mí en actitud atenta—. Puedo ver desde aquí la lista

de cosas que te rondan la mente y quieres decirme.

—Bueno, la verdad es que yo sí que quiero pedirte disculpas —comienzo, recibiendo por su parte un gesto contrariado—. Este tiempo me ha servido para

pensar y repasar todo lo que ocurrió entre nosotros y creo que yo también cometí

errores, por lo que debo disculparme también.

—No es necesario que lo hagas, no hay nada que te reproche y menos después de haberme comportado contigo como lo hice, nena. —Su mano acaricia mi brazo al decírmelo—. Pero, si te sientes mejor haciéndolo, adelante

—me anima.

Asiento con la cabeza y giro mis ojos un momento por la estancia, buscando

las palabras que tantas veces me he repetido en mi interior de cara a esta conversación.

—Pues verás, sé que intentaste decírmelo en varias ocasiones, y también sé que al principio no lo hice del todo bien manteniendo mi relación con Jack y contigo. Sé que aún no teníamos nada serio, pero me sentí un poco caprichosa en

aquel momento, porque no quería perderos a ninguno de los dos —reconozco —.

La verdad es que, aunque me haya sentido engañada cuando lo descubrí, debo reconocer que me alegra saber que con quien compartí todos mis miedos y mis inseguridades, y con quien sentí esa conexión inmediata, fue realmente contigo.

—Es normal que al principio pensases así, ambos te gustábamos por cosas diferentes. —Pasa uno de sus brazos por el respaldo del sofá, quedándose detrás

de mi cabeza—. No tienes que pedir disculpas por eso. Encontraste en Jack a alguien con quien poder sincerarte sin miedo a que te juzgase, a que te pudiese

decir a la cara cosas que no querías escuchar. Fuiste tú misma y te volviste a encontrar en nuestras conversaciones, por lo que es algo bueno, ¿no? —Yo

asiento y él prosigue—. Debo decir que algunas veces me sorprendía tu curiosidad y tenía que recurrir a otras fuentes para saciarla. —Se ríe al recordar

—. Pero la verdad es que ha sido una experiencia que, quitando la parte negativa

que sólo creé yo mismo al no contártelo, no quiero olvidar, porque pasé muy buenos ratos contigo de esa forma.

—Bueno, está claro que yo también los pasé... —le contesto recordando algunas cosas que me hacen sonrojarme sin poder contenerlo—. Y con respecto

a esas curiosidades, pues era algo de lo que quería hablarte.

—Soy todo oídos —me contesta—, pero, si es algo muy técnico, quizá tenga que recurrir a mis fuentes.

Ambos reímos y nos observamos al recuperar la compostura.

—Rubén, yo siento que me haces falta en mi vida —suelto la información tal y cómo la siento—. Creo que este tiempo alejada de todo y de todos me ha hecho darme cuenta de que, para ser feliz, al menos por ahora, no concibo mi día a día sin ti.

—Espero que ese «por ahora» sea un «para siempre» dentro de poco — responde sincero.

—Ya sabes por todo lo que he pasado y, bueno, ahora mismo no puedo pensar más allá de lo que siento en este momento, pero sé que lo que siento por

ti supera lo que siento si no te tengo. —Me muerdo el labio superior y retomo mi

frase después de unos segundos—. Te has convertido en una parte sumamente importante de mi vida.

—Sabes que para mí eres lo más importante que tengo junto con mi  
hermana. Has sido siempre especial para mí y esto sólo hace corroborar que  
lo  
que sentía por ti desde que éramos unos críos no era equivocado. —Su mano  
agarra la mía—. Ya te he dicho mientras has estado fuera que yo seguiría aquí,  
te  
quiero y eso no va a cambiarlo nada ni nadie, pero necesito saber que lo que  
ha  
ocurrido entre nosotros no va a pesarte, porque a mí me seguirá pesando  
siempre  
que sea un obstáculo entre nosotros.

Parpadeo repetidamente, intentando calmar el picor que he comenzado a  
sentir en ellos.

—Entendí tu error, Rubén. Comprendí que tu miedo a perderme hizo que no  
me confesaras lo que ocurría. No lo comparto, pero lo comprendo... Y te he  
perdonado por ello, así que perdónate a ti mismo, porque te aseguro que no es  
algo que vayamos a arrastrar entre nosotros, no al menos por mi parte.

Me deleito cuando me sonrío con un gesto de agradecimiento y alegría  
contenido, esperando que continúe, ya que el tono de mi voz le da a entender  
que  
no he acabado mi discurso.

—Es algo que siempre estará ahí, en nuestra historia, pero como un tropiezo  
que ocurrió entre nosotros y que superamos, haciéndonos más fuertes y

dejando

claras las bases de nuestra relación, en la que no quiero que volvamos a ocultarnos nada.

—Sabes que por mi parte no va a volver a ocurrir nada semejante —me dice serio—. No consentiría volver a perderte por ocultarte algo o mentirte de nuevo;

puedes estar tranquila. Siempre he sido alguien que ha ido de frente y al que no le ha gustado falsificar nada en su vida.

—Lo sé... —respondo, reconociendo en sus palabras la sinceridad que plasma—. Tampoco yo quiero ocultarte nunca nada, por eso...

Me quedo callada durante unos minutos, intentando encontrar las palabras adecuadas para decirle lo que necesito de nosotros. ¿Aceptaré?

—Habla, pequeña, no tengas miedo de decirme lo que sientes o lo que piensas —me anima.

—La verdad es que me da un poco de vergüenza —reconozco y llevo mi mano libre a la que mantengo unida con él, repasando con mi dedo anular el contorno de la suya—. Yo entré en aquel chat con unas... inquietudes...

—Sí, con unas curiosidades muy peculiares —termina la frase por mí, sonriéndome.

—Ajá. Pues, la verdad es que, después de saber que realmente no eres un... amo... no creo que sea muy propio que te pida algo así, pero...

Noto el nerviosismo en mi voz y él intenta tranquilizarme, acariciándome la nuca con la mano que mantenía apoyada en el sofá tras mi cabeza, aunque ese lugar siempre ha sido uno de mis puntos débiles y pronto se me erizan los vellos

de los brazos, notando mis pezones erguirse bajo la tela del sujetador. No, así no

me voy a tranquilizar.

—Habla, nena. Soy yo y no voy a juzgarte por nada de lo que digas —me responde, sin dejar de mover en círculos sus dedos por mi nuca, estremeciéndome. Creo que sabe el efecto que está provocando en mí, por su sonrisa descarada—. Puedes sincerarte conmigo y decirme lo que quieres, si te

hace feliz no habrá motivo para no aceptarlo, sea lo que sea.

—¿Sea lo que sea? —pregunto.

Asiente con algo de reticencia, pues ha captado mi mirada y parece que no sabe por dónde voy a salir esta vez. Decido jugar a ser un poquito perversa, acudiendo a mi mente una idea descabellada que para nada es lo que quiero pero

que seguro que hará que se quede sorprendido. Esto no se considera mentir, es sólo... una pequeña bromita. Me río interiormente de forma maléfica mientras aclaro mi voz y hablo con toda la seguridad y la seriedad que encuentro, mirándolo fijamente para no perderme ni una de sus expresiones.

—No te lo pediría, sino fuese importante para mí, pero ya sabes que todo lo que hablé con Jack pertenece a un mundo en el que tú no quieres entrar, por lo que... —allá va—... he pensado que quizá podrías hablar con tu amigo, ese que

te instruyó y te ayudó cuando sentiste tu curiosidad, y dejarle ser mi amo. Sigo sintiendo mucha curiosidad por mantener un tipo de relación así y... ¿quién mejor que alguien de tu confianza para llevarlo a cabo?

Él detiene la danza de sus dedos en mi nuca y se me queda mirando fijamente. No, no se esperaba para nada el giro de la conversación y yo intento mantener mi risa tras el escudo de seriedad que me he puesto hace un momento.

Veo cómo frunce el ceño y se pasa la mano por el pelo repetidas veces, signo inequívoco de que está nervioso.

—¿Me estás diciendo que quieres tener una relación conmigo, pero quieres que mi amigo te instruya como sumisa? —me pregunta de forma cautelosa. Sin duda no quiere herir mis sentimientos, pero puedo ver lo que le desagrada la idea. Lo que no puedo creerme es que se esté planteando aceptar algo así, por mí

—. ¿Es eso lo que me estás pidiendo, Valentina?

Incapaz de pronunciar una sola palabra sin romper a carcajadas, asiento con la cabeza y él gira su rostro hacia la derecha, perdiendo el contacto visual conmigo. No puedo más, sé que voy a estallar de un momento a otro. ¿Se

puede

querer más a alguien, para que, aun sin querer hacer algo, se lo plantee porque a

la persona a la que quiere le haría, supuestamente, feliz?

Decido que ya ha sufrido bastante cuando se lleva una de sus manos al

punte de la nariz y la aprieta, cerrando los ojos. Es entonces cuando me levanto,

me pongo frente a él, que sigue sentado en el sofá, empujo sus hombros hacia

atrás apoyando su espalda en la parte adecuada para ello del sillón, y me siento a

horcajadas encima de él. Puedo ver cómo su mirada se enciende por un momento

ante la visión de mis pechos a la altura de su cara, pero de nuevo vuelve a mirarme a los ojos con mirada turbia y semblante serio, a lo que yo le respondo

con una sonrisa y me acerco a su oído.

—¿Qué me dices? —pregunto sensual, dándole un mordisquito en el lóbulo de su oreja—. ¿Crees que será un problema en nuestra relación? —Me retiro unos centímetros para observarlo; tiene la respiración acelerada y ha vuelto a cerrar los ojos.

Paso mis dedos por su ceño fruncido y rodeo el contorno de su nariz y labios.

Él expulsa el aire por la boca y me mira a los ojos.

—No sé si sería capaz de hacer algo así, Valentina. —Su gesto atormentado

me resquebraja un poquito el corazón y sé que la broma ha llegado a su fin.

—Yo sé que no serías capaz —reconozco en un susurro junto a sus labios—.

Pero ¿sabes qué? Yo tampoco.

Sus cejas se mueven cuando intenta encontrarle sentido a las palabras que he pronunciado, pero lo que finalmente parece hacerle reaccionar, entendiendo que

ha sido objeto de una pequeña broma por mi parte, es mi sonrisa culpable.

—¡Serás...! —estalla conteniéndose debajo de mí para no lanzarme por los aires con una sonrisa aliviada—. ¡Me has acojonado! Pensaba que tendría que ir

a cortar las pelotas a...

Se detiene de golpe, sin revelar la identidad de la víctima de sus malintencionados planes de carnicero. Yo le muerdo el cuello de forma sexy y suelto un ronroneo cerca de su oído, intentando contener a la fiera.

—No creas que no vas a pagar por haberme hecho envejecer unos años en estos minutos de agonía —dramatiza y yo me río cuando comienza a pasar sus manos por mis costados, con la clara intención de torturarme, como castigo a lo

que he hecho—. ¿No querías ser sumisa? Pues aquí va tu primer castigo, preciosa.

—¡¡¡No!!! —chillo, intentando levantarme de sus piernas pero sin

conseguirlo—. ¡¡Rubén, no me hagas cosquillas, que sabes que las odio!!

Tras unos momentos de agobio, en los que sus manos han estado por todas las partes más sensibles a ese tipo de tortura de mi cuerpo, me carga encima de

su hombro y, con una palmada en el trasero, me lleva hasta su habitación.

—Voy a demostrarte que no te hace falta ningún amo teniéndome a mí en tu

cama. Parece que se te ha olvidado y tengo que refrescarte la memoria. — Antes de entrar en el cuarto, le pido que me baje desde mi posición estilo saco de patatas. Él parece apiadarse de mí y en la puerta del dormitorio me desliza por su

pecho, quedándonos el uno frente al otro sin llegar a tocar el suelo con mis pies

—. Dime lo que tengas que decir, porque te aseguro que en esa habitación no vas

a hablar precisamente.

Su promesa me hace apretar las piernas, excitándome al segundo de haber pronunciado esas palabras, pero no, debo dejarle claras un par de cosas antes de

entrar ahí.

—Quiero dejar claros dos puntos antes de que me retengas ahí dentro hasta quién sabe cuándo —le pido juguetona—. Uno: no necesito un amo, te necesito a ti... pero quiero que me enseñes bien esas técnicas que dices que aprendiste.

—Hecho —acepta rápido, apremiándome a continuar. Parece que el bulto de

sus pantalones, que no para de apretar contra mí, le mantiene en un estado de poca conversación—. ¿Y dos?

—No tengas tanta prisa, es algo importante —me quejo.

—Esto que tengo entre las piernas también es importante, nena. —Vuelve a apretarme contra él—. ¿Crees que podemos dejar el punto dos para más tarde?

Niego con la cabeza y lo beso, haciendo que nuestros labios y lenguas nos eleven a un estado de excitación mayor si cabe. Paro en el momento justo en el que sé que, de seguir, nos saltaríamos el punto dos... y es algo esencial.

—Y dos...

—Oh, vamos, nena... Deja de torturarme y apiádate de mí, voy a explotar si no me meto en tu interior —ruega haciendo un puchero bastante sexy.

—Es muy importante, deberías escucharme con atención —le riño y él me mira, esperando que hable.

—Está bien. Dime, preciosa, ¿qué es eso tan esencial que no puede esperar a que te haga mía y recorra tu delicioso cuerpo entero con mi lengua, haciendo que

mis vecinos se escandalicen con tus gemidos?

—Así una no puede ponerse romántica —me vuelvo a quejar, resoplando—.

Está bien, ya que te parece poco importante lo que tengo que decirte, espero que después lo valores como es debido. Te quiero, Rubén. Estoy enamorada de ti y

eres el hombre que...

Su mirada se vuelve dulce al momento de haber pronunciado las palabras que hace tanto tiempo sentía en mi interior y aún no había pronunciado. No me deja terminar, besándome de forma tierna y comedida, haciéndome suspirar por

todo el sentimiento que me transmite con sus labios.

—Yo también te quiero, nena, eres la mujer más especial, bonita y perfectamente imperfecta que he podido encontrar, y eres toda mía.

—Qué bonito... Imperfecta, ¿no?

—Perfectamente imperfecta, nena. —Sonríe de forma sensual y vuelve a cargarme en su hombro, recibiendo por mi parte un gritito al traspasar la puerta

de la habitación y lanzarme de manera despreocupada pero con cuidado sobre la cama.

—Por cierto, nunca te he contado el sueño que tuve y por el que me lancé a conectarme al chat.

—Ya me lo contarás. Y, ahora, deja que te demuestre mis perfecciones, a ver qué te parecen...

—Te amo, engreído.

—Te amo, preciosa.

## **Epílogo**

Sus manos se afanan por avanzar milímetro a milímetro entre la tela de mi pantalón y mi piel, haciendo que tenga que removerme en el sofá por su contacto. ¡¡Será sinvergüenza!!

—Rubén... —le susurro en el oído, con la voz cargada de pesar por tener que parar la situación.

Él hace un gesto con las cejas y avanza otro pedacito más, poniéndome aún más nerviosa.

—¡Mira, a las cinco televisan «Love Actually»! —chilla Rebeca desde el otro lado del gran sofá.

Doy un respingo al oírla, pensando que nos ha pillado en nuestra acción bajo la manta. Joder, qué calor más infernal hace en este salón.

—¡Qué bien! —exclamo enfebrecida, palmeando la mano de Rubén, que se ha posado en mi sexo y comienza a hacer presión, descontrolándome.

Rebeca nos mira recelosa, observando la situación atenta y descaradamente.

Su hermano sigue con su tarea bajo la manta y no se percata de nada, pero yo quiero que la tierra se abra en dos y nos trague. No sé si piensa que los movimientos bajo la tela no se notan, pero yo ya no sé de qué manera ponerme para hacer de muro visual y que Rebeca no nos pille.

—Ejem... —carraspea forzosamente mi amiga levantándome una ceja. Yo me encojo de hombros, con las mejillas y las orejas ardiéndome.

—Rubén, ¿te importaría parar de meterle mano a tu novia en mis narices? —

le pregunta visiblemente divertida por mi reacción avergonzada—. Papá y mamá

te enseñaron que no es bueno enseñar la comida delante del hambriento.

Mi novio levanta su rubia cabeza de mi pecho, donde intentaba pasar desapercibido tumbado y viendo la tele.

—¿No tienes que ir a ninguna parte, Rebeca? —le pregunta socarrón—. No quisiera zamparme mi banquete delante de mi hermana moribunda —se mofa.

—Eres un asqueroso —le espeta ella—. No sé cómo lo soportas, Valentina.

¡Y no sé cómo os soporto yo todavía! ¿No pensáis iros a vivir juntos algún día de estos? Parecéis dos monos, todo el día dale que te pego.

Trago saliva de manera forzada, notando el calor de los dedos de Rubén entre mis pliegues. Desde que su hermana nos ha descubierto, parece que la situación

le ha parecido más morbosa y ha ahondado en su excursión de espeleología. ¡Lo

mato! Pero a la vez... por su vida, que no pare.

—¿Y dejar a mi pobre hermanita viviendo sola? —Chasca la lengua—. No me gustaría dejarte desamparada; además, ya habíamos hablado sobre ello, Rojita.

¿Cómo puede estar tan tranquilo haciéndome esto?

—Cuando hablamos sobre que te vendrías a vivir aquí pusimos unas simples

normas de convivencia, Rubén —se queja ella, sin llegar a estar realmente enfadada. Puede que piense que su hermano ha parado su inspección por mi cuerpo, pero él sigue erre que erre—. Hablamos de que no tendríamos momentos

incómodos, ¡como éste! —Señala nuestra posición con su mano acusatoria—.

¡¿Quieres dejar de meterle mano?! Valentina, por Dios, llévatelo a la habitación

o deténlo, pero dejar de fornicar delante de mí.

Se tapa los ojos con una de sus manos, haciendo de escudo entre su posición y la nuestra. Yo resoplo cuando uno de los dedos de Rubén entra en mi interior y

se empieza a mover.

¡Tenemos que irnos al dormitorio... ya!

—Ru... —Toso un poco—. Rubén, ¿podemos ir a la habitación, por favor?

—le pregunto en un susurro.

Él eleva su cabeza, apoyando sus labios en mi oreja y haciendo que me estremezca.

—¿En qué hemos quedado esta mañana, preciosa? —me pregunta con voz

contenida, sólo para mí—. Accediste a que hoy yo llevaría el mando y tú

aceptarías mis deseos. ¿No es eso lo que me pediste anoche, nena? —cuchichea

con voz sugerente.

Resoplo de nuevo, pero mi cuerpo reacciona a sus palabras y abro un poco más las piernas. Joder... Mi amiga nos va a echar a patadas de la casa, y con razón.

Él comienza un lento vaivén con su mano y vuelve a bajar la cabeza hasta apoyarla en mi pecho, mirando de manera despreocupada la televisión, al igual

que Rebeca. Ella parece quedarse satisfecha cuando nos vuelve a mirar, creyendo que hemos decidido detener nuestra travesura.

Si ella supiera...

Muerdo mis labios al notar el dedo pulgar de Rubén moverse con presteza sobre mi clítoris, ahogando los sonidos que intentan salir de mi garganta. Debo contenerme ahora que Rebeca no nos presta atención. Estoy segura de que, al mínimo ruido, se volvería con las orejas tiesas, en modo perro de caza.

—Humm... —gimotea Rubén, acoplando su postura en el sofá y haciendo que parezca un lamento de comodidad. Sí, gime tú, porque, como yo lo haga, nos repudian y se nos echa encima la leona de pelo rojo.

—Esto no es serio —murmuro para mí misma.

Rebeca se levanta un momento y abandona el salón. Aprovecho la ocasión para moverme y recolocar la manta bajo la mirada divertida y encendida de Rubén, que se vuelve a acoplar a mí cuando me doy por satisfecha por la distribución de nuestra tienda de campaña improvisada en el sofá. Al cabo de

pocos minutos mi amiga vuelve, agarrando el estuche de manicura. Saca una laca de uñas y se apoya, concentrada, en el reposabrazos, dándonos un poco la espalda para llevar a cabo su acción.

En la nueva postura que hemos adoptado, ella no puede ver a su hermano y mi rodilla disimula todo movimiento, por lo que su mano se aventura de nuevo bajo el escudo protector de la tela y se adentra en mi chaleco de lana, pellizcándome un pezón y haciendo que contenga un gemido. ¡Será hijo de su...!

—¿Querrás que te haga algo en el pelo para la cena, Valentina? Siendo

Nochebuena y aunque vayamos a cenar los tres solos, tenemos que ponernos presentables, ¿no crees? —pregunta mi amiga, ajena a todo y continuando con su

labor manual sobre sus uñas—. Quizá podría rizártelo y hacerte un pequeño recogido, dejando las ondas caer naturalmente —continúa.

Ojalá no me diese conversación. Ojalá no supiese hacer varias cosas a la vez.

Ojalá no le hubiese pedido anoche a Rubén nada. Ojalá se metiese el bote de quitaesmalte en la boca y se callase de una vez con sus lecciones de Llongueras.

—Sí, como quieras —contesto escueta e intentando sonar despreocupada, aprovechando para soltar el aire que contengo en los pulmones desde que Rubén

ha vuelto a bajar su mano a mi entrepierna.

—¿Ya sabes lo que te vas a poner? —vuelve a la carga—. Yo tengo dos posibles opciones, pero dependerán de lo que tú te pongas. Tampoco me quiero

parecer a la Preysler en una recepción.

Se ríe por su propia gracia, sin despegar los ojos de la tarea que lleva a cabo y que hace con esmero. Siento otro dedo unirse en mi interior y cierro los ojos, apoyando la cabeza en el respaldo del sofá. Giro mi cara para que Rebeca no vea

las muecas que deben estar asaltándome en este momento, pues, aunque contenga mis gemidos, los gestos me son totalmente imposible retenerlos.

La mano de Rubén comienza a tomar cierta velocidad, provocando que por momentos se escuchen los sonidos de mis fluidos. ¡Ay, mi madre! ¿Cuándo habría yo imaginado estar haciendo esto, en el sofá, con Rebeca al lado?

¡¿Cuándo?!

Doy gracias a que la televisión esté a un volumen considerable, pues de otra forma mi amiga sería alertada por los sonidos que provocan los dedos del perverso hermano que tiene. Abro los ojos y lo miro. Él no despega su mirada de

mi cara y me sonrío, elevando una ceja de forma sexy. Si lo tuviera en la

habitación ahora mismo, me lanzaría sobre él y le daría su merecido, pero puede que lo haya hecho de esta forma porque sabe que aquí no puedo reprenderle. No

delante de su hermana... El muy cabrito ha descubierto la manera de hacer que no pueda rebelarme, pues desde que retomamos la relación hemos intentado en varias ocasiones adoptar los roles de dominante y dominada, y no ha habido forma humana posible de que yo haya permanecido obediente y dócil.

Pero si se ha creído que, cuando este juegucito acabe, no va a pagar este bochornoso y a la vez ardiente momento, va listo.

Un cosquilleo comienza a recorrerme la columna, anunciando el desenlace final que temo. Temo no poder contener mi garganta, temo no ser capaz de mantenerme quieta y temo que mi amiga se dé cuenta y se enfade, con toda la razón del mundo. Esto sólo se le ocurre a dos mentes enfermas como las nuestras.

La madre que me parió.

El teléfono móvil de mi amiga resuena en la mesa del televisor, donde se mantiene mientras carga. Ella sopla un par de veces sobre sus uñas ya esmaltadas y se levanta, cogiéndolo con los dedos muy tiesos. Acepta la llamada

y... ¡¡aleluya!! Sale del salón en dirección al pasillo que da a los dormitorios.

—Rubén, no me puedo creer que estés hacie...

—Chis, calla y córrrete —me corta y anima a la vez, con la voz afectada—.

Aprovecha estos minutos porque, cuando vuelva, si no lo has hecho, no pienso detenerme y va a ser peor.

Lo fulmino con la mirada pero decido que tiene razón, es ahora o nunca.

Lanzo de nuevo mi cabeza hacia atrás en el sofá y cierro los ojos, dejando escapar el aire por mis labios en un siseo. Él se eleva y se apoya sobre sus rodillas, quedando su cara a escasos centímetros de la mía y avanza en el acople

de su mano, moviéndola rápidamente sobre mi excitación.

La voz de mi amiga se oye aún en la lejanía y él presta atención para que no seamos descubiertos, así que decido que será mejor dejarme llevar ahora.

—Vamos, nena —me anima acelerado, sin detener el movimiento y viendo cómo su brazo mantiene la tensión necesaria entre mis piernas.

Sus labios capturan los míos, bebiéndose los gemidos que comienzan a salir por mi garganta cuando comienzo a experimentar el orgasmo. Él mantiene la velocidad y el movimiento en todo el transcurso de mi clímax sin dejar de besarme de forma descontrolada.

—Eso es cariño... Chis, tranquila, lo has hecho muy bien, preciosa. —

Ralentiza los movimientos, haciendo que finalmente sean leves caricias por mi sexo saciado y palpitante—. Respira, nena, mi hermana ya viene.

Tras su advertencia, saca su mano de mi interior y abro los ojos al escuchar a Rebeca acercarse. Al sentarse en el sofá de nuevo, junto a nosotros, mi descarado novio saca el par de dedos que han estado en mi interior hasta conseguir mi orgasmo y se los lleva a la boca, guiñándome un ojo cuando ve

mi

cara de espanto. ¡No tiene remedio!

—¿Quién puede ser a estas horas?

Al preguntarlo, Rebeca se levanta de la mesa en la que estamos los tres cenando y celebrando la Nochebuena y se dirige a la entrada. No puede evitar mirarse en el espejo y comprobar que tanto su peinado como su atuendo están en

perfectas condiciones. Abre la puerta y su saludo queda suspendido en el aire sin

terminarlo.

Rubén y yo nos miramos y volvemos la cabeza hacia la puerta de entrada, intentando ver quién se encuentra al otro lado. Antes de conseguir descubrir de quién se trata, suena una voz familiar.

—Buenas noches, Rebeca. Espero no molestar —le dice Santi sereno al entrar por la puerta.

Mi amiga se gira mientras cierra, observándolo y poniendo los ojos en blanco. Aún no me ha querido contar qué demonios le pasa con el mejor amigo de mi novio, pero creo saber de qué se trata.

Sonrío y me levanto, saludando a Santi después de Rubén.

—¡Claro que sí! —responde mi chico a la pregunta de Santi de si puede quedarse con nosotros en casa esta noche—. Mi hermana ha hecho comida de

sobra. ¿Ha ocurrido algo? Creía que ibas a cenar en casa de tu hermana Sara.

—Ha habido disparidad de opiniones y... —calla durante un segundo, conteniendo sus palabras, pienso que por estar nosotras presentes—. En fin, espero no haber irrumpido en mal momento.

—Qué va, no te preocupes, ahora mismo te traigo un cubierto y un plato —le contesto alegre—. ¿Me acompañas, Rebeca? —llamo a mi amiga, que se mantiene ajena a la conversación.

Una vez en la cocina, la agarro del brazo y la saco a la pequeña terraza lavadero, para que ellos no nos oigan.

—¿Se puede saber qué te pasa con Santi? —le pregunto de forma directa—.

Cada vez que lo ves parece que estés contemplando al demonio, maja.

—No pasa nada.

—¡Venga ya! Explícale a otra ese cuento. —Le pongo ambas manos en los hombros—. Venga, Rebeca, habla de una vez y dime qué es lo que te tiene así.

—Pues que creo que nuestros fundamentos con respecto a Santi y Rubén eran acertados, aunque no por mi hermano, claro está —rectifica—. Eso, o que debo parecerle un orco de Mordor, porque de otra forma no me lo explico...

—¿De qué estás hablando?

—Pues está bien claro, Valentina... ¿O es que el orgasmo que te has marcado en el sofá cuando me he ido a hablar por teléfono te ha terminado de freír las neuronas? —me pregunta con diversión.

—Esto...

—¡Vamos! ¿Te pensabas que no me iba a dar cuenta? Si parecías Heidi con un subidón de hormonas, guapa.

—No te disperses, Rebeca —la acuso, intentando dejar el tema del sofá—.

¿Qué dices de Santi?

—Pues que no entiendo por qué no quiere saber nada de mí. Me dijo que no podíamos tener nada, y nada más, pero por más que le doy vueltas no consigo entender el motivo. Reaccionó a mí, ¿no? —pregunta, apoyándose en la pared de la pequeña terraza—. Nos besamos en su casa el día que Rubén y tú nos pillasteis. Es imposible que él no sintiese nada por mí y me besase de aquella forma, queriendo fundirse conmigo.

—Rebeca, puede que sólo fuese cosa del momento —le digo con cariño—,

es posible que no le gustes, aunque yo en su lugar estaría loco por tus huesos de

lo guapa e irresistible que eres —intento animarla—. Pero debes respetar que no

quiera continuar.

—¡Y lo respeto! Pero sigo sin entenderlo...

Le doy un abrazo y un beso, decidida a que deje de marearse con el tema.

—Vamos, es Nochebuena y lo tienes aquí. Quizá, en algún momento de la velada en el que tu hermano y yo nos perdamos, puedas averiguar el motivo.

Ella se ríe y corresponde a mi abrazo.

—Sois dos conejos, ¿lo sabías? —me pregunta bromeando—. No he visto personas con más aguante que vosotros... Me las hacéis pasar canutas por las noches cuando os oigo.

Terminamos estallando en carcajadas y salimos a la cocina, recogiendo los enseres para llevarlos a la mesa y poder acoplar a nuestro nuevo comensal.

La cena sucede relajada y nos reímos por todo, fruto del vino que acompaña la comida. Al servir los postres, observo la mesa a mi alrededor y veo cómo los

que me rodean se divierten y charlan sin parar, felices.

Puede que sea el vino, es posible que sean las fechas navideñas que nos reúnen, o que la compañía no podía haber sido más acertada y me encuentre junto al hombre de mi vida y frente a nuestros dos mejores amigos, pero hoy, ya

sí, siento que soy tremendamente feliz.

FIN

### **Un sueño llamado Valentina**

Si has llegado hasta aquí quiere decir que la historia te ha enganchado tanto como para no dejar de leerla... ¡y no sabes lo feliz que me hace! ¡¡Gracias!!

Debes saber que la historia de *Descubriendo a Valentina* nació de un relato que publiqué en mi blog con más miedo que vergüenza. Pensé que no me leería nadie, pero después de recibir numerosos mensajes de escritoras a las que

admiro y lectoras con muy buen criterio, así como el apoyo de esas personitas que siempre han estado a mi lado, me decidí a contar esas hazañas que mi pequeña e intrépida Valentina me susurraba al oído.

Por lo que, si todavía no te has cansado de mí, aquí tenéis mi regalo y el comienzo de todo... ¡Espero que lo disfrutes!

MARA MACBEL

¿He tendido la lavadora? Sí, creo que sí. Aunque, ahora que lo pienso, sé que abrí el portón y puse el cesto debajo... pero ¿la llegué a tender?

—Pichoncita, ¿estamos a lo que estamos? —me dice al oído, con voz agitada.

—Sí, sí... claro. Perdona, estaba distraída —le contesto volviendo al presente, muy a mi pesar. ¿Cuántas veces le habré dicho que no me llame Pichoncita?

—¿Distraída mientras estoy follándote? Pichoncita, vamos, no me jodas. — Parece ofendido. «¡¡¡Sí!!!», me encantaría gritarle.

¿Follándome? He visto conejos que lo hacen mejor que tú, ¡so pedazo de calamar! Encima no has tenido ni la poca decencia de llevarme a un bonito hotel

o, aunque fuese, a un hostel de mala muerte en el que la recepcionista tuviese bigote y el ambiente oliese a moho... ¡¡¡No!!! ¿Para qué? Mejor aquí, en la furgoneta de tu trabajo, con toda la parte de atrás llena de cajas... ¡Y encima me

estoy clavando el puto freno de mano en el muslo!

—Lo siento, he tenido un mal día... pero ya estoy aquí. Entera para ti. —Sí, lo sé. Soy una rajada y no le digo nada de lo que pienso. Sólo quiero que se vuelva a calentar y acabe de una vez.

Mi objetivo se cumple. Él vuelve a retomar el meneo conejil y yo empiezo a gemir, intentando que crea que me gusta lo que me está haciendo.

—¿Qué ha sido eso? —le pregunto levantando la cabeza e intentando captar el ruido que he escuchado hace un momento—. Para... Lo he vuelto a escuchar.

¿No lo oyes?

—No, Pichoncita. Cállate y disfruta —me reprende sin resuello y sin parar su movimiento, poniéndome furiosa.

Al cabo de unos segundos vuelvo a percibir el mismo sonido. Un retumbo metálico, como si estuvieran intentando abrir una lata con una piedra. Empiezo a

asustarme. Estamos solos en una parte del muelle del puerto, de noche, lloviendo...

—Oye... —Mi voz es un susurro—. Creo que hay alguien ahí fuera.

—Mira, nena, deja de dar la nota. Hoy estás especialmente insoportable.

Hazme el favor de dejar de montarte películas de miedo en la cabeza y acaba lo

que has empezado.

En ese momento la puerta de la furgoneta se abre y veo cómo dos hombres encapuchados lo sacan de encima de mí; él está prácticamente en estado de *shock* y no reacciona. Mientras que lo llevan fuera del vehículo, yo empiezo a llorar y a sentir que me falta el aire para respirar. De pronto, unas manos desde

detrás me agarran la cabeza y veo que llevan algo hacia mi nariz.

Luego, todo es oscuridad.

Cuando abro los ojos noto que la cabeza me va a estallar. Intento incorporarme de donde me encuentro tumbada, pero rápidamente me vuelvo a echar hacia atrás y cerrar los ojos. La sensación de mareo es insoportable. De repente, oigo una voz masculina que resuena en toda la habitación.

—BK, la chica ha despertado.

Intento concentrarme y hacer memoria de lo que ha ocurrido, pero sólo vienen a mi mente flashes incoherentes y sin sentido. No consigo recordar nada

con claridad y todo lo que sé es que me encuentro en algún tipo de habitación, muy poco iluminada, totalmente desnuda y sobre una cama bastante cómoda.

—Gracias, Sean. Déjanos solos —oigo otra voz masculina al cabo de unos segundos.

Abro los ojos e intento enfocar la silueta que se acerca muy lentamente hacia mí. Se detiene antes de llegar a la cama donde me hallo y se sienta en una silla que no había visto antes.

—Se sentirá mareada, confusa. Quizá tenga náuseas, le duela la cabeza... pero pronto pasará. ¿Cómo se llama? —Se dirige a mí con una voz grave, autoritaria y extrañamente amable.

—¿Dónde estoy? ¿Quién eres? ¿Por qué estoy aquí? —suelto todas las preguntas que me rondan la cabeza de golpe, asustada.

Intento reconocer su rostro, pero no consigo verlo con claridad, ya que la poca iluminación de la habitación hace que no pueda distinguir sus rasgos. Se trata de un hombre corpulento, con el torso descubierto y lo que parece un tatuaje en su brazo derecho. Está sentado, con los brazos apoyados en las rodillas

y la cabeza dirigida hacia mí. Sus ojos, esos sí puedo verlos... Son realmente atractivos, no puedo despegar mi mirada de ellos.

—Está a salvo, el lugar es lo de menos. ¿Quién soy?... No veo por qué tiene que saberlo. Y se encuentra aquí porque estaba en el lugar oportuno y en el momento idóneo. —Hace una pausa y yo espero a que vuelva a hablar. No entiendo cómo me infunde cierto respeto, pero así es—. Va a tener que cumplir una serie de normas si quiere que todo vaya bien. ¿Está dispuesta a colaborar? ¿Normas?, mi mente no está en su momento más lúcido y no sé a qué puede referirse.

—¿Qué ocurrirá si no quiero seguir esas normas de las que hablas? No entiendo por qué me retenéis aquí. ¿Qué queréis de mí?! —le pregunto al

borde

de las lágrimas. Parece que me he convertido en la protagonista de uno de los capítulos de «Mentes criminales».

—Parece una mujer lista y creo que lo va a entender a la perfección. Dígame, ¿cómo se llama? —pregunta de nuevo.

—Valentina.

—Muy bien, Valentina. Se lo voy a explicar una sola vez. Quiero que preste toda su atención —me explica, acercándose a la cama y sentándose en el borde.

Ahora sí puedo distinguir su rostro—. Está aquí por y para el placer. —No consigo captarlo y él ve mi cara de confusión. Lleva una mano hacia mí y la desliza muy suavemente por mi pierna, desde el tobillo hasta la rodilla, y hacia

abajo de nuevo—. Mis hombres van a venir y van a coger de usted lo que yo quiera y ordene, van a hacer todo lo que yo diga y usted va a colaborar, pero lo

más curioso es que va a querer colaborar —me dice muy seguro de sí mismo—.

Y ahora me preguntará cómo sé que va a querer colaborar, ¿verdad?

—¿Sus hombres? ¿Colaborar?... ¿Me estás diciendo que van a utilizarme?

—Empiezo a ponerme nerviosa y a retorcerme encima de la cama, ya que su mano sigue su recorrido ascendente y en cada movimiento se acerca más a mi

sexo.

—Quédese quieta —ordena con voz intensa y detiene su mano.

Me paro de inmediato y no muevo ni un solo músculo. Mi cuerpo reacciona a esa orden hecha con voz grave y, dejándome totalmente desconcertada, noto que empiezo a excitarme. Debe de ser algún tipo de broma de mi cuerpo que en esta situación extrema reacciona de esta forma. No debería estar así, debería

tener miedo, pánico. Pero mi cuerpo se manifiesta de forma totalmente diferente.

Su mirada, sus manos, su voz... Todo en él hace que mi cuerpo se excite como nunca antes lo había hecho. Él parece haber notado mi cambio de actitud y no aparta su mirada de mis pezones, que, contra toda mi voluntad, se ponen cada vez más duros bajo sus ojos.

No puedo pronunciar una sola palabra. Su orden me ha dejado enteramente paralizada y espero su siguiente movimiento. Su mano vuelve a posarse sobre mi

muslo y, deslizándose igual de suave que antes, la lleva hasta mi sexo. Con sus dedos abre mis labios y puedo sentir mi humedad extenderse con sus caricias.

—Valentina —susurran sus tentadores y carnosos labios—. ¿Nota cómo todo su cuerpo reacciona ante mí? Quiere hacerlo. Quiere que mis dedos sigan moviéndose hasta encontrar su propio placer —me dice sin dejar de mover los dedos de una forma tortuosamente lenta—. Le aseguro que, si sigue las

normas,

ese placer va a ser el más grande que haya podido sentir en su vida. Y ahora, dígame, ¿va a seguir mis normas? ¿Va a colaborar?

No soy capaz de encontrar mi propia voz. Mi mente se encuentra en una

lucha contra mi cuerpo y mi sentido común. No debería estar planteándome estas

preguntas. Debería gritar ¡¡no!! con todas mis fuerzas, pero mi cuerpo no es capaz de articular esas dos sencillas letras. Todo es realmente confuso. ¿Será esto el síndrome de Estocolmo del que hablan?

—Contésteme. —De nuevo ese tono de voz autoritario que, incomprensiblemente, consigue hacer de mí lo que quiere.

—Sí, seguiré las normas —le respondo con la voz entrecortada.

Dios, debo estar totalmente mal de la cabeza. ¿Acabo de aceptar convertirme en la muñeca hinchable de los hombres que tendrá por aquí escondidos?

—Buena elección. No se arrepentirá, se lo aseguro —me halaga,

dedicándome una sonrisa ladeada y levantándose de la cama—. Recuerde lo que

hemos hablado y todo irá bien. Será un verdadero placer conocerla, Valentina.

Se dirige hacia la puerta y yo me quedo paralizada, preguntándome qué es lo

que va a pasarme a partir de ahora. ¿Cómo he podido consentir esto? No sé nada de este hombre y, sin embargo, me he puesto en sus manos para cumplir cada

uno de sus deseos. Pero, extrañamente, no siento miedo. ¡Debo estar mal de la cabeza!

Mientras sigo dándole vueltas, intentando encontrar una razón lógica para todo esto, veo que abre la puerta y tres hombres más entran en la habitación. Automáticamente intento cubrir mi cuerpo, llevándome las piernas al pecho y pasando mis brazos por las rodillas, en actitud vulnerable. Los tres nuevos hombres se acercan a mí y escucho cómo el que ha estado hasta hace un momento hablando conmigo, líder del grupo, les ordena que se queden quietos. Ellos paran, uno a cada lado de mi cama y el tercero en los pies de esta misma.

—Sean, Mike, inmovilízale los brazos. —Los dos que están a cada lado, uno moreno, de baja estatura y cara afilada, y el otro totalmente rapado y con todo el cuerpo lleno de tatuajes, me agarran las manos bajo la atenta mirada del líder, que se ha sentado en el otro extremo de la habitación.

Yo intento forcejear con ellos, pero de nuevo su dominante voz detiene mis movimientos.

—Valentina... Valentina... —dice, chasqueando la lengua en señal reprobatoria—. Creía que habíamos dejado claros los términos de nuestro acuerdo, ¿o es que se lo ha pensado mejor? —termina, levantando una ceja con gesto retador.

—No pueden hacerme esto, no está bien. Déjenme marchar, por favor... —

suplico al borde de las lágrimas a los dos hombres que intentan agarrarme, sin éxito.

—¿De verdad es eso lo que realmente quiere? ¿No preferiría poder estallar de placer mientras mis hombres recorren todo su cuerpo? —contesta desde su asiento.

Su voz... Ahora mismo creo que podría someterme a cualquier cosa que me pidiera. Empiezo a dejar de forcejear y los dos individuos consiguen atarme cada

muñeca al cabecero de la cama, sin ningún nuevo intento de rechazo por mi parte.

—Bien, eso está mejor —aprueba, sin moverse de la esquina.

Ellos están totalmente desnudos y desde mi posición puedo apreciar que están bastante excitados. El que está a los pies de mi cama no deja de pasear una

de sus manos por su dura y enorme erección, de forma totalmente hipnótica para

mí.

—Valentina, abra sus piernas. Deje que podamos apreciar ese dulce coñito empapado que tiene para nosotros —me dice desde su asiento.

Sus palabras hacen que aparte la mirada del más alto de todos, que está a los pies de la cama observándome fijamente y sonriendo, mientras sigue con el

lento

vaivén de su mano. Observo la escena general comprobando la situación, y mi mente olvida dónde me encuentro y por qué, centrándome en los tres hombres desnudos, a mi lado y dispuestos a darme placer.

Con los pies apoyados en la cama abro mis piernas, sintiendo cómo empieza a subir mi temperatura corporal, mezcla de vergüenza y excitación. Nunca antes

me había visto en una situación parecida.

—Un poco más... Así, perfecto. Ahora présteme atención, Valentina —me dice, mientras se desabrocha los pantalones vaqueros que lleva—. Ni mis hombres ni yo vamos a tocarla. No por ahora. —«¿Qué?!», me entran ganas de

gritarle frustrada, al tiempo que él saca su miembro y me mira lascivamente—.

No vamos a hacerlo porque lo va a hacer usted misma. Queremos ver cómo se toca para nosotros —sigue diciéndome y noto que una de mis manos ha sido liberada de su agarre—. Adelante, Valentina, bríndenos su placer...

—Yo... no sé si puedo hacer esto —le contesto en un susurro.

—Claro que puede, el papel de mojígata y virginal no le va. La hemos visto en el coche con aquel inútil... Adelante. —Me invita con un movimiento de cabeza—. Y no haga que lo tenga que repetir una tercera vez.

Con mucho reparo, llevo mi mano hacia mi sexo y comienzo a moverla de

forma tímida. Puedo notar lo empapada que estoy. Tanto, que mis fluidos han empezado a mojar la cama.

Bajo la atenta mirada de esos cuatro desconocidos, de los cuales sólo oigo el sonido de sus respiraciones aceleradas, mis movimientos se van haciendo cada

vez más intensos sobre mi clítoris y no puedo contener los gemidos, progresivamente menos temerosos, que salen de mi garganta.

—Pruebe cómo sabe. Dígame cómo sabe, Valentina —me ordena e

inmediatamente llevo la mano libre hacia mi boca, succionando mi dedo índice

con un poco de reparo—. Y bien... dígame, ¿a qué sabe?

—Es... salado y dulce a la vez, muy intenso —consigo encontrar mi voz para contestar.

Desplazo de nuevo los dedos hacia la entrada de mi sexo y, mirando fijamente al líder del grupo, que no deja de tocarse su dura erección, los introduzco lentamente en mi interior, soltando en forma de leve gruñido todo el aire que había estado acumulando desde que dejé de hablar. Nuestras miradas se

cruzan y siento que no puedo despegar los ojos de los suyos, a la vez que mi mano toma velocidad y curvo los dedos en mi interior. Arqueo las caderas y me

muevo contra mi palma, que hace fricción contra mi clítoris y me mantiene al borde del inminente orgasmo que está a punto de salir de mí.

—Deténgase —exige mientras se levanta de la silla y se acerca a la cama.

Paro todo el movimiento, dejando escapar un sonido de frustración pero manteniendo los dedos en mi interior—. Mike, vuelve a atarla a la cama —le indica al hombre de mi derecha.

Mike se acerca a mí y, rozando su mano de forma poco accidental por todo mi cuerpo, me dice con un acento que no consigo distinguir:

—Es nuestro turno, muñeca. Dame tu mano. —Saco la mano de mi interior y él se la lleva hacia su boca. Saca la lengua y empieza a lamer los dedos que he tenido dentro de mi cuerpo, dejando escapar sonidos de verdadero gusto. Cuando

ha terminado su preciado festín, me la vuelve a amarrar al cabecero.

Sin pronunciar una palabra, el líder hace unos gestos con la cabeza a los demás hombres, que toman posiciones encima de la cama. El más alto de todos y

que hasta hace un momento se encontraba a los pies de la misma, se posiciona entre mis piernas agarrando su erección y paseándola por mi sexo, empapándose

de mis fluidos. Mientras, los otros dos siguen con su fiesta particular a escasos centímetros de mi cara, tocándose sin ningún pudor frente a mí.

—Ahora disfrute, entréguese entera y sólo disfrute —dirige, sin llegar a entrar en la escena, desde una esquina de la cama.

Tan pronto como fijo mi vista en el que tengo entre mis piernas, que sigue

rozándose contra mí pero sin llegar a penetrarme, noto cómo una mano me agarra por la parte baja de mi cuello y guía mi cabeza a su imponente erección.

La coloca a escasos centímetros de mi cara y, con su otra mano, la agarra desde

la base y comienza a darme golpecitos en la boca y por las mejillas. Abro mi boca y saco la lengua, invitándolo a entrar. En el mismo momento en el que la introduce hasta el fondo de mi garganta, siento cómo llenan mi vagina. Ambos me han penetrado a la vez y comienzan a moverse a un ritmo frenético contra mí. Me asaltan de una manera bestial y sin detenerse, sin permitirme hacer nada

más. No puedo moverme debido a cómo me tienen atrapada entre sus cuerpos y

los amarres de las muñecas, y me limito a deleitarme con el momento y a sentir

las fuertes arremetidas que ambos infligen sobre mí, mientras que un par de manos se afanan por retorcerme los pezones.

Mi cuerpo empieza a contraerse. El orgasmo vuelve a estar muy cerca e intento elevar mis caderas para que el roce sea mayor y así conseguir liberarme.

Mis gemidos, contenidos por el miembro que tengo en la boca, llenan la habitación y sus gruñidos cada vez que embisten contra mí no hacen más que encenderme y desinhibirme. Con dos fuertes acometidas contra mi cabeza, siento

cómo un potente hilo salado me inunda la boca y, mientras me sigue asaltando entre pequeñas convulsiones, consigo tragármelo todo, sintiendo que estoy a punto de estallar en un demoledor orgasmo.

En el mismo instante en el que se retira de mi boca, noto un vacío en mi interior y de nuevo una gran frustración me invade.

—No, por favor. ¡No! Otra vez no... —consigo gimotear al haber perdido de nuevo el momento de llegar al clímax.

—Confíe en nosotros. Le prometí el mayor de los placeres que hubiese experimentado y lo tendrá. Le doy mi palabra —me dice desde la esquina de la

cama, sin dejar de mirarme y masturbarse.

Observo cómo desatan mis manos. El que aún no había entrado en escena, bajo las órdenes del líder, se tumba en la cama y me colocan encima de él. Siento

que me llena totalmente al introducirse en mi interior y cómo encaja lentamente toda su longitud, haciendo que llegue a sentirlo en lo más hondo de mi ser. Unas

manos en mi espalda me empujan hacia delante, haciendo que mi pecho quede totalmente pegado con el del hombre que me tiene ensartada. Al momento, un dedo invasor comienza a tentar mi entrada trasera. En cada lenta embestida que

me proporciona el que está debajo de mí, guiándome con sus manos en mis

caderas y moviéndome como si fuera una muñeca, el dedo penetra más y más, hasta que noto que comienza a moverlo en círculos para prepararme a lo que vendrá.

Aparta la mano para, al momento, sentir que agarran mi coleta y tiran de ella con fuerza, a la vez que invaden totalmente y sin dilación mi trasero. En ese instante comienza un acompasado vaivén dentro de mí que me vuelve totalmente

loca y hace que grite de puro dolor y placer. La mano que sujetaba con fuerza mi

cabello me suelta para ser sustituida por otra, que agarra mi cabeza y la guía hacia una nueva erección.

Me quedo paralizada al ver que se trata del líder del grupo, que finalmente ha decidido participar. Él nota mi asombro y, mirándome fijamente, me dice:

—Eres una putita cachonda y te está encantando lo que te estamos haciendo.

Vamos, cómeme la polla hasta el fondo y deja que te follen y te colmen mis hombres a su gusto.

Ese lenguaje tan soez, esa mirada cargada de lujuria, la situación... Todo me supera y abro mi boca para intentar provocarle un placer casi tan grande como el

que estoy sintiendo yo. Sus manos siguen en mi cabeza y marcan el ritmo de mi asalto hacia su miembro.

Ahora mismo podría morir de placer. Sería una muerte placentera, tan

placentera como todo lo que estoy sintiendo, mientras me invaden la boca, el sexo y el trasero a la vez. Estoy muy cerca, rozando con la punta de mis dedos un orgasmo que, como un tsunami, arrasará con todo mi mundo y cambiará mi forma de pensar en cuanto a placer se refiere. Nunca antes lo había sentido con tal magnitud.

—Vamos, Valentina... Córrrete para nosotros. ¡Ahora!

Y en el momento que pronuncia esas palabras, un fuerte azote en mi nalga derecha hace que se desate en mí el placer más grande que haya sentido jamás.

La vista se me nubla, todo mi cuerpo se convulsiona y los gritos resuenan por toda la habitación.

—¡¡¡Valentina!!! —Vuelve a moverme, agitándome—. ¡Vamos, despierta!

Estás montando un escándalo... ¿Se puede saber qué demonios estás soñando?

Muy a mi pesar, abro los ojos. Acabo de darme cuenta de que, por mucho que apriete los párpados, no voy a conseguir volver a la escena que se estaba desarrollando en mi placentero sueño. Enrique me mira con una cara que denota

lo molesto e irritado que se encuentra en este momento, con su eterna ceja levantada en modo acusatorio. Detesto cuando hace ese gesto.

Me remuevo en la cama, quedándome sentada, y me froto los ojos con los dedos mientras siento su mirada clavada en mi nuca. Sinceramente, no me apetece mirarlo...

**Agradecimientos**

Es tremendamente complicado escribir a todos y todo lo que quiero agradecer... Me acabo de dar cuenta ahora mismo.

En primer lugar, gracias a mi madre por inculcarme el valor de la lectura, habiéndola visto noche tras noche con la luz de la mesilla encendida, surcando las páginas de un libro.

A mi familia, los míos, el clan imparable que somos, por haber estado ahí siempre. Mi preciosa hermana de útero y mis dos hermanas por derecho, María,

Estrella y Cristina, muchas gracias por animarme y decirme siempre lo que pensáis. Mi padre, mi tata, tíos y primos, que componéis ese grupo de WhatsApp

tan divertido... A todos, gracias.

Estos agradecimientos no llevan mucho orden, porque, para que esta historia haya llegado a su fin, después de horas y horas de cambios, locuras y retoques, ha sido necesaria la inestimable ayuda y devoción de mi otra mitad, mi lectora «menos cero», mi mejor amiga y compañera de locuras, Rachel Bachs. Nena, eres la madrina de esta novela que debes sentir un poquito tuya, y estoy tremendamente orgullosa de haber podido contar con tu ánimo, tu opinión y las lecturas de esta historia capítulo a capítulo. Gracias por aguantar a esta rubia loca. ¡Te *amodoro to the Moon and back!*

No puedo dejar de mencionar a mi marido, el que más ha sufrido todo mi

proceso creativo, dejándolo un poco abandonado cuando me instalo frente al ordenador y le asiento con la cabeza a lo que me dice, sin realmente escucharlo

mientras la historia pasa por mi cabeza. Te quiero, Fran; gracias por quererme como lo haces y aguantar estas locuras que comete tu adorable mujer. (¿Se ha notado mucho el peloteo? Je, je, je).

A Virginia Jiménez y Yasnaia Altube, por la paciencia en mi «parto» de Valentina y por impacientarse con la espera, llegando a amenazarme si no la acababa, pero todo desde el cariño. ¡Ya la tenéis aquí! Ellas, junto a mi morena Valme Montoya, han podido leerla antes que nadie, y su punto de vista ha sido música para mis oídos. ¡Gracias, chicas! Que el cosmos os lo pague con mucho

disfrute y amor (que de hijos ya vais servidas).

Autoras que hacéis las delicias de mi paladar... ¡os adoro! Gracias a vosotras, hoy estoy aquí escribiendo esto porque me habéis animado, incluso sin

saberlo, a querer parecerme un poquito a vosotras.

Quiero hacer una mención especial a las estupendas escritoras que han permitido que los títulos de sus novelas aparezcan en el título de cada capítulo de

la mía. Por orden de aparición:

Olga Salar, Chloe Santana, Noelia Amarillo, Isabel Keats, Regina Roman,

Ángeles Ibirika, Connie Jett, Eva García Carrión, Mar Carrión, Olivia Ardey, Anna Casanovas, Noe Casado, Angy Skay, Iris T. Hernández, Mábel Montes, María Border, Mayte Esteban, Rae Maval, Elena Montagud, Malenka Ramos, Lucía Herrero, Megan Maxwell, Patricia Geller, Meg Ferrero, Marta de Diego,

Lena Valenti, Helena Moran-Hayes, Mariel Ruggieri, Pilar Parralejo, Isabel Acuña y Melanie Alexander.

Éste es mi pequeño tributo al género que tantas horas de disfrute me ha brindado y a vosotras.

A todas las personas que me animan por las redes sociales y que esperan esta historia con ansias, como así me lo han hecho saber.

Por supuestísimo, gracias a Esther Escoriza, mi editora (uff, esto hace que yo parezca importante), por su paciencia, sus charlas y su comprensión en toda la etapa que hemos compartido para que la versión en digital de esta novela vuelva

a ver la luz bajo un sello editorial tan estupendo como es Planeta. Sin duda, éste

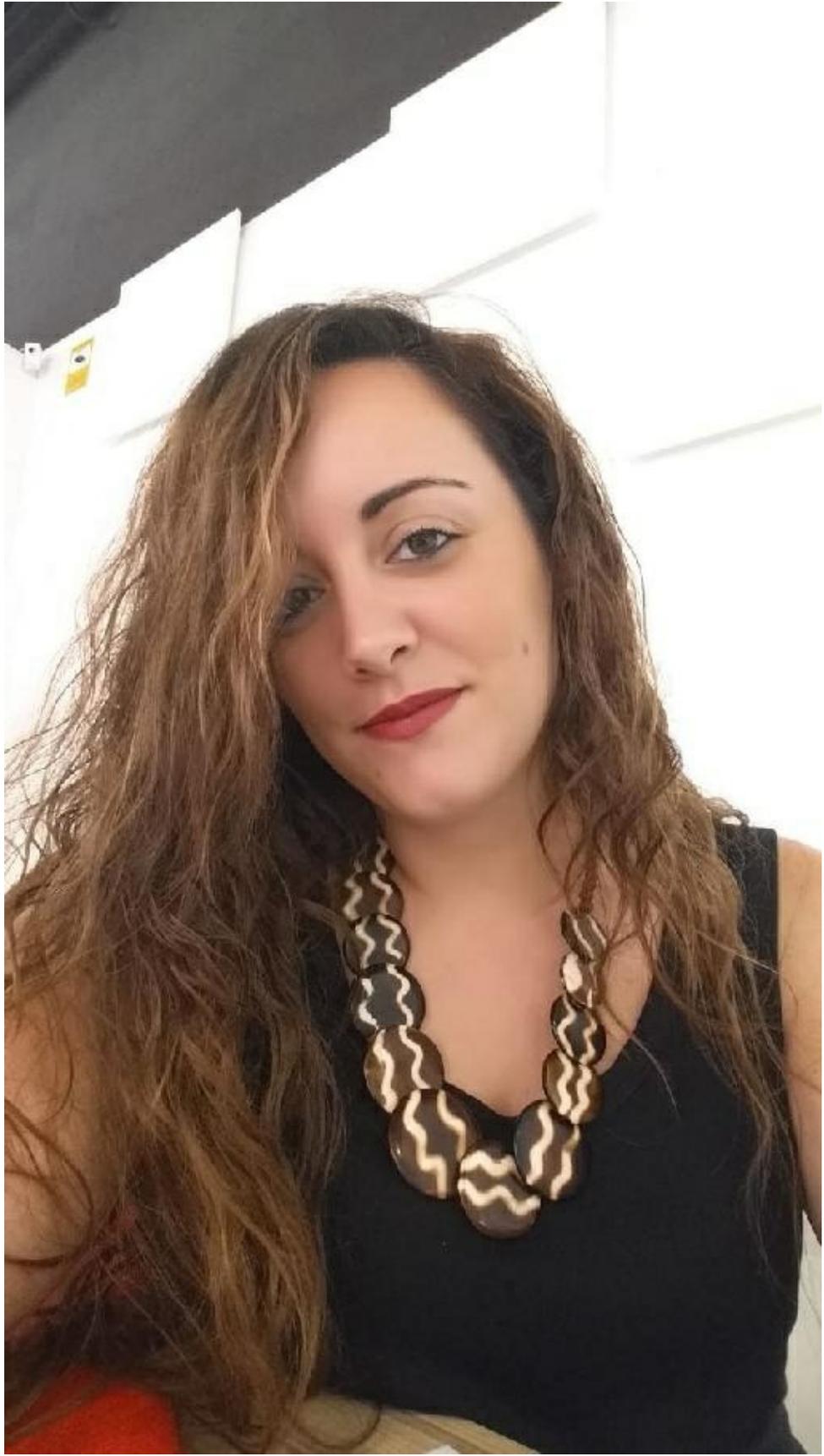
va a ser el comienzo de una bonita relación. ¡Gracias, Esther!

Y gracias también a Tiaré, por lo genial que es y hablarle de mi Valentina y el arte que tenemos en el sur.

Y a ti, lector, por brindarme la oportunidad de meterme en tu cabeza durante unas horas y llenártela con los desvaríos de mis personajes.

Gracias, de corazón.

MARA MACBEL



## Biografía

Mara Macbel es el seudónimo de Macarena Ferreira Blanco. Nació un frío mes de diciembre de 1985 en Sevilla (España) y es la pequeña de su casa, aunque casi siempre ha sido la primera en todo. Felizmente casada con su marido y su hipoteca (con esta última no tan felizmente), vive en un pueblo del Aljarafe sevillano acompañada de sus cuatro perras y espera ilusionada la llegada de su primer bebé. Independiente, metódica y algo impulsiva, estudió gestión administrativa y marketing comercial, y ejerce en ambas ramas desde que comenzó su carrera laboral. En la actualidad, se dedica a la atención personalizada en una tienda de productos del descanso. En Mayo del 2013 se embarcó en su proyecto: Bookceando Entre Letras, un espacio que administra con mucho cariño y dedicación, en el que reseña y habla sobre las novelas de los autores que lee habitualmente. De ahí nace su apodo *Macbel*, y allí mismo es donde dio a conocer su primer relato, *Un sueño llamado Valentina*, lo que la llevó, gracias al apoyo que recibió, a seguir escribiendo su continuación. Su primera participación literaria de manera pública fue en diciembre del 2014, en la antología *Sinfonías de Navidad*, junto con otros catorce estupendos compañeros. Y su primera novela, *Descubriendo a Valentina*, vio por fin la luz de manera autopublicada, tras muchas horas de modificación y cambios, el 15 de

mayo de 2015, y ahora se reedita en el sello Zafiro.

Encontrarás más información sobre la autora y su obra en:

<https://www.facebook.com/maramacbel>

<https://www.facebook.com/pages/Descubriendo-a-Valentina-Mara-MacBel/1379191222350496?ref=ts>

<http://maramacbel.wix.com/page>

## Notas

[1] *Work bitch*, Sony Music Entertainment, interpretada por de Britney Spears. (N. de la E.)

[2] *True Love*, RCA Records Label, interpretada por de Pink. (N. de la E.)

[3] *Are you gonna go my way*, © 1993 Virgin Records America, Inc., interpretado por Lenny Kravitz (N.

*de la E.)*

[4] *I don't want to miss a thing*, Columbia/Sony Music Soundtrax, interpretada por Aerosmith. (N. de la E.)

[5] *Sweet child o'mine*, © 1999 Geffen Records Inc., interpretada por de Guns N' Roses (N. de la E.)

[6] *All of me*, G.O.O.D. Music/Columbia, interpretada por John Legend. (N. de la E.)

*Descubriendo a Valentina*

Mara Macbel

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier

medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91

702 19 70 / 93 272 04 47.

Diseño de la cubierta: Zafiro Ediciones / Área Editorial Grupo Planeta

© de la imagen de la cubierta: Ollyy / Shutterstock

© fotografía de la autora: archivo de la autora

© Mara Macbel, 2016

© Editorial Planeta, S. A., 2016

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

[www.edicioneszafiro.com](http://www.edicioneszafiro.com)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

Primera edición: marzo de 2016

ISBN: 978-84-08-15103-6

Conversión a libro electrónico: Àtona-Víctor Igual, S. L.

[www.victorigual.com](http://www.victorigual.com)

# Document Outline

- [Sinopsis](#)
- [Cita](#)
- [Capítulo 1. Íntimos enemigos](#)
- [Capítulo 2. Atracción letal](#)
- [Capítulo 3. Ardiente verano](#)
- [Capítulo 4. Nada más verte](#)
- [Capítulo 5. Santa Valentina tiene un plan](#)
- [Capítulo 6. Entre sueños](#)
- [Capítulo 7. Todo puede cambiar en un instante](#)
- [Capítulo 8. El destierro del ángel](#)
- [Capítulo 9. Después de la lluvia](#)
- [Capítulo 10. Bésame y vente conmigo](#)
- [Capítulo 11. Las reglas del juego](#)
- [Capítulo 12. En tus brazos](#)
- [Capítulo 13. Sólo por ti](#)
- [Capítulo 14. Mi momento](#)
- [Capítulo 15. Yo también lo siento](#)
- [Capítulo 16. El dueño de mi arte](#)
- [Capítulo 17. Detrás del cristal](#)
- [Capítulo 18. Extremos de una moneda](#)
- [Capítulo 19. Tiéntame](#)
- [Capítulo 20. De rodillas](#)
- [Capítulo 21. Empujones del destino](#)
- [Capítulo 22. Pídeme lo que quieras](#)
- [Capítulo 23. Y ríndete](#)
- [Capítulo 24. El pecado](#)
- [Capítulo 25. Sentencia de pasión](#)
- [Capítulo 26. Amos y mazmorras](#)
- [Capítulo 27. Eres real](#)
- [Capítulo 28. Atrévete](#)
- [Capítulo 29. Deseaba que fueras tú](#)
- [Capítulo 30. De vuelta a tu amor](#)
- [Capítulo 31. Perfectamente imperfecta](#)

- [Epílogo](#)
- [Un sueño llamado Valentina](#)
- [Agradecimientos](#)
- [Biografía](#)
- [Notas](#)
- [Créditos](#)